

IVAN FLIX VILLEGAS

LA PIEL
contra el
ASFALTO

A car is shown from a front-three-quarter perspective, driving through a snowy and dark environment. The car's headlights are on, illuminating the snow and creating a bright glow. The background is dark and textured, suggesting a snowy or icy landscape. The overall mood is cold and challenging.

coronaborealis

Ivan Flix

La Piel contra
el Asfalto



Ediciones Corona Borealis

La piel contra el asfalto - Ivan Flix

© 2015, Ivan Flix

© 2015, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

www.coronaborealis.es

Imagen de portada: "Car lights in winter forest", lakov, Depositphotos

Maquetación y diseño editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

www.maquetacionlibros.com

Primera edición: Mayo 2015

ISBN: 978-84-15465-94-2

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Índice

Prólogo

PRIMERA PARTE “Sombras en el arcén”

1. Una cruz en el arcén
2. La corona de espinas
3. El perito
4. La chispa adecuada
5. Km. 345
6. El tunero
7. El cura
8. Whisky en la rectoría
9. La carrera
10. Lucía
11. Amaxofobia
12. La médium y el Colacao
13. Vómitos
14. Tras las lunas tintadas
15. Patrullando
16. Delírium tremens
17. El paralítico
18. Cabeza de turco
19. El Chispas
20. Dormido al volante
21. El toro
22. La culpa
23. Beber para ver
24. Despertar en la cuneta
25. La gafas de John Lennon
26. El accidente

SEGUNDA PARTE “La Cacería”

27. Contra el muro
28. El funeral
29. A la fuga

- [30. El nicho sin nombre](#)
- [31. La raya blanca](#)
- [32. El cómplice](#)
- [33. Justicia sobre el asfalto](#)
- [34. Whisky en el altar](#)
- [35. El muro de niebla](#)
- [36. Entre los arbustos](#)
- [37. El monaguillo](#)
- [38. El reloj](#)
- [39. Sobre la pista](#)
- [40. El primer contacto](#)
- [41. La tercera regla](#)
- [42. El cebo](#)
- [43. El Oso Solitario](#)
- [44. Debajo de la pintura](#)
- [45. La voz de la conciencia](#)
- [46. Ajuste de cuentas](#)
- [47. A contrarreloj](#)
- [48. Lo que queda atrás](#)
- [49. La probabilidad cero](#)
- [50. Adiós a las reglas](#)
- [51. ¿Tiene fuego?](#)
- [52. El Síndrome de Korsakov](#)
- [53. En el fondo del pantano](#)
- [54. El último duelo](#)
- [55. El sacrificio](#)

[Apéndice](#)

Prólogo

CIRCULA MUY POR ENCIMA DEL LÍMITE ESTABLECIDO. Se siente protegido por la falsa sensación de seguridad de todos los complementos que incluye su vehículo de gama alta. Conduce al doble de la velocidad permitida y sabe que, aunque se le reventara un neumático, el chasis de titanio y las zonas de deformación lateral y frontal le protegerían del impacto. Una verdadera lástima.

El tipo disfruta cuando nota que se activa el ESP al tomar una curva a 220 kilómetros por hora. La velocidad le hace sentir eufórico, aunque la cocaína también ayuda. Acababan de darle luz verde a uno de los proyectos de su estudio de diseño y lo ha celebrado como se debía. Tal como conduce, si estuviera al volante de un turismo de menos de 12.000 euros ya estaría muerto, pero está a los mandos de un gran turismo de serie Z y lo aprovecha. No lo culpo, son muchos los que conducirían con esa prepotencia y temeridad si tuvieran un coche como el suyo. Hay estudios al respecto: cuanto mayor es la protección técnica que nos rodea, ya sea por las prestaciones del vehículo o por las condiciones de la vía, mayor será, también, el riesgo que asumiremos al conducir. Los psicólogos lo denominan “compensación del riesgo”, él simplemente lo llama “estrujar al máximo”.

La autopista está solitaria a esas alturas de la madrugada, nadie le molesta. Le han extendido una alfombra roja para que compruebe hasta dónde puede llegar la aguja del cuentakilómetros. Está disfrutando de la soledad de la noche, pero tiene la sensación de que alguien le observa. Sabe que es imposible pero echa un vistazo al asiento del acompañante. No hay nadie. Echa de menos a su última “folla-amiga”, eso es todo. Le habría gustado verla allí para que le hiciera una mamada en ruta. Sí, eso no habría estado nada mal, pero la muy imbécil se había encaprichado de él, no había comprendido las reglas: nada de compromisos. Así que había tenido que darle puerta.

Si ahora mismo se encontrara con una placa de hielo en medio de la carretera, los dispositivos de corrección de la trazada y el ABS de última generación se encargarían de evitar la pérdida de tracción. Él frenaría y el ordenador de a bordo haría el resto, le salvaría la vida en fracciones de segundo, él ni siquiera sería consciente del riesgo. Han sido muchas las personas que han tenido que morir en la carretera para que la industria del automóvil desarrollara los sistemas de alta ingeniería que le están permitiendo a este tipo *estrujar al máximo* su nuevo juguete.

Vuelve a notar unos ojos clavados en la nuca. Mira por el retrovisor el asiento trasero. No hay nadie. Se arrepiente de no haber contratado a una *scourt* para su paseíto. Quizá podría

parar en algún local de carretera, con un poco de suerte encontrará a alguna fulana que no le llegara a dar asco.

Si un jabalí despistado se cruzara en su camino o si se encontrara con un vehículo averiado, los elementos de seguridad pasiva absorberían la mayor parte del impacto, pero serían los airbag los que le salvarían la vida. Los cuerpos humanos no están preparados para absorber la energía mecánica que desprenden las colisiones a partir de ciertos umbrales de velocidad. Necesitamos elementos inertes que la absorban por nosotros, que sacrifiquen su integridad en favor de la nuestra. Pero esos sistemas de seguridad no han estado siempre ahí para protegernos. La historia del automóvil ha sido la de la máquina contra el hombre, la de lo mecánico contra lo biológico, de lo muerto contra lo vivo.

Las pruebas con cadáveres en la colisión de vehículos finalizaron oficialmente a finales de la década de 1950. Los científicos aseguraron entonces que no podían extraer más datos de un organismo muerto, pero en realidad fue la presión de la opinión pública la que acabó con estas prácticas –aunque tan sólo de forma encubierta–. En 2003, el director del Instituto para Seguridad de los Vehículos de Austria confesó a la prensa de su país que la Universidad Técnica de Graz, había encargado, desde mediados de los 90, pruebas de colisión de vehículos con cadáveres de personas, en vez de con muñecos. No os engaño, podéis buscarlo en Google. Imaginad ahora el número de cadáveres que se han utilizado con este propósito a lo largo de los años. Cuerpos donados a la ciencia que son tratados como “objetos humanos post mortem”. Miles por no hablar de millones.

Nuestro sujeto conduce ajeno estos sacrificios. Circula a una velocidad excesiva pero tranquilo gracias a los millares de muertes que han forjado sus sistemas de seguridad. Quizás si fuera consciente de ello no arriesgaría su vida de una manera tan frívola –aunque seguramente lo haría de todos modos–. El hecho es que nuestro diseñador de éxito, con sus gafas de pasta y su erección rozando sus pantalones de Dolce&Gabana, conduce ajeno a todo ello. Sin embargo hay alguien que lo tiene muy en cuenta. Alguien que lleva tiempo siguiéndole y, además, conoce las lagunas de los sistemas de seguridad. Que sabe que un airbag te puede salvar la vida o partirte el cuello si se activa mientras estás buscando algo en la guantera. Que sabe que los primeros ABS alargaban demasiado las frenadas y, en algunos casos, eran menos eficaces que los servofrenos tradicionales. Que sabe que tu célula de seguridad reforzada te protege a ti, pero multiplica los daños del segundo vehículo en caso de una colisión. Y, para desgracia de nuestro diseñador, también conoce el punto exacto de la carretera en que ni los frenos de mitigación de colisión, ni los airbag inteligentes, ni los pretensores del cinturón serán capaces de salvarte la vida. Nuestro conductor se ha dado cuenta demasiado tarde de que no estaba sólo en su coche.

Unas horas más tarde, aparece con sus gafas de pasta sin graduar empotradas contra la luna delantera de su vehículo. Su juguete de serie Z se ha salido de la carretera en un cambio de rasante y ha rodado por un terraplén hasta acabar en el lecho seco de un riachuelo. El primer impacto contra el guardarraíles ha activado los airbag pero, debido a

su alta velocidad, el vehículo ha continuado deslizándose por inercia sobre el barro, los dispositivos de control de tracción y frenada nada han podido hacer para evitar que el vehículo acabara rodando por un desnivel de doscientos metros y justo cuando las bolsas de aire a presión frontales y laterales empezaban a deshincharse el deportivo se ha empotrado de frente contra una cama de rocas.

La policía ha tardado varias horas en recibir el aviso. Cuando han llegado ya estaba amaneciendo. El cuerpo todavía estaba tibio, lo que indica que nuestro diseñador de éxito no ha muerto de inmediato. Con un vehículo de gama baja la muerte habría sido inmediata, pero la alta tecnología de su automóvil de lujo ha conseguido alargar su agonía unas horas más. El tipo que ha provocado el accidente sonreiría ante esta contradicción si fuera capaz de mostrar alguna emoción. Ahora se limita a esperar al pie del terraplén, junto a la cuneta, mientras observa como los bomberos utilizan las sierras de metal para extraer el cuerpo de su víctima. A veces, esas sierras calientan tanto el metal que causan quemaduras de tercer grado en los accidentados antes de poderles sacar del vehículo, pero a él ya le da igual. Nuestro conductor temerario es ahora un cadáver con los esfínteres dilatados envuelto en ropa de marca pringosa. Ya no resulta un peligro para nadie, es un asunto solucionado.

El asesino vuelve entonces a la carretera.

PRIMERA PARTE
"Sombras en el arcén"

1. Una cruz en el arcén

DOS TROZOS DE ACERO SIN PULIR, SOLDADOS DE FORMA tosca y anclados en un pequeño armazón de cemento. La estructura justa para resistir a la intemperie durante un par de décadas sin degradarse y servir de soporte, de vez en cuando, para una pequeña corona de flores. Los pétalos no se habían secado todavía, pero el polvo de la carretera se había impregnado en ellos hasta otorgarle a la cruz y el ramo un cariz herrumbroso. El metal había adquirido un tono anaranjado y era difícil adivinar si la cruz llevaba allí varios meses o varios años. Sin embargo, hacía tan sólo unos meses que alguien había muerto en aquel lugar.

La cruz no se encontraba en una curva peligrosa, ni en un cambio de rasante, ni siquiera en una calzada resbaladiza. El oxidado y basto crucifijo de metal estaba en un tramo de carretera recto, con un arcén amplio, sin incorporaciones, cruces, ni semáforos. Incluso habían instalado un quitamiedos de seguridad para motoristas, de esos que evitan que el piloto golpee contra las barras de metal al resbalar. Pero, pese a todo, David había muerto en ese punto. El crucifijo se encontraba en el lugar exacto donde fue encontrado su cuerpo o, más bien, en el lugar que le dijo la policía a su madre. En realidad, el cuerpo había sido encontrado por secciones, esparcido por un área de unos cien metros, pero los agentes tuvieron el tacto de no dar esos detalles a los familiares. Así que la cruz se ubicó en el lugar donde se encontró la mayor parte del cuerpo desgarrado de David: a unos metros del arcén, a los pies de unos pinos y oculto por la hojarasca.

El lugar no era muy visible para el tráfico de la nacional, que circulaba a unos pocos metros y completamente indiferente al dolor de una madre. Aunque los árboles y los arbustos nos daban una cierta intimidación, habría preferido un lugar más despejado. Ni adoquines, ni señales de tráfico, ni rotondas. Si se quiere reducir la velocidad del tráfico lo mejor es colgar una corona de flores en un lugar bien visible. Las cruces funcionan como un doble recordatorio: de lo que ya ha pasado y de lo que podría pasar. En algunos países colocan en los arcenes policías de metal con un cartel, como esos muñecos de cocineros en las puertas de los restaurantes, pero en lugar de enseñar el menú informan del número de muertos en la carretera. Las cruces de nuestras carreteras sirven para lo mismo, nos están diciendo: “¡Eh! ¡Aquí cayó uno!”. Convertir los arcenes en cementerios sería mejor que la campaña más dura de la DGT. Es por eso que, pese a las directrices del obispado, yo soy partidario de este tipo de religiosidad.

Pese a todo, aquella tarde la cruz resultaba más visible de lo normal. Los conductores que circulaban por aquella carretera podían ver a una madre de luto arrodillada y a un cura

ensotanado rezando con una mano en su espalda y otra en la Biblia. Una estampa perfecta contra los excesos de velocidad. Allí, de pie, con mi sotana, era como la versión católica de los policías de plástico, con la diferencia de que además de regular la velocidad estaba dando consuelo a una feligresa: dos servicios por el precio de uno –el marketing tendría que ser una asignatura troncal de la carrera de teología–. Los evangelistas lo saben muy bien y dominan desde hace tiempo la escenografía y la interpretación en sus ceremonias; mientras que los católicos llevamos siglos atascados en los mismos ritos romanos. Somos como viejas glorias del rock que se ganan la vida repitiendo éxitos de hace veinte años en hoteles y bingos. Unos años atrás, yo mismo había intentado ampliar el repertorio con nuevos éxitos, pero no sólo me encontré con las objeciones del obispado, el propio público era el que me exigía los mismos temas de siempre. Así que cuando una feligresa me pedía algo que se salía del repertorio habitual no me podía resistir. Por eso estaba allí, acompañando a una diminuta anciana a velar por su hijo muerto en un lugar poco habitual.

Solíamos ir a allí una o dos veces por semana: ella rezaba y yo escenificaba un poco mi rol de cura y aprovechaba para fumar un pitillo lejos de ojos inquisidores. Aquellos eran los pocos cigarros que podía disfrutar sin tener que preocuparme por las miradas de reproche de las feligresas. Desde hacía unos años las parroquias eran espacios libres de humos y quedaba muy mal ver al cura fumando en la puerta. Así que tenía que aprovechar los momentos de libertad. A Agripina no le importaba que fumara, me estaba agradecida por que la trajera en coche hasta aquel lugar. A lo largo de mis veinte años al cargo de la parroquia había depurado una habilidad especial para rehuir algunos ritos y ceremonias insustanciales y centrarme en los realmente importantes. En momentos como aquel sabía que mi presencia en aquella carretera era más importante para aquella anciana que cualquier misa que oficiara en nombre de su hijo. Algunos detalles tienen más importancia que los rituales más espectaculares. Esta misma regla la aplicaba para ahorrarme la misa diaria los días en que nadie acudía a la iglesia o para resumir el ceremonial de bautizos, bodas y entierros a los mínimos que exigía la iglesia.

Esto no quería decir que no tuviera vocación, más bien que prefería propagar mi fe en otras circunstancias. Mi preferida, sin duda, era en un bar, con una jarra de cerveza en la mano y delante de algún viejo republicano o profesor ateo. Una buena discusión era mejor que cualquier sermón, que un largo monólogo o que una sucesión de ritos repetitivos. Yo sabía cuando predicar y cuando callar, y aquel día estaba fumando.

Aquella pobre mujer debía tener las rodillas manchadas de barro y los pies dormidos después del tiempo que llevaba arrodillada, pero no le importaba ni lo uno ni lo otro. Lo primero podría lavarlo al llegar a casa, lo segundo se solucionaría al ponerse en pie, pero por su hijo no podía hacer ya nada. Sólo llorar. La carretera se lo había llevado hacía un mes, del mismo modo que se había llevado a su marido hace ya veinte años. No se había quitado el duelo desde que enviudó y, después de lo de su hijo, estaba claro que iba a seguir vistiendo de negro muchos años más.

-El señor se llevó a su hijo antes de hora -le dije poniéndole una mano en el hombro para sacarla de su ensimismamiento. Era tarde y empezaba a refrescar, iba siendo hora ya de llevarla a su casa.

Ella se levantó con dificultad y, con la mirada de una madre que soporta con estoicismo la pérdida de un hijo, me contestó:

-Las siete y media deben ser -era un poco dura de oído.

Sin decir nada más, pasó a mi lado y se encaminó al coche. Una vez más, había dejado a los pies de la cruz el casco con el que había muerto su hijo. Llevaba varias semanas ejerciendo de cura-chofer para aquella anciana y ella había repetido el mismo ritual todas las tardes: yo conducía hasta aquel lugar con Agripina a mi lado abrazada al casco magullado de su hijo; al llegar ella lo depositaba al pie de la cruz y después rezaba junto a él hasta que nos íbamos. Siempre igual. Pero hasta aquella tarde no había reparado en un detalle: Agripina dejaba el casco allí, un lugar alejado de cualquier autobús de línea -razón por la que yo me prestaba a acompañarla- pero al día siguiente, cuando pasaba a recogerla por su casa, el casco volvía a estar en su regazo.

2. La corona de espinas

LAS VECINAS LA LLAMABAN “LA MURMULLOS” A SUS ESPALDAS, aunque podrían haberlo hecho a la cara sin que ella se enterara. Desde que enviudó, Agripina había cogido el hábito de hablar constantemente con santos y muertos. Su continua retahíla de avemarías y padrenuestros había sido el mantra que le había ayudado a tirar adelante con sus dos hijos y una modesta paga por viudedad. El problema es que a medida que había ido perdiendo el oído, el volumen de sus rezos internos había aumentado progresivamente hasta alcanzar un nivel un poco excesivo.

Yo la conocí al poco de llegar a la parroquia, hace ya unos quince años. Entonces ya era viuda, pero no tan sorda. Solía acudir a la iglesia a deshoras, cuando la capilla estaba más solitaria y mantenía largas conversaciones con las imágenes de los santos. Tenía una predilección especial por la de Santo Tomás de Asís que, según ella, era el que más atendía a sus plegarias –aunque yo presentía que su favoritismo se debía más a que la única estufa que funcionaba estaba justo a su lado–. La iglesia era fría y solitaria y aquella mujer me hacía compañía. Su retahíla era para mí como un televisor encendido, como un hilo musical. Un día se presentó con unos trapos y una escoba y, pese todas mis reticencias, Agripina insistió en que la dejara encargarse de la iglesia. Hasta ese día no había caído en lo sucia que la tenía. Había intentado fregar y pasar el polvo yo mismo, pero la capilla era demasiado grande y la puerta estaba casi siempre abierta. Así que acepté sin más su ofrecimiento. Eso sí, las sesiones de limpieza solían estar acompañadas de largas charlas. No siempre resultaban amenas –aunque sí más entretenidas que la mayoría de sesiones de confesión que tenía que aguantar– por eso, cuando no estaba de humor, le dejaba que echara mano de Santo Tomás.

Cuando empezó a quedarse sorda, entenderla se convirtió en una tarea difícil. A penas vocalizaba, así que la mayor parte del tiempo fingía que la entendía. Yo asentía y ella se desahogaba. Pero lo mejor es que ella hacía lo mismo, no entendía nada de lo que se le decía, pero fingía atención, así que yo también me desahogaba con ella. Su sordera era mejor que un psicólogo. Ella me contaba sus penas y yo las mías, sin ahorrar en insultos, descalificaciones y blasfemias. En resumen, liberaba al pequeño Guilles de la Tourette que llevaba dentro. Era un ejercicio de salud mental, de purga intelectual, una sesión de psicoanálisis que ningún seguro médico cubriría, pero indispensable en mi profesión. ¿Os ha pasado alguna vez que se os ocurre la réplica genial a un insulto cuando ya era tarde para usarla? ¿Sabéis que es mucho peor que eso? Que os venga a la mente en milisegundos

pero que os tengáis que morder la lengua por gajes del oficio. Todos los chistes verdes, los comentarios escatológicos, las bromas cínicas que se me ocurrían me las tenía que guardar para mí. Hasta entonces. Las tardes de limpieza con Agripina se convirtieron en un espectáculo de humor surrealista interpretado por un Faemino con alzacuellos y un Cansado travestido y anciano. Un espectáculo que se prorrogó durante varios años dos o tres veces por semana.

Hasta que murió David.

Después del funeral estuve varias semanas sin tener noticias suyas. Estaba planteándome hacerle una visita cuando me crucé con ella. Yo regresaba de una tediosa reunión en la diócesis y ella salía apresurada de la iglesia. Casi chocó conmigo. Estaba muy desmejorada, con los ojos hinchados y con varios kilos menos.

–¿Se encuentra bien Agripina? –le pregunté casi chillando y masticando las palabras–. Estaba preocupado por usted. Ya sabe que no hace falta que venga, yo puedo ocuparme de la iglesia –la anciana me entendió más por mis gestos que por lo poco que había llegado a escuchar. No sabía leer los labios pero era una experta interpretando el lenguaje corporal.

–Estoy bien. Me voy a casa –me dijo vocalizando lo mejor que pudo.

Iba a invitarla a pasar pero Agripina se alejó apresurada y me dejó en el umbral de la parroquia con la palabra en la boca. A aquella mujer le pasaba algo que iba más allá del dolor por la pérdida de un hijo. Entré en la parroquia intrigado y encontré la sala más oscura de lo habitual. Tan sólo estaban prendidos los cirios de plástico rojo a los pies de las imágenes, la luz justa para llegar a los interruptores y encender los fluorescentes. A primera vista no reparé en ello, tan sólo noté algo extraño en el altar, pero cuando me acerqué al crucifijo central, de camino a la sacristía, lo vi. La imagen del Jesús crucificado del altar llevaba puesto un casco de moto en lugar de corona de espinas. Le dejé que durmiera con la cabeza tapada. Simplemente cerré la iglesia para que nadie lo viera y me fui a dormir –a la mañana siguiente ya me preocuparía de buscar una escalera–. Me sentía más extrañado que escandalizado por la sacrílego del hecho. Pensé que Agripina tendría sus razones para hacer algo así, que ya me lo contaría con el tiempo, pero lo cierto es que nunca me lo contó.

Al día siguiente, cuando abrí la iglesia para misa de ocho el casco había desaparecido. Di misa para dos feligresas: Doña Herminia y la Sra. García –dos asiduas que me obligaban a madrugar cada día a las seis de la mañana–. Cuando estaba terminando el oficio, Agripina entró y se sentó en última fila. Parecía entre avergonzada y curiosa. Después de comulgar, cuando la iglesia se quedó vacía, fui a hablar con ella. Tenía el casco de moto entre los brazos –el mismo que llevaba su hijo antes de morir, el mismo que colocaba una y otra vez en la misma cruz de carretera–.

–Lo siento padre –me dijo nada más acercarme.

–Sus razones habrá tenido, pero no vuelva a hacerlo... por favor. ¿Qué pensarían esas dos si vieran a nuestro señor convertido en motorista? –le respondí en voz alta e imitando a las

ancianas cuchicheando.

Agripina intentó sonreír, más por educación que por haber entendido el chascarrillo, pero su cara hinchada y ojerosa convirtió la sonrisa en una mueca.

–Tengo que pedirle una cosa –me dijo casi con vergüenza.

Desde ese día empezamos a visitar la cruz de su hijo. Se encontraba a unos cinco kilómetros, demasiado lejos para ir andando y sin ningún transporte público cercano. Así que la llevaba en mi coche, un Dodge 3700 GT del 73. Normalmente evitaba tener que utilizarlo y en raras ocasiones lo hacía, pero con Agripina hice una excepción. Llené el almacén de la iglesia de polvo al retirar la sábana que lo protegía y allí estaba él, como el buen vino que ha sabido envejecer. Mantenía una vieja relación de amor odio con ese coche, era mi pequeño secreto. En la diócesis no nos ponen pegas a la hora de conducir, incluso el carné es necesario para compañeros que cubren varias poblaciones. Pero estoy seguro que si me hubieran visto conducir un coche con más de doscientos caballos no lo habrían encontrado “apropiado”.

El Dodge arrancó a la primera. Continuaba sonando redondo como el primer día. Disfruté del camino como un ex-fumador da cuenta de un puro en una boda, jugando con el riesgo a la recaída en cada calada, en cada curva. Mientras notaba como se agarraban sus neumáticos de veintiuna pulgadas a la carretera era consciente de lo poco que me costaría volver a recaer en una “borrachera de gasolina” –así era como Diana había bautizado a mi adicción al asfalto–. Pero eso había sido muchos años atrás, antes de los alzacuellos y las camisas negras, en una época en la que podía pasarme el día entero en la carretera. Me encantaba notar como la carretera arañaba poco a poco el caucho, como los amortiguadores se balanceaban al coger una curva, como el carburador ronroneaba... Sentir el asfalto deslizándose debajo de mí y a Diana a mi lado era todo lo que necesitaba para ser feliz. Aquello había sucedido treinta años atrás –toda una eternidad– pero siempre que entraba en ese coche acababa pensando en ella. Por eso evitaba tener que utilizarlo.

Agripina no abrió la boca en todo el camino y yo no necesitaba indicaciones para llegar a la carretera donde había muerto su hijo. Cuando creí estar cerca reduje la velocidad y al poco vi un retal de metal oxidado asomar entre los arbustos. Doña Herminia ya me había puesto al día de lo que Agripina se había hecho construir en el lugar del accidente. La feligresa puso énfasis en que ella no encontraba “adecuado ese tipo de folklore”.

–Ha perdido un hijo, creo que el Señor no se lo tendrá en cuenta. Pero hablaré con ella, gracias por avisarme –le contesté cuando me lo dijo.

En realidad me gustaría haberle dicho que eso no era asunto suyo, que era una cotorra inaguantable y que tenía suerte de que la paciencia de Santo fuera algo inherente a mi profesión. La iglesia católica no ve con buenos ojos este tipo de cruces, las considera demasiado “evangélicas”, pero hace la vista gorda. A mi, personalmente, me parecen una forma tan adecuada como cualquier otra de afrontar la muerte de un ser querido. Así que allí estábamos, en la cruz que la afligida madre había obligado a construir a Richard, su hijo

pequeño y el único que le quedaba, para recordar el trágico accidente de su hermano mayor.

Tan pronto como salió del coche, la anciana colocó el casco de moto a los pies de la cruz, como si de un ramo de flores de tratara. Susurró unas palabras incomprensibles pero llenas de dolor y se dejó caer sobre las rodillas para empezar a rezar. De aquello hacía ya unas semanas y el ritual se había repetido varias veces. Ella me venía a buscar, yo la llevaba hasta allí y pasábamos la tarde cada uno con lo suyo: ella rezando y yo fumando. Lo único fuera de lugar de la escena era el ritual del casco.

Había creado varias hipótesis al respecto: la más verosímil era que Richard se había encaprichado en conservar el casco de su hermano y que su madre no lo veía adecuado. A mi tampoco me habría gustado que uno de mis hijos utilizara el casco con el que había muerto su hermano. Era algo demasiado íntimo, como utilizar la ropa de un familiar difunto. Algunas personas lo veían como una forma de recuerdo y otras donaban armarios enteros a la parroquia. La teoría del hermano me parecía bastante posible, aunque cojeaba en un punto: me parecía extraño que Richard no hubiera conseguido encontrar un lugar seguro para mantenerlo alejado del alcance de su madre. Pese a ello, aquella hipótesis era más viable que imaginar a la anciana peregrinando hasta aquel alejado lugar una y otra vez para recoger el casco y volver a depositarlo en el mismo lugar.

Habría podido salir de dudas preguntándose directamente –siempre que hubiera conseguido hacerme entender–, pero presentía que aquel ritual era algo muy íntimo para Agripina. Algo entre ella y su hijo. Así que me entretenía elucubrando teorías mientras “La Susurros” susurraba. Hasta que una tarde, mientras esperaba a que terminara su enésimo padrenuestro, vi a una figura avanzando por el arcén hacía nosotros en la lejanía. Parecía un hombre vulgar pero, a su vez, fuera de lugar, como un casco de moto junto una cruz de metal.

3. El perito

PARA TODOS AQUELLOS QUE SE CRUZABAN CON ÉL por las calles su trastorno no resultaba muy evidente. Veían a alguien que se movía de una forma extraña, con una expresión de angustia y el cuerpo agarrotado. Tan sólo alguien que lo observara desde un balcón o una terraza habría detectado inmediatamente el objeto de su fobia. Félix caminaba siempre pegado a las paredes y evitaba cualquier contacto con el tránsito rodado. Si podía, aprovechaba los túneles del metro para cruzar la calle y si se veía obligado a hacerlo a cielo abierto, lo hacía siempre por un paso de cebra y siguiendo un estudiado ritual. El pequeño hombre encorbatado esperaba atento, con la espalda contra la pared más próxima, a que el semáforo se pusiera en verde; cuando la gente empezaba a cruzar, él esperaba un poco más; la primera línea de automóviles se detenía, pero todavía no era el momento; justo cuando el último vehículo de la segunda línea se detenía, Félix emprendía su carrera. Lo hacía a un trote ligero, con una velocidad que denotara prisa pero no el pánico que sentía. Algunas veces, si el semáforo empezaba a parpadear antes de lo previsto, corría lo más rápido que podía, esquivando a la gente como un carterista después de un tirón. Normalmente llegaba a la pared de enfrente con el tiempo suficiente de ponerse a buen recaudo antes de que el semáforo cambiara. A vista de pájaro, Félix era la hormiga que abandonaba la hilera. El insecto que cambiaba de ritmo sin una razón aparente, el que no escogía nunca el camino más corto y que, a veces, se detenía sin rebelar el porqué. Cualquier cosa con tal de alejarse al máximo de la circulación rodada.

La ironía de todo ello era que Félix trabajaba como perito especialista en la Dirección General de Tráfico. Su vida se podía resumir con uno de esos chistes de “¿Cuál es el colmo de un pastelero?” o “¿Cuál es el colmo de una enfermera?” El problema es que no había mucha gente que conociera el significado de ‘amaxofobia’ y un chiste no tiene gracia si tienes que explicarlo. Así se resumía la vida de Félix, como un chiste sin gracia. Una vida volcada en el trabajo y con un trabajo de mierda. Aunque no siempre había sido así.

Desde joven había sido un apasionado del volante. Sus padres habían insistido en que estudiara una ingeniería, aunque lo que él deseaba era ser piloto. Mientras iba a la universidad empezó a hacer algunos pinitos por los circuitos de rally amateur, pero nunca llegó a destacar. Se graduó y se convirtió en perito igual que un futbolista frustrado se convierte en árbitro. Trabajó para las principales compañías de seguros de la época y en cuanto salieron unas oposiciones para entrar en la DGT se presentó. Sacó la segunda mejor nota, pero una vez dentro del ministerio su ímpetu y su saber hacer le hicieron ascender

por encima del primero, hasta convertirse en una de las jóvenes promesas de su departamento. Pero aquello pasó hace ya muchos años y a Félix no le gustaba recordar aquellos tiempos.

Poco quedaba del ímpetu de aquel joven, tan sólo su capacidad de trabajo. Su fobia le había imposibilitado para el trabajo de campo y ahora Félix tan sólo podía aplicar su potencial en el análisis de expedientes y archivos. Pasaba ocho horas al día encerrado entre las mismas cuatro paredes de su cubículo –si se puede considerar pared a una mampara– y todas las promesas de ascensos que había recibido en sus inicios ya no eran más que papel mojado. Sus compañeros eran mucho más jóvenes que él e ignoraban su pasado, lo veían como un hombre quemado por su trabajo y próximo a la jubilación. Rondaba por algún cajón de la oficina una bocina de aire comprimido de las que se suelen ver en los partidos y que de vez en cuando hacían sonar a su lado para ver su reacción. Félix estaba cansado ya de la broma pero siempre reaccionaba a aquel sonido estridente como si un camión articulado se le abalanzara encima. Era algo superior a él.

Veinte años atrás Félix adoraba la carretera. Su día a día consistía en viajar de una parte a otra de España en busca de escenarios de accidentes, puntos negros, proyectos de nuevas carreteras, etc. Con un rápido vistazo Félix era capaz de detectar centenares de problemas en potencia y tras tomar unas cuantas medidas y realizar algunos cálculos era capaz de escribir una tesis sobre un cambio de rasante o un cruce mal señalizado. Su potencial lo convirtió en un hombre importante para el ministerio y muchos de los grandes proyectos pasaban por sus manos. Pero eso fue veinte años. Ahora Félix ya no piensa en alcanzar grandes éxitos profesionales, tan sólo en la jubilación. Pasa el 99% de su jornada laboral realizando tareas administrativas, pero todavía hay un 1 por ciento de su trabajo que le hace disfrutar. A veces llega en forma de memorando, otras como una nota a pie de página, también son habituales los documentos descatalogados. Los testimonios son algo excepcional, como el camionero que se presentó a la puerta de su despacho hace unas semanas.

Por lo general, todos los casos extraños pasan por su mesa. No hay una norma escrita, pero hasta Félix llegan todos aquellos asuntos que nadie quiere tratar: todos los expedientes irresolubles y todos los tipos que tienen algo que contar pero a nadie para escuchar. Véase jubilados con quejas que a nadie importan, como un árbol que tapa una señal de ceda el paso; farsantes repudiados por las aseguradoras que se ganan la vida fingiendo atropellos y que buscan a alguien que dé validez a sus testimonios; ingenieros aficionados con grandes ideas para reducir los atascos en hora punta, etc. Un sinnúmero de personajes sin nada mejor que hacer y a quien ninguno de sus compañeros quieren atender. El camionero de hace unas semanas era uno de ellos. Le llegó porque imaginaron que era un típico problema de discos. Casi cada día pasaba por la central algún camionero que afirmaba que su sistema de recuento de horas al volante estaba defectuoso y cada día había un pringado que tenía que redactar un informe al departamento técnico –todo ello

sabiendo que éste iba a caer en saco roto-. Sin embargo, lo primero que le dijo el camionero a Félix cuando se sentó en su cubículo fue: “No me venga usted también con lo de que el cansancio al volante hace ver cosas raras, porque me voy de aquí. Ya estoy harto de repetir lo mismo”. Félix supo al instante que ese tipo le iba a alegrar el día.

-Repítalo sólo una vez más. Siéntese por favor -afirmó el perito acompañándolo al interior-. Empiece por el principio.

-Verá, llevo más de veinte años en la carretera y sé cuando me puedo fiar de mis ojos y cuando tengo que parar para descansar -le respondió el camionero-. Yo no me meto pastillas de esas, como esos jóvenes que se hacen un transporte internacional del tirón y luego duermen dos días seguidos.

-Dígame qué es lo que vio, por favor.

-Yo creo que ya tenía que estar dentro, porque llevaba más de cuatro horas sin parar. Estaba pensando en hacerlo, en echar una cabezada en la siguiente área de servicio, cuando lo vi. Miro por el retrovisor lateral y me parece ver un movimiento por la cortinilla de la parte trasera de la cabina. Cuando me giro para comprobarlo ya no veo nada. Eso sí, se vez en cuando voy echando un vistazo a través del reflejo de la luna delantera para quedarme tranquilo. Ya estaba pensando en lavarme un poco en los aseos y echar una cabezadita cuando veo claramente, a través del retrovisor, como la cortinilla trasera se abre otra vez y asomaba una cara amarilla. ¡Había un tipo allí dentro! Se lo juro por lo más sagrado...

-Le creo, le creo... ¿y entonces?

-Entonces unas luces me cegaron y tuve que esquivar a un imbécil que había apurado demasiado para adelantar a un compañero. De noche la gente se piensa que porque no se encuentre a nadie en sentido contrario durante media hora puede adelantar sin mirar... Si no estuviéramos atentos...

-¿Y la cara amarilla?

-No lo sé. Di el volantazo, enderecé el camión y no volví a verla. Pero puedo asegurarle que estaba allí. Sus ojos eran negros, oscuros, y parecía que tuviera hepatitis. Sabe como tienen los dedos los viejos que han fumado toda la vida... esas yemas amarillas, teñidas de nicotina. Pues ese tipo tenía toda la cara así.

-No se ofenda, pero ¿por qué viene a contar esto a tráfico?

-No me ofendo, pero estoy hasta los cojones de contar esto a todo el mundo y que nadie haga nada. He pasado por la policía nacional, por la local, incluso llamé a la radio y si tengo que venir aquí para que me escuchen, pues vengo. Mire, si hay por la carretera una banda con una nueva forma atracar o un loco capaz de entrar y salir de un camión cuando le parezca, lo tengo que decir a quien pueda hacer algo. Entre los compañeros nos tenemos que proteger.

-Lo entiendo. Yo le escucho. Pero sepa que es poco lo que está en mi mano para ayudarle. No es el primero que viene aquí con una historia similar.

-Todos los locos terminan hablando con usted, ¿verdad? -le preguntó el camionero con

una sonrisa.

–No creo que todos estén todos locos... –Félix no llega a terminar la frase–. Sólo algunos.

–No sé como tomarme eso, pero mire, haga lo que pueda... y gracias por escuchar –el camionero se levanta y le estrecha la mano.

–¡Perdóneme! No quería decir eso –respondió el perito un poco abochornado–. ¿Podría decirme sólo una cosa más?

El perito le muestra al camionero un trotado mapa de la región lleno de marcas y anotaciones. El camionero le señala un punto y Félix lo marca con una nueva cruz y una fecha. Una pieza más en el gran puzzle de Félix. Un rompecabezas al que todavía le faltan muchas piezas pero del que empieza a intuir una imagen. Todavía es algo borroso, un concepto demasiado amplio y complejo del que sólo se pueden vislumbrar algunos retales. Los justos para saber que hay algo oscuro y peligroso en la carretera.

Félix espera conseguir algunas piezas más de su puzzle. Algo que le permita tener algo con pies y cabeza, algo con lo que se pueda presentar a su superior sin que se le desmorone en las manos. Sabe que hace años perdió su reputación, pero espera que le quede algo de crédito como profesional para que le escuchen. Pese a las limitaciones de su actual situación confía en no haber perdido su instinto. Félix intuye que debajo de la montaña de cifras y testimonios que está acumulando en su despacho hay una causa de mortandad desconocida. Tan sólo sabe dos cosas ciertas al respecto: que llevaba más de dos décadas matando y que nadie ha reparado en ella hasta ahora.

Le gustaría pensar que no es más que una ramificación más de su fobia al volante, pero sabe que no es así.

4. La chispa adecuada

LA NOCHE EN QUE DAVID MURIÓ, la carretera no estaba resbaladiza, el tráfico era escaso –por no decir inexistente– y su moto estaba en perfecto estado o, por lo menos, eso fue lo que él me contó. Hay que decir que el joven no estaba en su mejor momento aquella noche, acababa de discutir con su superior y llevaba días arañándole horas al sueño. Estaba llevando a cabo una investigación extraoficial y ese martes había decidido que tenía lo suficiente como para presentárselo a su sargento. Intuía que éste sabía algo más de lo que aparecía en aquellos viejos informes que su superior había firmado diez años atrás. Por aquel entonces su sargento todavía era agente y él un niño enganchado a “Starsky & Hutch”.

David había empezado a investigar a raíz del desafortunado comentario de un compañero en un bar. Podríamos decir que ese comentario, que ni siquiera iba dirigido a él, desencadenó toda la cadena que terminó con la cabeza desnuda de David arrastrándose a setenta kilómetros por hora a lo largo de casi cincuenta metros de asfalto. El desafortunado comentario lo profirió el buenazo de Juan, el único policía de su comisaría capaz de soportar y encubrir durante diez años a un compañero borracho –un trozo de pan o un imbécil, según se mire–. El caso es que Juan estaba arrancando a su compañero de la barra del bar cuando dijo cinco palabras, sin pensar... sin mirar antes a su alrededor.

–¿No querrás acabar como Gimeno?

Una pregunta retórica que habría caído en saco roto si: A) Gimeno no hubiese sido el padre de David y B) David no hubiera estado presente en el bar. Cuando Juan vio al joven al otro extremo de la barra quiso tragarse sus palabras y esperó que éste no le hubiera prestado atención. Pero el joven policía, que iba a morir unos días más tarde, lo había oído a la perfección y ahora mismo encaminaba hacia él.

–No debería dejarle beber tanto –le dijo David al bocazas de Juan mientras éste intentaba levantar a su compañero.

–¿Qué voy a hacer? No tiene familia, sólo nos tiene a nosotros, al cuerpo.

–¡Y que pedazo de cuerpo! –gritó el borracho acompañando sus palabras con un largo y amargo eructo de cerveza, después del cual cayó flácido como un pulpo.

–¿Pero no cree que es peligroso dejarle patrullar? ¿No estaría mejor en un despacho? –inquirió David.

–¿En un despacho? ¿Éste? Si sólo pisa la comisaría para firmar la nómina... Mira David, no te lo tendría que decir, pero el único que conduce el coche patrulla soy yo.

-¿Y los turnos?

-¡Qué turnos? Sí lo dejara conducir se me caería el pelo a él y a mí.

-Déjame ayudarte, anda.

Entre uno y otro consiguieron llegar al coche patrulla y encajarle en el asiento del acompañante. Juan le agradeció a David su ayuda y le pidió un favor.

-No lo comentes, en comisaría.

-Tranquilo, soy una tumba -le contestó, aunque los dos sabían que lo de Méndez era un secreto a voces-. Te puedo preguntar algo... -Juan asintió- ¿qué es lo que dijiste dentro sobre Gimeno?

Juan puso cara de "la he cagado hasta el fondo", tan sólo un instante, pero lo justo para que David lo percibiera. Luego intentó mentir lo mejor que pudo, le dijo que había confundido sus palabras con el ruido del bar que lo dejara correr. Pero David no lo hizo.

-Sea lo que sea puedes contármelo. Será un secreto entre compañeros -le dijo señalando al policía que dormía la mona en el coche patrulla y a Juan no le quedó otro remedio que contárselo.

David siempre había sabido que a su padre le gustaba la bebida -estaba claro que no era el único-, pero que esa hubiera sido la causa de su muerte era algo que no esperaba y era un hecho que no estaba dispuesto a aceptar sin pruebas que lo respaldaran. Así que David se inventó una excusa convincente para pasar unas horas en el archivo y verificarlo por sí mismo. No le fue fácil encontrar el expediente del agente Gimeno, pero al final dio con él. En los años setenta lo más cercano a un ordenador que tenían en aquella comisaría eran los viejos archivadores metálicos ordenados por orden alfabético. Repasó varias décadas de expedientes sin encontrar nada, hasta que se le ocurrió buscar por la "J". Después de una interminable serie de "Jiménez" encontró lo que buscaba: alguien había cometido un error al clasificar el documento. No quería pensar mal, pero aquella habría sido una buena forma de convertir en casi ilocalizable un expediente sin levantar sospechas. Por suerte había terminado dando con él.

David recordaba poco de su padre. Gimeno había muerto cuando tenía unos cinco años y las pocas imágenes que le venían a la mente de su padre eran de las fotografías que su madre había conservado de él y en todas ellas aparecía siempre de uniforme. Agripina les había hablado muy poco de su padre y siempre con las mismas respuestas. Su hermano pequeño, Ricardo, nunca se cansaba de preguntar y Agripina contestaba siempre lo mismo: que había sido un buen policía, que había muerto en acto de servicio y que quería mucho a sus hijos. A base de reiterarlo, tanto él como su hermano habían crecido con una imagen idealizada de su padre. Seguramente por ello, él mismo había terminado entrando en el cuerpo de policía. Sin embargo, ahora que lo veía todo con la perspectiva de los años, se daba cuenta de que las historias que su madre les explicaba tenían más un deje de mentira bienintencionada que de buenos recuerdos. David sospechaba que su madre había sufrido mucho al lado de su padre. Aunque nunca se lo había preguntado, empezaba a pensar que

su madre se había sentido aliviada, en cierto modo, con su muerte. Aunque eso era algo que ella nunca aceptaría.

Uno de los pocos recuerdos que David conservaba de su padre en vida era el de ir a buscarlo al bar. Casi cada noche, cuando la cena estaba lista, su madre le pedía que bajara a la taberna a por su padre. El pequeño David había aprendido a esperarlo junto a la máquina de cigarrillos en silencio –estoy seguro de que si se lo hubiera preguntado me habría recitado de memoria las marcas y los botones de aquella vieja máquina–. David miraba el desteñido anuncio de Rex sin ni siquiera mirar a su padre, simplemente esperaba con paciencia a que terminara su copa de vino y a que lo viera por el rabillo del ojo. En el recuerdo de David su padre, al verlo, le decía que se acercara y le hacía cantar delante de los parroquianos el antiguo himno de la Guardia Civil –el de “Viva España, Viva Franco, Viva el Orden y la Ley”–. Mientras, su padre lo miraba con “orgullo y satisfacción”.

–¡Ese es mi hijo! Ponle una Mirinda, que se la ha ganado –le decía siempre al camarero.

Pero aquello nunca había llegado a ocurrir. Es curioso como la memoria, a veces, endulza la realidad con la miel de los años. Si las neuronas trabajaran como un disco duro con un buen surtido de gygabytes, David habría recordado que su padre, al verle, se levantaba a regañadientes y salía por la puerta casi sin mirarle; que él salía tras él y lo seguía en silencio hasta casa, siempre unos metros por detrás. Puedo dar fe de ello, porque por aquel entonces yo acababa de llegar a la parroquia y pasaba muchas noches en ese bar conociendo a “mi público potencial”. Recuerdo muy bien al agente Gimeno, siempre de uniforme, con el tricornio sobre la barra y una copa de vino en la mano. Si el recuerdo de David no hubiera estado filtrado por el tamiz de su infancia y las historias de su madre, no le habría hecho falta buscar aquel expediente para saber que su padre era la oveja negra del cuerpo.

El cartapacio trasapelado contenía unas cuantas hojas amarillentas, un breve informe de la vida laboral de su padre, un parte del accidente que terminó con su vida y un rápido memorando con los resultados de la autopsia. Todo, redactado en lo que David denominaba el viejo código, un lenguaje tedioso, estricto y descriptivo que había tenido que aprender a interpretar por obligación. Sabía muy bien qué recursos se utilizaban para convertir informes mediocres en expedientes impolutos o para ocultar bajo la semántica más castiza lo que no interesaba revelar. Por lo que habían escrito en el expediente de su padre –o más bien por lo habían omitido–, David entendía que aquellos papeles se habían redactado con una premisa clara: “no tirar más mierda en el asunto”. ¿Quizás para que los de arriba no pusieran pegas a la hora de otorgar la pensión a su viuda? No lo creía.

David leía fácilmente entre líneas: “el agente Gimeno cumplió en su puesto durante más de treinta años –ningún ascenso, su padre era carne de batalla– durante los que sirvió al cuerpo con honor lloviera, nevara o granizara –los peores turnos eran para él, sin duda–”. “La noche de su muerte –no accidente, ni asesinato... quizá un suicidio o una imprudencia– su cuerpo fue encontrado dentro de su coche patrulla fuera de su ruta habitual de trabajo –

la cosa no olía demasiado bien- [...] en el accidente, además del agente, también falleció atropellado un civil”. David nunca había escuchado hablar de aquella persona, pensaba que su padre había muerto sólo pero, en realidad, se había llevado a alguien por delante. En el informe no se especificaba si la muerte había sido accidental o premeditada: simplemente faltaban datos. El informe no era más que una enumeración de detalles superficiales... nada concluyente. Quien había cerrado ese expediente lo había hecho sin conocer la verdadera razón de la muerte de su padre o, lo más plausible, la había ocultado por el bien de la familia –o del cuerpo–.

David echó un vistazo al breve memorando de la autopsia. Era una mala copia en papel carbón de un original a cargo de un tal doctor Masquilla. Un informe breve y no concluyente. Por experiencia sabía que los forenses redactaban dos tipos de informes: los largos y los cortos. Los primeros se daban en los casos en que no se podía localizar una causa principal de fallecimiento y en ellos se volvían meticulosos hasta la saciedad y no olvidaban mencionar ni el más mínimo detalle. Así se cubrían las espaldas, era como decir “Oye, ¡yo he hecho todo lo que he podido!”. Los segundos, los informes breves, se daban cuando la causa de la muerte era evidente. Así que un informe corto y no concluyente – como del de su padre– era algo muy poco habitual.

Por un lado, tenía las historias que su madre le había contado desde pequeño y que hacía tiempo que había identificado como mentiras bienintencionadas y por otro, tenía un rumor y una decena de documentos mal redactados y llenos de lagunas. Si quería conocer la verdad sobre como murió –o sobre cómo vivió– su padre, iba a tener que hacer preguntas incómodas a las personas adecuadas.

Quizá si el bueno –e imbécil– de Juan no hubiera pronunciado aquel inocente comentario, en aquel bar y en aquel momento, a David no le habría picado la curiosidad por la muerte de su padre. Quizá no habría salido tan tarde de la comisaría la noche de su muerte y su mente no habría estado en otro lugar cuando el peligro le acechó en la carretera.

Quizá el desafortunado comentario no habría llegado también a oídos de una tercera persona y habría reavivado las llamas de una venganza que dormía aletargada hacía muchos años.

Cinco palabras que invocaron el recuerdo borroso de un padre y provocaron la muerte de un hijo: ¿No querrás acabar como Gimeno?

5. Km. 345

AGRIPINA REZABA SOBRE LA MANCHA OSCURA que marcaba el lugar donde había sido encontrado la mayor parte de su hijo. El viejo asfalto, gastado por innumerables ciclos de dilatación y contracción había absorbido a través de sus grietas los últimos litros de vida de su hijo, del mismo modo que ahora lo estaba haciendo con las lágrimas de la madre. Los de mantenimiento no pudieron limpiar más que la superficie de la carretera, la mancha se iba a quedar allí muchos años, visible sólo para quien supiera mirar. Cómo las nuevas marcas que el llanto prolongado había hecho aparecer sobre la castigada y arrugada cara de la anciana. Nuevas ojeras de dolor, sobre viejas bolsas de sufrimiento, provocadas por la reciente ausencia de su hijo. No era una imagen agradable de ver, así que mientras ella rezaba yo fijaba la vista en la distancia.

A medida que mi último cigarro del día se acortaba, una extraña figura estaba acercándose por la carretera. Iba tomando forma poco a poco, a medida que avanzaba por el arcén. El extraño personaje no quitaba ojo a la carretera y en cuanto divisaba un vehículo en cualquier sentido saltaba el quitamiedos en busca de la protección del bosquecillo. Hasta que la carretera no quedaba de nuevo en silencio, el tipo no volvía al arcén y continuaba su camino. Observé aquel extraño ritual durante un largo rato, absorto en como el personaje se acercaba lentamente con su irregular marcha.

A unos cien metros empecé a distinguir que su ropa también era extraña: era un mochilero con traje. Llevaba botas de montaña, pantalones de pinza, una gran mochila a la espalda y un maletín en una mano. El sudor había empapado ya toda su camisa y la americana iba por el mismo camino, tenía ya dos manchas oscuras en las axilas. De vez en cuando se secaba la frente y la calva con un pañuelo de tela que llevaba en la otra mano. Siempre sin perder ni un ápice de atención por los posibles vehículos que pudieran pasar.

A unos veinte metros de la cruz, el extraño se detuvo. Dejó la mochila en el suelo, abrió el maletín y consultó algo parecido a una PDA. No llegaba a preciar que estaba haciendo, pero estaba claro que era algún tipo de procedimiento técnico. El extraño realizaba mediciones y tomaba notas. Miraba a un lado y a otro, absorto en su extraño ritual, casi indiferente ahora a la proximidad del tráfico. De pronto miró hacia nosotros y nuestras miradas se cruzaron. Apartó la mirada rápidamente, como el niño que espía a su vecina por la ventana mientras se cambia y es pillado in fraganti. Yo lo saludé con un leve movimiento de la mano y el extraño me devolvió el gesto, recogió todo su material y se acercó.

–Buenos días padre –me saludó Félix secándose la frente.

-¿Padre? ¿Padre de quien? No me gusta lo que insinúa... -no me podía resistir a hacer aquella broma, era superior a mí.

-Creo que me ha entendido mal -me respondió todo azorado-. Perdóneme...

-No, perdóneme usted a mí. Era un chiste y, además, sin mucha gracia.

-No, si sí que tenía gracia... un poco -me dijo aliviado e hierático-. Perdone si soy demasiado directo -continuó el tipo mirando a Agripina que rezaba absorta a los pies de la cruz-. Tengo entendido que aquí murió un joven hace unos meses.

-Sí, esta carretera se ha llevado muchas vidas.

Félix susurró algo para si mismo que no llegué a escuchar.

-¿Cómo dice? -le repliqué con curiosidad.

-Nada... Me preguntaba si ella era la madre.

-Sí, tiene la desgracia de serlo.

-¿Cree que podría hacerle unas preguntas? -Insistió un poco cohibido.

-Es un poco sorda, no se si le entenderá... pero quizá yo le pueda ayudar.

Sentía curiosidad por el personaje. Por su aspecto se reconocía fácilmente que no era policía, ni un curioso que buscara detalles morbosos, ni siquiera un periodista en busca de una lágrima fácil... Tuve el placer de conocer a varios de ellos en los días posteriores a la muerte de David. Un policía joven muerto en extrañas circunstancias puede dar lugar a una historia interesante, todo depende de los detalles que se puedan conseguir en los días posteriores a la muerte, antes de que el tema "noticiable" se enfríe. Pero un mes después del accidente, la muerte de David sólo importaba ya a su madre. La policía había dado carpetazo al asunto rápidamente y los medios ya habían sacado todo el material disponible. Así que ese tipo calvo con tantas preguntas despertaba mi curiosidad.

Félix debió leer la extrañeza en mi cara y me plantó una mano sudada delante.

-Quizá tendría que haberme presentado -me dijo mientras nos estrechábamos la mano-. Soy Félix Díaz, técnico de la Dirección General de Tráfico. Analizo algunos accidentes que presentan irregularidades.

-¿Irregularidades? -aquel tipo calvo me resultaba cada vez más intrigante.

-¿Ve esta recta padre? Ningún bache ni obstáculo, no hay animales salvajes cerca, hace semanas que no llueve... ¿Porqué justo en este punto tuvo que estrellarse el hijo de esta señora?

-Según me contaron fue un error de conducción.

-Eso es lo que se dice cuando se descartan el resto de opciones -dijo Félix con una pequeña sonrisa-, que es lo mismo que decir que no se sabe. Yo intento dar una respuesta más satisfact... más comprensible a los familiares.

-No creo que lo que ella le haga falta en este momento sean respuestas -le contesté señalando a la madre del fallecido.

-Quizás no... Quizás la fe es un buen apoyo al principio -dijo mirándome la sotana-. Pero

después se necesitan algunas respuestas. Me lo ha demostrado la experiencia.

-No le falta razón... usted dirá ¿cómo puedo ayudarle Sr. Díaz?

Sabía que no había respuestas que le sirvieran a una madre para aliviar la pérdida de un hijo, pero entender las causas de su accidente quizá mitigara un poco el sinsentido de su muerte. La policía todavía no había esclarecido la causa del accidente, había muy pocas evidencias y muchas zonas de sombra. Así que decidí ayudar a aquel perito, con un poco de suerte quizás él fuera capaz de arrojar un poco de luz al asunto. Mientras Agripina terminaba de rezar y de colocar unas flores sobre el casco que volvía a estar a los pies de la cruz, le conté a Félix todo lo que, como sacerdote, había llegado a mi conocimiento: donde habían encontrado el cuerpo, en qué circunstancias, el tiempo que había hecho aquella noche. Yo tenía buena memoria y él estaba acostumbrado a tomar notas, así que en unos minutos ya le había puesto al día. Después empecé a ayudarle con las mediciones, más por mi insistencia que porque le fuera necesario. Sentía curiosidad por la metodología de aquel tipo, que parecía querer recopilar hasta la más mínima magnitud cuantificable del escenario. Parecía un científico empirista en plena vorágine renacentista, convencido de que el mundo entero podía llegar a resumirse en una serie de datos y variables.

En un momento dado Agripina se nos acercó y saludó al perito con un ademán sombrío pero cortés. Me sentí casi culpable de estar allí, curioseando el trabajo de aquel desconocido mientras aquella mujer lloraba a su hijo.

-¿Quiere que la acerque a su casa? -le dije acompañando la pregunta con el gesto de coger un volante.

-No -masculló la anciana-. Prefiero caminar.

La despedimos con una sonrisa y ella intentó devolvérnosla. Después se alejó con un paso lento pero constante. Cuando la anciana estuvo a una distancia prudencial el perito me preguntó avergonzado:

-Si no es mucha molestia... ¿podría acercarme a mí a un lugar?

-Por supuesto.

El comportamiento de aquel hombre ya me había parecido extraño hasta aquel momento, pero dentro del coche su conducta pasó a ser algo realmente compulsivo. Lo primero que hizo fue santiguarse antes de entrar. Un gesto que quise interpretar como una deferencia hacia mi uniforme, pero que ofendió un ápice mi orgullo de conductor.

-Es un poco viejo, pero todavía le quedan muchos kilómetros que quemar -le dije cuando vi como Félix miraba mi viejo coche con reservas.

Mi Dodge no estaba en su mejor momento, entendí que pudiera transmitir un poco de inseguridad así que intenté tranquilizarlo. Félix ni siquiera me contestó, se limitó a besar un extraño talismán que le colgaba del cuello mientras entraba en el auto. Después se abrochó y desabrochó dos veces el cinturón. Revisó el seguro de la puerta, cerró la ventanilla y echo un rápido vistazo a los chivatos del salpicadero. Después se puso unas gafas de sol redondas, casi opacas, y unos auriculares fucsia. Conectó un iPod rosa a todo

volumen y se agarró con una mano al asidero de la puerta y con la otra al asiento. Lo más siniestro de la escena fue escuchar lo último de Britney Spears amortiguado a través de sus auriculares durante el cuarto de hora de trayecto restante.

Cuando me pareció llegar al lugar que el perito me había indicado detuve el coche. Félix iba tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que habíamos llegado. Se sobresaltó cuando le toque el hombro. Estaba agarrotado, blanco y todavía más sudado que antes de entrar.

-Gracias padre –consiguió pronunciar.

-No me llame así, por favor. ¿Aquí era donde quería que le llevara?

-Sí, sí. Aquí –me dijo mientras salía del coche casi cayéndose.

Le había llevado a un viejo mirador de una carretera de montaña. Estaba a las afueras del pueblo y tenía una bonita vista de la región. A sus pies, a unos doscientos metros, se abría una gran explanada de gravilla donde los jóvenes solían reunirse para pasar el rato. Empezaba a anochecer y caí en la cuenta de que era viernes al ver la gran cantidad de coches que se empezaban a acumular. Los maleteros se convertían en barras de bar improvisadas, llenas de vasos de plástico de litro, bolsas de hielo y alcohol barato. Parecía que aquella generación hubiese inventado el botellón, pero aquella escena se venía repitiendo en aquel lugar desde hacía muchos años –puedo dar fe de ello-. Treinta años antes de que se acuñara el término, yo ya me reunía con mis amigos en aquel lugar para beber, escuchar música y quemar ruedas. Observar a aquellos jóvenes hacía que los recuerdos vinieran a mi, como quien revisita una vieja película en VHS vista ya mil veces.

Cuando me di cuenta, Félix había desaparecido.

6. El tunero

–¡MAMA! –LE GRITÓ RICHARD A SU MADRE agitando el brazo por la ventanilla–.Sube.

La había visto de casualidad mientras volvía de trabajar. Agripina caminaba absorta en sí misma por el arcén y no reparó en él. Richard tuvo que detenerse y salir del coche para captar la atención de su madre. Ella le dio un beso en la frente y subió al Renault 5 sin mediar palabra.

–He visto que has puesto el casco de David en la cruz –le comentó Richard a su madre, pero esta no contestó–. ¡Digo que he visto el casco en la cruz! –repitió alzando la voz para que le oyera, pero ella, de nuevo, ni se inmutó.

Su madre a veces se hacía más sorda de lo que era y eso le sacaba de quicio. Además, estaba cansado del extraño juegucito que se llevaba con el dichoso casco. Primero había sentido rabia por la obsesión con que su madre trataba aquel trasto, aunque fuera el casco de su hermano muerto. Pero ahora veía algo enfermizo en el hecho de llevarlo una y otra vez hasta aquella cruz. Al principio había sido él mismo quien había acompañado cada día a su madre hasta la cruz. El ritual era el mismo: ella depositaba el casco a los pies del calvario, rezaba un largo rato y luego volvían a casa. El problema era que el casco siempre terminaba volviendo por su propio pie hasta casa. Richard estaba imaginando a su madre caminando sola por el arcén para ir a buscarlo y se ponía enfermo.

–Mama, te he dicho mil veces que a donde tengas que ir te llevo yo. ¡Pero tú ni puto caso! –le repetía cada día al volver a trabajar cuando veía el casco encima de la mesa del salón.

Hacía una semana, a espaldas de su madre, lo había escondido en lo más hondo del altillo, pero cuando había vuelto el casco volvía a estar encima de la mesa. Se puso rojo de rabia imaginando a su madre revolviendo armarios y baúles en busca del maldito trozo de plástico. Así que esa misma noche lo volvió a coger a escondidas y salió con él a la calle con la intención de tirarlo al container. En el último momento se lo pensó mejor y, en un ataque de culpabilidad, decidió esconderlo en el maletero de su coche. Era el casco de su hermano, a fin de cuentas.

A la mañana siguiente el casco volvía a estar en la salita, como si tal cosa. Le había costado imaginar a su madre, con más de sesenta años, trepando en una silla hasta llegar al fondo del altillo. Pero todavía era más raro imaginarla salir de noche, quitándole las llaves del coche y, además, sabiendo de antemano donde encontrarlo. Después de darle muchas vueltas al asunto, dedujo que su madre le había visto por la ventana mientras lo guardaba.

Esa misma mañana, volvió a coger el casco. Lo llevó a un terraplén que la gente del pueblo llevaba años usando como vertedero y lo lanzó con todas sus fuerzas. Era imposible recuperarlo sin salvar una pendiente de diez metros y adentrarse en un mar de basura y runa.

Cuando a la mañana siguiente volvió a verlo en su lugar, pasó de estar harto de él a sentir un profundo respeto, casi miedo, por aquel objeto. Madre e hijo no hablaron más de ello, tan sólo aceptaron, cada cual a su modo, que aquel extraño comportamiento era un mensaje póstumo de David hacia ellos. Agripina –que también había intentado librarse del casco a su modo– había llegado a creer que el último suspiro de su hijo había quedado atrapado en ese pedazo de plástico y tejido ignífugo. Mientras que Richard opinaba que ese casco era la manera de su hermano de repetirle, como había hecho mil veces desde que se sacó el carné, “¡Vigila con la carretera! Recuerda lo que le pasó a Papá”, sólo que ahora se añadía un implícito “¡... y a mí!”.

Ambos se guardaron sus deducciones para sí mismos y Richard decidió que no volvería más a la cruz donde David había muerto. El lugar le inspiraba demasiado respeto. Pero eso sí, se prometió a sí mismo que respetaría los consejos de su hermano a rajatabla.

David le había regalado a su hermano, el mismo día en que se sacó el carné, un viejo Renault 5 de segunda –o tercera– mano. Richard lo recibió encantado a cambio de cumplir con todas las condiciones que le impuso su hermano: nada de correr, nada de alcohol, nada de hacer el imbécil, etc. David sabía que, cuando nadie le viera, su hermano haría lo que le viniera en gana con aquel coche, pero estaba tranquilo por dos razones: 1. Los ojos de un policía nacional abarcan mucho terreno y 2. Poco iba a poder hacer su hermano con un coche de más de 12 años y tan sólo 60 caballos.

Richard se dio cuenta muy pronto que las limitaciones de su viejo Renault tan sólo eran equiparables a las de su sueldo, de modo que no le quedó otra opción que introducirse en el maravilloso mundo del “Tunning de bajo presupuesto”. Se componía de varios principios básicos:

“A menos fricción contra el aire más velocidad”, por lo que cuanto más grande sea nuestro alerón más correrá nuestro coche –lo de la mejora en el agarre es algo secundario–.

“La potencia de un motor es directamente proporcional al ruido que hace”, por lo que cuanto más grande sea el tubo de escape mejor.

La norma anterior también se puede aplicar al sistema de audio, así que siempre hay que contar con unas buenas etapas de potencia, *subwofers*, etc.

Otro principio importante es que un buen “tunero” no sólo debe entender de mecánica, sino que debe tener un gusto exquisito por la decoración: los neones para los bajos, las filigranas de fuego –ya sean pintadas a mano o pegatinas–, y los accesorios excéntricos son las mejores guindas para un buen pastel.

Una pequeña muestra del manual del perfecto tunero de Richard, una fuente inagotable de conocimientos con la que era capaz de convertir cualquier cosa en “un buga de puta

madre”.

Con estos principios en la mano Richard transformó un viejo Renault 5 en una réplica, un tanto achatada, de un Dodge Viper: dos franjas longitudinales azules sobre un fondo blanco cromado –más adelante se dio cuenta que realmente eran dos franjas blancas sobre un fondo azul–, un gran alerón trasero –el Viper era, en su tiempo, uno de los pocos deportivos sin alerón, algo que había que mejorar– y unas llantas que sobresalían varios centímetros de la carrocería –aunque tuviera que cambiarlas cada año para pasar la ITV–. Richard estaba realmente orgulloso del resultado, aunque todo ello no cambiaba que el motor continuara teniendo 60 caballos. Ese era el siguiente paso de su estrategia.

El chico me contó que a los pocos días de encontrar su primer trabajo, como peón en una constructora, se presentó en todos los bancos de la ciudad, con su flequillo de punta reconvertido en ralla hacia un lado, su nómina en un sobre y un catálogo bajo el brazo. Tenía muy claro lo que quería, aunque la respuesta había sido siempre la misma.

–Verá señor Gimeno... cuando una entidad bancaria otorga una hipoteca lo hace sobre un bien que no se desvalore, normalmente un bien inmueble. No podemos otorgarle esta cantidad para que usted adquiriera un...

–...un Dodge Viper GTS –apuntillaba siempre Richard señalando orgulloso la foto del catálogo–.

Ese día, tras darse de morros con todas las puertas de las cajas y bancos de la zona, urdió su plan. Pidió el crédito máximo que le otorgaron a la vista de su contrato por obra y servicio y decidió montar su deportivo por piezas. La idea se le ocurrió en el quiosco: si se podía montar un “fragata clase Santa María a escala 1/100 en 24 cómodos fascículos” también se podía llegar a montar un deportivo por piezas. ¿Por qué no? Así, que Richard había empezado por la carrocería.

Tras unos meses de arduo trabajo había convertido su viejo Renault 5 en lo más parecido a su deportivo ideal y lo había dejado listo para la fase 2. Había convencido a un viejo mecánico de la zona para que le cambiara el motor del coche a bloque. Era imposible encajar los 600 caballos del V10 8.4 L de su idolatrado Viper –tampoco era un motor que se encontrara, así como así, en un chatarrero–, así que Richard tuvo que hacer concesiones. El mecánico encontró un motor Mercedes V6 gasolina proveniente de una ambulancia: 250 caballos a las 4.000 revoluciones. Además, era muy barato... y encajaba.

Richard estuvo tres semanas sin coche, mientras el mecánico conseguía embutir los 6 cilindros en su particular “Viper”. Ansiaba poder escuchar el ruido de su nuevo motor como un niño espera la mañana del 6 de enero, pero el mismo día en que el mecánico llamó para decirle que podía pasar a buscar su coche, también recibió la llamada de la novia de su hermano, Lucía, para decirle que David había muerto.

Pasaron varios días hasta que pasó por el taller a buscar su coche y lo hizo más por la insistencia del mecánico de cobrar su minuta que por ansia de estrenarlo. Podríamos decir que Richard condujo por necesidad –y no por placer– durante las semanas posteriores a la

muerte de su hermano. Pero mientras el dolor se iba mitigando, como una herida que pasa de palpar a escocer, el tunero se iba rindiendo poco a poco al ronroneo de los 6 cilindros en "V". Hasta que un viernes decidió presentar en sociedad a su nuevo juguete.

Los amigos de Richard solían reunirse los fines de semana en un gran descampado de grava a las afueras de la ciudad, justo al pie de la sierra. Era un lugar tranquilo –y cuando Richard decía "tranquilo" se refería a que la policía no solía pasar a molestar–, lo suficiente lejos de todo como para que los chicos no molestaran a nadie con sus equipos de música y sus trompos. Las botellas de vodka se vaciaban a un ritmo tan sólo equiparable al del nivel de gasolina de los depósitos. El olor a goma quemada ya empezaba a inundar el ambiente cuando Richard llegó con su peculiar "Viper". Aquella noche sabía que iba a incumplir muchas de las promesas que le hizo a su hermano, pero había una que pensaba mantener: nada de alcohol al volante. Se lo había prometido a su hermano el mismo día en que le regaló las llaves de su coche y pensaba mantenerla.

Eso sí, nadie había hablado de la marihuana.

7. El cura

AQUELLA NOCHE SONABA UNA VIEJA CANCIÓN de los The Who en la radio. Había sido uno de los éxitos de aquel verano y aunque no se puede decir que fuera nuestra canción, Diana y yo siempre conectábamos al escucharla. Aquel sábado llevaba una blusa hippie de gasa y cuando levantaba el brazo para pasarme el porro de marihuana podía intuir sus pechos a través de la tela. Nos gustaba tumbarnos sobre el capó de mi Dodge y fumar hasta que las estrellas se movían como en un calidoscopio.

-Mi madre siempre dice que quien fuma tiene medio infierno ganado -me dijo Diana disfrutando de su calada.

-¿Quieres saber como ganarte el otro medio? -le respondí y antes de que me diera cuenta tenía la boca llena de humo de marihuana mezclado con el embriagador aroma de su aliento.

Su familia era católica, muy católica -les habría gustado ver en lo que me había convertido-. A ella le gustaba jugar a ser la oveja negra, aunque en realidad era un cordero de piel suave, cariñoso y remolón. Nos encantaba la libertad que se empezaba a respirar a mediados de los setenta. A veces cogíamos la carretera y nos plantábamos en Francia para que nos diera un poco de aire fresco. Veíamos una película S, nos comíamos la boca en algún lugar público sin miedo a represalias y volvíamos con revistas y libros prohibidos dentro de la tapicería. Me había dado un poco de reparo rasgar los asientos de mi Dodge a las pocas semanas de conseguirlo, pero Diana me había convencido.

-Ni se les ocurrirá pensar que has roto un asiento de cuero sólo para esconder un par de revistas. ¿No te das cuenta de que es el escondite perfecto?

Diana podía ser muy convincente cuando quería. Una vez, mientras nos registraban, estuvieron a punto de encontrar un saquito de hierba, pero Diana consiguió despistar al guardia civil enseñando un poco de carne. Se inclinaba un poco para coger algo, el cuello holgado de la camisa le resbalaba por el hombro, lo suficiente para hacer evidente que no llevaba sostén, y justo cuando estaba a punto de enseñar un pezón, Diana se agarraba el cuello de la camisa y se ruborizaba como una colegiala. Habíamos salido de más de un apuro con esa técnica, aunque no era un recurso que me hiciera demasiada gracia. Me hacía sentir un poco cornudo, aunque ella incluso disfrutaba al ver mi cara de celos. Definitivamente, sacrificar unos asientos de cuero era mejor que un agente de aduanas "casi" viera uno de los pechos perfectos de mi chica.

Aquella noche, encima del capó, me conformaba con rozarlos a través de la fina camisa de algodón –cuantas veces me he despertado en la sacristía sudando después de soñar con esos pechos firmes...–, no quería que ninguno de mis amigos se recreara la vista a mi costa. Nos habíamos reunido unos veinte aquella noche, como cada viernes. Por aquel entonces éramos pocos los que nos podíamos permitir el lujo de tener un coche propio y todavía menos los que convencían a sus padres para que se los dejaran. En más de una ocasión los coches volvían a casa llenos de arañazos, sin dibujo en los neumáticos o, en el peor de los casos, con la junta de culata carbonizada. Nos conocíamos todos: el hijo del carnicero con el Citroën Tiburón de su padre, el chatarrero con su seiscientos “Frankenstein” –reconstruido a partir de mil piezas–, Mario el “dos caballos”, Felipe el del Simca 1000 y unos cuantos más. Es curioso que recuerde antes los modelos de sus coches que sus nombres, había un Seat 1500, un 127, incluso un Opel Ascona verde oliva. Por aquel entonces los habría reconocido incluso por el sonido del motor, así que cuando apareció aquel Renault Alpine negro, con las lunas tintadas, y con el motor sobre revolucionado, éste no me pasó desapercibido. “Dos caballos” fue el primero en correr a su encuentro. El tipo apenas bajó unos dedos la ventanilla para hablar con él, pero no necesitaba verle la cara para saber quien era. En cambio, Diana se interesó tanto por el desconocido como por mi desinterés.

–¿Quién es ese?

–Alguien que habría hecho mejor quedándose en su casa –le contesté con mi soberbia juvenil.

Esa misma soberbia, sería la que forzaría el acaecer de los hechos de aquella noche. Primero para aceptar su propuesta, después para buscar venganza. Todo pasó en apenas unos minutos, pero soy capaz de recordar cada segundo de ellos. Como una vieja cinta atrapada en el mecanismo de un radiocasete averiado y condenada a reproducirse una y otra vez.

“Dos caballos” me señala mientras habla con el desconocido del coche negro. Luego corre hacía mí y me explica que el extraño quiere hacer un “James Dean” conmigo. Quien haya visto la película ya sabe de qué se trata, para los que no, tan sólo piensen en dos coches en paralelo a toda velocidad contra un precipicio. Pierde el último en frenar o, en su defecto, el primero en caer. No era algo que soliéramos hacer, pero aquel tipo quería jugarse su Renault Alpine contra mi Dodge 3700 GT. Allá él. Diana se negó a que corriera desde un primer momento. Insistió primero como una gatita, luego con la furia de una leona y después salió en silencio del coche y se colocó entre los dos vehículos que empezaban a calentar motores. Después avanzó unos diez metros dándonos la espalda mientras todos se reunían alrededor. Parecía que la gente se hubiera multiplicado en unos minutos. Todos empezaron a gritar una cuenta atrás desde diez. El desconocido ni se dignó a bajar las ventanillas tintadas. No necesitaba verle, sabía quien era. Cuatro, tres, dos... entonces, como si fuera el semáforo de inicio de carrera, Diana me miró con cara de “tú te lo has ganado” y se levantó la camisa por encima de la cabeza. Sus pechos al aire marcaron el

inicio de la carrera. El Renault Alpine salió quemando goma, yo me rezagué unos segundos comido una vez más por los celos. Pero mi enfado hacía Diana se tornó rápidamente en miedo cuando vi que mi oponente torcía su trayectoria directamente hacia mi chica. Ella con la cabeza tapada por la camisa era incapaz de ver lo que se le veía encima. Le grité con todas mis fuerzas que se apartara, pero mi grito se difuminó entre el rugido de los motores y los vítores de los espectadores espontáneos.

Había revivido aquel instante mil veces en mi mente a lo largo de 30 años y cada una de las veces sentía el mismo dolor, así que agradecí que un ruido metálico a mi espalda me devolviera al presente. Volvía a estar en el mirador, con un cigarro casi extinguido en los labios y los ojos acuosos. Un coche se había salido de la carretera a mi espalda y había acabado empotrado en los árboles que bordeaban la carretera. Mi primer instinto fue correr hacia el accidente, sin pensar siquiera en mirar a los dos lados antes de cruzar. Un coche casi me arroya por no hacerlo. Dio un volantazo para esquivarme y no me dio por segundos. Sus reflejos me salvaron la vida, pero no se detuvo para ayudar. Continuó su camino a toda velocidad una vez recobró su trayectoria, como si nada. Me quedé paralizado en el asfalto, con los sentidos tensos, agudizados, y el regusto metálico de la adrenalina en la boca. El BMW azul estaba en una posición imposible: el morro hacia abajo, los bajos hacía arriba y el maletero recostado contra un árbol, como si una mano caprichosa quisiera hacer un castillo de naipes con deportivos. Parado allí, en medio de la carretera, a merced de cualquier otro coche, imaginé a un niño, jugando con coches de juguete en el patio de su casa. Seguramente fue sólo un flash, pero lo recuerdo con claridad. Luego fue todo muy rápido: saqué al conductor del coche como pude, estaba inconsciente y pesaba mucho. Al quitarle el cinturón cayó sobre el salpicadero, sabía que en estos casos es mejor esperar a los sanitarios, pero el suelo se estaba llenando de gasolina por momentos y los focos rotos continuaban encendidos. Mejor una vértebra rota que quemaduras de tercer grado, o por lo menos eso fue lo que pensé en aquel momento.

El conductor era un chico de unos veinte años que conocía de vista. Sus padres solían venir a la iglesia de vez en cuando, en la misa del gallo o por pascua. Sus visitas a la iglesia se reducían a las de obligado cumplimiento para su nivel social. Su hijo no pisaba la iglesia desde el día de su comunión y si no conseguía que volviera a respirar la próxima vez que lo hiciera iría dentro de una caja.

Tres compresiones, una inspiración, tres compresiones una inspiración... El pequeño hilo de sangre que le caía por la comisura de los labios se mezclaba con mi saliva y el sudor frío que me goteaba por la frente. Entonces no lo pensé, pero si el chico hubiera tenido una enfermedad contagiosa me la habría traspasado con toda seguridad. Continué el masaje cardiaco durante varios minutos.... Quizás dos, quizás diez...

-¡Es que no va a pasar ningún coche por aquí! -inspiración-. ¡Mierda! -compresión, compresión-. ¡Necesito que me echen un cable!

Y alguien pareció echármelo, porque en ese momento el chico tosió con fuerza. La sangre

que hasta ese momento encharcaba sus pulmones llenó el aire como una nube roja que quedo suspendida por un instante y después cayó. El tono de su jersey Lacoste pasó del lila pálido al morado primavera, pero el chico volvía a respirar. Lo incorporé para que no se atragantara con la sangre y recé para que alguien llegara pronto. Tenía mi móvil en el coche, pero no me atrevía a dejar al chico sólo. Alguien tenía que haber escuchado el accidente. El extraño tipo al que acababa de llevar a ese lugar no podía andar lejos.

Entonces el chico me miró –parecía haber recuperado la conciencia– y me dijo tres palabras. Sólo que no era él quien las pronunciaba, eran tres palabras imposibles. De algún modo el aire de sus pulmones había agitado sus cuerdas vocales en un espasmo y una posición casual de sus boca y su lengua había echo el resto. Quería agarrarme a una respuesta racional... Es curioso que en un momento como aquel me refugiara en la razón y no en la fe, pero la explicación fisiológica era mucho más amable que la espiritual.

–Tú la mataste... –me dijo.

Aquellas tres palabras sintetizaban la culpa que me atormentaba hacía más de treinta años. Escucharlas por una voz que no estuviera dentro de mi cabeza, me había abstraído completamente de la realidad... Ya no había adolescente moribundo, ni accidente, ni gasolina en el asfalto... Sólo culpa.

Entonces el coche resbaló del árbol y al chocar contra el asfalto estalló en llamas.

8. Whisky en la rectoría

LLEVABA UNA PEQUEÑA SILLA PLEGABLE EN LA MOCHILA. El vendedor de Ecosport le había dicho que pese a lo poco que ocupaba plegada era muy cómoda, pero no lo era. Quizá sí lo fuera para un alpinista de alto nivel que prefiriera una silla a sentarse en una piedra después de llegar a un campamento base a 4.000 metros de altura. Pero para alguien que se había pasado ocho horas al día con el culo pegado a un butacón de cuero durante más de veinte años, aquella silla plegable no se podía calificar como cómoda. Pese a todo allí estaba Félix, con el culo en la sillita, unos prismáticos en las manos y un mapa extendido a sus pies.

Se había despedido del padre Damián sin una palabra, no por descortesía, sino para no tener que darle explicaciones. Era difícil argumentar porqué estaba allí. Realmente ni él mismo lo sabía, pero tenía una intuición. Sabía que aquella zona era un punto caliente en cuanto a accidentes se trataba, casi todos relacionados con drogas, alcohol o velocidad –o las tres cosas a la vez–, pero Félix creía ver algo más. Había detectado un extraño patrón en la accidentalidad de aquella zona y quería analizarla de cerca para corroborar su teoría. Desde la pequeña loma en que se encontraba, escondido entre la maleza y con sus prismáticos de óptica de alto rendimiento –otra adquisición de Ecosport–, Félix se sentía como un biólogo examinando una granja de hormigas.

Llevaba casi una hora observando al grupo de jóvenes que se reunía en aquel solar. Al principio había una docena, pero ponerse el sol habían empezado a llegar más y más coches. Algunos tuneados, otros al borde de la jubilación... por una causa o por otra más de la mitad de los vehículos allí reunidos no iban a pasar la ITV de este año –por lo menos no a la primera–. Un deportivo azul empezó a hacer trompos sobre la graba, no era el primero que lo hacía, pero sí el que más polvo levantó. La nube de tierra y humo no pareció gustarle a uno de los reunidos que vio como su coche se llenaba de una fina película de polvo. Después de una breve discusión, los dos jóvenes decidieron solucionar sus diferencias en una carrera. Por lo rápido que se montó la contienda y por como se reunió el público alrededor, daba la impresión que aquello formaba parte de la diversión habitual. Desde la lejanía, Félix podía escuchar el ruido de los motores calentando. Arrancaron a la vez y salieron levantando polvo hacia la carretera, primero el BMW azul y unos metros por detrás el Renault 5 tuneado.

Félix los siguió con los prismáticos hasta que se perdieron entre los árboles. Desde su loma privilegiada podía ver algunos puntos de la carretera, curvas que se abrían paso entre los pinos en su ascenso hacia lo más alto del puerto de montaña. De vez en cuando veía el

destello de los focos y un reflejo azul, pero no era fácil seguirlos. Cuando creía que los había perdido escuchó el ruido seco del accidente. Por la intensidad no podía estar lejos de donde se encontraba, quizás a un centenar de metros. El perito rebuscó en su mochila hasta dar con su móvil, marcó el 112 y corrió hacia el lugar del accidente. Por el camino, mientras sorteaba matorrales y raíces, dio aviso del accidente. En más de una ocasión estuvo a punto de caer porque no veía por donde iba. Cuando colgó utilizó la luz del móvil para alumbrar el camino y empezó a avanzar a medio trote. Al poco tiempo la luz se fue mitigando, la culpa la tenía el sistema de ahorro de batería, se disponía a apretar una tecla para volver a activar la pantalla cuando un resplandor naranja lo envolvió todo. Le siguió el ruido de la onda expansiva y después sólo tuvo que seguir la luz mortecina de las llamas en la lejanía.

Cuando salió a la carretera, a unos metros de donde había entrado, las llamas empezaban a perder intensidad, aún así notaba el calor de la combustión en las mejillas. Vio dos cuerpos negros tendidos en el suelo, uno quemado a pocos metros del coche, otro arrojado a cierta distancia. Hasta que no estuvo a mi lado no pudo distinguir si la negrura de mi cuerpo se debía a la sotana o al fuego. Por suerte, la onda expansiva me había lanzado varios metros por el aire, alejándome de las llamas. Estaba un poco conmocionado pero consciente y no tardé en incorporarme. Recuerdo el calor de la explosión como algo muy lejano, como si me encontrara a varios centenares de metros del lugar. Hasta unas horas después de lo ocurrido, cuando pude ver los agujeros quemados de mi sotana, no fui consciente de lo cerca que había estado de morir abrasado.

Los sanitarios no tardaron en llegar. Los turnos de emergencias se suelen reforzar los sábados por la noche, así que si alguna vez deciden acercarse a un coche en llamas, procuren hacerlo en fin de semana. Según le contaron a Félix el chico murió en el acto con el impacto del choque, fractura de la tercera y cuarta vértebra. No sé que habrían pensado si les hubiera contado que lo había visto respirar, abrir los ojos e incluso hablarme varios minutos después de su muerte certificada. Era mejor pensar que nada había pasado.

Mientras yo intentaba volver en mí, abrigado con una manta térmica un poco más gruesa que un papel de plata, el perito hablaba con la policía. En una primera instancia los agentes habían agradecido a Félix su diligencia en el accidente. El perito no sólo les había llamado de inmediato, sino que había asistido a los implicados –yo incluido– y había señalizado el accidente con los triángulos de señalización reglamentarios que guardaba en mi viejo Dodge. Incluso lo trataron como a un colega cuando Félix se presentó como técnico de la DGT. Pero eso fue antes de que le empezaran a hacer las preguntas de rigor: ¿Qué hacía en el lugar de los hechos? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué hacía tan lejos de su demarcación? El perito no tenía una respuesta convincente para ninguna de ellas. Lo único que podía hacer era hablarles de su teoría, tan sólo de una pequeña parte. No estaba tan loco como para contarles la parte referente a las visiones extrañas y a los accidentes sin motivos aparentes. Pero lo poco que escuchó el sargento cuando llegó al lugar del accidente

fue suficiente. Le estrechó la mano y se lo quitó de encima.

–Bien, gracias por su colaboración.

–Pero espere, quizá podríamos colaborar en la investigación –insistió Félix.

–No lo creo Sr. Díaz –sentenció tajante el sargento.

–Pero verá, tengo información que podría ayudarles...

–Yo también tengo información sobre usted Sr. Díaz. Hemos llamado a Tráfico preguntando por usted y sus referencias no han sido muy buenas, por así decirlo.

–Déjeme explicarle –replicó Félix.

–No, yo se lo explicaré. Váyase de aquí ahora y no daré parte de usted en deferencia a la ayuda que nos ha prestado. Pero no quiero volver a verle, ¿de acuerdo?

Por entonces yo ya me había recuperado bastante, lo justo para conducir hasta la rectoría y atacar el mueble bar. Escuché lo justo de la conversación para saber que era el momento de sacar a Félix de allí.

–No se preocupe por él, yo me encargo –le dije al sargento mientras me llevaba al perito cogido por el brazo.

Conocía al sargento lo suficiente para saber cuando estaba de buenas y cuando era mejor dejarlo tranquilo. No era un mal tipo, pero en los momentos críticos se volvía un poco irritable. Lo sabía por experiencia, porque habíamos compartido alguno de esos momentos. Momentos tan críticos como para que me llamaran de madrugada para dar una extremaunción.

Una vez a salvo de la ira policial, Félix fue a buscar su mochila al interior del bosque. Yo aproveché para fumar un par de cigarrillos del tirón y cuando el perito regresó ya estaba en perfectas condiciones para coger el coche. Insistí en que me acompañara a la parroquia, que pasara allí la noche y se tranquilizara, aunque lo que realmente buscaba era a alguien con el que compartir una copa. Me costó convencerle, pero finalmente accedió.

El perito no era muy buen compañero a la hora de beber, casi no tocaba su copa y eso que era un whisky de malta que escondía en la rectoría para momentos especiales. Pero Félix sabía escuchar y eso era suficiente. No le conté lo que aquel chaval me había susurrado antes de morir –si es que no estaba ya muerto cuando lo hizo–, pero sí le expliqué lo que llevaba años atormentándome. No era la primera vez que lo contaba, ya lo había hecho en alguna confesión, pero siempre con medias verdades. Si uno quería conservar su cargo en la diócesis no podía contar según que cosas... A Félix se lo conté todo. Mi relación con Diana, como se había levantado la blusa aquella noche y como el Renault Alpine la había atropellado.

–Estuve afónico varias semanas. Grité con todas mis fuerzas para avisarla, pero ella no veía nada. Puedo imaginar su sonrisa debajo de la blusa, como se vengaba de mi por no escucharla: “No me haces caso, pues ahora todos van a verme las tetas”. Y mientras ese último pensamiento la hacía sonreír como una niña traviesa, yo me desgarraba las cuerdas vocales y una tonelada de metal, goma y cuero se abalanzaba sobre ella.

Unas décimas de segundo después el afilado morro del Renault Alpine partía la espinilla de Diana en dos y enredaba la pierna rota en el eje de su rueda delantera izquierda. Diana giró como una peonza sobre sí misma, mientras su muslo se deformaba un trapo mojado al escurrir. Un segundo después, la pierna de Diana se soltaba y el coche negro terminaba de pasar por encima de ella. La que había sido mi novia aparecía por debajo del parachoques trasero como una muñeca rota. El odio me cegó y en lugar de parar a socorrer a Diana corrí tras mi oponente antes de que se me escapara.

No tardé demasiado en alcanzarle. El Renault no seguía una trayectoria recta, iba dando bandazos a lado y lado. Apreté el acelerador al máximo e impacté con todos mis caballos contra su parachoques. Sabía que no tardaríamos en llegar al borde del precipicio, así que empecé a empujarle por detrás, una vez y otra y otra. Hasta que los dos parachoques se engancharon. Él intentaba girar a uno y otro lado, pero no conseguía deshacerse de mí. Cuando estábamos a unos metros del acantilado frené en seco y mi parachoques se desprendió con un chasquido metálico. El Renault Alpine no pudo frenar a tiempo y desapareció de mi vista con un trozo de mi Dodge todavía enganchado a su parte trasera.

Ni siquiera me regodeé en mi presunta victoria, Diana volvió a mi cabeza como un relámpago. Puse la marcha atrás y derrapé para girar 180 grados. Llegué en menos de un minuto al lugar donde mi novia agonizaba. Se había formado un corralito alrededor de ella. Alguien había ido a pedir ayuda, me dijeron que no la moviera pero me dio igual, me hice sitio hasta ella, la cargué en mis brazos y la subí al coche. Cuando llegamos al hospital ya estaba muerta. Siempre he pensado que si no hubiera perseguido a aquel coche podría haberla salvado.

Félix, que había escuchado en silencio todo el relato, dio un largo trago a su copa. Apenas se había mojado los labios hasta entonces.

-Todos tenemos un pasado que nos persigue -me dijo.

9. La carrera

RICHARD PENSABA QUE CON TODOS LOS CABALLOS que había metido debajo del capó de su coche, las chicas caerían rendidas a sus pies al escuchar el rugido del motor. Pero el ruido no sólo no era agradable, sino que llegaba a ser molesto. El motor del ambulancia había encajado – más vale no saber cómo–, pero lógicamente el Renault 5 no estaba preparado para tanta potencia: ni el tubo de escape, ni el aislamiento acústico, ni la amortiguación...

–Joder, ¿como te han podido meter toda esa tela ahí dentro? –le dijo su amigo Johnny al verlo.

–Apretando –le contestó Richard abriendo el capó–. Doscientos cincuenta caballetes en vivo y en directo.

–Parece mentira que todo esto pueda entrar ahí.

–Pues espera a escuchar el motor. Cuando Elia lo escuche se le van a caer las bragas al suelo...

Richard llevaba tiempo detrás de aquella chica y pensaba que su nuevo coche sería el arma definitiva para conquistarla. Lo tenía todo estudiado en su cabeza: la invitaría a subir, incluso la dejaría conducir si se lo pedía bien, se liarían un par porros... Lo único que no había planeado Richard era que Elia estuviera entre el grupito de amigos que se había reunido a sus espaldas para ver el motor.

–¿Así que se me tienen que caer las bragas al ver esa chapuza? Pues lo tienes claro nene –le dijo Elia con desdén.

Los que escucharon el comentario empezaron a reír. El tunero se puso primero blanco al ver que había metido la mata y luego furioso al ver como todos se reían de él. Salió de la situación con una réplica desafortunada:

–Si vieras esto si que se te caerían las bragas –dijo agarrándose el paquete.

Elia lo miró con asco y se colgó del brazo de Nacho, un pijo que venía al solar a presumir del último regalo de sus padres.

–Enséñame tu Z3, que ese sí que es un coche de verdad –le dijo la chica a Nacho mientras se alejaba del Renault tuneado.

El grupo que se había reunido a ver el nuevo motor de Richard se disolvió en un suspiro. Tan sólo quedó Johnny a su lado. Sacaron una bolsita de maría y empezaron a criticar a Nacho y Elia: a uno lo tacharon de “niño de papá” y a la otra de puta. Desde su Renault 5 podía ver perfectamente como Elia le estaba dando cada vez más cancha a Nacho, mientras

se enrollaban, ella mirada a Richard de vez en cuando y se reía. El buen observador habría deducido enseguida que Elia estaba jugando con Nacho para darle celos, pero el tunero no podía ver más allá del jugueteo de los dos. Y estaba cada vez estaba más furioso.

–Déjala... hay un montón de truchas en el río –le dijo Johnny.

–¡Tú si que eres un trucha!

–¡Que te den Richard! –su amigo salió del coche enojado y lo dejó solo.

El tunero tenía un don especial para los comentarios desafortunados. Cuando se veía superado por la situación se le calentaba la boca. La cosa fue a peor cuando Nacho empezó a hacer trompos para impresionar a Elia. En uno de los volantazos el BMW Serie 3 pasó muy cerca de su Renault 5, le hizo saltar gravilla a la carrocería y le dejó los cristales llenos de polvo. Aquello fue demasiado para Richard: salió de su coche, fue a buscar a Nacho y le vaciló hasta que el pijo se vio obligado a aceptar el desafío.

Si hubieran estado en el siglo XVII habría sido un duelo a pistola, en el año 2009 y en el lugar donde se encontraban el arma eran los coches y el reto llegar el primero a la cumbre del puerto de montaña. Al grito de “¡Carrera, carrera!” todos los reunidos se congregaron en unos minutos alrededor de los dos vehículos: el BMW azul de Nacho y el aspirante a Viper de Richard. Casi todos los fines de semana se organizaba alguna carrera pero Richard no había participado en ninguna, tal como le había prometido a su hermano. Aquella noche rompió su promesa.

Richard se acabó de una larga calada el porro que tenía a medias, Nacho esnifó un poco de coca para ponerse a tono y Johnny empezó a agitar con fuerza una lata de cerveza para dar el pistoletazo de salida. El público vociferó una cuenta atrás improvisada y al llegar al cero una lluvia de espuma de cerveza marcó el inicio de la carrera. Richard piso a fondo y las ruedas delanteras empezaron a derrapar sobre la grava. Todavía no había puesto a prueba los límites de su nuevo motor y lógicamente la tracción de un Renault 5 no estaba preparada para tanta potencia. Nacho salió sin dificultad, su deportivo cogió ventaja rápidamente. Salió del terreno de tierra y llegó al inicio del puerto de montaña rápidamente. Mientras, el coche de Richard continuó coleteando unos segundos por problemas con la tracción. El tunero recuperó el equilibrio entre el gas y embrague y los neumáticos se agarraron al asfalto: el coche salió disparado pero para entonces Nacho ya había ganado una ventaja considerable.

El tunero empezó a hacerse con el control de su coche y curva a curva empezó a recortarle distancia al BMW. Cuando llegaban a alguna recta podía ver como Nacho se perdía por la siguiente curva. “Ya casi era suyo, unos minutos más y lo adelantaría”. Justo cuando ese pensamiento pasaba por su cabeza, doscientos metros más adelante Nacho estrellaba mortalmente su BMW contra los árboles. Richard no pudo escuchar el choque porque su motor sobre revolucionado lo enmascaró por completo. Cuando salió de la curva y vio el coche de Nacho empotrado en un tronco se quedó de piedra. No podía creer que el deportivo azul que perseguía hacia unos segundos fuera el amasijo que se apoyaba

bocabajo contra aquel pino. La imagen lo atraía con tal fuerza que no reparó en el hombre que estaba cruzando en la carretera –imagino que el llamativo color de mi sotana no me hacía demasiado visible–. Todavía iba a una velocidad considerable, no tenía tiempo para frenar, así que dio un volantazo. Consiguió recuperar el control del coche con dos contra volantes y detuvo el coche doscientos metros más adelante, tras un cambio de rasante.

Salió del vehículo con las pulsaciones aceleradas. Notaba en el cuello como el corazón le latía, se sentía como un sapo que hinchaba la papada con cada pulsación. Se apoyó contra un árbol para recuperar el control de su respiración. Desde allí podía ver como la persona a la que había estado a punto de atropellar ayudaba a Nacho. Lo sacó de lo que quedaba de su BMW Serie 3 y cuando estuvieron a una distancia prudencial, el hombre ensotonado empezó a hacerle el boca a boca al chaval... completamente indiferente al gran charco de gasolina que se estaba formando por momentos.

El hombre de negro pareció darse por vencido, dejó de ventilar los pulmones colapsados de Nacho o eso fue lo que a Richard le pareció ver desde la distancia –en realidad yo acababa de escuchar hablar a un muerto–. El charco seguía creciendo. Richard pensó que debía avisarme, pero en ese instante el coche se desprendió y los focos de xenón del BMW crearon una leve combustión en el combustible que se incendió con una llama azulada –casi transparente– que se expandió en décimas de segundo hasta el depósito. Richard no tuvo tiempo de avisarme, tan sólo de taparse el rostro con las manos y notar el calor de la onda expansiva en el dorso de los dedos.

Cuando sus ojos se adaptaron de nuevo a la noche vio como las llamas se retraían unos metros para concentrarse en el metal y el plástico del BMW. La ropa de Nacho todavía ardía y su pelo humeaba, dudaba que sobreviviera a la explosión, sin embargo el cura había salido despedido varios metros y no parecía quemado. Seguramente el cuerpo del joven malherido le había servido de escudo contra las llamas.

Richard ya había dado varios pasos al trote para socorrerme cuando vio como una figura salía como si tal cosa de entre las llamas. Avanzaba lentamente, indiferente al calor, como si el fuego no fuera más que una niebla muy espesa. De repente, sus miradas se encontraron. Richard pudo verlo claramente durante unos segundos: piel seca, anaranjada a la luz del fuego, cabeza rapada y unas oscuras y pronunciadas ojeras que escondían sus ojos. A pesar de ello, Richard notaba su pesada mirada encima de él. El oscuro personaje empezó a correr en su dirección, estaba a poco más de cincuenta metros y no tardaría en alcanzarle. Richard se olvidó del cuerpo inerte del cura y corrió todo lo rápido que pudo hasta su coche. Por suerte las llaves estaban puestas. Lo arrancó a la primera y aceleró tan fuerte que las ruedas derraparon en el asfalto. Mientras los neumáticos recuperaban la adherencia, echó un rápido vistazo por el retrovisor: el calvo de ojos oscuros estaba a sólo unos metros de distancia, muy cerca pero no lo suficiente para alcanzarle.

El Renault 5 salió disparado carretera arriba. Richard pudo ver como aquel desconocido continuaba corriendo tras él y tardó un tiempo interminable en perderlo de vista. No dejó

de mirar por el retrovisor hasta llegar a casa, creía que en cualquier momento volvería a ver a aquel tipo apareciendo tras una curva corriendo como Carl Lewis. Aparcó en dos maniobras, subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la puerta de su piso, abrió la cerradura y cerró de un portazo, sin que le preocupara que el ruido pudiera despertar a su madre. Sólo entonces, en la seguridad de su casa, Richard se sintió a salvo. Cuando recuperó el aliento se sintió casi ridículo por como había salido huyendo.

–Son cosas de la maría y la adrenalina. Nada más –se obligó a pensar.

La luz de la cocina estaba encendida. El resplandor del fluorescente cimbreaaba sobre el pasillo oscuro. Por un momento el pánico lo volvió a sacudir, pero se tranquilizó al escuchar la voz desde el otro lado del pasillo.

–Que delgado te estás poniendo... ¿Ya me comes? –le decía Agripina a alguien con sus habituales problemas de dicción.

Richard pensó por un momento que su hermano David seguía vivo. ¿Con quién sino podía estar hablando su madre a aquellas alturas de la madrugada? Su madre no esperó a que nadie le contestara para seguir hablando.

–¿Cómo es que ya no traes a tu novia por aquí? Hace tiempo que no la veo –de nuevo una pausa–. ¿Ya te tienes que ir? ¿Tan pronto?... Ves con cuidado... ¡No te dejes el casco!

Richard entró en la cocina esperando encontrar a alguien sentado en la mesita, pero sólo estaba su madre... y el casco de su hermano.

–¡Ricardo, que susto acabas de darme! ¿Crees que estas son horas de llegar? Tu hermano acaba de irse, tiene turno de noche.

El tunero prefirió no entender las últimas palabras de su madre. Agripina cada vez vocalizaba menos, pero aquella frase la había pronunciado a la perfección.

10. Lucía

AUNQUE EN REALIDAD DAVID NUNCA SE LO HABÍA PEDIDO, ella continuaba cuidando del hermano de su novio como había hecho él antes de morir. Como policías que eran los dos, sabían de primera mano las tonterías que se podían llegar a hacer con poca experiencia y un río de hormonas corriendo por la sangre. Así que Lucía cuidaba de Richard desde hacía unas semanas, aunque lo hacía sin que él fuese consciente. Si se cruzaba con él mientras patrullaba, lo seguía unos kilómetros para ver en que andaba metido. De vez en cuando llamaba a Agripina y después de hablar de David y de cuanto lo echaban de menos, ella se interesaba por Richard. Hasta el momento no había tenido que intervenir, pero después de aquella noche no lo quedó más remedio que hacerlo.

Ella y su compañero habían acudido a un accidente en la C-42. Era noche de sábado y antes de llegar ya sabían que habría algún joven implicado. Se solían reunir en un descampado cercano los fines de semana para pasar el rato, beber un par de cervezas y hacer un par de trompos. Pocas veces se llegaba a lo de aquella noche, por eso hacían la vista gorda. Habría sido peor que se reunieran en alguna plaza del pueblo y tener que pasar la noche escuchando las llamadas de quejas de los vecinos. Los accidentes que se producían eran un mal menor, pocas veces salía nadie herido. Como mucho se producía alguna contusión o alguna retirada de carné por conducir bebido. Sin embargo lo de aquella noche pintaba mal, la llamada de aviso había hablado de una explosión y en esos casos la cosa se complicaba.

Lucía llegó a la escena justo después de los sanitarios. Había superado los límites de velocidad más de lo debido mientras rezaba para no encontrarse con el Renault 5 de Richard medio carbonizado. Se alegró de ver el BMW, aunque la sonrisa se le truncó al ver el cadáver quemado de Nacho en el arcén. Los sanitarios lo habían cubierto con gasas y lo habían intentado hidratar con una vía. Un mero protocolo, sabían que las heridas eran demasiado graves. Lucía tomó una primera declaración de los dos testigos: de mí y de Félix. No me preguntó que hacía allí con aquel extraño técnico de la DGT, pero sin duda se extrañó y mucho. Le explicamos todo lo que había sucedido, la versión reducida, ya que ambos teníamos partes que ocultar. Después insistió en que me atendieran los sanitarios, yo no había dejado que me pusieran una mano encima hasta que no hubieran hecho todo lo posible por salvar a aquel pobre chaval. Pero al ver que no podían hacer nada más por él, les dejé hacer. Mientras me limpiaban las heridas llegó el resto de la caballería.

El sargento ordenó a Lucía que fuera a tomar declaración a los chavales del solar: “si es

que aún queda alguno”, apostilló. Cuando Lucía llegó, el único a quien encontró fue a Johnny, el amigo de Richard. Imaginaba que si no se había largado era porque su viejo coche no había arrancado. No era la primera vez que su viejo Seat lo dejaba tirado, la mitad del pueblo le había ayudado alguna vez a empujarlo calle abajo.

–Tendrías que comprarte una batería nueva de una vez –le dijo indicándole que bajara la ventanilla.

–No hace falta si tienes unas de éstas –le dijo el chico enseñándole unas pinzas.

–Pues vas a tener que conectarlas a la pila del reloj si no me cuentas que ha pasado aquí esta noche.

–Que yo sepa no ha pasado nada...

–¡No te hagas el listo! Imagino que piensas que sólo tienes que hacer una llamada a un colega cuando me vaya, decirle que ya no hay moros en la costa y que venga a echarle un cable

–Más o menos –le contestó Johnny con una sonrisa pícaro.

–Y no se te ha ocurrido pensar que sería mejor esconder eso en la guantera antes de que llegara la policía... –le dijo señalando la bolsa de maría que había sobre el asiento del acompañante.

Johnny se lo contó todo a Lucía. Sabía que aquello le complicaría las cosas a Richard, pero una cosa era intentar encubrir a un amigo y otra ser trincado por posesión ilegal. A fin de cuentas ella era su medio cuñada, o lo había sido, así que su amigo lo tenía mucho mejor que él para salir de aquel fregado.

Lucía no le contó nada de aquello a su superior. Esperó a que las cosas se calmaran y se presentó a primera hora de la mañana en casa de Agripina. No quería que la mujer se preocupara, por lo menos hasta saber que había pasado, por eso no se había presentado en plena madrugada para interrogar a Richard. En lugar de eso, había esperado hasta primera hora de la mañana y se había presentado como si tal cosa –como si no hubiera muerto nadie– en casa de su antigua suegra. Lucía no la visitaba desde el funeral, pensaba que Agripina se sorprendería al verla aparecer tan pronto, pero la anciana la acogió como si nada hubiera pasado y sin darse cuenta se encontró en la cocina con un café con leche delante. Antes del accidente, cuando su turno coincidía con el de David, solían desayunar los tres juntos. Ahora el sabor del café le parecía más amargo.

–¿Te falta azúcar?

–No, no. Está bien.

Lucía le sonrió y ambas dieron un trago. Antes, mientras desayunaban, Agripina siempre les preguntaba para cuando le iban a dar un nieto. Era casi una costumbre, ellos se lo tomaban con humor y le decían que tiempo al tiempo, aunque la anciana hacía la pregunta muy en serio. Por un momento, aunque pareciera una locura, la agente temió que Agripina rompiera el silencio con aquella pregunta. Así que se le adelantó, preguntándole directamente por Richard.

-Está durmiendo. Ayer llegó tarde.

-¿Le dijo donde había estado? -preguntó Lucia poco a poco y con un tono elevado.

-No lo sé, cuando llegó yo ya estaba rendida. ¿Pasa algo, hija?

-No, nada. Sólo quería preguntarle algo.

-Ahora voy a despertarle -se ofreció Agripina.

-No, ya voy yo -dijo Lucia levantándose-. Si no es mucha molestia podría prepararme unas torrijas como hacía antes.

-¿Con canela? -le preguntó con un tono de voz por encima de lo normal.

-Sí. Gracias Señora Agripina -Lucía no quería que la anciana estuviera presente cuando hablara con su hijo, aunque no escuchara la conversación con claridad iba a entender de sobra que algo malo había pasado.

Richard dormía a pierna suelta vestido con sólo unos calzoncillos. Ni se inmutó cuando la ex de su hermano entró en la habitación. Lucía abrió la persiana de golpe y dejó que el sol inundara la habitación.

-¡Mama! -gruñó Richard tapándose la cara con las sábanas revueltas.

-No soy tu madre. Hoy ni siquiera soy tu amiga, vengo como agente de policía.

Richard se incorporó de golpe. No tanto por la voz tajante de la agente como por la incipiente erección matinal que escondió entre las sábanas.

-Hola Lucía ¿Qué pasa?

-Lo que pasa me lo vas a explicar tú.

-No sé... ¿Qué es lo que pasa? -Richard sabía muy bien a que se refería, pero tenía la cabeza todavía demasiado dormida para pensar en alguna salida.

-Pasa que tú ayer te encaraste con Nacho Vélmez... Pasa que Nacho estrelló su coche mientras jugabais a las carreritas. Y pasa que Nacho Vélmez está ahora en el tanatorio.

-Se estrelló él sólo. Yo no hice nada.

-Vamos a suponer por un momento que no le echaste de la carretera o que no le obligaste a dar un volantazo. Vamos a imaginar que se salió de la carretera él sólo, como tú dices, entonces... ¿Por qué no paraste a auxiliarle? ¿Por qué no llamaste una ambulancia?

-Pues porque no sabía que se había *escoñado*.

-Mira Richard. Me acabas de decir que viste como se estrelló -le había pillado en una incongruencia y se le estaba acabando la paciencia-. Si fueras otro, ahora mismo estarías en comisaría hablando con el sargento. Así que no me vengas con gilipolleces...

Richard se lo explicó todo con detalle, exceptuando la parte del hombre que salía de entre las llamas y le perseguía. Confiaba en Lucia como lo habría hecho en su hermano y sabía que era mejor asumir los hechos.

-Aunque no intervinieras en su accidente, se te puede procesar por negación de auxilio y conducción temeraria. Está penado con cárcel.

-Pero tú no me detendrás ¿no? -suplicó el tunero.

–No, no te detendré. Serás tu solito quien irá a comisaría en una horita para hacer una declaración.

–Joder, David no me habría hecho... –Richard no puedo acabar la frase.

–¡No metas a David en esto! –gritó airada–. Si él estuviera todavía aquí te habría espabilado a hostias... ¡que es lo que te hace falta!

Richard sabía que tenía razón. Si su hermano viviera no sólo le habría espabilado a hostias... lo habría arrastrado a comisaría esposado. Aunque después de pasar la noche en el cuartelillo le habría dejado salir y todo habría quedado en una advertencia. Algo parecido había pasado ya en un par de ocasiones y Richard esperaba, en esta ocasión, volviera a ser así.

–Me visto y voy para allá. Lo siento Lucía.

La agente ni se molestó en contestar. Lo miró a los ojos y salió por la puerta. Richard no pudo evitar mirar como se le marcaban los glúteos con el uniforme. La erección matinal volvió a hacerse evidente.

Nada más cerrar la puerta, Lucía se dio de bruces con Agripina que llevaba una bandeja con torrijas recién hechas. Ya había desayunado pero no podía hacerle un feo, así que cogió una y le dió un mordisco.

–¿Qué ha hecho el crío? –le preguntó Agripina preocupada.

–Una imprudencia grave –le dijo. Sabía que no podría engañar a su instinto de madre–. Tendrá que ir a juicio, pero sin antecedentes y sin restos de alcohol en sangre como mucho le retiraran el carné unos meses.

–¡Ay Dios! –dijo Agripina mientras se santiguaba–. ¿Has dicho algo de un juicio?

–Esté tranquila. Yo me encargo –le dijo Lucía masticando las palabras con el tono más cálido que pudo.

Agripina le dio las gracias, la abrazó y le dio dos besos. Lucía se sintió un tanto abrumada, no estaba acostumbrada a estas demostraciones de afecto. En su familia el cariño siempre era implícito. Su padre era de la vieja escuela, pensaba que manifestar sus sentimientos era síntoma de debilidad y su madre era de las que daba los besos a distancia. David era todo lo contrario, por eso se enamoró de él, y sabía muy bien de quien lo había heredado. Vio a su novio muerto en los ojos de Agripina tan claro como quien mira por una mirilla y tuvo un momento de debilidad.

–Señora Agripina... Asuntos internos va a calificar la muerte de David como fallo humano –lo había mantenido en secreto hasta ahora, pero su familia tenía que saberlo, así que lo dejó ir.

–¿Cómo?

–Que según la policía David murió por imprudencia, negligencia o impericia profesional –le repitió para que le entendiera.

–Le echan la culpa del accidente a él... –pese a los tecnicismos Agripina lo comprendió

tan bien como un perito judicial.

-Le niegan la medalla al mérito policial y el entierro de honores... David venía de un doble turno, conducía sin casco y se estrelló en una recta con mediana, sin ninguna causa aparente que provocara el accidente.

-Él no se cayó sólo, lo juro por mi difunto esposo.

-La única persona que sabe lo que pasó es él y daría lo que fuera por que me lo pudiese decir -dijo Lucía más para ella misma que para la viuda.

Lucía tenía que hablar tan alto para hacerse entender que Richard no tuvo problemas para escucharlo todo desde el otro lado de la puerta. Después de lo que había vivido en los últimos días, el tunero pensó que el deseo de Lucía no era del todo imposible. Ella le estaba haciendo un gran favor y él tenía una ligera idea de cómo podía hablar con su hermano o con lo que fuera que quedara de él.

A fin de cuentas, su madre lo había hecho la noche anterior.

11. Amaxofobia

MIENTRAS LUCIA SALÍA DE CASA DE SU ANTIGUO NOVIO hacia el trabajo, Félix se despertaba en el sofá de la rectoría de la iglesia. Yo me había dormido sentado, recostado sobre una mesa llena de botellas vacías. El perito tan sólo había tomado una copa, mientras que yo había acabado con casi todas las existencias que guardaba en mi despacho y con parte del vino de las misas. Ambos dormidos profundamente esa noche, después de vomitarnos el uno a otro –en sentido figurado, aunque por poco– todas nuestras desgracias. Llevaba tiempo necesiéndolo, pero a un cura le cuesta encontrar a un buen compañero de borrachera que le guarde el secreto de confesión. Aunque Félix era un desconocido, los sucesos de aquella noche lo convirtieron en mi mejor psicoanalista y después de explicarle la pena que me martirizaba, él también me confesó su carga.

Félix había sido una de las grandes promesas que en los años setenta pretendían hacer soplar un poco de aire fresco en las anquilosadas estructuras de la Dirección General de Tráfico. La institución se creó a finales de los cincuenta y en sólo diez años, gracias al desarrollo de la época, el parque de automóviles pasó de miles a millones. La DGT se tenía que enfrentar a un nuevo horizonte para el que no estaban preparados ni los agentes de tráfico, ni las carreteras, ni las normas de circulación. Félix fue una de las grandes mentes que el Ministerio contrató para asumir este reto. Su tarea era reducir la siniestralidad en las carreteras y para conseguirlo no disponían de estudios ni manuales, empezaron a trabajar a base de ensayo y error. Cada vez que se producía un accidente mortal en cualquier punto de la red nacional de carreteras, Félix acudía como perito especializado para analizar las circunstancias, esclarecer la causa y proponer las soluciones. Se pasó cinco años sin pisar un despacho, de siniestro en siniestro, intentando que el sacrificio de unos sirviera para evitar el de otros.

–Hasta que un día, el sacrificio se volvió demasiado real –me confesó Félix–. Estaba acostumbrado a revivir los siniestros en mi mente pero no a vivirlos en primera persona. Ese día entendí que trabajaba para reducir las probabilidades de que un peatón muriera atropellado o de que un coche se estrellara, pero que nunca lograría erradicar esa lacra por completo. Antes me sentía satisfecho si conseguía reducir en un 30% el índice de siniestralidad de un punto negro o si fin de semana morían 5 personas en lugar de 20... Pero realmente no podía garantizar la seguridad de ningún conductor, pasajero o peatón. Una vez llegué a trabajar en un caso de una anciana que murió mientras veía la tele en su sala de estar... un camión de gran tonelaje se empotró en la primera planta de su casa. ¿Que

más da si tenemos una probabilidad entre mil o entre un millón de morir aplastados contra el guardabarros de un trailer? El hecho en sí es que esa probabilidad existe y no va a dejar de existir por mucho que trabajemos.

Félix no me contó que le pasó, pero lo que fuera le hizo cambiar la carretera por el despacho. Lo que experimentó le incapacitó para pisar una vía rodada sin pensar en el peligro que corría. Era el mejor analista de riesgos de la DGT, era capaz de enumerar cien formas de morir cruzando un paso de cebra; quinientas de hacerlo en un autobús; miles conduciendo por ciudad; y el riesgo se multiplicaba en las vías rápidas. Cuando todas esas formas de morir pasaron de ser posibilidades a hechos factibles, Félix se convirtió en un preso de su propio talento. Veía la muerte en cada esquina, en cada semáforo... Si te paras a pensarlo, hay pocos lugares en los que uno pueda estar tranquilo. Casi siempre estamos a la merced de ser arrollados por un camión descontrolado.

Así que Félix continuó trabajando pero alejado del trabajo de campo. Fue trasladado al departamento de documentación, donde se dedicaba a archivar el trabajo de sus compañeros. Su trabajo ya no era reconocido, así que con el tiempo pasó de ser una joven promesa del cuerpo a un viejo documentalista de pocas palabras. Pese a la degradación, su nuevo trabajo tenía algunas ventajas: una era que le mantenía lejos de la circulación rodada; la otra era, que le ponía al alcance una cantidad ingente de datos, informes y estadísticas. Aunque él no fuera capaz de recopilar sus propios datos, podía utilizar el trabajo de campo de los demás para corroborar su hipótesis: que nadie estaba a salvo cerca de un vehículo en movimiento.

Félix había sido tachado de cobarde, de estar “quemado”, incluso la mitad de sus compañeros lo creían un poco desequilibrado. Estaba cansado de escuchar murmullos a sus espaldas, quería demostrar racionalmente que su miedo no era irracional. Tenía que demostrar de forma empírica que cualquier persona que se acercara a una carretera, a una calle o incluso a un camino de cabras era susceptible de morir atropellado. Tenía que racionalizar su miedo para recuperar el prestigio perdido. Era consciente de que el estudio sería largo, sabía que tardaría años en recopilar todos los datos que necesitaba, pero no tenía prisa. Así que lentamente, pero con tesón, empezó a fijarse en todas las partes de siniestro que pasaban por sus manos. Buscaba accidentes mortales que se hubieran dado en circunstancias exentas de peligrosidad: salidas de carretera en tramos rectos, choques a poca velocidad, colisiones sin causa aparente... Circunstancias que Félix había definido como “muertes con probabilidad cero” y que resultaban casi imposibles de detectar. El perito buscaba accidentes imposibles, para demostrar que nunca se podía estar seguro al 100% a bordo de un vehículo.

Para su desgracia, sus compañeros se empeñaban siempre en encontrar las causas de los accidentes. Algo normal, porque su trabajo consistía, básicamente, en encontrar estas causas para poder evitarlas. Siempre buscaban culpables incluso cuando no existían. Así que cuando no encontraban una explicación mejor adjudicaban los accidentes a errores

humanos: si encontraban una colilla fuera del cenicero, el accidente se había debido a que el conductor fumaba; si aparecía una llamada en la factura del móvil unos minutos antes del accidente, el siniestro se debía a que el conductor se había despistado contestando el móvil; si no se encontraba nada mejor, como un rastro de alcohol o drogas en sangre –por mínimo que fuera– se podía optar por un estornudo inoportuno, la picada de una abeja o un destello del sol. Si no se encontraba una solución evidente se buscaba una causa probable o, en su defecto, se inventaba una casualidad fatal. Esto hacía muy difícil el trabajo de Félix y los resultados de su estudio se estaban eternizando.

Después de 30 años de recopilar informes, el perito tan sólo había encontrado unas cuantas docenas de “muertes con probabilidad cero”. Insuficientes para fundamentar su teoría. Sin embargo, a lo largo de su búsqueda había dado con una constante que le había llamado la atención. No eran más que pequeños detalles, apuntes en los márgenes u observaciones secundarias en los informes. Pero Félix había detectado que se repetían con una exactitud sorprendente a lo largo de los años. Algunos testigos de accidentes hablaban personas que había salido de los coches siniestrados por su propio pie para luego desaparecer. Accidentados que nunca habían estado allí. En algunas ocasiones, eran los propios supervivientes de accidentes mortales de necesidad los que habían visto algo. Sus compañeros lo mencionaban en sus informes como algo anecdótico, una ilusión fruto de la adrenalina o una confusión por el shock del momento. El perito había intentado localizar a los testigos, muchos habían olvidado o se habían hecho los olvidadizos, pero otros le habían hablado de una persona de mirada oscura, sin ojos; otros de una sombra amarillenta que había aparecido de la nada; a algunos tan sólo les había parecido ver una cabeza calva. Eran retales fugaces y a veces recuerdos muy distorsionados, pero que solían coincidir en algunos detalles.

Poco a poco, con el paso de los años, Félix había ido olvidando el sentido de su estudio o simplemente se había resignado –de forma casi inconsciente– a que nunca podría corroborar su hipótesis. Sin embargo, se había obsesionado con el extraño hombre de la mirada oscura. Había rebuscado en archivadores llenos de polvo y había encontrado vestigios de su presencia en documentos desgastados anteriores a su entrada en el cuerpo. Había trazado un mapa con los presuntos avistamientos en el que aparecían casi trescientos testimonios, en un área de poco más de 100 kilómetros.

–No sabía quién era, pero sabía dónde encontrarlo. Tardé mucho tiempo en reunir el valor necesario para salir a buscarlo. Era consciente de mis limitaciones, de mi miedo –me confesó Félix–. Busque ayuda en varios psiquiatras y lo único que conseguí fue saber el nombre de mi patología y una receta para psicotrópicos. No fue hasta que hablé con aquel camionero que reuní el valor necesario para hacer algo. Había alguien que llevaba 30 años involucrado con accidentes mortales, no sabía si él era el causante, pero no podía dejarle actuar por más tiempo impunemente. Si yo no era capaz de salir a la carretera a buscarlo, alguien habría en el departamento capaz de hacerlo.

Tan pronto se despidió del enésimo camionero que había sido testigo de la silueta amarillenta, Félix reunió todo el material que había recopilado y se plantó en el despacho de su superior. Al día siguiente el perito abandonaba la DGT con la jubilación anticipada.

Nadie había dado crédito a sus teorías. No los culpaba, era algo difícil de creer y más si venía de un archivero chalado que no había salido de su despacho en tres décadas. Su fobia le había convertido en una persona solitaria, sin familia ni amigos. Se había volcado en su trabajo y ahora que ya no lo tenía, recluido en su domicilio, no dejaba de darle vueltas a su obsesión. Hasta tal punto que acumuló el valor necesario para hacer él mismo el trabajo que no había querido asumir ninguno de sus compañeros... y salió a la carretera en su busca.

12. La médium y el Colacao

RICHARD ESTABA EN EL SOFÁ CON SU MADRE viendo el interminable programa del corazón que emitían todos los sábados. De vez en cuando, le echaba una mirada con el rabillo del ojo para ver si se había quedado dormida, pero Agripina tenía un don sobrenatural para aguantar las interminables pausas publicitarias de más de un cuarto de hora sin dar una cabezada. El que sí que acabó quedándose dormido fue él. Cuando despertó estaban emitiendo un publirreportaje de crecepelos milagrosos, era bien entrada la madrugada y su madre ya no estaba a su lado.

Se acercó a su habitación para ver si se había acostado y vio, como había hecho la noche anterior, la luz de la cocina encendida. Su madre estaba hablando con alguien. Al entrar en la cocina encontró a Agripina sola, no le sorprendió. Estaba sentada en la mesita tomando un café y tenía un Colacao recién preparado delante –aunque la silla estaba vacía–.

–¿Quieres que te prepare uno para ti? –le preguntó su madre al verle.

–No me apetece –dijo Richard.

Su madre se lo quedó mirando fijamente como si esperara algo de él, pero Richard no sabía de qué se trataba.

–¿Se te ha comido la lengua el gato? ¡Tu hermano te está hablando! –le espetó su madre.

–No lo he escuchado bien... –contestó el tunero un poco intimidado por la situación–. ¿Qué es lo que me ha dicho, mama?

–Quiere contarte algo importante.

–¿Qué cosa?

–No lo sé, a mi no me lo ha querido decir.

El tunero veía improbable que su madre estuviera hablando con su hermano muerto, pero deseaba que fuera cierto. Tenía algo importante que preguntarle a David y no perdía nada por intentarlo. Poco le importaba que aquella situación no fuera más que los delirios de una anciana aferrada al recuerdo de su hijo. En aquel momento le pareció que hablarle a una taza de chocolate instantáneo era lo más sensato del mundo.

–No pienso hablar contigo –dijo Richard dirigiéndose a la silla vacía–. Si tienes algo que decirme, díselo a mamá.

–Sois como niños, mira que no querer hablarle a tu hermano... –entonces Agripina calló, como si alguien hubiera tomado la palabra y después se dirigió de nuevo a Richard–. Tu hermano dice que lo que tú ya sabes no fue culpa suya... ¿Qué es eso que tu ya sabes?... Vale,

vale... Dice que alguien le hizo caer... que lo llevaba detrás pero no lo había visto...

–Pregúntale quién era –le ordenó Richard.

–¿De qué estáis hablando...? –le preguntó Agripina al vaso de leche-. ¡Soy tu madre y lo tengo que saber! No me chilles David... ¡No me chilles!

La ventana de la cocina se abrió de golpe y una pequeña brisa agitó los visillos de gasa. Agripina pareció despertar de un trance. Se tambaleó y estuvo a punto de caer de la silla. Lo impidió agarrándose a la mesa con fuerza y volcando la taza.

–¿Qué pasa? ¡Qué pasa! –gritó desorientada.

–Nada mama, tranquila. No pasa nada... –la tranquilizó.

–¿Dónde está tu hermano?

–Estabas soñando mama.

Su madre había sido sonámbula toda la vida, estaba acostumbrada a despertarse en lugares extraños, así que no le dio importancia a lo sucedido. Agripina había tenido problemas para conciliar el sueño desde la adolescencia y lo había combatido con tilas e infusiones primero, y con somníferos y tranquilizantes después. Pese a todo, estas últimas semanas no había conseguido conciliar el sueño más de dos horas seguidas. En ese estado era normal tener alguna alucinación que otra, no le daba más importancia.

El caso de Richard era diferente. Cuando despertó al día siguiente no sabía si lo que había vivido había sido real o simplemente un sueño de su madre, una manifestación de su subconsciente que se negaba a aceptar la muerte de un ser querido. Quizá su hermano le había transmitido a su madre antes de morir un mensaje importante para su él, algo que ella había olvidado decirle y que se había recordado en sueños. Richard intentaba racionalizarlo, pero dentro de él algo le decía que su hermano seguía vivo, de algún modo, y tenía algo importante que decirle. Estaba seguro de que David le había hablado de su accidente, de que alguien lo había hecho caer, alguien que llevaba de paquete. Si eso fuera cierto descartaría el error humano y convertiría la muerte de su hermano en un asesinato y el asesinato de un policía de servicio era una muerte digna, algo que le devolvería el honor perdido y el respeto de sus compañeros. Además, Richard quería saber quién había hecho caer a su hermano de la moto, quien se lo había arrebatado. El cuerpo le pedía venganza.

–¿Te van a meter en la cárcel? –le preguntó su madre mientras desayunaba.

–No, mama. ¡Que estas diciendo!

–Lucía vino a verte. No soy tonta, Ricardo.

Richard había acudido esa mañana a comisaría tal como había prometido, pero había vuelto muy enojado. Las cosas no habían ido exactamente cómo él esperaba. Lo habían dejado salir, pero con cargos y le habían retirado el carné de forma indefinida. No podría conducir hasta que se celebrara el juicio y, si las cosas se torcían, le podían llegar a acusar de imprudencia temeraria y homicidio involuntario. Si se daba el caso, podía llegar a cumplir entre uno y cuatro años de cárcel. La cosa había ido mucho peor de lo que Lucía le había prometido. Sí, le habían dejado salir... ¡pero a que precio!

–Lo siento Richard. He dado la cara por ti todo lo que he podido. Pero la cosa se ha puesto fea. Los padres de Nacho han presionado mucho al departamento, conocen personalmente al sargento –se justificó Lucía al salir de comisaría.

–Yo también tenía conocidos ahí dentro... pero veo que no me ha servido de mucho –le reprochó Richard.

–No te pases chaval, fuiste tú el que la cagó. Lo siento mucho, pero eres el cabeza de turco perfecto.

Richard había llegado a casa hecho una furia. Le dolían los dedos de los pies de pegarle patadas a todo lo que se había cruzado en su camino a lo largo su largo paseo hasta casa. A partir de ahora tendría que cuidar más sus pies, porque sin el carné iba a andar mucho. Después de un par de horas de taladrar su cerebro con bases *progresive* amplificadas por su *subwofer* de 30 euros, Richard empezó a comprender que él mismo se había metido en aquella situación. Su hermano no le habría dejado llegar a ese punto... lo echaba de menos. Recordó la escena que había montado su madre la noche del accidente y esperó a que se repitiera. Si había una mínima posibilidad de que los sueños de su madre sonámbula fueran algo más que sueños, tenía que intentarlo. Tenía que entrar en contacto con David.

La noche del sábado Richard volvió a intentarlo de nuevo, pero esta vez no esperó a que el fantasma de su hermano –o lo que fuera que quedara de él– saliera a su encuentro. Fue él mismo a buscarlo. Esperó a que su madre se quedara dormida en el sofá y corrió a la cocina. Pasó varios minutos en silencio, escuchando el zumbido del fluorescente y los ruidos del condensador del frigorífico como única compañía. Esperaba una señal que no llegaba, así que decidió probar suerte.

–David, no sé si estás por aquí... aunque espero que estés –dijo hablando al aire–. Queremos saber que te pasó, la mama, Lucía y yo, y creo que tú nos lo quieres contar... pero vas a tener que ayudarnos un poco. Yo no puedo escucharte, así que ten paciencia con la mama. ¿Estamos?

Mientras Richard esperaba una respuesta que no sabía si iba a llegar, una brisa agitó la cortina de la cocina. Lo interpretó como un sí.

–¿Todavía estáis con esa tontería? –dijo Agripina entrando por la puerta.

Ninguno de los hermanos contestó. Ni el vivo ni el muerto.

–Vale, vale... como queráis –les espetó Agripina–. Me estoy quedando sorda no lela.

La mujer abrió la nevera y sacó un *tetrabrick* de leche. Mientras cogía un vaso del armario le dijo, como si tal cosa, a Richard.

–David dice que entiende lo que le has dicho... Que siente lo de anoche y que te ayudará. ¿Puedes perdonarlo ya y nos dejamos de jueguecitos? Ya sois mayorcitos para estas tonterías.

–Pregúntale si sabe quien le... quien le hizo la “gran putada” –inquirió Richard.

–¡No digas tacos Ricardo! –le recriminó su madre. Después atendió un momento al hermano invisible y continuó–. ¿Con la cabeza calva y tatuada? ¡No me gusta que os juntéis

con esa gente! ...me da igual que seas policía David.

-¿Dónde lo podemos encontrar? -preguntó Richard al aire confiando en que su hermano le oyera.

-No se puede encontrar -repitió Agripina imitando la severidad con que su hijo muerto se lo había comunicado.

-¿Por qué no?

-El policía es tu hermano, así que el sabrá. ¿Cómo? -tras una pausa Agripina afirmó-. Podría haber un modo...

Richard dudaba un poco de todo aquello, pero había una cosa que era cierta: cuando su madre estaba sonámbula escuchaba a la perfección.

13. Vómitos

FÉLIX DEVOLVIÓ EL POCO ALCOHOL QUE HABÍA INGERIDO en el pequeño retrete de la rectoría. Se sintió un poco mejor pero todavía tenía náuseas. No había bebido más de un vaso de whisky, pero tenía una resaca de varias botellas. El perito no metabolizaba demasiado bien el alcohol. Estaba recostado sobre la fría porcelana del baño cuando escuchó que alguien llamaba al portón de la iglesia. Esperó a que yo me levantara, pero en esos momentos debía de estar rozando el coma etílico. Los golpes en la puerta se repetían con insistencia, a Félix le resonaban con tanta fuerza en el cráneo que decidió hacer frente a las náuseas, incorporarse e ir a abrir la puerta.

-¿Quién es usted? -preguntó entre sorprendido e indignado el hombre que estaba aporreando la puerta-. ¿Dónde está el padre Damián?

-Verá, él no está en condiciones de atenderles en estos momentos. Si me hacen el favor de...

-¿Le huele el aliento a alcohol? -era más una afirmación que una pregunta y el tono era cada vez más airado.

-No, verá... Yo... -Félix no supo como terminar la frase y aquel hombre no le dejó continuar.

-Mire, me da igual quien sea usted. Dígale al padre Damián que haga el favor de atendernos o llamaremos a la diócesis y le diremos que nuestro párroco mantiene relaciones homosexuales con tipos calvos.

-¡Antonio! -gritó la mujer que estaba tras él. Félix ni siquiera había reparado en ella. Tenía el rostro descompuesto por las lágrimas y le había costado un mundo gritarle a quien parecía ser su marido.

-Disculpe, yo no quería... -le dijo el hombre al perito a modo de disculpa-. Nuestro hijo ha muerto esta noche en un accidente. Nos gustaría que el padre Damián oficiara el funeral tan pronto nos devuelvan el cuerpo de Nacho.

Pronunció el nombre de su hijo en un susurro. Después, toda la rabia que había mostrado unos momentos atrás pareció esfumarse de golpe. Escuchó con la mirada baja a Félix mientras éste les decía que él mismo transmitiría el mensaje al sacerdote y que no se preocuparan por nada, que todo estaría preparado. Los despidió y cerró el portal. Esperaba que la policía tardara un mínimo de 48 horas en devolverles el cadáver, era el protocolo habitual que solía darse en esos casos. Sin embargo todo fue muy rápido. El padre de

Nacho estaba bien conectado y consiguió que aceleraran el proceso. El funeral se ofició ese mismo día.

Según me contó después, Félix tardó casi una hora en despertarme, dos más en conseguir que me duchara y aseara, y una en vestirme. Una hora antes del funeral terminaba de ponerme la sotana y me servía un café. Los primeros recuerdos que me quedan de ese día son ya encima del altar. Las manos sobre el frío mármol, un ataúd de nogal a mis pies, con el cuerpo de Nacho aún tibio en su interior, el mismo chico que me había susurrado aquellas malditas palabras la noche anterior. Después de contemplar su cara durante unos minutos interminables, con toda la iglesia llena de familiares, amigos y curiosos, las palabras del sermón empezaron a fluir.

–Pueden sentarse. Hoy veo a mucha gente aquí reunida, familiares y amigos del fallecido... pero también muchos vecinos que quieren expresar su apoyo a la familia de Nacho en un momento... –tosí para aclararme la voz, era consciente de que no conseguía vocalizar lo suficiente– ...en un momento tan duro como este. Porque si ya es duro que un hijo se nos vaya, más lo es que sea tan pronto...

Recuerdo haber visto muchas caras afligidas por el dolor, pero otras muchas estaban allí por curiosidad. Muchos vecinos se habían enterado de que yo había presenciado la muerte del chaval y venían a curiosear –a algunos incluso les habría llegado el rumor de mi “indisposición”–. Estaba harto ya de tanta falsedad, si querían algo de que hablar al salir de la iglesia yo se lo iba a dar.

–Muchos de vosotros sabréis que yo estaba casualmente allí ayer cuando Nacho tuvo su fatal accidente. Intenté ayudarle en sus últimos momentos pero no pude hacer otra cosa que escuchar sus últimas palabras –en ese momento la madre de Nacho levanto los ojos llorosos del ataúd para prestarme atención. Félix, que estaba de pie a un lado del altar negaba con la cabeza, diciéndome que no continuara por ese camino, pero lo hice–. Sí, sí... Nacho me dijo algo antes de morir que me ha hecho pensar mucho. No sé si sabíais que yo mismo, antes de ser sacerdote, me reunía con mis amigos en ese mismo lugar al que acudía Nacho... Me gustaban los coches, como a él... y las chicas... Sí, sí... No siempre se nace en el camino de la fe. ¿Por qué os digo esto? Pues porque yo también hice alguna locura. Hace veintiséis años una chica fue atropellada en ese mismo lugar. No por mí pero casi, me deje cegar por la venganza y ella pagó las consecuencias...

Los susurros pasaron a ser murmullos y los murmullos subieron de tono hasta que la iglesia se convirtió en un bar en noche de partido. Félix intentó subir al altar para hacerme entrar en razón, pero no le hice caso.

–Venga Damián... ya está bien –me dijo cogiéndome por los hombros.

–No, no. Déjame que lo diga. 26 años son muchos años para vivir con esto dentro. Tenéis todos que saberlo... –grité y se hizo el silencio de pronto– esta sotana que visto no es de fe sino de culpa... Sí, sí... ¿y sabéis que es lo que me dijo Nacho antes de morir? Me dijo: Tú la mataste. Y es verdad, porque pude haberla salvado. El diablo habló por su boca. ¡Me

condenó!

Pensé que al confesar aquello delante de toda la comunidad me sentiría mejor, que la carga que me había atormentado todos aquellos años desaparecería o, como mínimo, se haría más liviana. Pero aquellas palabras no cambiaron nada. Me quedé allí de pie, con la solemnidad de mis últimas palabras de predicador barato resonando en el silencio de la iglesia. La culpa seguía allí. Y cuando pensaba que nada podía ir peor, una náusea espontánea me hizo temblar y me vomité sobre la sotana. El hedor agrio del alcohol a medio digerir llegó a las primeras filas, pero hasta la gente que estaba de pie tras la última bancada olió como apestaba mi fracaso y pudo ver como mancillaba todo el trabajo que había hecho por la comunidad.

Félix me arrastró a la rectoría y cerró la puerta. Escuché como algunos me insultaban, como otros comentaban sorprendidos lo sucedido y como nadie salía en mi defensa. Habían venido a surtir de contenidos a “radio macuto” y habían salido con algo que se comentaría en las plazas, las tiendas y los bares de aquel barrio durante semanas, quizá meses.

–¿Cómo ha podido decir algo así? –me recriminó el perito. Yo no me molesté en contestarle–. Ha dado un espectáculo lamentable. Si no estaba en condiciones de dar misa podía haberlo dicho.

–¿Tenía alguna opción? Prácticamente me ha arrastrado al altar... –se lo comenté sin ánimo de reproche, pero con la sinceridad de un borracho.

–Mire... para casi no conocerle creo que soy el único de la parroquia que parece estar de su lado –todavía se escuchaba algún grito tras la puerta de la rectoría–. Como mínimo podría tratarme con cierta consideración...

–No hace falta que esté aquí. No se lo he pedido.

No es que no agradeciera la ayuda de Félix, pero en aquel momento de bochorno lo único que deseaba era estar sólo. Había caído muy bajo. En cuanto todo aquello llegara a oídos de la diócesis podía darme por excomulgado. En la iglesia el perdón se proclamaba de puertas afuera pero, a nivel interno, pocas veces se aplica y algo como aquello nunca se olvida.

–Como veo que mi presencia no es necesaria, me iré –sentenció Félix con la máxima rudeza que le permitió su carácter servicial.

Cerró la puerta y me dejó allí, con el vómito resbalando por la sotana, el ánimo por los suelos y los remordimientos atormentándome más que nunca. La fe no había conseguido hacer desaparecer mis fantasmas, sólo los había arrinconado durante unos años y ahora habían explotado como un tumor. La iglesia no había conseguido exorcizarme, ya era hora de probar otros medios.

Félix salió de la rectoría malhumorado, arrastrando su gran mochila, y los padres de Nacho se le echaron encima nada más verle. El perito les invitó a que pidieran explicaciones a Damián, él nada tenía que ver con lo sucedido. Tuvo que escuchar una larga retahíla de insultos antes de poder abandonar la iglesia y cuando salió por la puerta se

sintió libre de nuevo. Casi no reparó en la proximidad del tránsito rodado y en la lejana posibilidad de ser arrollado por un camión descontrolado o un autobús sin frenos. Digo casi, porque rápidamente, Félix volvió a la seguridad de la acera y se alejó de la iglesia pegado a la pared.

14. Tras las lunas tintadas

A FÉLIX LE SONABA DE ALGO LA FURGONETA QUE ESPERABA a las puertas de la iglesia, pero no recordaba de qué. Se trataba de una Chrysler Voyager totalmente negra, desde la pintura a los vidrios, y habría sido más llamativa de no ser por la suciedad y las pegatinas que abarrotaban su parte trasera y la hacían inconfundible. Yo sí que recordaba cuando lo habíamos visto: la noche anterior mientras fumaba un cigarro envuelto en mantas térmicas. Aquel vehículo había sido uno de los primeros en llegar al lugar del accidente de Nacho y en lugar de dar media vuelta al encontrar la carretera cortada, había aparcado en el parador. Nadie había salido a echar una mano, ni siquiera había bajado la ventanilla, era como si nadie lo condujera. Simplemente había aparcado a una distancia prudencial y allí se había quedado, ni siquiera cuando la policía volvió a abrir el tráfico de la carretera se fue. Si no recuerdo mal, cuando Félix y yo abandonamos el lugar la furgoneta seguía allí. Félix lo vio fugazmente, por eso no la recordaba con claridad, pero el conductor de la Voyager de las lunas tintadas sí que lo recordaba a él.

El perito se alojó en la primera pensión que encontró. Después de la noche que había pasado en la iglesia necesitaba asearse y poner en orden sus ideas. Se dio una buena ducha y se dispuso a repasar sus notas. Tras echar un vistazo a su mapa de “avistamientos”, decidió que al día siguiente volvería al lugar del accidente de Nacho para hacer sus mediciones. Necesitaba analizar el siniestro en frío para poder sacar alguna conclusión... Tenía que averiguar si aquella muerte había sido casual o encajaba dentro del patrón que estaba investigando.

Al día siguiente madrugó. Todavía no había salido el sol y Félix ya había recorrido la mitad del trayecto, quería llegar al lugar del siniestro temprano para no tener que soportar el sol del mediodía en la nuca. Además, era domingo y había muy poco tráfico, tan poco que apenas tuvo que abandonar el arcén de la carretera en un par de ocasiones para ponerse a una distancia prudencial de los vehículos que pasaban. Avanzaba por una larga recta que desembocaba en un pequeño puerto de montaña –la misma recta donde se había estrellado la moto de David unos meses antes–. Tenía una visión privilegiada del tráfico que le venía en contra, por eso vio que había sucedido algo varios centenares de metros antes de llegar al escenario de un nuevo accidente.

Del mismo modo que Damián había visto, días atrás, la figura de un mochilero trajeado acercándose, ahora era Lucía la que detectó la silueta del perito en la lejanía. La habían avisado hacía poco más de una hora, era el segundo accidente mortal que cubría en menos

de 48 horas, y estaba de muy mal humor por varios motivos. Primero: si la situación de Richard ya era suficientemente mala el día anterior, aquello la iba a empeorar aún más. Con una nueva víctima sobre la mesa, tenía todos los números de convertirse en el candidato perfecto para un castigo ejemplar. Segundo: el accidente se había producido a menos de un kilómetro de dónde había muerto su novio hacía tres meses y la cicatriz aún estaba fresca. Tercero: conocía al fallecido, era Johnny, el mejor amigo de Richard. No sólo tendría que declarar en su contra en el juicio, además iba a tener que decirle que su amigo había muerto. Y ahora, cuando pensaba que no podía empeorar esa mañana de domingo, aparecía el extraño personaje que había sacado de sus casillas al sargento la noche anterior.

Félix llegó a unos metros del accidente y se detuvo. En pocos segundos su mirada de profesional había deducido el cómo, el cuándo y el quién... tan sólo le faltaba el porqué. El coche de Johnny estaba destrozado. Se había estrellado contra un punto kilométrico de la carretera, quizá el único mojón de cemento en varios kilómetros. El joven había salido despedido unos veinte metros a través del parabrisas roto y ahora yacía bajo una manta térmica en el centro de la carretera. Las circunstancias eran muy similares a las del accidente de David, la misma recta con perfecta visibilidad, el mismo asfalto en perfectas condiciones, unas condiciones atmosféricas y de visibilidad similares... La misma ausencia de razones plausibles para salirse de la calzada. Lo único que Félix tenía claro era que tendría que hacer una nueva marca en su mapa.

–Es el segundo del fin de semana –le decía el sargento a Lucía con la mirada fija en el cadáver del chico.

–Por lo menos conducía sólo.

–Sí, es uno de los pocos consuelos que tenemos –el primer sol de la mañana arrancaba destellos rojizos de la manta térmica que cubría a Johnny–. El chico era una bomba de relojería. Lo vieron beber en la plaza hasta tarde y en la guantera había varias bolsas de marihuana.

–Conozco a muchos con ese perfil y sin tan mala suerte –Lucía esperaba que su superior no reparara en la presencia de Félix tras el cordón policial, pero era cuestión de tiempo que lo reconociera.

–¿Qué hace aquí ese tipo otra vez? –estalló finalmente el sargento.

Félix estaba entre los pocos que se ha reunido para cotillear. Estaba intentando recopilar toda la información que pudiera sin tener que recurrir a la policía. Había salido escaldado del accidente de Nacho y no quería que se repitiera la escena, pero estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que el sargento se le estaba acercando hasta que lo tuvo encima.

–¿No le dije que no quería volver a verle? –le advirtió enojado.

–No exactamente, me dijo que...

–Pues como si lo hubiese dicho. Mire. Lo último que necesita esta gente es a alguien que remueva más la mierda.

–Yo sólo intento ayudar. Si me dejara explicarle... –Félix intentaba evitar la confrontación.

–Pues no lo haga. Nosotros solos nos bastamos –El sargento no dejó lugar a réplicas y le hizo un gesto a Lucía para que se ocupara de él–. No quiero volver a ver a este hombre por aquí.

La agente se acercó a Félix y con un tono educado pero cansado le invitó a abandonar el lugar. El perito volvió a internar que le escucharan y Lucía le invitó a que pasara por comisaría en unos días. Le dijo que aquel no era un buen momento y el perito comprendió que tenía razón, así que entre incomprendido y resignado continuó su camino hacia la montaña.

Pronto descubrió que no andaba sólo, escuchaba el ronroneo de un motor al ralentí a su espalda. El sudor frío del miedo empezó a gotearle desde la nuca a la espalda: en cuestión de segundos se imaginó arrollado por un resbalón del embrague, aplastado por un choque en cadena, con el empeine aplastado por un neumático... Saltó el quitamiedos con torpeza y sólo entonces reunió el valor suficiente para girarse y verificar si efectivamente tenía un coche a su espalda. Esta vez sí que reconoció a la furgoneta de las pegatinas que había aparcado en el mirador la noche anterior.

Podría haber dicho muchas cosas, podría haber exigido respuestas, pero simplemente se quedó parado. Quizá tuvo miedo o simplemente le parecía ilógico hablar a alguien a quien no podía ver. Observó como el vehículo negro detenía su marcha hasta pararse a su lado y por un momento le pareció que aquel coche se movía sólo –no como el Kit de Michael Knight, sino más bien como el Plymouth Fury de *Christine*–, hasta que la ventanilla se bajó y el halo de misterio que envolvía al Chrysler negro desapareció. El conductor era un tipo mal afeitado, con una melena *heavy* grasienta y una cazadora tejana sin mangas que a penas lograba esconder sus prominentes y flácidos pectorales.

–Sube –le dijo el tipo a Félix como si lo conociera de toda la vida. Orden que el perito omitió por completo y continuó su camino–. ¡Eh tú!

–Déjeme en paz. No le conozco –le espetó el perito sin dejar de caminar.

–¿Dónde vas? Deja que te lleve.

–Prefiero caminar, gracias.

Félix continuaba su camino intentado ignorarle lo mejor que podía, como si el desconocido fuera un mendigo que le pidiera dinero. Mientras, éste le seguía en primera.

–Tu hostel está muy lejos y no creo que en la parroquia te reciban con los brazos abiertos.

–¿Quién es usted? –ahora sí que había llamado su atención.

–Uno que busca lo mismo que tú.

–¿Y cómo sabe lo que estoy buscando? Quizá ni yo mismo lo sepa en este momento...

–Te he visto en los dos últimos accidentes mortales de por aquí... En uno incluso te me adelantaste... No creo que eso sea casualidad.

–Que a usted le guste cotillear en la desgracia ajena no quiere decir que yo también sea

un morbosos que se excita con la sangre fresca –contestó Félix enojado.

–Lo mismo podría decirte yo a ti. Sube, quiero hablar contigo.

Félix lo miró con hastío, estaba harto ya de la insistencia de ese desconocido. La última vez que se había subido a un coche, en mi Dodge, lo había hecho por la seguridad que le transmitía mi sotana. La gente suele asumir que un sacerdote se comporta dentro de su vehículo del mismo modo que lo hace en la iglesia y aquel personaje mal vestido y aseado no transmitía demasiada seguridad. Sin embargo le picaba la curiosidad y el deseo de averiguar que es lo que sabía aquel tipo era casi tan fuerte como su fobia.

El desconocido percibió la duda en la mirada del perito y abrió la puerta del conductor. Félix se sorprendió al ver que tenía las piernas cortadas a la altura de las rodillas.

–¿No te vas a fiar de un inválido? ¿Qué es lo peor que podría hacerte... patearte con los muñones? –le preguntó el tullido con ironía.

15. Patrullando

CURIOSAMENTE, LO MÁS DIFÍCIL HABÍA SIDO CONVENCER a su madre para salir a dar un paseo. Era una mujer casera, que disfrutaba con la rutina de las tareas domésticas y que sólo salía de su casa para ir a comprar, al médico o a la iglesia. Así que era difícil convencerla para salir a dar una vuelta en coche y más aún en plena madrugada. Sin embargo, no había tenido ningún problema para convencerla de que su hijo David ya no estaba muerto y de que tenía que repetirle todo lo que dijera porque no se hablaban entre ellos por una tonta discusión entre hermanos.

–¿Cómo es que hay tanta gente por la calle? ¿Es que hay alguna verbena? –preguntó su madre curiosa.

En realidad era la madrugada del lunes al martes. Se habían cruzado con muy poca gente –eso sí, según Richard– y los que había visto no estaban precisamente de verbena: era gente con turno de noche, alguno en busca de una farmacia de guardia, otros paseando al perro antes de ir a trabajar... Como mucho cuatro o cinco personas en las dos horas que llevaban en el coche.

–Tu hermano dice que pares.

Se detenían continuamente. Su madre le iba indicando, él paraba el coche y esperaba. Si algún insomne los hubiera observado desde su ventana habría visto a un conductor que no sabía a dónde iba acompañado de una mujer en bata –las zapatillas de andar por casa no las habría visto–.

–No saben nada. Arranca Ricardo –le dijo su madre y luego se giró hacia la carretera vacía por la ventanilla y dijo–. Gracias.

Era la segunda noche que patrullaban en busca de alguna pista del asesino de su hermano. Habían empezado por el pueblo y hoy estaban recorriendo las afueras. Richard estaba un poco nervioso, tenía miedo de cruzarse con algún control policial o de que alguien le reconociera y llegara a oídos de Lucía que estaba conduciendo con el carné retirado. Había ido a la comisaría a prestar declaración, como ella le había pedido. Después de repetir dos o tres veces todo lo que sucedió –o casi– la noche del siniestro, le habían dejado marchar, no sin antes aguantar varios rapapolvos de los compañeros de su hermano. Firmó su testimonio y le citaron en los juzgados para un juicio exprés. Aunque no era lo habitual cuando había alguna muerte por en medio, los padres de Nacho habían insistido en acelerar los trámites. Querían enterrar como era debido a su hijo y lo antes

posible. Según le explicaron, era el padre el que había reconocido el cadáver. Al ver el rostro medio carbonizado de su hijo entendió que su esposa no soportaría aquella imagen, era una mujer muy sensible, así que agilizaron los trámites al máximo para enterrar a su hijo cuanto antes. Meses después se comentaría que la obsesión del padre por que su mujer no viera la cara desfigurada de su hijo había sido tal, que había pedido a la funeraria que cerraran el ataúd con remaches.

–Parece que han visto a alguien así, pero hace ya mucho tiempo... no creo que sea la misma persona –opinó Agripina, aunque David pareció discrepar, según dedujo Richard por la cara de su madre–. Tu hermano cree que una cara así no se olvida.

Y era cierto. A medida que se alejaban del centro y empezaban a merodear por carreteras secundarias, los testigos invisibles que afirmaban haber visto al calvo de los tatuajes y la mirada negra eran cada vez más abundantes. Richard estaba muy excitado, eran tantos los testimonios que había decidido apuntar en una libreta los lugares de los avistamientos. Casi siempre lo veían pasar a bordo de un coche, nunca conduciendo, y siempre eran modelos diferentes. Así que Richard y su madre empezaron a referirse a él como el “autoestopista”.

–Estoy cansada hijo, ¿podemos volver a casa?

Era tal la euforia de Richard que éste no había reparado en que su madre estaba cada vez más pálida. Ahora que se fijaba se daba cuenta que su madre había puesto unas caras muy extrañas en las últimas tres paradas. Su madre parecía haber visto algo que no le cuadraba con un simple paseo en coche con sus hijos. Tenía la tez blanquecina y parecían haber aflorado de golpe las ojeras de las horas robadas al sueño en los últimos días. Cuando su madre le dijo que estaba cansada, Richard fue consciente de lo siniestro de su situación: aparcados en el arcén de una carretera que no llevaba a ningún lugar, con su madre en bata y muerta de frío, la única iluminación del reflejo de los focos en el bosque y con el reloj del salpicadero marcando las cinco de la madrugada. Era hora de volver a casa. Si su madre despertaba de su extraño estado de sonámbula en aquel lugar, no sabía como iba a explicarle la situación. Si despertar a alguien en medio de un sueño profundo era malo, Richard dedujo que aquello podía ser mucho peor.

–Ya nos vamos. ¿Quieres que te ponga un poco la calefacción?

Su madre afirmó. Fue lo último que dijo esa noche, porque tan pronto se calentaron las resistencias del Renault 5, Agripina cayó dormida en un profundo sueño. Richard condujo con doble precaución de vuelta a casa, por un lado no quería despertar a su madre con frenadas bruscas y por el otro estaba alerta a cualquier patrulla que pudiera reconocerle. Estaban a varios kilómetros de distancia de la ciudad. No recordaba haberse alejado tanto, pero tardó casi una hora en volver.

Aparcó justo al lado de su casa y despertó lo justo a su madre para poder subirla por la escalera y meterla en la cama. Agripina casi ni se inmutó, parecía andar en sueños recostada en su hijo y pasó del coche a la cama sin ni siquiera abrir los ojos. Richard tenía

miedo de que al día siguiente recordara algo de su paseo nocturno, pero su madre despertó como si no hubiera pasado nada. Eso sí, muerta de fatiga.

-Esta noche he dormido fatal... Me duelen todos los huesos -le comentó a Richard mientras desayunaban.

-Yo hoy he dormido de coña. He soñado que era Fernando Alonso... ¿Tú has soñado algo? -le dijo intentando tirarle de la lengua.

-No... nada que tenga sentido. Siempre tengo unas pesadillas muy raras.

Richard se quedó tranquilo, mientras todo fuera una pesadilla para su madre se quedaba tranquilo. Cuando todo terminara se aseguraría de que durmiera bien. Quizá le pidiera alguna pastillita al amigo que le pasaba la maría...

Estaba a punto de salir a trabajar cuando sonó el teléfono. Cuando Richard escuchó la voz de Lucía al otro lado pensó que la había cagado. Seguramente alguien le había visto la noche anterior y no le había dado importancia, luego cayó en que le habían retirado el carné y se lo había contado a Lucía... y ahora ella le llamaba para decirle que aquello empeoraba todavía más su situación... que si llegaba a oídos del juez la cosa estaría negra y quien sabe que más. Se lo había ganado, pero se había arriesgado por su hermano, así que no le importaban las consecuencias.

-Tenemos que hablar, Richard -le dijo Lucía.

-Te lo puedo explicar.

-¿Cómo? ¿Qué has hecho ahora? -Lucía parecía no saber nada, quizá había metido la pata.

-No, nada. Pensaba que me llamabas por otra cosa...

-Mira, prefiero no saberlo. Tengo que decirte algo importante... tu amigo Johnny ha muerto en un accidente.

16. *Delirium tremens*

TAN PRONTO COMO FÉLIX CERRÓ LA PUERTA de la rectoría me cerré con llave y apuré hasta la última gota de alcohol que tenía al alcance. Acabé de un trago con un tercio de la botella de *Four Rouses* de la que ya habíamos dado buena cuenta la noche anterior. Noté que las manos me dejaban de temblar. Las náuseas tardaron un poco más en desaparecer, casi tanto como los parroquianos de la iglesia. Escuché los insultos hasta bien entrado el mediodía, deduzco que se cansaron de llamar a la puerta cuando empezaron a tener hambre. Unas horas después, bien entrada la tarde, escuché a través de la puerta. como un grupo de feligresas se habían reunido para rezar padrenuestros. No supe si interpretarlos como un gesto de apoyo o como una forma de exorcizar al demonio que pensaban que llevaba dentro. Lo cierto es que su ritmo monótono me ayudó a conciliar el sueño e imagino que al escuchar mis ronquidos desde el otro lado de la puerta se irían indignadas. A última hora de la tarde, cuando el sol estaba ya muy bajo y yo ya había empezado a dar cuenta del vino de misa, el diácono del obispado empezó a aporrear la puerta.

–Esperaba que lo que había llegado a mis oídos no fuera más que una exageración. Pero veo que no lo es –ni siquiera me digné a contestar, pero él tampoco esperó a recibir una réplica para continuar con su sermón–. Tiene suerte de que el obispo no sepa todavía nada de esto, está en el extranjero toda la semana, así que tiene unos días para volver a encontrar su camino. Aunque no lo crea yo también he tenido crisis de fe, Padre Damián – quien lo habría dicho–. Enviaré a un novicio para que se haga cargo de los oficios estos días, pero hágase un favor... no deje que le vean en ese estado de nuevo.

El diácono hizo una pausa esperando alguna respuesta por mi parte. Por aquel entonces estaba llorando como un chaval, quizá fuera por la exaltación de los sentimientos de un borracho, pero aquel discurso me había sorprendido. Nunca habría pensado que aquel diácono, al que había tratado en varias ocasiones y que parecía pertenecer a la vieja escuela, pudiera llegar a mostrar aquel nivel de empatía. Estaba seguro que no mentía respecto a lo del obispo, porque si lo del funeral hubiera llegado a su conocimiento se habría presentado allí de inmediato para excomulgarme. Así que el voto de confianza del diácono me había sorprendido. Valoraba la segunda oportunidad que me brindaba, pero en ese momento no creía pudiera recuperar mi fe, simplemente porque me cuestionaba incluso que nunca la hubiera tenido. De todos modos, agradecía sus palabras.

–No hace falta que diga nada. Piense en ello estos días, no haga nada que empeore su situación y si finalmente decide volver no mencione lo de mi visita de hoy. Tiene siete días,

espero que se encuentre de nuevo a si mismo. Adiós... padre.

-Yo también lo espero -susurre para mi mismo.

Esperé a que todo se calmara. Creo que ya era bien entrada la madrugada cuando salí de la rectoría y lo hice no porque hubiera tomado una decisión, sino por una necesidad: necesitada más alcohol. Le quité la funda protectora a mi Dodge y salí en busca de una gasolinera con tienda 24 horas. Pasé de largo varias de ellas, no quería que me reconocieran, así que conduje durante varias horas -y sí, estaba bebido, no me toméis de ejemplo-. Finalmente, cuando se encendió la luz de la reserva decidí que ya me había alejado lo suficiente.

-Lo siento, no podemos vender alcohol después de las diez de la noche -me dijo un tipo con cara de ex presidiario al otro lado del cristal de seguridad.

-Verá, no sé si me he explicado bien. No quiero comprar un par de cervezas, quiero todas las botellas de licor que tenga a la venta. Hasta la última gota de alcohol.

El tipo pensó que estaba delante de un atracador disfrazado de cura. Imagino que a aquellas alturas mi aspecto dejaba bastante que desear. Tuve que enseñarle mi tarjeta de crédito para que se calmara. Luego improvisé.

-No se alarme, quizá haya escuchado hablar de mí. Soy el padre Damián. Mi congregación se dedica a reunir donativos para vaciar las existencias de alcohol de los locales durante los fines de semana. Luchamos contra la lacra del botellón, trabajamos para que los jóvenes se diviertan sin beber y los alejamos de la tentación. Esta semana le ha tocado a su gasolinera.

El dependiente no sólo me creyó, sino que me aplicó un descuento generoso. Incluso me ayudó a cargar el maletero y el asiento trasero del Dodge de botellas. Parece mentira lo amplios que son los interiores de los coches americanos, porque cuando se acabó el límite de mis tarjetas de crédito todavía quedaba algún hueco por llenar. Mientras me ayudaba, el tipo me explicó que él había encontrado a Jesucristo en prisión y que hacía casi seis meses que no probaba mi gota, incluso me pidió la dirección de mi parroquia para colaborar con mi causa. Tuve que inventármela. A aquellas alturas y en vista a cómo tenía pensado pasar los siguientes días, un pecado más o menos poco importaba.

De vuelta a la parroquia tuve que conducir muy despacio. El tintineo de cristal era contante y no quería romper ninguna botella con un frenazo brusco. El cansancio, o quizá la sed, estaban a empezando a hacer mella en mí. Las luces de los pocos vehículos que me encontraba en dirección contraria me deslumbraban por completo y veía cada vez más borrosas las líneas de la carretera. Imaginaba que si me paraban en un control de alcoholemia iba a dar positivo, pero ¿quién iba a hacerle soplar a un cura?

Llegué sano y salvo al almacén de la parroquia empecé a dar buena cuenta de mi botín. Tenía reservas para varias semanas, así que me prometí que no volvería a conducir estando borracho. Mi Dodge iba a pasar una larga temporada allí aparcado, porque no tenía pensado dejar de beber. Lo necesitaba. Estaba demasiado confuso, acarreaba con demasiada culpa como para cargarla sin ayuda. Cuando amaneció, volví a tapar el coche

con su funda de nylon para protegerme del sol y recosté el asiento para dormir una buena mona.

No os contaré como pasé el día entero allí encerrado sin salir siquiera para orinar, tan sólo que no estaba lo suficiente bebido como para no sentir vergüenza si alguien me veía en aquel estado. Así que no salí a que me diera el aire hasta la noche. Fue tan grato sentir el frío de la noche en la cara que decidí llenar un petate de botellas y salir a dar una vuelta.

No sé como, mis pies me llevaron a la antigua casa de Diana. Ya no vivía nadie de su familia allí, por lo menos nadie que yo conociese. Estuve bastante tiempo bajo la ventana de su antigua habitación, casi podía verla arreglándose para salir a hurtadillas sin que sus padres se enteraran. Imagino que si hubieran sabido que con el tiempo aquel joven descarriado iba a convertirse en cura la habrían dejado salir conmigo encantados. Aunque, en aquel momento, más que un cura, era un hombre escurrido en una sotana con una botella a medias en la mano.

Escuché como se abría una persiana y salí corriendo como un chaval después de tirar una piedra. No quería que nadie me reconociera y dar pie a más cotilleos entre los vecinos, así que paso a paso me fui alejando de la ciudad. Anduve por los suburbios como una sombra negra en la oscuridad de la noche, esquivando a los pocos vehículos que escuchaba pasar y evitando la luz directa de las farolas. Cuando las calles de la ciudad se terminaron continué caminando por los arcenes de las carreteras. No seguía ningún rumbo en concreto, pero de vez en cuando algún solar o algún recodo del camino me evocaban recuerdos de Diana. Nos habíamos recorrido aquellos caminos mil veces, algunos para ir a algún sitio, otros, los que más, para dar vueltas por el placer de rodar juntos sobre el asfalto. Así que eran muchos los recuerdos que me abordaban. Estaba perdido en ellos cuando vi una silueta que se acercaba en dirección contraria. Al principio me recordó a Félix acercándose por la cuneta unos días atrás –parecía que hubieran pasado semanas–, pero esta figura poco tenía que ver con la de un hombre con mochila. Era una silueta extraña, muy baja, alargada, pero humana sin duda... era un hombre arrastrándose.

Corrí a ayudarle. A medida que lo tenía más cerca noté que aquella persona arrastraba algo muy largo tras de sí, como una cinta de casete tirada en medio de la calle con medio carrete fuera del cabezal. Sin embargo aquel tipo no arrastraba ninguna cinta, a unos pocos metros identifiqué claramente varios metros de intestino delgado y buena parte del grueso.

–¿Qué le ha pasado? No se mueva, ahora mismo llamaré a un ambulancia...

Estaba buscando mi móvil por el petate cuando aquella persona levantó la cabeza hacia mí y masculló unas palabras completamente inteligibles. Más cercanas a un gorgoteo animal que a una voz humana. Le habría sido difícil vocalizar algo más claro, ya que llevaba la mandíbula colgando de dos fajos de músculos desgarrados. Parte del cráneo se le había hundido y los ojos estaban envueltos en un velo gris. Me quedé mirando aquella escena inmóvil, como quien ve a alguien tropezar y no hace nada por evitarlo porque sabe que no

llegará a tiempo de esquivar la caída. Aquel hombre estaba muerto, sin duda: sus heridas eran demasiado graves y, aún así, seguía arrastrándose. No sabía que extraños resortes se habían activado en su mente para conseguir que continuara arrastrándose como impulsado por una fuerza imposible.

Cuando lo perdí de vista en la noche, deduje que aquello no podía salir de otro lugar que de mi imaginación. Demasiadas emociones, demasiadas muertes y demasiado alcohol en apenas tres días. Era normal que estuviera delirando. Me alegraba de no haber vuelto a coger el coche esa noche, no estaba en condiciones... ni iba a estarlo en mucho tiempo.

Aquel hombre arrastrándose fue el primero de una larga serie de extrañas visiones que empezaron a atormentarme mientras me perdía por interminables carreteras secundarias. Los motoristas con miembros amputados, las mujeres con los rostros rotos y los camioneros con las tripas reventadas se convirtieron en mis extraños compañeros de borrachera. Por aquel entonces dudaba que nadie más que yo pudiera verlos, pero estaba equivocado.

17. El paralítico

FÉLIX SE ARREPINTIÓ DE HABER SUBIDO a la Chrysler del paralítico tan pronto como lo vio incorporarse a la carretera desde el arcén sin ni siquiera mirar el retrovisor, sin intermitente y dejando una marca de neumáticos en el asfalto. Pensaba que empezaba a tener su fobia bajo control pero aquella situación era excesiva. Estaba en el coche de un desconocido que conducía como un energúmeno, sin ningún aprecio por su seguridad o la de los demás; en un vehículo adaptado para un minusválido que le obligaba a controlar volante, marchas, acelerador, freno y embrague con sólo dos manos y una la tenía ocupada con un cigarrillo. Y por si todo ello fuera poco, aquel coche tenía el cinturón de seguridad del acompañante atascado. Félix había pedido, ordenado, exigido y hasta suplicado que detuviera el vehículo y le dejara bajar.

–Como no pare ahora mismo abriré la puerta y me tiraré en marcha –volvió a insistir Félix a la desesperada.

–Espere un poco, coño, que ya casi llegamos –le increpó el conductor entre extrañado y divertido por el comportamiento del perito.

Félix cumplió con su amenaza e intentó abrir la maneta de la puerta, pese a que en aquel momento irían a unos 120 kilómetros por hora. Por suerte, el resorte no respondía. Estaba activado el seguro.

–No insista, hay un sistema de seguridad que impide que la puerta se abra con el coche en marcha.

Completamente impotente, Félix no sabía si hacerse con el volante o ponerse a llorar. Estaba empezando a notar los ojos llorosos cuando el paralítico salió de la carretera con un volantazo y freno en seco en el parking de una gasolinera. Tan pronto se detuvo el coche, Félix abrió la puerta y cayó de rodillas al suelo agradecido de pisar suelo firme.

–Parece el Papa, ahí tumbado, ¿por qué no le pega un morreo al suelo? –le preguntó el tullido divertido.

–Mire. Si tiene que decirme algo dígame ya y déjeme en paz –contestó Félix indignado.

–Siéntate por favor –le dijo señalándole el asiento del coche.

–No pienso volver a entrar ahí dentro.

–Como quieras... ¿por donde quieres que empiece?

–Por ejemplo, me podría decir ¿por qué era tan importante traerme a una gasolinera?

–Para comprar unos bocadillos... tengo hambre. Creo que ya es hora de desayunar.

–¡Olvídese de mí! Ya he tenido suficiente paciencia con usted –Félix se levantó y empezó a alejarse del vehículo.

–Perdona, no sabía que te entraría el tabardillo en el coche. Es mi forma de conducir, no lo he hecho a propósito –le dijo el parálítico desde el coche mientras seguía al perito en primera–. Tan sólo quería invitarte a un bocado y hablar un poco. Nada más.

–Hablemos. Pero fuera del coche.

–Pues va a ser que no...

El parálítico le explicó que no llevaba silla de ruedas, así que acercó la furgoneta a una zona de picnic y aparcó con la ventanilla del conductor justo al lado de una mesa. Mientras, Félix fue a comprar unos sándwiches embasados y unos cafés instantáneos “autocalentables”. Los dos dieron cuenta rápidamente de su desayuno prefabricado.

–Gracias por invitarme –dijo el conductor del coche de las lunas tintadas y terminó la frase con un sonoro eructo–. Por cierto, me llamo Quique.

–Félix Díaz.

Los dos extraños se dieron la mano a través de la ventanilla. Félix esperó en silencio a que Quique le explicara de una vez que hacían allí. En lugar de eso, el parálítico conectó una radio de onda corta y empezó a rastrear los canales. El ruido de la estática hizo más patente, si cabe, el tenso silencio que se estaba instalando entre los dos. Una voz lejana y distorsionada rompió el hielo. Félix apenas pudo entender un par de palabras, pero le bastaron para deducir que se trataba de una patrulla de policía.

–Así es como yo consigo llegar antes que nadie a los accidentes –afirmó Quique–. Ahora explícame cómo coño lo haces tú.

–Yo no busco accidentes, sino lo que los provoca. Lo de la otra noche fue casualidad –sentenció Félix con un ápice de duda.

–¿Y lo de esta mañana?

–También.

–No lo creo. Escuché como hablabas con la policía después del accidente. Les hablaste de una constante, de algo que vincula los accidentes, de testimonios que declaraban haber visto a un tipo extraño. ¿Qué es exactamente lo que sabes de ese tío?

–De ese “tío” poco, sólo lo que he escuchado de quienes lo han visto. No es el quien me importa, ese tipo es una incógnita más a aislar. Lo que realmente busco es la constante que se oculta detrás de estos accidentes.

– “El Caminante” no es una incógnita. Es la constante que estás buscando.

Con aquellas palabras, Quique captó por fin la atención Félix. El parálítico le explicó que la primera vez que vio al tipo calvo de la mirada oscura fue el día de su accidente, el día en que perdió las piernas.

–Aquí donde me ves yo antes era un piloto de Rallyes de puta madre. ¿Has oído hablar del Oso Solitario? –a Félix le sonaba muy remotamente–. Pues ese era yo. Antes de que me

cortaran por la mitad.

-¿Sabes por qué me llamaban así? Porque en la montaña no había nadie más fuerte que yo. En las rectas es muy fácil pisarle a fondo, es cuestión de mecánica, pero en las curvas es donde le marcan las diferencias entre los pilotos -Quique imitó un par de volantazos con cara de velocidad-. Gané cuatro veces seguidas el rally de tierra más duro de la península... ¿Sabes a cual me refiero, no? -Félix no era un experto en conducción deportiva así que afirmó pese a no tener ni idea-. Pero entonces... pum. No me dejaron volver a participar. Decían que era peligroso, pero te aseguro que incluso con el acelerador en el volante les podría seguir dando caña. Conducir es cuestión de notar la carretera debajo de uno, de notar como se agarra la goma en la carretera... Mira a Mike Doohan, perdió la sensibilidad de una pierna en un accidente y decidió poner el freno de su moto en el pulgar derecho. Antes de su accidente había ganado dos subcampeonatos mundiales de motociclismo de 500 C.C., pero después, con su moto adaptada, arrasó. Fue el rey cuatro años seguidos. A mí, después de mi accidente, la federación no me dejó ni sonarme los mocos en un coche de rally.

Quique quedó en silencio, con la mirada clavada en un punto más allá de la luna delantera. Félix le preguntó, con mucho tacto, cómo y donde se había producido el accidente. Quería comprobar si el siniestro de Quique aparecía en sus archivos y si cumplía con la constante de los otros casos de la zona. El paralítico contestó sin problemas a sus preguntas, incluso se prestó a acompañarle al lugar del accidente.

-No pienso volver a subir a ese coche si antes no arreglas el cinturón.

-Eso está hecho. Entra -le dijo abriéndole la puerta del acompañante, pero Félix no tenía intención de hacerlo-. ¿Tendremos que llevarlo al mecánico para que lo haga, no?

-Esta bien, pero conduce con precaución. Por favor.

Félix decidió hacer de tripas corazón y volver a entrar a aquel coche. El testimonio de Quique era algo por lo que valía la pena pasar un mal rato. Además, algo le decía que sabía mucho más de lo que le había contado sobre el que había apodado como "El Caminante". Tendría que seguirle el cuento para que le relevara sus cartas, así que subió a la Voyager negra. Tan pronto cerró la puerta, Quique arrancó y se incorporó de un volantazo a la carretera principal, casi sin mirar.

-¡Usa el retrovisor y los intermitentes por el amor de Dios! -exclamó colérico el perito.

-Lo siento, es la costumbre.

18. Cabeza de turco

LA MUERTE DE JOHNNY ERA EL SEGUNDO ACCIDENTE MORTAL de su demarcación en apenas 48 horas y venía a engrosar una lista de siniestros cada vez más larga. Lucía no supo quien había realizado la llamada a su sargento pero intuía que había sido alguien de las altas esferas exigiendo responsabilidades. El sargento había convocado una reunión del departamento al completo esa misma tarde y les transmitió unas premisas claras.

–Tolerancia cero con las imprudencias al volante. Quiero que cada vez que se detecte una infracción de tráfico en nuestra circunscripción, ésta sea sancionada. Vamos a triplicar el número de controles: no quiero ver cinturones sin abrochar, conductores de motos sin casco, gente fumando o hablando por el móvil... Y preparaos para hacer horas extra por las noches, porque no pienso dejar que una persona que se haya bebido un par de copas vuelva a tocar un coche en esta ciudad. ¿Entendido?

El personal del departamento asintió al unísono con una respuesta firme y resignada. Sabían que aquello les iba a comportar un gran desgaste: no sólo en horas de trabajo, sino en su relación con los vecinos.

–Bien, eso es todo –dijo el sargento dando por concluida la reunión–. Agente Magallanes, acompáñeme a mi despacho.

Cuando Lucía escuchó el tono con que habían pronunciado su nombre supo que la cosa se iba a complicar para Richard. Acompañó al sargento hasta su despacho sin decir una palabra. Una vez dentro su superior le confirmó sus sospechas.

–Sé que es el hermano de un compañero fallecido... que intenta dar la cara por él, pero no podemos darle un trato especial –sentenció.

–Ya le hemos retirado el carné y le hemos procesado por conducción imprudente –le recordó Lucía.

–No es suficiente.

–¿Antonio Vélmez ha vuelto a llamarle para presionarle? –inquirió la agente indignada.

–No me gusta lo que está sugiriendo, agente Magallanes. No siga por ahí si no quiere ser expedientada –le advirtió su superior inflexible pero tranquilo–. Antonio Vélmez es un padre que ha perdido un hijo, es normal que busque justicia. Y mientras usted sea una agente de este departamento no debe cuestionar a sus superiores.

–¿Del mismo modo que usted no cuestiona a los suyos?

Lucía sabía que estaba cruzando una línea muy estrecha y que aquel comentario podía

traerle problemas. Por un momento, la mirada del sargento se clavó en la suya, pero cuando ya se veía degradada, el sargento esbozó los primeros trazos de una sonrisa.

-Los tiene bien puestos Lucía, pero ya debería saber como funciona esto. Dos chavales mueren en un fin de semana y nosotros debemos decirles a sus padres que han muerto, buscar a los culpables y hasta llamar a la patrulla de limpieza para que limpie la sangre del asfalto. En cambio los de la capital no ven más que un número que salta de la estadística. Tan solo les importa que los muertos de nuestra demarcación no superen la media del estado y si lo hacen poner medios para evitarlo.

-Cuestionando nuestro trabajo -inquirió Lucía.

-Sí, somos cuestionados. Cargamos con el trabajo sucio y yo termino recibiendo una llamada. ¿Entiende mi situación?

Lucía se mordió la lengua y el sargento tampoco le dio tiempo de replicar. Estaba perdiendo un tiempo precioso dando explicaciones a la agente porque valoraba su trabajo, pero la paciencia se le estaba agotando.

-Mire Lucía. Voy a acusar a ese chaval de homicidio involuntario y no por que crea que lo merezca, sino para que sirva de lección sus amigos. Para que vean de cerca lo que pasa cuando se exceden los límites. Y nadie mejor que el hermano de un agente de tráfico para que sepan que no hacemos tratos preferentes. Intento que lo comprenda, aunque no lo apruebe.

-Tiene razón, no lo apruebo y no porque el chaval no tenga parte de culpa, sino por su madre. Creo que después de todo lo que ha sufrido, este departamento tiene una deuda con esa mujer.

Lucía pensaba que Agripina no tenía porqué sufrir por las desgracias de su hijo, aunque éste se las hubiera buscado. El cuerpo le había traído la desgracia a aquella mujer: primero la había hecho enviudar, luego le había arrebatado a David y ahora, el único hijo que le quedaba, tenía muchos números de entrar en prisión.

El sargento tardó en contestar. Maduró su respuesta y finalmente le pidió a la agente que cerrara la puerta, que hasta entonces había permanecido abierta, y la invitó a sentarse.

-Esa pobre mujer ha pagado un alto precio por estar casada con un agente. Pero en su momento ya hicimos todo lo que pudimos por ella...

Lucía se había sentado en muy pocas ocasiones en aquellos butacones, era costumbre recibir las órdenes en pie o por lo menos ella lo prefería así. Pero si la postura le resultaba extraña, más extraño le pareció que su sargento empezara a hablarle del agente Gimeno.

David le había hablado muy poco de su padre. Sabía lo mínimo: que era Guardia Civil, que murió en un accidente de servicio y poco más. Había visto varias veces la desgastada foto que colgaba de la pared del comedor de Agripina, pero nunca se había atrevido a preguntar. Ahora, sin embargo, iba a saber de él más de lo que le habría gustado.

-Gimeno era un agente de la vieja escuela, con todo lo que ello conlleva. Lo que le diré de él no debe salir de este despacho. ¿Entendido?

-No sé si esto es algo que quiero saber...

-Usted ha sacado el tema, Magallanes. Imagino que David le debió comentar algo antes de morir. Él sospechaba algo, estoy seguro. Si hubiera venido a mí se lo habría contado, pero no lo hizo y creo que, aunque sea tarde, su familia merece saber la verdad... -Lucía asintió en silencio, si aquello había sido importante para David, también lo era ahora para ella-. Hace treinta años pasarse la vida en la carretera era más duro de lo que lo es hoy, mucho más. Coches patrulla sin calefacción, carreteras de mierda, miseria... No era un trabajo fácil y se hacían algunas concesiones... Hacíamos la vista gorda a ciertas cosas, siempre que no afectaran al resto del cuerpo... Si alguien quería tomar una copa de servicio lo hacía, si alguien nos ofrecía una propina por nuestros servicios la aceptábamos. Sin embargo, algunos agentes traspasaban esa línea más de la cuenta.

Por aquel entonces, el sargento acababa de entrar en el cuerpo y Gimeno era ya un veterano. Tenía fama de borracho y de aprovechar su cargo para realizar todo tipo de trapicheos. Nadie sabía qué se llevaba entre manos con exactitud, pero le dejaban hacer. Era un agente raso, nunca había recibido un ascenso, ni lo iba a recibir. Llevaba años patrullando las peores zonas, en los turnos que no quería nadie, pero no se quejaba. Sus compañeros cenaban en casa por nochevieja y a cambio Gimeno tenía cierto margen de maniobra para ganarse un sobresueldo.

-Un día apareció su vehículo empotrado contra una acequia. El forense dijo que pese a tener la cara destrozada, al cadáver de Gimeno todavía le olía el aliento a alcohol. La investigación fue breve, el departamento no quería escarbar muy hondo por lo que pudiera aparecer. Omitieron los datos justos para que su mujer pudiera cobrar la pensión de viudedad y para que sus hijos no recordaran a su padre como a un borracho. Cuando uno de nosotros cae intentamos rendirle homenaje y nos preocupamos de su familia.

-¿Del mismo modo que rendimos homenaje a David cuando murió?

Hasta ese momento Lucía no había manifestado su desacuerdo por el modo en que se había llevado la muerte de su novio. La investigación había arrojado más incógnitas que evidencias -una de ellas era ¿por qué el cadáver había sido encontrado sin casco?-, así que al final se había optado por el error humano. Lucía no creyó en ningún momento en la hipótesis que firmaron los peritos. Investigó el caso por su cuenta, pero no pudo sacar nada en claro.

-El caso de su padre era diferente, tenía mujer e hijos. Es cierto que nos extralimitamos, pero lo hicimos por el bien de su familia.

-¿Por el bien de su familia o por el bien del cuerpo? Si se llega a destapar lo de Gimeno habrían tenido que dar explicaciones a la capital. Sin embargo, con David, un agente joven, sin una tacha en su expediente, optaron por la salida más fácil. No sé si mi novio murió en acto de servicio, pero le aseguro que en el momento del accidente llevaba el casco en la cabeza y al cuerpo en su corazón.

Lucía puso punto y final a su frase con un portazo. Llevaba tiempo aguantando esas

palabras en la boca del estómago y notó un gran alivio al dejarlas salir. Salió del despacho con paso firme e hizo tripas corazón para que ninguno de sus compañeros la viera llorar.

19. El Chispas

MIENTRAS EL MECÁNICO ARREGLABA EL CINTURÓN de seguridad del acompañante, Quique y Félix tomaban un café en la sala de espera, aunque más que una sala de espera era una urna de metraquilato en medio de una destartada y enorme nave industrial. Pese a ello estaba aislada acústicamente y tenía unos sofás bastante cómodos. Además tenían una excelente vista del taller, lleno de vehículos por reparar. Algunos eran modelos nuevos, pero muchos eran coches clásicos que necesitaban más un milagro que una reparación.

Habían tardado casi una hora en llegar a aquel lugar. Cada vez que se encontraban un taller mecánico a pie de carretera, Félix había insistido en parar. No entendía porqué no servía cualquier lugar para realizar una reparación tan sencilla.

–A mi Chrysler no la toca cualquier mecánico de tres al cuatro –le había repetido Quique en cada una de las ocasiones–. Esto no es una furgoneta, es mi casa.

Cuando detuvo el vehículo en aquel aislado polígono, perdido de la mano de Dios, Félix pensó por un momento que había pecado de inocente por fiarse de una persona simplemente por su minusvalía. Dentro de aquella gran nave, que en lugar de rótulo tenía un gran graffiti, tanto podía haber un taller mecánico como una clínica ilegal destinada al tráfico de órganos. Cuando Quique tocó el claxon y el mecánico abrió las puertas de su taller, Félix suspiró aliviado.

–¡Qué pasa chispas! –dijo Quique al verle.

–¡Tu padre, Quique! ¿Cómo van esos pedales? –preguntó el mecánico.

–De puta madre... –le contestó tocando los mandos de acelerado y frenado del volante–. No vengo por eso...

–Tú dirás.

–¿Puedes echarle un vistazo al cinturón?

–¿Te has echado novia julandrón? –preguntó el mecánico divertido.

–Prefiero pagar... ya sabes. Este es Félix –dijo Quique señalando al perito.

–¡Espero que no hayas pagado mucho! No me lo tenga en cuenta –se excusó el mecánico mientras se limpiaba las manos.

Cosme me dio un fuerte apretón a Félix a modo de saludo, después entró al taller y volvió a salir con una silla de ruedas. Los acompañó a la sala de espera y se puso manos a la obra.

–Él fue quien me adaptó la furgoneta después del accidente. En realidad más que adaptarla me la hizo a medida. No sólo para conducirla, sino para vivir en ella. Me instaló

una neverita, una televisión con DVD, incluso tengo un pequeño microondas... Puedo pasar días metido en ese cacharro.

-Un poco claustrofóbico, no le parece -dijo Félix sorprendido.

-¿Claustrofóbico? Esta silla sí que es claustrofóbica -dijo señalando la silla de ruedas que le había dejado el mecánico-. Conducir un carro de trescientos caballos y notar el viento en la cara... eso es libertad. En la carretera todos somos igual de libres y de cautivos.

Los dos se quedaron en silencio, mirando como el mecánico trabajaba al otro lado del cristal. Félix sopló su café para enfriarlo un poco antes de dar el primer trago. Quique empezó a relatarle todas sus hazañas al volante, los títulos que había ganado, las carreras en que había participado... Le resumió en unos minutos todo su currículum como piloto.

-Estaba en lo más alto de la ola la primera vez que le vi. Tenía la costumbre de conducir por los circuitos la noche anterior a la carrera. Yo sólo, sin mi copiloto. Me servía para hacerme con el terreno casi sin visibilidad. Entonces, al día siguiente, a pleno sol y con un copiloto dictándome las curvas aquello era pan comido. La noche en que sucedió, la luna brillaba muchísimo, así que tan sólo dejé las luces de cruce, más para que me vieran venir que para ver por donde iba. Tenía la adrenalina fluyendo al máximo y, de pronto, lo vi a mi lado. Estaba sentado en el asiento de mi copiloto. Me pareció que incluso estaba disfrutando tanto como yo. Aquellos ojos negros le brillaban... entonces me miró. Se dio cuenta de que podía verle y me arrebató el volante. No sé como lo hizo pero en cuestión de segundos él estaba en mi lugar y yo en el suyo. Él empezó a conducir, si cabe, todavía más rápido que yo y yo, no podía hacer nada. Estaba completamente inmóvil en el asiento del copiloto, como si en lugar de cinturón de seguridad tuviera instalada una camisa de fuerza. No me preguntes cuanto tiempo estuvimos así: minutos horas... No lo sé. Tan sólo recuerdo cómo conducía aquel tipo, disfrutaba como un yonqui con el mono inyectándose mierda. Entonces, en un momento dado, tuvo suficiente. Me miró mientras conducía a más de doscientos por hora y me sonrió. No sé si esa mueca me acojonó más que el hecho de que dejara de mirar a la carretera a esa velocidad. Pero acto seguido, el tipo dio un volantazo y empotró mi coche contra un muro de piedra. Lo último que recuerdo es que volví a recuperar el control de mi cuerpo justo en el momento en que mi coche se plegaba como un acordeón conmigo dentro. Perdí el conocimiento por completo. Cuando volví en mí ya no tenía piernas.

-Esto ya está -dijo el mecánico entrando en la sala e interrumpiendo el relato de Quique-. Joder, te has quedado blanco Karl Lewis.

-¡Serás cabrón! -le contestó con media sonrisa-. Anda vamos a ver la chapuza que has hecho.

El mecánico empujó la silla de ruedas por el taller hasta la Voyager. Félix los acompañó en silencio abstraído todavía en la historia que acababa de escuchar. Quique recordaba muchos más detalles que el resto de testimonios, además, si era cierto lo que le había dicho, tenía que haber vuelto a verle por lo menos en una ocasión. Merecía la pena soportar

el calvario de su compañía.

Mientras Quique comprobaba el trabajo del mecánico, Félix reparó en un viejo póster que colgaba de una de las paredes del local. Dos pilotos celebraban con cava su triunfo encima de un coche negro, debajo en letras grandes se podía leer: “El Oso Solitario, campeón del Rally del centenario”.

–¿Ése eres tu Quique? –le preguntó Félix al paralítico con curiosidad.

Quique no contestó. En su lugar el mecánico empezó a reír.

–¿Ya le has contado el bolo del Oso Solitario? ¡Que mariconazo que eres! A mi también me vino con esa historia el primer día que lo conocí –le dijo a Félix–. ¿Le ha intentado vender su colección de adhesivos autografiados?

–¿Cómo? –preguntó Félix extrañado.

–Te he chafado el negocio, ¿eh? –el mecánico se estaba destornillando de la risa–. No te mosquees Quique, lo de hoy corre a cuenta de la casa.

Félix no le pidió explicaciones hasta que se quedaron a solas. Casi se había apiadado de la cara de vergüenza del paralítico y, aunque se lo hubiera inventado todo, la verdad es que su historia tenía demasiados puntos en común con las que él conocía como para ser una invención. Aquel extraño personaje sabía algo y pensaba seguirle el cuento hasta que lo descubriera. Así, que cuando volvieron a la carretera en busca de un lugar donde comer, Félix le pidió explicaciones.

–Antes era comercial. ¿Conoces esas pegatinas de “Si lees esto es que estas demasiado cerca”? –le preguntó el paralítico. Félix asintió, aunque hacía años que no veía ninguna–. ¿Y la de “Tendrás un cochazo, pero yo voy delante”? Pues yo las patenté. Me pasaba el día en la carretera colocando material en gasolineras y tiendas de accesorios. Era un trabajo duro y era raro la mañana en que no empezaba el día con un carajillo. Los días difíciles continuaba con un par de cervezas en el almuerzo. El alcohol me ayudaba a caer simpático y, a veces, hasta me inspiraba para escribir nuevas.

–No son una buena mezcla... el alcohol y la carretera, quiero decir –comentó Félix.

–Eso lo sé ahora, pero entonces me parecía que controlaba la situación. Pasé muchos años viviendo así. La cosa me funcionaba... las dichas pegatinas pagaron esta furgoneta – Quique chocó con un recuerdo agri dulce e hizo una pequeña pausa antes de continuar–. No era un piloto famoso, era simplemente un comercial, pero no te miento en lo del accidente. Ese tío me jodió la vida, aunque la verdad es que no se lo puse muy difícil al hijo de puta. Puede pasar días enteros analizándote. Valorando si eres un peligro para los demás o sólo para ti mismo. No tiene prisa, te estudia como un lince agazapado en la hierba, valorando si vivirás o morirás... y cuando se ha decidido espera a que seas vulnerable y... ¡pum! –Quique se golpeó un muñón con la palma de la mano para reforzar su afirmación–. Da igual que seas un piloto de éxito o un comercial arruinado... te aplasta.

20. Dormido al volante

RICHARD TODAVÍA NO HABÍA ASIMILADO LA MUERTE de su amigo cuando recibió una llamada de Lucía para avisarle de que sus cargos iban a pasar de imprudencia temeraria a homicidio involuntario. Fue incapaz de recriminarle nada a la ex de su hermano, porque por el tono de su voz, ella tampoco había encajado muy bien la noticia. En el fondo casi le dio igual que le convirtieran en un cabeza de turco, había asumido que debería pagar por lo ocurrido; lo que le preocupaba es que no le diera tiempo a terminar la búsqueda que habían emprendido con su madre y su hermano.

A veces pensaba que todo aquello era una locura, que todo era fruto de la mente de su madre atormentada por el dolor; que su hermano simplemente ya no existía y que él se estaba aferrando a un clavo ardiendo para evadirse del proceso judicial que tenía por delante –y su más que posible condena–. Pero su panorama era tan negro que aquel pequeño haz de esperanza era suficiente. Las cosas estaban ya tan mal, que incluso si su madre deliraba, si su hermano estaba realmente muerto y él era un iluso, no importaba ya. Todo aquello sería simplemente arrojar más madera a una hoguera que ya estaba quemando y si él pecaba de ingenuo por soñar con una lluvia que lo apagara, le daba igual. Así que pese a la muerte de su mejor amigo, pese a su acusación por homicidio involuntario, Richard esperó a que su madre se quedara dormida para subirla a su Renault 5 y continuar patrullando las carreteras secundarias en busca del asesino de su hermano.

Eran tantos los avistamientos del que habían apodado como el “Autoestopista”, que Richard había dejado de apuntar en su libreta para hacerlo en un GPS. Marcaba los puntos de los avistamientos como destinos y creaba rutas a lo largo de las que continuar buscando. Algunos caminos habían acabado en vías muertas, sin ningún testimonio, pero otros se habían convertido en auténticos filones con cuatro o cinco avistamientos en cuestión de kilómetros. Su madre parecía haberse acostumbrado a aquella extraña búsqueda, asumía su papel de interlocutora entre él y su hermano de una forma tan eficiente, que algunas veces Richard dudaba de que estuviera realmente dormida. La alegría de los primeros paseos nocturnos, en los que se la veía contenta de estar junto a sus dos hijos, había dado paso a una actitud más lúgubre. Ahora Agripina parecía encogerse en su asiento frente a algunos testimonios. En algunas carreteras poco transitadas su madre incluso soltaba algún grito ahogado antes de pedirle a Richard que frenara el coche. Entonces, parados en el arcén de carreteras olvidadas, en medio de la noche, su madre miraba en silencio hacía algún lugar donde no había nada. Escuchaba con atención,

mientras rezaba un padrenuestro, y por la expresión de su rostro, el tunero deducía que el testigo invisible no debía tener muy buen aspecto. Richard casi se alegraba de no poder ver lo que su madre tenía delante.

Estaba en una de estas paradas, introduciendo datos en el GPS, cuando reparó en que estaba escuchando las réplicas de la conversación.

-¿Pero que hace por aquí a estas horas? -había preguntado Agripina-.

-Lo mismo le puedo preguntar a usted -le dije yo.

Richard reconoció mi voz al momento. Antes de girarse hacia mí visualizó la cara del padre Damián que conocía, pero cuando vio en el estado en que me encontraba casi dio un respingo. El alcohol estaba empezando a hacer estragos en mí.

-Buenas noches Ricardo -le dije al verle-. ¿Qué haces con tu madre por aquí a estas horas? ¿Os pasa algo?

-No padre -Richard intentó inventar una excusa factible, pero al no ocurrírsele nada optó por contar una verdad a medias-. Buscamos a alguien...

-¿Alguien que yo conozca? -pregunté.

Richard no supo que responder. No dijo nada, pero sí que me contestó su hermano. En el asiento trasero había muy poca luz, pero vi perfectamente a David, vestido con la chaqueta motera de cuero que llevaba la noche en que murió. En otras circunstancias me habría paralizado ante tal aparición, pero lo cierto es que ni me inmuté. Habían sido muchas las visiones extrañas que me había encontrado por aquellas solitarias carreteras en mis largas noches de borrachera. Cuando David me preguntó por el "Autoestopista" le contesté con toda normalidad.

-No, no he visto a nadie así -le dije-. Pero tiempo al tiempo...

-Bueno, gracias de todas formas -me dijo Richard intentando cortar la conversación-. No quiere que le llevemos a algún lado... ¿verdad?

Le dije que no con un gesto de la mano y me alejé. Yo tampoco quería compañía en ese momento, tan sólo buscaba soledad, alcohol y aire fresco. Tres elementos que en su justa medida formaban parte de la receta del olvido.

-Pobrecillo, creo le pasa algo -le dijo Agripina a Richard mientras veía como me alejaba-. Rezaré por él esta noche... ¡Tendríaís que haberle insistido en que subiera!

-Un momento mamá. Espera aquí -le dijo Richard a su madre bajando del coche.

Yo ya me había alejado bastante del coche cuando escuché que me llamaban. No le hice caso y continué caminando, pero el tunero corrió hasta alcanzarme.

-Sólo es un momento padre. Quería preguntarle una cosa...

-Tu dirás -le dije a la espera.

-Es algo un poco... ¿No habrá visto a mi hermano en el coche?

-Tu hermano está muerto hijo.

-Lo se padre, ¿pero lo ha visto? -insistió.

–He visto muchas cosas últimamente. Te aseguro que ver a tu hermano muerto en el asiento trasero de tu coche es la que menos me preocupa. ¿Quieres que te diga que lo he visto? –Richard afirmó, esperaba una respuesta que le borrara las dudas–. Sí, Ricardo. He visto a tu hermano David. Pero por si no te has dado cuenta estoy borracho, muy borracho. Llevo dos días enteros bebiendo...

–Gracias padre.

–¿Gracias? ¿Por qué? ¿Por estar borracho o por ver alucinaciones?

–Quizá esté un poco bebido, pero estoy seguro de que no alucina.

–Te digo yo que sí alucino y no estoy un poco bebido, estoy pero que muy bebido –y era cierto.

–De todos modos gracias –ya se iba cuando se volvió de nuevo–. Padre, mi madre insiste en que le llevemos a la iglesia o donde usted quiera. Está muy lejos del pueblo.

–Estoy donde y como quiero estar. Pero dale las gracias a tu madre... y llévala a casa, es muy tarde –le dije en un tono que dejaba claro que la conversación había terminado.

Richard volvió a su Renault 5 y yo me perdí en la noche con mi botella en la mano. Cuando entró en el coche su madre ya estaba durmiendo. Los dígitos verdes del reloj del salpicadero marcaban las 4:17.

–Sí, ya está bien por hoy –dijo Richard para si mismo o quizá para su hermano.

Arrancó el coche y se incorporó a la carretera. Estaban bastante lejos de casa, a unos veinte kilómetros largos, pero cada vez se sentía más cerca del asesino de su hermano. Además, los delirios de un cura borracho le habían dado la fe que necesitaba en lo que estaba haciendo. Richard miró por el retrovisor buscando a su hermano, aunque no vio nada, se sintió acompañado.

–Vamos a pillarlo. Te lo prometo tete.

El tunero estaba tan feliz que se olvidó por un momento de su juicio, de la retirada del carné, incluso de la muerte de Johnny. Ni siquiera pensó en qué podría hacer un cura caminando por una carretera que no llevaba a ningún lugar en medio de la noche. Hacía mucho tiempo que no tenía una meta, algo que le diera un poco de sentido a su triste vida. Lo único que se había marcado como objetivo Richard había sido conducir un Dodge Viper y pese a todos sus esfuerzos y el dinero gastado, tan sólo había conseguido un Renault 5 tuneado. Aquello era diferente, aquello valía la pena.

En eso pensaba cuando la línea continua de la carretera empezó a duplicarse. Luego se triplicó y después se convirtió en una amplia franja borrosa. Cerró los ojos un segundo, luego dos y después se quedó dormido.

–¡Richy! ¡Despierta joder!

El tuneo abrió los ojos de golpe como platos. Su primera reacción fue enderezar el volante y evitar así una salida de la carretera. Una rueda había salido del arcén y el coche traqueteó ligeramente al volver al carril. Lo segundo que le pasó por la cabeza a Richard

fue: ¿quién le había gritado? Pese al sobresalto, su madre seguía completamente dormida, así que sólo podía haber sido una persona.

21. El toro

TODO LE IBA BIEN ANTES DE QUE SE PUSIERA DE MODA la pegatina del toro. Si en lugar de un bovino cornudo, se hubiera popularizado la silueta de un botijo, de una folklórica o incluso de un hombre echando la siesta –¿hay algo que nos represente mejor?–, Quique no habría acabado estrellando su Porsche Carrera contra un muro de piedra. Pocos saben que cada vez que compran una de esas pegatinas el porcentaje del copyright pasa directamente a la familia Osborne, propietaria de los derechos de la imagen desde 1957. No se puede reproducir la figura del toro sin su consentimiento. Quique lo hizo, lo denunciaron, fue a juicio y perdió.

Se había pasado la vida de gasolinera en gasolinera vendiendo su catálogo de pegatinas: *“No me toques el pito que me irrita”*, fue su gran éxito de los ochenta; *“Si puedes leer esto, ¡es que estas demasiado cerca!”*, otro clásico de su cosecha; también estaba la pegatina del hombre cogido a unos barrotes... Pero sin duda, la más vendida era la que simulaba balazos porque era perfecta para disimular golpes en la chapa o arañazos en la pintura. Los derechos empezaron a rendir y, a mediados de los noventa, creó una pequeña empresa para producir adhesivos a gran escala. Dejó de patearse la carretera, se compró un deportivo, se permitía el lujo de derrochar grandes cantidades en juergas, mujeres y alcohol. Según me contó, un año incluso contrató a un conocido grupo *heavy* para que tocara en las fiestas de su pueblo.

–Pero entonces llegó la dichosa moda del torito –repetía Quique cada vez que contaba su historia.

En realidad, la cosa había dejado de funcionarle unos años antes de que apareciera la famosa pegatina. La gente cada vez veía más hortera el hecho de enganchar ciertas cosas a su coche, preferían las llamas o los adornos metálicos a las frases ingeniosas. Así que cuando apareció el toro, Quique aprovechó el tirón para producir grandes tirajes sin pagar copyright. Ya lo había hecho otras veces sin repercusiones. Aplicaba pequeños cambios a diseños registrados y esquivaba pasar por caja. Sin embargo, el gran éxito de aquella silueta taurina hizo que la empresa de Quique muriera de éxito. El dinero que generaba era tan exagerado que los propietarios de la imagen reclamaron su tajada del negocio. Quique lo perdió casi todo. Tan sólo le quedó su Porsche negro y un gran stock de pegatinas anticuadas sin vender. Con el maletero lleno de adhesivos y los bolsillos vacíos volvió a la carretera.

–Empecé a malvivir. Fumaba como un carretero. Bebía con el desayuno, la comida y la

cena... y si la cosa me iba bien también entre horas. Lo que sacaba de las pocas ventas que hacía lo gastaba en gasolina, hoteles y putas. Pero el maletero cada vez estaba más vacío y yo tenía la cabeza cada vez más embotada. Pasaba de reír a llorar en un abrir y cerrar de ojos. Conducía para olvidar y, por si acaso no funcionaba, siempre iba ebrio. Hasta que una noche lo vi. Fue tal como te he contado... nunca he sido piloto, pero aquella noche conducía como si lo fuera. En plan kamikaze, imagino que en el fondo buscaba que todo acabara. Muchas veces lo había pensado, lo fácil que sería dar un volantazo en el momento preciso y... “zas” se acabó. Pero no tenía cojones. Ese hijo de puta lo hizo por mí, pero lo hizo mal y me dejó peor que estaba.

Félix escuchaba en silencio la historia de Quique. Habían cenado comida rápida de un restaurante de carretera y pese a la propuesta del Perito de dormir en un motel, el paralítico había insistido en pasar la noche en un área de servicio. Eso sí, Félix había puesto como condición *sine qua non* que fuera en el punto más protegido y alejado del tránsito que pudieran. Después de cenar, Quique había empezado a recordar su historia, con la habilidad de alguien acostumbrado a contar su vida en la barra de un bar.

–Tampoco estás tan mal. No puedes caminar, pero por lo demás... –dijo el perito en un intento de quitarle hierro a la situación.

–No te lo puedes imaginar. Hay que estar en mi pellejo para saber lo que es no poder echar una buena meada cuando te apetece, no poder entrar en los bares por ti mismo, no poder trabajar en lo mío... Imagina la gracia que hace que un paralítico te venda una pegatina de “Yo me puse a 220 Km y sobreviví”... ¡El *descojone* vamos! La cuestión es que después del accidente la cosa fue todavía peor. Me desperté atrapado en mi Porsche destrozado y rabiando de dolor con la primera luz de la mañana y al mediodía todavía no me había visto nadie. Me encontraron bien entrada la tarde y de pura casualidad. ¿Y sabes lo peor? Durante todas aquellas horas que pasé esperando que alguien me encontrase, notando un dolor atroz pese al aletargamiento de la carne aplastada, lo único que podía ver a través del parabrisas roto era la silueta de un toro en lo alto de un monte.

Quique le contó que estuvo catorce horas esperando a que alguien le echara de menos o, por lo menos, a que alguien siguiera el camino de la trazada de sus neumáticos fuera de la carretera. Su coche había quedado bastante escondido del tráfico de la carretera, compactado contra un viejo muro de piedra de dos metros de grosor en un lugar difícil de localizar. Pero en realidad, durante todas esas horas, lo que Quique esperaba no era una mano que viniera a socorrerle, sino que todo se acabara ya. Más allá del dolor, que iba y venía como la marea, le aterraba tener que volver a su triste vida para hacer frente a la penosa rehabilitación que intuía. Aquella silueta de semental, erguida con soberbia sobre una peña, le recordaba una y otra vez la quiebra de su empresa, su desgracia.

De vez en cuando daba pequeñas cabezadas –o quizá era el dolor que le inducía pequeños desmayos– y cada vez que despertaba, allí estaba el dichoso toro riéndose de su desgracia. Cada vez que cerraba los ojos esperaba no tener que volver a abrirlos más.

En una de esas, en lugar de ver al toro vio a un bombero que no dejaba de hablarle. Le preguntó su nombre, su edad, donde vivía, cual era su color preferido y otras cosas sin sentido. Quique sabía que lo hacía para que no se quedara dormido, pero en realidad era eso lo que quería: dormir y alejarse de todo.

-No recuerdo si les pedí que me dejaran allí. Aunque no creo que me hubieran hecho mucho caso de habérselo pedido. Lo que si recuerdo es que gastaron dos bombonas de acetileno para poder sacarme de aquella lata de sardinas sin abre fácil. ¡Como quemaban los putos hierros! Después estuve meses ingresado, sin ninguna puta visita, tan sólo el abogado y los del seguro. Una alegría. Estaba deseando perder de vista aquel lugar, en cuanto me pude valer por mí mismo salí de allí.

Quique consiguió hacer creer a la aseguradora que había un tercer vehículo implicado que se había dado a la fuga. Como la cobertura del seguro era bastante buena sacó un buen pellizco, lo justo para hacerse con un vehículo nuevo y adaptarlo a sus nuevas necesidades.

-Así fue como conocí a Cosme. Me presenté en su taller con un taxi y un cheque en blanco. Había pasado por un montón de mecánicos y todos me habían mandado a la mierda cuando les explicaba mi "concepto". Él fue el único que aceptó y no sólo eso, me dejó pasar unas semanas en su cuchitril, viendo como iba creciendo mi criatura. Ese viejo ermitaño es un cachondo mental... ha pasado por más mierda de la que puedas imaginar y lo mejor es que se ríe cuando lo recuerda.

Cosme utilizó como base una vieja Chrysler Voyager, que llevaba años abandonada en el taller por impago, para llevar a la práctica el "concepto" de Quique. Su objetivo era un coche en el que pudiera pasar las 24 horas del día, él sólo y sin ayuda de terceros. La alimentación se solucionó de una forma bastante fácil, incorporando una pequeña despensa, una nevera y un microondas. Quique se las apañaba para comprar en supermercados con servicio de entrega a domicilio. Les daba una buena propina a los repartidores y nunca tenía problemas, aunque las direcciones de destino fueran solares o aparcamientos.

El tema de la higiene era un punto peliagudo: se las apañaba con toallitas desechables, agua embotellada y mucho desodorante. Para orinar utilizaba una sonda y para los residuos mayores había entrado en juego la "magia" de Cosme. Le había instalado debajo del asiento del conductor un baño químico parecido al de las caravanas. Una compuerta se encargaba abrir y cerrar el asiento en caso de necesidad y un mecanismo de aspiración evitaba que los malos olores fluyeran al interior del coche. El depósito se encontraba en el maletero y había que vaciarlo una vez al mes. Un trabajo que Cosme le cobraba a Quique a precio de oro.

Un sistema de audio con miles de canciones en MP3 y una televisión con DVD ponían la guinda a un vehículo al que, lógicamente, también le había incorporado el freno y el acelerador en el volante. Eso sí, pese a la insistencia de Quique, el mecánico se negó a instalarle también el cambio de marchas, por eso optaron por un modelo con cambio automático.

-Quería pasar lo que me quedara de vida en la carretera, persiguiendo al cabrón que me dejó sin piernas. Pasé varios años buscándolo, hasta que un día di con él por casualidad. No es fácil encontrarle. ¿Tiene truco sabes?

-¿Qué truco? -preguntó Félix atento. La conversación por fin estaba llegando al punto que realmente le interesaba.

-Hay que saber “cómo” buscar. Puedes estar muy cerca y no verle. Él es el cazador, no la presa -Félix escuchaba muy atento, pero Quique no le contó nada más-. Toma, bebe -le dijo acercándole una botella de ginebra.

22. La culpa

CARGABA TODAS LAS BOTELLAS QUE PODÍA EN MI PETATE y volvía a perderme. Cada vez eran menos las que podía cargar y no precisamente porque el maletero de mi coche estuviera vacío, todavía quedaba licor para varios meses, simplemente no podía con tanto peso. Cinco botellas eran ya una carga difícil de soportar, así que cargué cuatro y una me la llevé puesta. Era consciente de la degradación física a la que estaba llegando, pero no me importaba. Si comía algo sólido era, únicamente, para evitar los ardores de estómago y los retortijones.

Llegaba a mi coche antes del amanecer y dormía la mona. Cuando llegaba la noche cargaba el petate y desaparecía. Esquivaba la compañía, me escondí en las sombras para no tener que dar explicaciones. Algunos días ni siquiera dormía en el pueblo: si mi reserva de whisky era suficiente para pasar un día más, ni siquiera me acercaba al parking de la parroquia. Había pensado en llevarme mi Dodge de allí, montar mi central de reposición en cualquier solar solitario. Lo habría hecho de estar en condiciones, pero respeté la promesa que me había hecho a mi mismo y no lo moví, aunque las caminatas para repostar fueran cada vez más largas.

La noche anterior la había pasado en una vieja estación de servicio abandonada. Diez años atrás habían partido el paisaje en dos con una vía rápida y la gente había dejado de circular por la vieja red de puertos de montaña. Aquella estación de servicio, con todas las comodidades de los años noventa, era un recuerdo de lo que había sido. Se conservaba casi en perfectas condiciones sino fuera por algunos grafitis y algunos cristales rotos. El polvo protegía cuidadosamente, como si de una sábana de seda se tratara, máquinas de refresco vacías con marcas en las botoneras que habían dejado de comercializarse hacía años. Un viejo banco acolchado, al estilo de las cafeterías americanas, estaba pidiendo que alguien le diera un poco de cariño. Allí pase varios días durmiendo, arropado por los recuerdos polvorientos de una época mejor –por lo menos para mí–.

De vez en cuando, escuchaba pasar alguno de los pocos coches que todavía preferían circular por aquella vieja carretera. Uno de ellos me desveló más de la cuenta, lo justo para estirar el brazo y humedecer la garganta. Por el rabillo del ojo me pareció ver algo extraño y me giré instintivamente hacía las pocas mesas que todavía quedaban el pie. Tenía compañía. Alguien vestido con un viejo uniforme de la guardia civil estaba bebiendo en una mesa. Me daba la espalda, pero podía ver como algo pringoso le chorreaba de la coronilla a la nuca. Encima de la mesa tenía el viejo tricornio y una botella de vino tinto. A aquellas alturas ya estaba acostumbrado a ver cosas extrañas, así que no le di importancia. Las

pesadillas que inundaban mis sueños eran peores que aquel viejo guardia y si resultaba ser un tipo de carne y hueso dudaba de que le molestase. Así que seguí durmiendo.

Cuando volví a despertar estaba sólo de nuevo, si es que había dejado de estarlo alguna vez. Todavía no había anochecido del todo, pero hacía un tiempo gris. La neblina del atardecer envolvía el paisaje y parecía que la montaña entera estuviera cubierta por la misma capa de polvo que cubría la cafetería. Había soñado con Diana, una vez más. La había visto de pie, con un pecho fuera de su camisón de gasa, un brazo roto y una pierna aplastada. Pese al atropello estaba bella. Me tendía una mano –la única que le quedaba intacta– para que se la cogiera, pero era incapaz de hacerlo. Lo intentaba pero por mucho que corriera nunca llegaba a cogerla. Con el recuerdo del sueño empezando a disiparse y pese al abotargamiento de la resaca, vi claro lo que tenía que hacer, a dónde tenía que ir –a dónde tenía que ir a morir–. Me había cansado de ver fantasmas durante aquellos días, no sabía si eran vestigios de muertes accidentales o efectos secundarios de la intoxicación por etanol, pero sí quizás si acudía al lugar adecuado en el estado apropiado quizás vería a Diana una vez más. Me daba igual que la ilusión fuera fruto de mi mente castigada, aquella podía ser una buena imagen con la que morir congelada en mis retinas.

Cuando llegué al solar estaba completamente desierto. Caía una fina lluvia y estaba totalmente empapado, pero daba gracias a Dios por el mal tiempo si había servido para desalojar el lugar y darme un poco de intimidación. No sabía si los jóvenes se reunían allí sólo el fin de semana o también lo hacían entre semana, pero poco importaba, porque no sabía ni el día que era. La cuestión es que estaba allí sólo, sólo con mis fantasmas. Me senté sobre la graba mojada en el lugar dónde recordaba que se había producido el accidente.

Por aquel entonces, con varios días de borrachera a mis espaldas y con apenas un par de bocadillos en el estómago, mi metabolismo estaba ya muy deteriorado. Un whisky doble proporciona al organismo cerca de la mitad de las calorías diarias que necesita un adulto, así que con todo lo que yo llevaba bebido, no tenía hambre. Lo que entonces no sabía es que el alcohol no tiene valor nutritivo, lo que en realidad estaba haciendo era dificultar cada vez más la absorción de proteínas, vitaminas y otros nutrientes. Mi cuerpo estaba anémico, mal nutrido, mi mente confusa y al borde de un daño cerebral permanente.

Llevaba varias horas esperando, sentado en el barro a la intemperie, cuando empezó a llover con fuerza. Completamente empapado, mi cuerpo se colapsó con la bajada de la temperatura. Caí de lado, casi a cámara lenta. Más que caer, si alguien me hubiera visto, habría pensado que me ponía cómodo, pero para mí fue como caer en un abismo. Noté que todo mi cuerpo dejaba de responderme. Era incapaz de moverme, a duras penas podía respirar, pero me negaba a cerrar los ojos. Diana tenía que aparecer. Si conseguía volver a verla, aunque sólo fuera por unos instantes, podría morir en paz. Con media cabeza hundida en un charco, con los esfínteres relajados, empapado por dentro y por fuera, pero satisfecho. Así que continué mirando como la lluvia repiqueteaba a ras de suelo.

Primero fue un pie descalzo lo que vi. Lo siguió otro. Un pie delicado, de mujer, pero con

el tobillo completamente dislocado. Forzando la mirada de mi rostro de piedra podía llegar a ver la tibia, con la piel desgarrada hasta la rodilla, que era una masa sanguinolenta con esquiras de hueso. Si aquella era mi Diana, me daba igual volver a verla así, convertida en el amasijo de miembros desencajados en que yo la había convertido. La aparición se agachó a mi lado. Des de mi punto de vista inmóvil ya podía ver como colgaba su brazo roto. Como su ligera camisa de gasa mostraba una clara marca de neumático por donde le había arrollado aquel maldito Ford Alpine. No sabía si su mirada sería de odio por lo que le había hecho y pensé en cerrar los párpados, pero hice acopio de fuerzas y conseguí ver el rostro de Diana. Sus ojos estaban velados por un manto gris, su mirada era la de un cadáver... pero no había reproche en ellos. Más bien una expresión de profundo amor.

-Levántate Damián.

Le hice caso. No podía negarle nada a aquella voz que sólo había escuchado en sueños desde hacía más de veinte años. No sin esfuerzo, conseguí que mis brazos me respondieran y me incorporé. Si hubiera continuado con el rostro en el barro habría terminado ahogándome en un charco de apenas unos centímetros, pero ahora estaba sentado, a salvo, y Diana no había desaparecido.

-No te hagas esto Damián -me dijo con una dulzura que había olvidado-. No quiero ser la pesadilla que te atormenta, quiero ser el premio al final del camino... -intenté contestarle, pero no pude articular palabra-. Y el camino no puede terminar aquí, todavía hay gente que te necesita.

Diana no dijo nada más. Terminó su frase con un beso. Sus labios estaban fríos pero con su contacto noté una bocanada de aire caliente que me llenaba los pulmones. Una descarga eléctrica cortocircuitaba mi sistema nervioso para que me volviera a responder. Noté los músculos perforados por mil agujas minúsculas, un dolor físico indescriptible, pero casi agradable, porque volvía a hacerme dueño de mi cuerpo. Me incorporé como un niño que aprende a andar y empecé a caminar. Diana ya no estaba allí, había desaparecido como el humo bajo la lluvia, pero notaba su aliento cálido dentro de mí. Pese al guiñapo en que me había convertido, volvía a sentirme vivo. Ya no quería olvidar, volvía a tener un recuerdo al que agarrarme. Por muy efímero que pareciera era una pequeña esperanza, un rayo de luz que se colaba en el profundo pozo de mi fe.

23. Beber para ver

–YA SÉ QUE NO ES BUENO BEBER SÓLO –LE DIJO QUIQUE al perito mientras le empujaba una botella de vodka gazzate abajo–. Lo sé por experiencia, pero hoy haremos una excepción.

Félix no toleraba demasiado bien el alcohol y le bastaba con una cerveza para notarse mareado. Aquella noche ya llevaba varios tragos largos de la botella que Quique había sacado de su pequeña despensa. El paralítico había insistido en que bebiera antes de explicarle nada más sobre el Caminante.

–Ya tengo suficiente. No entiendo por qué me hace beber –dijo el perito limpiándose el hilillo que le corría por la barbilla.

–Ya lo verás –le contestó el paralítico con una sonrisa en los labios y arrancó el coche.

Empezaron a circular sin rumbo, dando un paseo a una velocidad más baja de la habitual en Quique. Félix –y sobretodo su estómago– lo agradecieron. El paralítico encendió la emisora de radio y empezó a rastrear canales.

–No sueltes esa botella. Hasta que no esté vacía no te contaré lo que quieres saber.

–¡Esto ya es excesivo! Le estoy siguiendo el cuento desde hace días y usted no hace otra cosa que pedirme una excentricidad tras otra.

–Sí, tienes razón. Pero es lo que hay.

Félix le contestó dando un nuevo trago a la botella con un gesto que decía “¿Esto es lo que quieres?”. Empezaba a estar mareado y no creía poder aguantar mucho más. Media hora más tarde la botella estaba vacía, pero gran parte la había vomitado en el arcén de una vía rápida.

–Tienes suerte de poder salir del coche a vomitar. Cuando yo me pillaba mis turcas tenía que vomitar desde el asiento. Sacaba la cabeza todo lo que podía pero siempre me caía algún resto en la tapicería. La furgoneta apestaba tres o cuatro días.

Cuando Félix estuvo tan bebido que no podía levantar la cabeza del salpicadero, Quique empezó a contarle lo que quería. El paralítico había empezado a patrullar las carreteras tan pronto su Chrysler estuvo adaptada. Pasó días enteros circulando por el tramo de carretera donde tuvo la aparición y el posterior accidente. Llegó a memorizar cada curva de aquellos kilómetros de asfalto, pero sin ningún resultado. Después amplió su campo de acción, pero la búsqueda de aquel tipo resultó totalmente infructuosa. La frustración no tardó en convertirse en adicción y, unos meses después, había recaído en su alcoholismo. La mezcla de alcohol y carretera, aparte de peligrosa, era fácil de detectar en una persona

que pasaba el día entero conduciendo. Lo pararon varias veces en controles de alcoholemia. Inmovilizaban su vehículo, Quique llamaba a su amigo mecánico y Cosme lo acogía unos días en su taller hasta que se le pasaba la resaca. El ciclo se repitió varias veces, hasta que le retiraron el carné tres meses. Cosme se había cansado de recriminarle al paralítico su comportamiento, pero no quería juzgarle, así que se resignó a soportarle tal y como era. Y aunque era un borracho, le caía bien. Además, la indemnización de la aseguradora parecía no tener fondo.

Aquellos tres meses que pasó encerrado en el taller se le hicieron eternos. Le faltaba el aire allí dentro. Cosme le sacaba en su coche a pasear de vez en cuando, pero no era lo mismo conducir que ir de copiloto. Así que Quique tomó una determinación.

–Me hice instalar una emisora en el coche para escuchar la frecuencia de la policía. Así sabía dónde y cuando montaban los controles y podía beber a mis anchas.

Quique pasaba muchas horas al día con la emisora conectada y estaba al día de todo lo que sucedía en los alrededores. No sólo sabía cuando se montaba un control, también se enteraba de cuando se producía algún altercado o accidente de tráfico. La curiosidad y el morbo le pudieron y así fue como, sin esperarlo, volvió a ver a su verdugo frustrado.

–No era la primera vez que me acercaba a curiosear a algún accidente. Lo reconozco, era puro morbo. Pero el que diga que no gira la cabeza en la autopista cuando pasa algo es que es un puto mentiroso. Si no, no se liarían esas caravanas incluso en sentido contrario. Era un día nublado, frío, con mala visibilidad, placas de hielo y hora punta. Puedes imaginarte el resto.

–Un accidente en cadena –puntualizo Félix un tanto mareado todavía–.

–Equilicué –contestó el paralítico liando un cigarrillo–. Se lió una considerable. Yo lo vi todo desde un puente cercano. Por casualidad me encontraba cerca del lugar y llegué a los pocos minutos de que pasara. Al principio no me fijé en él, era uno más de los que se habían bajado de sus vehículos a ayudar o simplemente, como yo, a echar un vistazo. Pero cuando lo vi fue como un latigazo, lo reconocí al momento. Estuvo casi media hora allí expectante, como uno más, sólo que él en lugar de mirar el accidente miraba a los curiosos. Estaba de caza.

El paralítico hizo una pausa en su relato para darle un poco de dramatismo. Félix escuchaba atento y Quique estaba disfrutando explicándolo. No era la primera vez que lo contaba, pero sí la primera en que lo tomaban en serio. Hasta entonces no había sido más que una locura de borracho, una historia para pasar el rato entre tragos. Ahora, era diferente, hasta tal punto que si Félix hubiera estado en mejor estado estaría tomando notas.

–De pronto se metió en el coche de uno que viajaba sólo. El tío no se dio ni cuenta, arrancó y se largo con su nuevo amigo. Yo intenté seguirlo, pero con la que había liada fue imposible. Recordaba el modelo y algunas letras de la matrícula, así que estuve un par de días en busca de aquel coche. Pero nada, lo había dado ya por imposible cuando a la

semana volví a verle. Un nuevo aviso en la emisora, un nuevo accidente y cuando llegué, allí estaba aquel tipo con la cabeza destrozada contra el volante.

-¿Viste también al calvo? -le interrumpió Félix.

-No, esa vez no lo vi. Tarde un poco en llegar, quizá ya se había largado. Antes de aquello tenía dudas, me había pasado la semana pensando que había sido cosa de mi mente. Que lo había visto porque quería verle y porque iba pedo aquella mañana. Entonces se me ocurrió: siempre que veía al Caminante iba bebido.

-¿Por eso me has hecho beber a mí? ¡Menuda gilipollez! -exclamó Félix un tanto ido por la bebida-. Disculpa -dijo recuperando la compostura.

-Ya sé que suena un poco raro... ¡Que digo raro! Es una puta locura. ¿Pero no estamos los dos un poco locos para estar aquí? ¡Qué cojones! Yo soy un puto borracho sin piernas, ¿qué excusa tienes tú?

-Tengo varios testigos...

-¿Testigos como yo?

-...también tengo algunas informes, estadísticas...

-¡Oh qué interesante! Y si todo es tan científico puedo preguntarte por qué no hay aquí un equipo de investigación al completo rastreando la zona, ¿o es que la DGT sólo podía permitirse a un calvo con una mochila? -Félix no respondió, Quique se dio cuenta que se había excedido-. Oye, perdona tío. No quería...

-No, si tienes razón -el perito dio un nuevo trago a la botella, esta vez de *motu proprio*-. Mis argumentos no son tan firmes como deberían, podría decirse que sigo una corazonada. La corazonada de un viejo a un paso de jubilarse...

-A veces hay que seguir los instintos. Por eso estamos aquí.. el corazón nos dice que hay algo en esas carreteras mientras el cerebro nos dice lo contrario -Quique le cogió la botella y le imitó-. Por eso tenemos que abotargar un poco las neuronas. El hecho es que solo conseguía verle cuando iba bebido y casi siempre cerca de algún accidente. La primera noche en que os vi, en el accidente de aquel niño pijo, también vi al Caminante. Parecía muy interesado, en tu amigo, aunque no creo que sea su tipo.

-Tenga un poco de respeto por el padre Damián, está pasando por un mal momento - y era cierto, ya que en aquel momento me encontraba casi inconsciente con la cara en el barro.

-Lo siento, tío. Mira, el tema es el siguiente: tengo que estar muy bebido para verle, tanto que me cuesta hasta conducir. Algunas veces he intentado perseguirle, pero me ha sido imposible. Con dos cervezas se puede conducir, con cuatro también, pero peor. Con las turcas que yo me pego, me es casi imposible. Me da igual que me retiren el carné si me pillan, es una cuestión meramente fisiológica... no puedo atraparle yo sólo. Por eso está usted aquí.

-¿Para conducir?

-No, mi coche solo no conduzco yo. Usted está aquí para beber. Para ser mis ojos. ¡Vamos a ver si todo esto ha sido un delirio de borracho o si ese cabrón existe de verdad!

24. Despertar en la cuneta

EL COCHE PASÓ A TODA VELOCIDAD, TANTO QUE PERDIÓ la tracción y tuvo que pegar un contra volante. Recuperó el control justo antes de impactar con el lateral del Renault 5 que estaba aparcado en la cuneta, aunque demasiado tarde para no arrancar el retrovisor de cuajo. Richard se despertó con un resorte, casi había sentido en su propia piel el arañazo. En unos segundos había arrancado su coche y había salido tras el vehículo que había impactado contra él en busca de explicaciones.

La noche anterior, después del pequeño sobresalto, había decidido parar en el arcén para dar una cabezadita antes de dormirse al volante. ¿Había sido la voz de su hermano la que había evitado que se saliera de la rodada al quedarse dormido? No lo sabía con seguridad, pero había pasado la noche entera, o lo que quedaba de ella, durmiendo en el coche. Su madre ni siquiera se había movido del asiento, incluso ahora, persiguiendo a un vehículo a toda velocidad, seguía durmiendo profundamente. Richard ni siquiera reparó en ella ni pensó en lo que pasaría si despertaba en aquel instante, tan sólo pensaba en alcanzar a aquel vehículo que no sólo le había despertado bruscamente sino que además le había rayado su pequeña joya. Su oponente le llevaba bastante ventaja, así que el tunero se aplicó al máximo. Empezó a apurar las frenadas y a subir de revoluciones. Unos minutos más tarde lo tenía a la vista.

-Un buen coche -pensó-, pero el muy hortera lo lleva lleno de pegatinas.

Apuró la trazada a lo largo de varias curvas -invadiendo los dos carriles de forma temeraria- y cuando llegó a una recta consiguió ponerse en paralelo. A aquellas alturas su madre ya se había despertado y estaba agarrotada en su asiento.

-¡Ahora qué! ¡Cabrón! -le gritó Richard al otro vehículo por la ventanilla.

Estaba a punto de pegarle un pequeño golpecito en el lateral cuando vio que algo no le cuadraba. Los conductores del otro coche llevaban casco y mono. El copiloto le estaba preguntando por signos si estaba loco y el conductor lo mandó a paseo. Richard redujo la velocidad y volvió a su carril, la gente que se había reunido en el arcén para ver el rally empezó a abuchearle. El tunero no sabía donde meterse, esperaba encontrar un desvío lo antes posible para poder escabullirse, pero le fue imposible. Su madre estaba completamente desbordada por la situación, tanto que ni siquiera le regañó. Vestida con su camisón y sus zapatillas de estar por casa, se encontraba completamente fuera de contexto. Varios centenares de metros más adelante llegaron a una meta volante y unos

miembros de la organización le salieron al encuentro.

–¿Te has vuelto loco o qué? –le dijeron en cuanto bajo la ventanilla.

–¡Lo siento! No sabía...

–No te muevas de aquí. Aquí control 4 –dijo el tipo por el *walkie talkie*–, necesito que me enviéis a alguien de seguridad aquí arriba...

Richard sabía que tan pronto avisaran a la policía verían que tenía el carné retirado y que estaba pendiente de juicio. Aquello no le iba a hacer ningún bien. Le daba igual que le cayeran un par de cargos por desorden público, pero si ahora le trincaban dudaba que pudiera seguir con la búsqueda del asesino de su hermano. Lo último que podían hacerle ahora era embargarle el coche. Así que improvisó.

–Oiga, tengo que seguir adelante –le dijo al organizador–. Íbamos al hospital, mi madre necesita insulina ha tenido una crisis...

Su madre estaba a su lado blanca como la leche, todavía temblando por la conducción temeraria de su hijo y el modo en que se había despertado.

–¿Se encuentra bien señora? –le preguntó a Agripina el tipo de la organización y ella le miró con la vista perdida–. Siga, siga...

Richard ni siquiera le dio las gracias, arrancó a toda prisa y se alejó de la meta volante lo más rápido que pudo, aunque ahora ya a una velocidad prudencial. Su madre, poco a poco, empezó a ganar color en las mejillas.

–¿Qué ha pasado hijo?

–Nada mama. ¡Que menudo susto me has pegado...! –la mentira le había funcionado con los del rally, así que por qué no iba a hacerlo con su madre–. Me he levantado y te he encontrado desmayada en medio del pasillo. ¿Estás ya mejor?

–Ay, no sé... ¿Es qué soy diabética?

–No sé mama, no soy médico.

–Puedes parar, estoy mareada.

Ya se consideraba a una distancia prudencial de la muchedumbre, así que paró en un pequeño solar sin asfaltar al margen de la carretera. Su madre esquivó los charcos para no mancharse las zapatillas y se escondió tras unos matorrales. Richard giró la vista instintivamente y recaló en un cartel que alguien había colgado en un viejo poste de madera. Anunciaba la celebración del rally y marcaba con un mapa esquemático las rutas de las diversas etapas. El tunero no sabía que era lo que le llamaba la atención de aquel pedazo de papel, pero salió del coche y se acercó. Cuando lo tuvo cerca cayó en la cuenta. Corrió al coche, arrancó el GPS del salpicadero y cogió un bolígrafo de la guantera. Empezó a marcar los puntos en que habían visto al autoestopista en el mapa del cartel. Algunos se salían de las rutas, pero la mayoría coincidían enigmáticamente.

–¿Qué haces Ricardo?

–Nada mamá –le dijo arrancando el cartel y guardándolo todo en su chaqueta–. Vamos a

que te echen un vistazo.

-Ya me encuentro mejor... Vamos para casa, quiero dormir.

-Está bien. Como quieras mama.

Richard se alegró de que su madre no tuviera ganas de esperar en la cola de urgencias. Así se ahorra tener que seguir mintiendo, aunque un pequeño chequeo no le habría ido mal a su madre.

Una vez en casa, en la intimidad de su habitación, volvió a desplegar el mapa. Repasó todos los puntos minuciosamente y estableció un código de colores en función de la antigüedad de los testimonios. Estuvo varias horas mirando el mapa, analizando los recorridos, intentando recordar detalles que le ayudaran a entender... Excepto por algunos puntos aislados, todos los avistamientos coincidían con la ruta del rally. La constante era clara, pero ¿cómo podía utilizar aquello para dar con el autoestopista? Algo que se le escapaba.

-Demasiados porros -pensó.

Entonces se le ocurrió algo. Aquel mapa era demasiado esquemático, le faltaban datos. Consultó un mapa con todas las carreteras de la zona y empezó a añadir vías al esquema del recorrido. Ahora sí veía algo que le podía ser de utilidad: los avistamientos se concentraban en unas vías muy concretas. Por alguna razón, aquel extraño tipo prefería circular por unas carreteras y no por otras. Hasta tal punto, que algunos testimonios le habían visto saltar en marcha de coches en algunas intersecciones. Estaba claro que el autoestopista evitaba algunas carreteras a toda costa. Si eso era así, el mejor lugar para encontrarle era en esos cruces de caminos, Si el autoestopista pasaba por allí y la ruta del conductor al que acechaba no era la que él quería... Lo habrían cazado.

Para cuando Richard llegó a aquella conclusión era bien entrado el mediodía. Había pasado varias horas encerrado en su habitación buscando una respuesta y ahora, con la satisfacción del trabajo bien hecho, todo el cansancio acumulado afloró como un cubo de agua que se desborda. Comió lo primero que encontró en la cocina y se echó en la cama para dormir un poco. Necesitaba estar fresco esa noche para empezar la verdadera cacería. Daba igual si tardaba una, dos o varias noches en encontrarle, lo importante es que ahora ya sabía como dar con el asesino de su hermano.

25. La gafas de John Lennon

HACÍA CASI 48 HORAS QUE NO SE DUCHABA –TAN SÓLO había podido tirarse un poco de agua por encima en el baño del taller mecánico– y lo peor de todo era que Quique emanaba un aroma todavía más rancio que el suyo. Estaba claro que la búsqueda que estaba llevando a cabo el paralítico rayaba lo enfermizo, le había arrastrado a un círculo vicioso donde todo lo demás quedaba en un segundo plano: la higiene, la alimentación, la salud... y sobretodo su alergia al alcohol. Félix no estaba acostumbrado a beber, no le gustaba y no lo toleraba demasiado bien. A pesar de ello, en apenas unos días había ingerido más licor que en toda su vida. Se encontraba mareado, sucio y fuera de lugar, pero por lo menos el alcohol mitigaba su fobia a la carretera.

–Si los del departamento me vieran en este estado no lo creerían –comentó Félix.

–¿Te refieres a estar dentro del coche de un paralítico grillado o a estar persiguiendo un fantasma?

–Simplemente con verme subido en un coche sería suficiente –respondió el perito a su compañero de patrulla.

–No soy yo la persona más centrada para hablar, pero ya que sacas el tema... ¿a qué viene el numerito de las gafas y el *iPod*?

–Se llama amaxofobia y antes de que me lo pregunte... no, no es ninguna perversión sexual. Simplemente tengo pánico a la circulación rodada –afirmó Félix.

–¿Y eso como se come? ¿Quiere decir que te acojona conducir?

–Me “acojona” cualquier situación que esté relacionada con un vehículo, desde montar en autobús hasta cruzar la calle.

–Joder. ¿Y que hace un tío como tu trabajando en la DGT?

–No siempre había sido así. Aunque técnicamente, se podría decir que ya no trabajo allí.

El alcohol había desatado la lengua del perito. Nunca había verbalizado su fobia de una forma tan clara como ahora. Ninguno de los psicólogos que le habían tratado hasta ahora habían conseguido grandes avances en su trauma: Félix era incapaz de abrirse lo suficiente como para poder ver su problema cara a cara y atacarle de frente. Y ahora, con un poco de licor y delante de un desconocido había dado lo que los médicos denominaban “el primer paso hacia la curación” –la aceptación–. Aunque en realidad, este había sido el segundo, el primero había tenido lugar unas semanas atrás: el día en que había abandonado el departamento.

Félix había decidido llegar al fondo del asunto que llevaba años atormentándole y para ello no sólo había dejado el trabajo en el que llevaba más de veinte años, sino que estaba decidido a combatir su fobia. Su plan consistía en analizar los escenarios de más de trescientos accidentes en un área de unos 100 kilómetros. Pero Félix era consciente de sus limitaciones, así que trazó un plan muy simple: se desplazaría a pie, campo a través, esquivando las vías rodadas todo lo posible. Para ello se equipó a conciencia. Entró en una tienda de deportes y aventura y dejó la Visa temblando: equipamiento de *trekking*, tienda de campaña y utensilios de acampada libre, mochila, gorra, incluso unos bastones para caminar. Su objetivo era cubrir el máximo de escenarios en el menor tiempo posible y con la menor exposición al tráfico, aunque ello supusiera largas jornadas de camino y muchas noches durmiendo al raso.

Un mes después de iniciar el viaje, tan sólo había analizado un 10% de los casos y estaba harto ya de las incomodidades de la acampada al aire libre.

Poco a poco empezó a dar concesiones a su estricto plan de trabajo. Empezó por pasar las noches en moteles y hostales, eso sí, lo más alejado posible de las carreteras principales. Después empezó a renunciar a caminar bosque a través. Trazar una línea en un mapa era sencillo, pero cruzar lodazales, malezas y barrancos era cansado. Félix se empezó a acostumbrar a caminar por pistas forestales primero, después por los arcenes de algunas carreteras secundarias... Eso sí, en cuanto veía un vehículo acercarse corría a ponerse a salvo. En algunas ocasiones, cuando no había escuchado el vehículo hasta tenerlo encima, había llegado a tirarse en plancha entre los matorrales.

Pese a todos sus esfuerzos, su fobia hacía que el ritmo de trabajo fuera muy lento. Si seguía avanzando a pie tardaría meses en analizar todos los escenarios. Así que un día tomó la decisión de coger un taxi. No fue fácil para el perito por ese paso, pero era un mal necesario. Subió al coche como quien entra en una bañera ardiendo. Se sentó y se abrochó el cinturón rápidamente. Comprobó que estuviera bien fijado con varios tirones, después se santiguó y cerró la puerta. El taxista, que había observado todo el ritual con estupefacción, tuvo que preguntarle varias el destino.

–Al kilómetro 349 de la nacional 7 y no corra por favor.

El lugar se encontraba a una hora de distancia. A los cinco minutos, Félix le pidió al taxista que detuviera el coche. Salió del vehículo congestionado y se recostó en un árbol para coger aire. Unos minutos después, cuando la adrenalina dejó de fluir, el perito levantó la mirada del suelo y se dio cuenta de que estaba en medio de una plaza. Varias mujeres lo miraban con atención mientras esperaban el autobús. Félix las saludó con una sonrisa forzada y recaló en algo que llamó su atención.

Desde su coche el taxista vio como el perito se acercaba a un vendedor de cupones. El invidente creyó que quería comprarle un número, pero Félix le dijo que lo quería era comprar sus gafas. El ciego, aunque extrañado, accedió a vendérselas, aunque por una buena suma. Félix volvió hacia el taxi con su adquisición, pero a medio camino vio a una

chica escuchando música junto a las mujeres que esperaban el autobús. Volvió a sacar la cartera y le compró su reproductor de mp3 por una suma generosa. Satisfecho, Félix volvió al taxi con sus nuevas posesiones. Se puso las gafas de sol opacas y subió a todo volumen su nuevo iPod rosa.

–Ya podemos seguir –le chilló al taxista, que a aquellas alturas ya se estaba arrepintiéndose de que aquel tipo hubiera subido al taxi.

Pese al aislamiento sensorial improvisado, el viaje no fue muy agradable para el perito: llegó al destino empapado en sudor y completamente pálido. En cuanto el taxista cobró se largó, sin esperar siquiera una propina. Aquel viaje en taxi no fue el único, aunque fueron muy escasos. Félix racionaba los desplazamientos en automóvil como el agua en el desierto y siempre que las distancias no fueran muy largas las recorría caminando.

–Ahora entiendo la mierda de música que llevas ahí metida. ¡Mira que escuchar a Britney Spears! –le dijo divertido Quique al perito–. Anda acércame el portátil que hay ahí detrás, que te voy a meter música de la buena.

Estaban aparcados en una pequeña área de servicio desde la que tenían una vista privilegiada de uno de los puntos calientes que habían obtenido del estudio de Félix. El perito dudaba mucho de la metodología empírica –por llamarla de laguna manera– que le había impuesto Quique. Dudaba mucho que ir bebido fuera la clave para ver al caminante y, en caso de serlo, la credibilidad de un borracho tampoco era para tirar cohetes. Pese a todo, allí estaba: en aquel arcén, con aquel extraño tipo, esperando que apareciera alguien o algo todavía más extraño.

–Ahora ya tienes algo decente que escuchar ahí metido: Jimmy Endrix, Jim Morrison, Janis Joplin, Kurt Kobain... En este coche sólo se escucha música de cantantes suicidas –dijo riéndose de una broma que sólo tenía gracia para él.

–Una sobredosis no es un suicidio en el sentido estricto del término.

–Ya lo sé, pero si no hiciera alguna concesión se reduciría mucho mi colección de MP3s.

Mientras Quique dejaba el portátil en el asiento trasero, Félix vio claramente, aunque sólo durante unas décimas de segundo, el rostro tatuado del caminante.

–¡Corre arranca! ¡Era él! –dijo avisando a Quique–. Iba dentro del coche que acaba de pasar, me jugaría algo.

Quique ni siquiera contestó, arrancó como una exhalación y antes de escuchar el ralenti del motor apretó el acelerador al máximo y soltó el embrague.

–¡Mira por el retrovisor! –chilló Félix, pero era demasiado tarde.

26. El accidente

A DAVID LE PREOCUPABA SU HERMANO. PENSABA QUE QUIZÁ se había equivocado al embarcarlo, a él y a su madre, en una búsqueda que le implicaba sólo a él. No había recurrido a ellos con esa intención, por lo menos no al principio. Una vez se cruza el charco, el tiempo y el espacio se estiran y contraen de formas extrañas. Se pierde el reloj biológico que nos marca el hambre y el sueño y nuestro sistema de posicionamiento pierde el rumbo a menudo. Casi sin proponérselo, David acababa volviendo cada noche a su vieja casa, quizá por un deseo inconsciente de aferrarse a lo conocido... tanto por seguir una rutina que ya no tenía sentido para él, como para sentir la proximidad de su madre y su hermano. La noche en que comenzaron su particular cacería no había acudido a ellos para pedirles ayuda, tan sólo volvía al viejo hogar como un camello vuelve a un oasis para llenar la joroba –o más bien como un viejo yonqui en busca de pequeña dosis de vida para poder seguir tirando–.

La investigación que había iniciado antes de morir no había terminado con su accidente. Asimiló su nuevo estado rápidamente, primero se resignó a su suerte y luego, cuando empezó a ver a otros como él, se prometió que intentaría seguir cuerdo el máximo tiempo posible. Las calles estaban llenas de almas en pena que se aferraban al recuerdo de sus vidas. Eran entes atormentados, mentes enfermas que repetían una y otra vez extraños patrones, rituales perturbadores y comportamientos sin sentido. Una y otra vez, durante toda la eternidad, hasta que lo poco de vivo que les quedaba, su propia conciencia de ser racional, les abandonaba y pasaban a ser una sombra difuminada de lo que habían sido. Algunos simplemente no habían superado el trauma de su muerte y se mostraban sumidos en un estado de *shok* permanente. Éstos últimos eran fáciles de identificar por su aspecto: cráneos aplastados, miembros dislocados, tórax reventados... David se negó a ser uno más de ellos, quizá el tiempo acabara pasándole factura, pero por el momento tenía varios objetivos: descubrir quien le hizo caer de la moto y, en segunda instancia, las circunstancias en que murió su padre. Además, intuía que ambos casos estaban relacionados y que habían terminado con él porque se había acercado demasiado a la verdad.

Al principio –antes de patrullar con su hermano tunero y su madre en zapatillas–, David seguía a viejos colegas de día y de noche. Sobretudo a aquellos que pudieran saber algo: véase los agentes más veteranos y, sobretudo, a su sargento. Su propia muerte había sido un tema de conversación recurrente en comisaría durante las semanas posteriores al accidente. Su intención era acompañarles minuto a minuto y escuchar los susurros, los

comentarios a media voz y los secretos que compartían. Así fue como pudo construirse, a base de retales, una imagen muy aproximada de quién había sido realmente su padre. Él lo recordaba como un hombre severo, que pasaba el día entre el trabajo y el bar, y al que había que tratar con respeto cuando estaba en casa. Sin embargo, sus compañeros se referían a él casi con desprecio. Como si fuera algo de lo que es mejor no hablar... un trapo sucio.

–Es una pena que el hijo haya acabado como el padre –había susurrado el agente Méndez durante el funeral, el mismo que se había cruzado con David en el bar la noche antes de morir.

El sargento, que se encontraba justo delante, se giró y acalló los comentarios con una severa mirada que decía “Este no es el momento”. Ese mismo día en el bar al que solían acudir los agentes al terminar el servicio, David escuchó algún comentario más.

–Habría sido mucho mejor agente de lo que fue su padre. No sé que se le pasó por la cabeza al chaval para ir sin casco a esas velocidades... –dijo uno de sus antiguos compañeros.

–Yo tampoco lo sé, pero te puedo asegurar que ya era mucho mejor que Gimeno, ¡y con diferencia!

–¿Os acordáis de cómo llegaba el viejo cuando tenía turno de noche?

–Eran otros tiempos –le justificó un policía a punto de jubilarse.

–Sí, pero lo que hizo no tuvo excusa.

–¿El qué? –intervino un compañero de su promoción que se acababa de añadir a la conversación.

–Nada, cosas de viejos.

Aquella noche la conversación no aportó nada más interesante, pero estaba claro que había algo sobre lo que se había tirado una buena capa de tierra. Apenas empezaba a atar cabos, pero empezaba a ver la silueta del cuerpo enterrado. No era fácil pasar el día como una sombra en comisaría, sobretodo cuando Lucía estaba trabajando. A veces se pasaba horas siguiéndola, intentando consolarla en su dolor, pensando en como se le erizaba el vello de la nuca cuando le soplaba detrás de la oreja, en como olía su uniforme sudado después de una jornada de trabajo o en cómo se agarraba a su espalda cuando la llevaba en la moto. Un sinfín de momentos que habían sido y no volverían a ser.

Una tarde, Lucía por fin se decidió a vaciar el despacho de David. Se lo habían encomendado como una deferencia hacía ella, ya que, aunque el cuerpo no aprobaba la relación entre compañeros, sí que apoyaba a la viuda de un agente. Aunque ella y David no habían llegado ni a comprometerse, el sargento le había ofrecido unos días libres, pero ella los había declinado con educación. Mientras hurgaba entre las cosas de su novio, la agente encontró las copias de los informes de la muerte de Gimeno. Hizo una lectura en diagonal, prestando una atención especial a las acotaciones que había introducido David y en poco tiempo se hizo una idea clara de lo que su novio estaba buscando. Expediente en mano acudió a su Sargento a pedir explicaciones.

–¡Esa es mi chica! –exclamó David, aunque nadie le escuchó.

Corrió tras su novia hasta el despacho del jefe y se acomodó en una butaca mientras Lucía exponía el asunto.

–No sé de que me está hablando, Lucía. Haga el favor de tomarse unos días.

–Ya le dije que prefería estar aquí. Para él esto debía ser importante –le dijo lanzando los informes sobre la mesa–. Estaba trabajando en ello antes de morir, buscaba explicaciones.

–Ya he visto estos documentos antes, él vino a hablar conmigo la noche antes de morir.

–¿Y qué le contó?

–Nada. No hay nada que contar.

–No sea hipócrita conmigo, está claro que hay mucho más de lo que se cita en estos papeles. ¿A quién quiere proteger? David está muerto, su padre también.

–Por eso mismo, ya no hay razón para seguir indagando.

–Tampoco hay razón para seguir guardando el secreto. Hágame un favor sargento, déjeme acabar lo que él empezó.

–Está bien, pero siéntese. No es algo agradable de escuchar –respondió resignado el sargento tras un largo silencio de indecisión.

Gimeno había sido todo un ejemplo de *mala praxis*. Dominaba todos los trapicheos que su uniforme le permitían ejercer: cobraba multas en metálico sin dar parte a la central, extorsionaba a prostitutas para obtener “servicios” a cuenta de la casa, traficaba con todo tipo de material requisado y hacía la vista gorda a cualquier delito a cambio de un buen soborno. Sus superiores también hacían la vista gorda con él. Pese a los rumores que llegaban a sus oídos, nunca habían recibido una denuncia en firme contra Gimeno, así que le dejaban hacer. El comportamiento de Gimeno era un secreto a voces en la jefatura, un problema menor que terminó solucionándose por sí sólo. Era cuestión de tiempo que alguno de los perjudicados se tomara la venganza por su cuenta y cuando apareció muerto, a nadie le extrañó.

–Lo que sí fue extraño fueron las circunstancias de su muerte –afirmó el sargento–. Lo que le voy a contar no lo encontrará en ningún informe, yo mismo no lo habría llegado a saber de no ser por mi amistad con Roberto Masquilla.

El doctor Masquilla había pasado más de treinta años ejerciendo como forense en aquella circunscripción. El sargento había hecho amistad con él, ninguno de los dos tenía familia, y una vez que el doctor se jubiló empezaron pasar largas tardes haciéndose compañía y explicándose batallas.

–Una de las preferidas de Masquilla era la del agente Gimeno. Las circunstancias de su muerte habían sido tan escabrosas como vergonzantes para el departamento. Hasta tal punto, que le habían obligado a omitir gran parte de los detalles de su informe. Al doctor no le había sentado nada bien aquella intrusión en su trabajo y aunque había acabado acatando, se desahogó explicándome los detalles del caso una y otra vez en nuestras

charlas.

Gimeno había empotrado su coche patrulla contra una fábrica llevándose por delante a uno de los trabajadores. Lo curioso del caso es que no había muerto en la primera colisión, había echado marcha atrás y vuelto a embestir una y otra vez hasta que el motor dijo basta. El cuerpo del atropellado había llegado a confundirse entre el amasijo de hierro, neumáticos y aceite en que se había convertido la parte delantera del coche patrulla. El cuerpo de Gimeno estaba en mejores condiciones, exteriormente tan sólo había sufrido fuertes impactos en el rostro y la parte frontal del cráneo. Sin embargo, por dentro los órganos no habían resistido a los continuos embates y se habían terminado colapsándose. Masquilla no se podía llegar a imaginar el odio que el agente había acumulado contra aquel tipo, para arrollarle una y otra vez de una forma tan brutal que había terminado muriendo él mismo en el intento. En el coche encontró claros indicios de las actividades ilegales que llevaba a cabo Gimeno: paquetes de droga, grandes cantidades de dinero en billetes pequeños, restos de semen, etc. Pero sin duda, lo más siniestro del caso lo encontró durante la autopsia.

–El agente presentaba unos niveles etílicos que triplicaban los límites de la época, además su hígado estaba completamente inflamado y cirrótico. Pero lo peor lo encontró cuando empezó a reconstruir los pedazos de piel que le colgaban de la cara. La frente de Gimeno y su gran calvicie estaban surcados por unas extrañas marcas: líneas y círculos que era imposible que se hubieran producido al impactar contra el parabrisas agrietado. Masquilla encontró restos de óxido que recorrían el cráneo dibujando formas caprichosas. No supo cómo se habían producido ni porque, tan sólo pudo establecer que las extrañas laceraciones se habían producido justo antes de morir.

Lucía escuchaba en silencio las explicaciones de su superior. El sargento se lo estaba contando todo sin hacer pausas, sin esperar réplicas y ella no se atrevía a interrumpirle. Casi se estaba arrepintiendo de haber pedido explicaciones. El que no se arrepentía y escuchaba con atención, memorizando los detalles, era David. Sospechaba que había algo raro en el asunto, pero aquello nunca lo habría llegado a imaginar. En ese preciso momento su mente realizó una conexión entre ideas tan potente que casi notó el impulso eléctrico entre las neuronas –o habría sido así de haber tenido un cerebro físico–.

David recordó claramente el momento de su accidente. Había sido un día duro y tenía sueño, pero controlaba su moto a la perfección y sí, llevaba el casco puesto. Bostezó y de pronto cayó de espaldas sobre la carretera. La inercia le hizo resbalar unos metros sobre el asfalto e instintivamente se protegió el rostro con los brazos en cruz. Cuando dejó de girar y recuperó el equilibrio vio que su moto había continuado rodando sin él y sin caer al suelo. Alguien vestido con su mismo mono, sus botas y su casco la estaba conduciendo. El extraño personaje que le había usurpado el control de su moto dominó una pérdida de tracción y frenó a unos veinte metros de su posición. Parado en medio de la fría carretera, el tipo que ahora pilotaba su moto se giró hacia él en una postura desafiante. Sacó las llaves del

contacto y empezó a arañar el casco dibujando caprichosas formas geométricas en él. David le miraba desde el suelo, hipnotizado por aquel extraño ritual e incapaz de comprender como aquel tipo se había adueñado de su moto, su casco e incluso de su mono.

Cuando el tipo terminó, se quitó el casco y lo lanzó lo más lejos que pudo entre las malezas que crecían al margen de la carretera. A pesar de la distancia David podía ver, a cámara lenta y casi con memoria fotográfica, aquella cabeza afeitada, llena con las mismas marcas circulares que acababa de grabar en el casco como años antes había hecho en la cabeza de su padre.

David también recordaba claramente lo que había ocurrido a continuación: como el tipo se había girado unos segundos para mirarle, como le había sonreído y como, a continuación, había salido a toda velocidad haciendo un caballito con su moto. Sin embargo, aunque los tatuajes de su nuca los recordaba perfectamente, contrastados contra su piel pálida y amarillenta, su rostro era un trazo borroso en su memoria, tan sólo una sonrisa desafiante bajo una mirada perdida en la sombra. Después había corrido tras él, dándole igual que aquel tipo fuera en moto y él a pie, mientras escuchó el rugido del motor siguió corriendo. Pero el ruido cesó y David cambió el trote por el paso. Pensaba que le había perdido cuando vio la moto volcada contra el guarda raíl y unos metros más allá un cuerpo magullado y casi desangrado. Su instinto profesional se impuso al espíritu de venganza y se acercó a prestarle auxilio, pero aquel rostro ya no se correspondía con el extraño tipo de los tatuajes. Tenía pelo en la cabeza y pese a lo desfigurada que tenía la cara, David reconoció en ella la suya propia. Se vio reflejado en él como en un espejo roto y no tardo en entender lo que había pasado.

Tan sólo lo había visto durante unos segundos, pero le bastaban para reconocer el nexo que unía su muerte a la de su padre. Hasta entonces, más que vengar su propia muerte, David lo único que pretendía era comprender que había pasado. Pero ahora las tornas habían cambiado, aquello se había convertido en algo personal, en un asunto de familia, por esa razón había recurrido, casi sin pretenderlo, a su madre y a su hermano Ricardo.

Ahora los tres se encontraban en una solitaria intersección entre carreteras, a la espera de ver aparecer al asesino de su padre y de él mismo. Y de pronto allí estaba aquel tipo, el mismo al que su hermano había bautizado como el "Autoestopista". Se acababa de tirar en marcha de uno de los pocos vehículos que habían visto pasar aquella noche por aquel cruce. El tipo se enderezó rápidamente, sin que un ápice de dolor se vislumbrara en su cara. Entonces, sus miradas se cruzaron. El autoestopista no hizo ningún gesto, tan sólo permaneció en silencio, de pie en medio de la carretera, mirándole fijamente con su oscuro semblante. Por lo que parecido una eternidad los dos aguantaron sus respectivas miradas esperando un gesto del contrario, como si del duelo en O.K. Corral se tratara. David no sabía que hacer, no se había planteado que haría llegado ese momento. Estaba pensando en su próximo movimiento cuando volvió a pasar un nuevo vehículo a toda velocidad y tal como había venido, el calvo tatuado se fue.

–Mamá dile a Richard que arranque... ¡que persiga al coche que acaba de pasar!

Y Agripina le hizo caso. En unos segundos estaban en la carretera tras los pasos del vehículo que acababa de pasar. Richard hizo gala de su mejor estilo de conducción y después de varias trazadas perfectas, el Renault 5 tuneado había llegado a la estela de su objetivo. David continuaba sin saber que hacer cuando le dieran caza de nuevo y dudaba mucho de que su hermano hubiera pensado en ello. Sin embargo no le dio tiempo a tomar ninguna decisión, de pronto una Chrysler Voyager apareció de la nada unos metros por delante de ellos. Richard a penas tuvo tiempo de dar un volantazo.

Si Quique hubiera mirado por el retrovisor antes de incorporarse nadie habría muerto aquella noche. Pero el parálítico no lo hizo.

SEGUNDA PARTE
"La Cacería"

27. Contra el muro

LE RASURARON TODO EL CUERPO SIN MIRAMIENTOS, del vello a las cejas, con la única cautela de no producirle ningún corte. La piel tenía que estar completamente intacta antes de las pruebas para poder analizar después las contusiones y laceraciones que se iban a producir. Pero por aquel entonces, él no sabía nada de eso, simplemente quería imaginar que estaba en un hospital, por muy extrañas que hubieran sido las formas de llegar a aquel lugar.

Volvieron a darle una ducha de agua fría. La primera la había agradecido, llevaba horas con los esfínteres completamente dilatados, pero esta segunda le dejó congelado. Estaba completamente desnudo sobre una mesa de acero inoxidable, en una amplia y fría estancia con un techo demasiado alto para ser un quirófano. Después de secarle empezaron a marcar su cuerpo concienzudamente, aunque él no lo supo hasta unas horas después. Notaba como los rotuladores le surcaban el cuerpo, como le tomaban medidas con una cinta y un pie de rey, como le aplicaban una plantilla plástico para notar después el frescor de un aerógrafo... No se preguntó para que era todo aquello, simplemente lo aceptó como parte de un preoperatorio. Era plenamente consciente de su situación y sabía que las condiciones en las que se encontraba se debían a alguna lesión seria de la columna vertebral. Llevaba horas sin poder mover un músculo, ni siquiera podía pestañear. Notaba que las córneas se le empezaban a cuartear, le escocían sobremanera y tan sólo había sentido un poco de alivio al recibir las duchas frías. También notaba cierto dolor en el pecho, que atribuía al latigazo del cinturón de seguridad. A parte de eso, no sentía ningún otro dolor... por el momento.

-¿Ya lo tienes listo? Hay que espabilar si no queremos que empiece a ponerse tieso antes de hora -dijo alguien que acababa de entrar en la sala.

-Se está secando la tinta, lo visto y es todo tuyo.

Aquel diálogo no le gustó nada y todavía menos que le volvieran a vestir. Intentó chillar para llamar su atención, pero no consiguió emitir ningún sonido. Cinco minutos más tarde, cansado pese a no haber conseguido nada, se dio por vencido. A aquellas alturas ya le habían conseguido embutir unos pantalones y una camisa varias tallas más grandes de la suya. Los pantalones se abrían por los laterales, como los de un *stripper*, y la camisa se abrochaba por detrás, todo estaba estudiado para ponerlo con el mínimo esfuerzo a cuerpos inmóviles o, mejor dicho, a cadáveres. Aquella idea le acabó de convencer de que lo que le esperaba no era una cirugía de urgencia, sino algo muy diferente. Lo subieron a una silla de ruedas para sacarlo de la sala, una estancia que él había querido identificar como

un quirófano pero que ahora, desde su nuevo ángulo de visión se le presentaba como una sala de autopsias. Al traspasar la puerta confirmó que no se encontraba en un hospital. El espacio anexo era un gran hangar donde destacaban dos elementos: un coche y un muro de hormigón separados por unas decenas de metros de carril. Por lo menos ahora sabía lo que le esperaba. Tan sólo pedía que todo terminara rápidamente.

Le subieron al vehículo entre los dos, uno desde dentro y otro desde fuera. Le pusieron los pies sobre los pedales y las manos sobre el volante. Tuvieron que utilizar un poco de cinta adhesiva para que no se le escurrieran en el regazo. Por último, como quien coloca una guinda en un pastel, tuvieron el detalle de abrocharle el cinturón de seguridad. Casi habría preferido que no se lo pusieran, porque ya tenía aquella zona dolorida y, de todos modos, iba a dejar de sufrir más rápidamente –como quien se arranca una tirita de un golpe seco– si terminaba hundiéndose la cara contra la luna delantera. Cuando todo estuvo listo le dejaron allí solo ante el muro de hormigón y se refugiaron en una pequeña sala de control con una ventana de cristal blindado. Se sentía como la primera vez que había montado en una montaña rusa. Recordó con todo lujo de detalles aquel momento, había sido su primera toma de contacto con el mundo de la velocidad y seguramente le había marcado, ahora lo veía claro, el resto de su vida.

Los dos científicos, por llamarlos de algún modo, se pusieron unas gafas de protección. Pese a estar detrás de un cristal blindado se protegían los ojos y él, allí sentado, con las manos pegadas al volante y notando las costuras de la basta ropa con que le habían vestido sobre su piel desnuda y recién depilada, se sintió más vulnerable que nunca. El motor arrancó sólo y el acelerador se hundió al máximo. Todavía estaba pensando en como sería el sistema que controlaba todo aquello a distancia cuando vio que el muro estaba ya a unos metros. Ni siquiera pudo contraerse antes del impacto y la inercia del peso muerto de su cuerpo hizo que el cinturón se le hundía en la carne hasta vaciarle los pulmones. La cabeza le bailó sobre el cuello como una peonza y sintió que si su primera lesión –la que lo había dejado paralizado– había tenido cura alguna vez, ahora ya era irreversible. El dolor le recorrió como una punzada, lo sentía todo con una claridad inusitada, hasta el punto que incluso recordaba como las manos se le habían despegado del volante. Para soportar el sufrimiento que le producían las hemorragias internas y los huesos astillados, decidió refugiarse en lo próximo que estaba ya el final. Veía a la muerte como una sobredosis de endorfinas que iba a abotargar todos sus sentidos y lo iba a sumir en un subidón de placer antes del bajón definitivo. Pero las endorfinas no llegaron, tan sólo más dolor: al sacarle del vehículo aplastado, al volverle a colocar en la mesa de autopsias y, sobretodo, cuando una vez analizadas y anotadas todas las laceraciones y hemorragias, volvieron a enderezar las articulaciones dislocadas para una nueva prueba. Cuando ya lo estaban subiendo a la silla de ruedas para una nueva prueba un comentario le abrió una brizna de esperanza.

–¿Es normal que la sangre salga todavía de esta manera?

–Sí, es normal que algo salga –le respondió el que parecía estar al mando, aunque sin

dejar de prestar atención a lo que estaba manipulando.

-Si usted lo dice...

-Ni que fuera el primer cadáver con el que trabaja -comentó fastidiado antes de girarse, cuando vio la sangre fluir cobró conciencia de lo que sucedía-. ¡Mierda! Acérqueme una gasa.

Aunque su corazón se había ralentizado mucho, lo suficiente para que sus latidos hubieran pasado desapercibidos y que su cuerpo se hubiera enfriado varios grados, la presión arterial todavía era suficiente para bombear la poca sangre que le quedaba de forma ostensible. Al verlo, el superior, que debía tener algunos conocimientos de medicina intentó contener la hemorragia. Aplicó presión con gasas e incluso le pidió material a su ayudante para cauterizar la herida. Estaba actuando por pura inercia para salvar una vida, pero cuando recapacitó en las consecuencias que ese acto le podría acarrear se detuvo en seco.

-¡Pero que hace! -exclamó el ayudante tomando el relevo en la presión de la arteria abierta-. Se va a desangrar...

-Déjelo -le ordenó sin dar lugar a réplicas.

-Pero si todavía está vivo.

-Por poco tiempo, ya no podemos hacer nada por él. Sin embargo él si puede hacer algo todavía por nosotros. Límpielo y prepárelo para la siguiente prueba. Todavía nos queda mucho trabajo esta noche.

Y así fue. Continuó empotrándose violentamente contra aquel muro un sinfín de veces, hasta que el cuerpo estaba tan deteriorado que era imposible distinguir entre las heridas nuevas y las viejas. Se mantuvo consciente, agarrándose a un hilo de vida, durante los tres o cuatro primeros impactos. Después el dolor por fin cesó.

28. El funeral

APARECÍ DURMIENDO SOBRE LA LÁPIDA DE DIANA bien entrado ya el mediodía. Al verme rodeado de nichos, en completa soledad y, lo más extraño, sin una resaca de mil demonios, pensé que por fin había muerto. Sentía un alivio y una tranquilidad como hacía años que no experimentaba. Pensaba que todo había acabado al fin, pero una de mis feligresas me hizo volver de mi ensoñación. Había venido a limpiar el nicho de su marido y sus suegros, cargaba con una bolsa donde seguramente había un pañuelo y un bote de limpia cristales y al verme le cayó al suelo.

-¡Dios bendito, padre! ¿Qué hace aquí?

No supe que contestar, ni siquiera yo sabía la respuesta. Lo último que recordaba era haber caído en el barro con un frío punzante en los riñones. Lo que seguía se había difuminando en mi recuerdo como un sueño a los cinco minutos de despertar. Recordaba un rostro que emanaba calor, que me había reconfortado pese a la lluvia y la enfermedad. Ya no podía visualizarlo pero estaba claro que era ella. Respondí a la pregunta de la anciana con una sonrisa, ella continuó como si nada.

-Va a volver a la iglesia, ¿verdad? Ha pasado una desgracia y... la verdad es que el jovencito que han enviado para sustituirle está un poco verde todavía.

-¿Qué desgracia?

-¡Ay padre! Un accidente, la carretera que es muy mala...

-¿Pero quién? ¿Quién ha muerto? -insistí.

Escuchar su nombre fue un golpe duro, me devolvió de golpe a la realidad, aunque no consiguió romper el estado de calma en que había despertado. Volvía a sentirme equilibrado, con la suficiente energía para recuperar mi cargo en la parroquia y oficiar un funeral como es debido. Se lo debía.

El diácono me había dado unos días de margen, no recordaba cual había sido el plazo, en realidad no sabía ni cuanto tiempo había pasado desde entonces, pero esperaba estar todavía a tiempo de recuperar mi cargo. Corrí a mi iglesia y encontré al novicio que habían enviado para sustituirme en el despacho parroquial. Era todavía un adolescente y no le habían contado nada de mi escena en el funeral o, por lo menos, tuvo la consideración de no mencionarlo.

-Qué alegría verle de vuelta padre... ¿Por qué usted es el padre Damián verdad? -me dijo al verme.

-Sí, así es.

-Dígame que está recuperado y vuelve a su puesto. Verá, no lo comente en la diócesis, pero creo que todavía no estoy preparado para llevar una comunidad.

-No se preocupe por eso, yo todavía dudo de mi capacidad de vez en cuando. Bastante a menudo, para ser sinceros.

Al chaval le di una alegría al volver, lo del diácono fue un poco más complicado. Tuve que aguantar un gran rapapolvo antes de que me dejara volver a mi antiguo puesto. Quería esperar unas semanas antes de devolverme las llaves de mi iglesia, pero después de mucho insistir le convencí de mi completa y milagrosa recuperación. Lo de los feligreses tampoco fue fácil, la mayoría todavía recordaban mi desafortunada misa y unos pocos me negaban la palabra. Por suerte, mi sustituto no había estado muy afortunado ejerciendo mi cargo y se aplicó el dicho popular: "Más vale malo conocido que bueno por conocer". Tan sólo 48 horas después de haber rozado la muerte por asfixia en un charco de barro exudando alcohol por todos mis poros, me encontraba completamente recuperado y oficiando de nuevo un funeral. Esta vez lo hice bien.

-En la segunda carta a los Corintios, Jesucristo afirmó: "Si alguno ha causado tristeza, no me ha entristecido sólo a mí, sino en cierta medida, a todos vosotros. Basta ya para dicha persona la reprensión de la mayoría" -leí delante de una iglesia abarrotada. Después levante la vista del Nuevo Testamento y me dirigí a mis feligreses-. Sé que tengo el perdón del Señor porque él es misericordioso, me gustaría tener también el vuestro.

Asumí el silencio de la sala como un sí o así quise entenderlo. Después continué con la ceremonia, no quería quitar más protagonismo a la persona que realmente se merecía un último recuerdo.

-En los últimos días demasiadas veces nos hemos reunido aquí para despedir a un vecino- continué-. Las carreteras nos han arrebatado ya a demasiados... el asfalto es duro, frío e inmisericorde, por eso debemos llevar con él una especial cautela. Sobre él no crece la vida, no germina la semilla, los animales lo cruzan raudos porque su instinto le dice que sobre él acecha la muerte. Sin embargo, nosotros olvidamos el peligro que albergan estos caminos y circulamos confiados e inconscientes sobre estas lenguas negras sin pensar en las oscuras bocas que nos acechan. Unos kilómetros por hora en exceso, unas copas de más o una simple placa de hielo y, en fracción de segundos, somos tragados y masticados por unas fauces de alquitrán.

Imágenes de mutilados, cadáveres errantes y cráneos aplastados empezaron a cruzar por mi pensamiento. Algo en mí me decía que aquellos fantasmas que me habían atormentado eran más reales de lo que creía o simplemente quería otorgarles verosimilitud para poder asumir también como algo real la aparición de Diana. Ella había venido a mí para perdonarme, para darme tranquilidad y lo había conseguido.

-El precio que pagamos por ignorar el peligro es demasiado alto -sentenció para dar fin a una introducción que me había salido demasiado oscura.

Mientras buscaba un nuevo pasaje en la Biblia, pensé en que esta última frase bien podría haberla pronunciado Félix. Aquel tipo obsesionado con los riesgos de las carreteras me había intentado ayudar y yo, no sólo había rechazado su mano, sino que le había escupido a la cara. Ni siquiera el alcohol era excusa para un comportamiento semejante. Deseo volver a verle para pedirle su perdón y entonces, al levantar la vista de las escrituras, le vi de pie al fondo de la sala. Me alegré de verle y me extrañó no haberle reconocido antes. Al terminar la misa iría a buscarle y le presentaría mis excusas, pero ahora tenía un funeral que oficiar.

–Como todos sabréis, Agripina colaboraba en mantener limpia y en buen estado esta iglesia, pero también nos ayudaba a todos a mantener limpio nuestro espíritu. Hace sólo unos meses murió su hijo David, también en un trágico accidente... y ahora le ha tocado el turno a ella. Sin duda es un duro golpe para su hijo Ricardo... que en sólo unos meses ha perdido a un hermano y una madre.

Richard estaba en primera fila, junto al ataúd de su madre, intentando mantener el tipo frente a toda la iglesia. Aguantaba el llanto, pero sus ojos estaban ya tan enrojecidos e hinchados que apenas se habrían notado unas lágrimas más. Estaba muy desmejorado, porque a las secuelas del luto había que añadir los moratones y las magulladuras del accidente. Su coche había quedado totalmente destrozado, su madre había muerto en el acto y él había salido con vida casi de milagro. El coche había caído dado varias vueltas de campana y había acabado empotrado contra el tronco de un pino robusto. Richard afirmaba que un segundo vehículo les había sacado de la calzada, pero la policía no lo había podido corroborar: la carrocería había acabado demasiado deteriorada para encontrar las marcas del primer impacto y las trazadas de los neumáticos no habían sido concluyentes. Si alguien les había hecho salir de la vía y se había dado a la fuga, iba a ser muy complicado dar con él. Pero a la policía poco le importó que Richard tuviera la culpa del accidente o no, el hecho era que conducía con el carné retirado y que sobre él pesaban ya graves acusaciones. Su implicación en este nuevo accidente mortal fue la gota que colmó el vaso y la juez instructora decretó su ingreso en prisión provisional. Lo único que Lucía había podido hacer por él era demorar su encarcelación unas horas para que pudiera asistir al entierro de su madre. Ella misma había asumido su custodia y estaba sentada junto a él en la iglesia. Tan pronto terminara la ceremonia tenía instrucciones estrictas de llevarle a la penitenciaría.

–...pero piensa, Ricardo –continué dirigiéndome a él–, que esté donde esté, tu madre se ha reunido de nuevo con tu hermano, con su hijo, y estoy seguro de que eso la habrá hecho feliz.

29. A la fuga

QUIQUE SE HABÍA VESTIDO CON TRAJE PARA LA OCASIÓN –EN LUGAR de sus trotadas camisetas negras serigrafiadas con diferentes emblemas de grupos heavy– y, no sólo eso, también había cambiado las ruedas de su furgoneta por las de la silla que tan poco le gustaba utilizar. Estaba aparcado a la puerta de mi iglesia fumando un cigarro a la espera de que terminada el funeral. Aquella silla le hacía sentir más incapacitado de lo era, pero todavía tendría que esperar un tiempo antes de ponerse al volante de su Chrysler, ya que la furgoneta había sufrido un fuerte golpe contra el Relaut 5 de Richard. Tener que desplazarse con algo tan tosco y lento era para él como llevar zapatos de plomo, sin embargo no habría sido muy adecuado presentarse en el funeral con el mismo vehículo que había causado el accidente mortal. Quique sentía cierto remordimiento por lo que había pasado, aunque no sabía que le molestaba más: si haber provocado la muerte de aquella mujer o haber perdido la pista del caminante. Cuando la gente empezó a abandonar la iglesia tras el féretro de la fallecida, el paralítico se alejó unos metros y se mantuvo en un segundo plano.

Quien sí mostraba un claro arrepentimiento era Félix. En el momento del accidente el perito había insistido en socorrerles pese a la voluntad de Quique de alejarse de allí lo antes posible. Félix casi tuvo que saltar del coche en marcha para poder echar una mano, pero lo hizo. Llamó a emergencias y corrió hacia el Renault 5 destrozado. Pese a la sangre y las contusiones, Félix reconoció a Agripina como la mujer que rezaba en la cruz de carretera la tarde en que me conoció. Nada más verla supo que poco podía hacer por aquella mujer. Pese a su estado, le busco el pulso en el cuello ensangrentado sin resultado. El perito maldijo la coincidencia que había hecho que aquella pobre mujer y su hijo pasaran justo en ese maldito momento por esa vieja carretera. Por lo menos Richard estaba en mejor estado. El lado del acompañante se había llevado la peor parte, pero la del conductor estaba casi intacta y el chaval tenía sólo algunos cortes abiertos, eso sí, había quedado inconsciente por el choque. Félix cogió el primer papel que encontró y le limpió las heridas para evaluar la gravedad de los cortes. No eran de muy profundos, además el chico tenía el pulso firme y no parecía tener ninguna extremidad aplastada o atrapada. Estaba fuera de peligro. Como buen profesional que era, Félix no se aventuró a hacer nada más: moverlos del vehículo podía ser peligroso. Se alejó un poco para tomar aire y escuchó a Quique que le exigía con aspavientos que volviera a entrar en el coche.

–Ya está, no puedes hacer nada. ¡Vámonos coño! –le gritaba desde la furgoneta abollada.

Félix sabía que poco más podía hacer hasta que llegaran las asistencias médicas, pero se

resistía a abandonar a aquellas personas y más cuando él mismo –en parte– había causado el accidente. Hasta ese momento, cuando ya había hecho todo lo posible por las víctimas y sus palpitaciones se empezaban a mitigar, Félix no calló en la cuenta de un hecho importante: se había olvidado del motivo que les había llevado a aquella situación. Antes de que todo se precipitara, estaba seguro de haber visto al extraño individuo que perseguían a bordo de un tercer vehículo. Quizá si corrían todavía podrían alcanzarle.

Lo intentaron, pero no volvieron a verlo. Quique había conducido a gran velocidad, en parte para alejarse del accidente y en parte para atrapar al caminante –aunque poco iba a importar eso a los ojos de la policía–. Ellos habían provocado el accidente y después se habían dado a la fuga. Si daban con ellos estaban jodidos y más aún teniendo en cuenta los antecedentes de uno y las advertencias que había recibido el otro. Si los identificaban se habría acabado su búsqueda, por lo menos por un tiempo, y el rastro se habría enfriado. Pero pese al riesgo, tenían muy claro que iban a continuar buscando. El primer plan que habían trazado para atrapar al caminante no había salido bien, así que trazaron otro, uno que pasaba por asistir al funeral de Agripina.

Así que allí estaban los dos, corriendo el riesgo de que alguien les reconociera. Quique observaba con impaciencia como Félix hacía cola para dar el pésame a Richard. El chico estaba aguantando como podía el interminable desfile de condolencias junto a Lucía, que no se separaba de él ni un solo momento. Cuando llegó su turno, Félix se presentó como un conocido mío y aunque Richard sólo lo había visto un par de veces no intuyó nada extraño y aceptó sus condolencias. Nunca habría imaginado que él era, en parte, responsable de su desgracia. El perito apenas pudo sostenerle la mirada e hizo tripas corazón para soportar su sentimiento de culpa.

–¿Podríamos hablar un momento? –le dijo a Lucía tras estrechar la mano del joven–. Es algo importante.

–Hable, pero recuerde nuestra última conversación –le respondió Lucía molesta. Recordaba muy bien el enojo que había cogido su sargento con aquel tipo.

–A solas por favor –dijo refiriéndose a Richard.

–No te alejes de aquí Ricardo, recuerda que estás bajo custodia –le dijo al hermano de su novio muerto.

Lucía acompañó al perito hasta el coche patrulla que había aparcado a la puerta de la iglesia. Recostada sobre el capó y sin quitarle el ojo de encima al tunero, Lucía le preguntó a Félix que quería.

–¿No le dijimos que se fuera de aquí? ¿Qué es tan importante como para interrumpir un funeral?

–Sí, pero hay algo realmente importante que deben saber... –dijo el perito con arrepentimiento.

–Ya nos dijo todo lo que necesitábamos saber hace dos noches.

–Sí. No me escucharon y un chico murió –respondió el perito intentando fingir una ira

que no sentía-. Y ahora lo ha hecho una pobre mujer... ¿Cuántos tienen que morir para que reaccionen?

-¿Insinúa que no sabemos hacer nuestro trabajo? -preguntó Lucía enojada.

-No, tan sólo le digo que si hubieran valorado la información que tenía, quizás...

-¿Esto es lo que tenía que decirme? ¿Tan importante era para interrumpir en un momento así?

-No, digo... sí. Verá, tengo nueva información sobre este último accidente que quizá les interese -empezó a improvisar Félix, sin quererlo estaba llevando la conversación por un camino que le interesaba.

-Soy todo oídos, pero vigile con no salirme con lo mismo de siempre o esta vez le juro que pasa la noche en comisaría.

-No, no. Es que no sé por donde empezar. Ayer, cuando se produjo el accidente yo estaba en esa carretera, esperando. Llevo, digo llevamos, unos días...

Antes de que el perito pudiera acabar la frase, Quique apareció haciendo correr su silla y gritando a voz en grito.

-¡Agente! ¡Agente! El chico...

Lucía había dejado de vigilar a Richard por unos instantes, distraída por el relato del perito y cuando levantó la vista hacía la puerta de la iglesia no le encontró. Los parroquianos habían empezado ya a disgregarse y no había ni rastro del chaval. Lucía perdió por completo el interés por el perito y empezó a llamar a su ex cuñado a voz en grito.

-¡Ricardo! ¿Dónde te has metido?

-Se ha subido en un coche y se ha ido -le dijo Quique-. Me ha parecido extraño porque han arrancado a mucha velocidad y creo que estaba bajo arresto ¿no?

Lucía ni siquiera le contestó. Actuó con diligencia, primero buscando con la mirada el vehículo y después avisando por radio a la jefatura del incidente.

-¿Recuerda el modelo y color? -le preguntó al parálítico.

-Era un modelo deportivo, un BMW o un Lancia, de color amarillo.

Mientras la agente repetía por radio las indicaciones y se disculpaba por su error, Félix y Quique se quitaron sutilmente de en medio. La primera parte de su nuevo plan había salido a la perfección.

30. El nicho sin nombre

EL TIPO NO LLEGÓ A SABER EN QUÉ MOMENTO DEJÓ de estar sufriendo en su propia carne los impactos de prueba, para pasar convertirse en un mero espectador que veía en tercera persona como su antiguo cuerpo se convertía, golpe a golpe, en un amasijo de carne y músculo. El dolor había sido tan intenso que pese a haber abandonado su cuerpo todavía podía sentir los músculos desgarrados y los huesos rotos –el síndrome del miembro fantasma en los amputados llevado al extremo–. Golpe tras golpe, el cuerpo había ido perdiendo progresivamente su valor como objeto de estudio, hasta que dejó de tener utilidad para aquellos investigadores. Llegaba un punto en que era imposible distinguir las nuevas contusiones y heridas sobre las producidas por los impactos precedentes. Así que tras la última autopsia, metieron sus restos en un saco de plástico hermético y se deshicieron de él como quien tira un pez muerto por el inodoro.

El fallecido había seguido todo el proceso en silencio desde una esquina del laboratorio, observándolo todo como en una proyección astral. Dudaba de si aquel efecto era producto de su propia imaginación –como un resorte de emergencia activado por su cerebro moribundo para protegerlo antes del momento final– o de si realmente su conciencia había trascendido a un nivel superior, separándose por completo de su cuerpo físico. Nunca había sido muy espiritualista, no se había planteado como iba a ser aquel momento y, de haberlo hecho, seguramente no lo habría imaginado de aquel modo. Había observado en silencio, sumido en un extraño letargo, como los tipos de la bata blanca iban extrayendo uno a uno los órganos de su cuerpo y los iban pesando en una balanza. Cuando finalmente le habían extraído el corazón y el cerebro, había entendido que su estado no podía ser un delirio, sus neuronas estaban ya clínicamente muertas así que pocas alucinaciones más iban a poder recrear. Además, lo que había presenciado había sido demasiado real, con demasiados detalles como para que todo hubiera sido una alucinación. Estaba muerto, pero de algún modo su conciencia había sobrevivido.

Los del laboratorio tenían un peculiar acuerdo con el responsable de un pequeño cementerio de un pueblo cercano. El tipo se encargaba, a cambio de un buen sobresueldo, de enterrar los cuerpos que le llegaban en un nicho sin nombre. Era habitual que cada año enterrara los restos de alguna persona fallecida sin identificar. El ayuntamiento pagaba el nicho, él le asignaba un número y le daba sepultura. Con los del laboratorio tenía el mismo acuerdo, sólo que lo hacía de forma completamente ilegal. Nada figuraba en los libros, tan sólo un número en la lápida y si alguien preguntaba él se hacía el despistado. En los años

que llevaba trabajando allí nadie se había interesado en las tumbas marcadas con números, tampoco nadie se preocupó por la del caminante.

Asistió a su propio funeral en silencio –si es que a aquello se le podía llamar funeral–. Había seguido a sus restos subiéndose a una vieja furgoneta sin rotular que le había dejado en el cementerio y ahora presenciaba como aquel sepulturero sobornado metía la bolsa negra de plástico en el nicho más apartado que encontró. Sellaba el hueco con una placa de cemento y anotaba en ella un número con tiza: el 127. Una cifra a modo de nombre y epitafio. Ni siquiera ese número le pertenecía, porque era el mismo que utilizaba en todos los cadáveres que no tendrían que estar allí y no figuraba en ningún otro lugar. Sin embargo, eso él no llegó a saberlo nunca. Observó aquel número durante días enteros, de día y de noche, hiciera frío o calor. Si algo tenía de bueno su nuevo estado es que no sentía calambres en las piernas, no tenía hambre, ni siquiera necesitada respirar. Simplemente estaba allí, velando su propio cadáver durante semanas, hasta que un día, sin una razón aparente, se alejó de su tumba lentamente y sin saber a dónde ir.

Pasaba los días caminando por los arcenes con un ritmo mortecino. Intentaba asimilar su nuevo estado. Conocía las etapas del luto, pero desconocía si eran aplicables para cuando el luto era por uno mismo. La negación le había durado poco, porque la alternativa a la muerte había sido un dolor inhumano, así que casi había abrazado aquel nuevo estado indoloro con efusión. La *rabia* la había concentrado contra la persona que había vendido su cuerpo cataléptico como carnaza de estudio sin comprobar si realmente estaba muerto, sin embargo contra los técnicos de la bata blanca sentía algo parecido al Síndrome de Estocolmo. Al principio sí les había odiado por no haber descubierto su estado, pero después del primer impacto tan sólo deseó que el dolor pasara. Cuando finalmente lo hizo empezó a comprender lo que estaban haciendo allí: trabajaban para mejorar los sistemas de seguridad de los vehículos, para salvar vidas en la carretera. Era un objetivo muy válido, por eso no entendía que recurrieran al mercado negro para dotarse de cuerpos para su estudio. Con él habían cometido un error, un fallo casi imperdonable, pero confiaba en que su sacrificio sirviera para salvar vidas. Se podía decir que él había pasado media vida en la carretera, había visto a muchos compañeros morir en accidentes, así que si su muerte podía servir para salvar a diez, veinte o quizás cien vidas... no podía encontrar una forma mejor de entregarla y más aún después de lo que había vivido. A quien no pensaba perdonar era al tipo que había participado en aquello sólo por dinero y que ni siquiera había hecho bien su trabajo. A pesar todo, la rabia se había mitigado mucho con el paso de los días y había pasado de ser una hoguera descontrolada a una pequeña llama que, eso sí, nunca se apagaría del todo.

La siguiente etapa había sido la depresión, se encontraba en ella desde hacía tiempo y no creía poder superarla. Notaba como si se estuviera difuminando poco a poco. Desde el principio podía verse a sí mismo, aunque los demás no lo hicieran él se veía las manos y los pies, incluso se reconocía en algún reflejo como si su mente hubiera fabricado una

reconstrucción virtual de su propio cuerpo para no perder la cordura. Pero con los días la visión de si mismo se estaba disolviendo, si se observaba con atención podía llegar a ver a través del dorso de sus manos. Su cuerpo era como un maniquí hueco construido con papel maché y dejado bajo la lluvia. Pero no era él únicamente el que se estaba degradando, a medida que su depresión se hacía más profunda, el entorno que le rodeaba se estaba convirtiendo en un gran banco de niebla. Lo único sólido que notaba era el asfalto bajo sus pies y la carretera se perdía en la neblina.

A medida que caminaba, día a día, su mente solía sumirse en una especie de abotargamiento y cada vez por periodos más largos de tiempo, que sólo rompían los escasos coches que de vez en cuando pasaban a su lado. No sabía si el tráfico pertenecía al mundo real o no era más que un mecanismo de su mente para mantenerle despierto. Estaba sumido en uno de esos trances cuando le despertó un gran estruendo: un coche de gama alta acababa de impactar frontalmente con un “cuatro latas” familiar justo delante de sus ojos. La peor parte se la llevó este último, que se plegó sobre sí mismo como un acordeón. A través de las puertas cerradas del vehículo empezaron a aparecer los miembros de una familia. Varios niños lloraban sin saber que había ocurrido mientras sus padres intentaban consolarlos, todavía ajenos a lo que les había sucedido. Tan sólo tenían que girarse para ver sus propios cuerpos inertes atrapados en lo que hasta hacía unos instantes era su coche y que ahora ya no era otra cosa que una cárcel de hierro y pedazos de vidrio. Sin embargo, la familia no miró al coche sino en dirección contraria. El padre fue el primer en ver algo más allá de la niebla del arcén. Abrazó a su esposa y con sus hijos de la mano se sumieron poco a poco y con tranquilidad en la bruma.

Después de ver desaparecer a la familia delante de sus ojos, el caminante corrió hacia el BMW que les había arrollado. El coche apenas había sufrido daños, el conductor estaba inconsciente por el accidente pero el cinturón y el airbag le habían salvado. Se acercó instintivamente a prestarle ayuda, sin pensar en que no era más que una sombra que observaba el mundo de los vivos como en un reflejo. Sin embargo, cuando le tocó el brazo el conductor recuperó el conocimiento como sacudido por una descarga.

–¿Qué ha pasado? –preguntó desorientado.

Al no ver a nadie a su lado, se quitó el cinturón y corrió hacia el otro coche. Contuvo una arcada al ver el estado en que había dejado a los ocupantes del otro vehículo. Volvió a su BMW e intentó arrancarlo. Pese a tener el radiador roto y la parte delantera abollada, la mecánica alemana respondió y el coche se puso en marcha. El conductor se dio a la fuga, pero sin saber que no iba sólo en su coche. Alguien sabía lo que había provocado y tenía pensado hacerle pagar su imprudencia –aunque todavía no sabía como–.

31. La raya blanca

NO FUE HASTA QUE ESTABA EN EL COCHE, HUYENDO del lugar del siniestro, cuando reparó en que tenía un papel ensangrentado adherido a la pernera del pantalón. El papel con que había limpiado las heridas de Richard y que se le había enganchado sin que él se diera cuenta. Se lo arrancó casi sin prestarle atención y no fue hasta que buscó un lugar para lanzarlo cuando reparó en lo que tenía en las manos: era un mapa de la zona, muy gastado por el uso y lleno de anotaciones a bolígrafo. Félix intentó limpiar la sangre con el faldón de su camisa –que también estaba empapado, así que un poco más no le importaba– y empezó a descubrir las rutas y los puntos que el tunero había marcado en su búsqueda del que llamaba “el autoestopista”. El perito corroboró rápidamente que aquellas anotaciones se correspondían con mucha exactitud con las que él mismo había anotado en su propio mapa. Sin duda, aquel chico y su madre estaban tras la misma pista que ellos, aunque el perito no podía imaginar que extraño mecanismo deductivo habían utilizado para llegar a ese nivel de exactitud. Su propio mapa –el mapa de un técnico de la DGT con más de treinta años de experiencia– era mucho menos detallado que el que tenía delante.

–Tenemos que volver atrás –le dijo Félix a Quique, que estaba concentrado en alejarse del accidente lo antes posible.

–¿Qué dices? Como vamos a volver ahora... ¿tú estas tonto o qué?

–Ese chico está en la misma carrera que nosotros –le dijo enseñándole el mapa– y nos lleva varias vueltas de ventaja.

–¿Qué me estás enseñando?

–No iban tras aquel coche por casualidad, le estaban persiguiendo. Igual que nosotros, pero mejor. Sabían lo que hacían...

Quique dio media vuelta tan bruscamente que tuvo que corregir su trayectoria con un pequeño contra volante. Félix todavía no se había acostumbrado a la conducción del paralítico y nunca lo haría. Cuando llegaron al lugar del accidente la policía y los servicios sanitarios ya estaban allí. Habían escuchado las llamadas de alerta y los avisos por la radio corta y estaban prevenidos, así que no se acercaron mucho. Aparcaron en el arcén junto a los curiosos y los que esperaban a que se reabriera el paso.

–Hoy no vamos a poder acercarnos a ese chaval –dijo Quique observando el dispositivo.

–Deberíamos esperar a que se recupere.

–¿No dijiste que sólo tenía cuatro arañazos?

–Sí, pero también acaba de perder a su madre. No creo que le interesen nuestras monsergas...

–Pues vámonos, que todavía nos van a reconocer.

Quique arrancó en dirección al taller, tenía un gran golpe que arreglar y no quería que le implicaran en aquel accidente. Miró por el retrovisor y se incorporó al tráfico con cautela.

–¡Podrías haber mirado antes también! –le dijo Félix con indignación.

El paralítico no contestó, sabía que el perito tenía razón. No fue hasta que se encontraron a salvo y tranquilos en la salita del taller mecánico, cuando Félix volvió a dirigirle la palabra a Quique. El paralítico se había mantenido en silencio hasta entonces, intentando purgar su culpa.

–El chaval que nos hemos llevado por delante tiene alguna información que nosotros desconocemos –afirmó Félix tras examinar el mapa–. Nuestro sistema, comparado con el suyo, es como ir dando palos de ciego.

–Palos de ciego pero también le habíamos localizado.

–Sí, de casualidad. Nada nos dice que no vayamos a estar semanas o meses sin volver a verle y no creo que pueda aguantar tanto tiempo en estado ebrio y aguantando tu conducción...

–¿Entonces qué? Vamos a buscar al chaval y le decimos: ¡Oye! Perdona por lo de tu madre, pero... ¿nos podrías echar una mano? –replicó el paralítico con ironía.

–No, claro... –afirmó Félix con indecisión. No había pensado en ese aspecto.

El mecánico irrumpió en la sala cortando la conversación y sin decir nada, aunque con el semblante enojado, dio voz al televisor. Un corresponsal paseaba en directo con rostro afligido por una carretera, mientras a su espalda una grúa retiraba un vehículo siniestrado.

–...este es el noveno accidente mortal en nuestras carreteras en lo que se está convirtiendo en un fin de semana negro en nuestras carreteras –comentó el periodista.

–Además, tengo entendido que no es el único de la zona en las últimas semanas –le preguntó la presentadora desde plató.

–No, tienes razón Micaela, porque esta región se está convirtiendo en un auténtico punto negro, o zona negra más bien... ya son once los muertos que se han cobrado las carreteras de los alrededores en tan sólo tres semanas. Una cifra desgraciadamente espectacular...

El mecánico señaló el amasijo de hierro en que se había convertido el Renault 5 de Richard y que se veía perfectamente en segundo plano.

–Yo tuneé ese coche. Pintura blanca “supra pro-race”, la misma que tienes a lo largo de todo el lateral de tu furgoneta. Así que ya me podéis estar explicando qué ha pasado –les interpelló Cosme.

–No es algo fácil de explicar –empezó Félix, pero Quique le interrumpió.

–Déjame a mí, en el fondo fue culpa mía. Tráete unas cervezas porque esto va para largo.

Y así fue. Era ya de madrugada cuando pusieron al día al mecánico de todo lo sucedido en

aquellos días. No era una historia fácil de contar y tuvieron que omitir diversos detalles para hacerla más creíble. Cosme no la hubiera llegado a creer de no ser porque Félix, un tipo formal y racional, corroboraba de vez en cuando las explicaciones del parálítico y aportaba informes de su dossier de investigación. Después de examinar varios documentos, el mecánico se convenció de su verosimilitud –o al menos en parte– ya que por su trabajo estaba acostumbrado a batallar con el papeleo de la Jefatura de Tráfico.

–Tenéis suerte de que esté un poco para allá, porque sino esto no lo creería nadie –les dijo Cosme cuando terminaron.

–Que me va a decir a mí... –murmuró Félix para si mismo.

–Pero de todos modos, esto no justifica lo que le habéis hecho al pobre chaval. Yo le conozco: primero perdió a su padre, luego a su único hermano y ahora a su madre. Lo habéis dejado sin familia y sin blanca, porque Richard se había gastado hasta el último euro en su coche.

–Le compensaremos, le ayudaremos a encontrar lo que estaba buscando –afirmó Quique– y todavía me queda algo para comprarle un coche de segunda mano.

–No es tan fácil. El chaval conducía sin carné y, según me han contado, le habían colgado lo del accidente del otro día. Así que, a no ser que nuestro amigo perito de la DGT tenga contactos para echarle un cable, no vais a tener mucho margen para verle fuera del cuartelillo.

–Pues hay que hablar con él –sentenció Quique.

–Déjame ver que puedo hacer –le contestó el mecánico.

Cosme tenía todavía el número de teléfono y la dirección de Richard en la ficha de cliente. A la mañana siguiente Cosme intentó localizarle, pero nadie cogía el teléfono. Hasta que al tercer intento lo consiguió.

–Richard, soy Cosme del taller.

–Ah, sí. ¿Qué quieres? –le contestó el tunero con una voz de ultratumba.

–Me he enterado de lo de tu madre, lo siento mucho tío.

–Sí, bueno, yo también.

–Porque no te pasas por el taller y te invito a unas cervezas. Había pensado en que a lo mejor podría echarle un vistazo a tu coche a ver que se podía hacer... sin cobrarte nada claro.

–Déjalo correr Cosme. Está hecho polvo, además, ya me da igual.

–Joder, tienes que estar muy jodido para hablar así.

–Te he cogido el móvil de casualidad, me han dejado venir a casa para hacer la maleta. Mañana entierro a mi madre y después me meten en el trullo. Así que imagínate.

–¡Vaya! No sé que decirte... si puedo hacer algo por ti dímelo.

–Vale, adiós Cosme –le dijo Richard antes de colgar.

Después de aquello tuvieron claro que la única oportunidad que tendrían para hablar con

el tunero iba a ser durante el funeral. El parálítico improvisó un plan para hacerlo. La idea era simple: Félix debía despistar a quien custodiara al chaval y Quique se encargaría de hablar con él y convencerle para que se uniera a ellos. El perito no estaba muy seguro de que aquello fuera lo correcto, pensaba que podían esperar a que ingresara en prisión, solicitar una visita y ver que pasaba. Pero Quique no quería esperar tanto tiempo, así que convenció al perito para hacerlo a su modo.

Al día siguiente Félix se arrepintió de haberle hecho caso –una vez más–.

32. El cómplice

ALLÍ ESTABA YO, EN MI SACRISTÍA, DELANTE DE UN CHAVAL buscado por la policía, de un heavy en silla de ruedas que le había ayudado a fugarse y de un tipo que había conocido hacía dos semanas y que me había involucrado, muy a su pesar, en todo aquel fregado. Félix me aseguró por activa y por pasiva que no había tenido intención de implicarme en todo aquello

–Sólo queríamos hablar con Richard a solas, pero que todo se había complicado –se justificó azorado el perito.

En realidad, había sido Quique quien lo había complicado. Sabía de mi relación con Félix y de que yo accedería, aunque a regañadientes, a dar cobijo al hijo de Agripina. Aunque nunca lo confesó, estoy seguro de que éste había sido el plan que el paralítico había tenido en la cabeza desde un principio. El hecho es que allí estábamos y no había vuelta atrás. Me estaba jugando mi cargo como párroco tan sólo días después de que mi comunidad me devolviera la confianza –si es que la había recuperado en algún momento–. Estaba acogiendo en mi iglesia a un fugitivo de la policía y a los cómplices que le habían ayudado a escapar, pero ¡qué demonios! Aquel chico acababa de perder a su madre y Agripina había sido una buena amiga... lo haría por ella.

–Bien. El mal ya está hecho. Así que... ¿cómo continúa vuestro plan? –pregunté casi en un sarcasmo.

–Pregúnteselo a Quique que parece tenerlo todo controlado –apuntilló Félix todavía indignado por el desenlace de todo.

–Mirad. Siento mucho haberos metido en este marrón, ha sido una faena. Sobre todo para usted padre, que le ha caído de golpe encima. Pero esto lo estamos haciendo por el chaval –dijo el paralítico.

–Yo no os he pedido nada, ni siquiera os conozco. Además, ya tenía suficientes problemas yo sólo para que me metáis en otro más –le contestó Richard.

–¡Joder! ¿Así se dan las gracias en tu pueblo? –replicó Quique indignado.

–¿Gracias por qué? ¿Por añadir un nuevo cargo a la lista? Homicidio involuntario, conducir sin carné, darme a la fuga... ¡Matar a mi madre! –Richard se vino abajo y se sentó en el sofá cabizbajo haciendo un gran esfuerzo por no llorar delante de aquellos desconocidos.

–Te recuerdo que tú mismo accediste a seguirme cuando te hablé del tipo al que perseguías. Se te iluminaron los ojos. ¿No me dijiste que querías vengar la muerte de tu

hermano? Pues, ahora no te achantes –le increpó Quique.

–Déjale tranquilo, ya tiene bastante encima –dijo Félix calmando los ánimos.

–Eso. Vamos a calmarnos todos y no levantéis tanto la voz que todavía nos escuchará alguien. ¿Quién va a contarme lo que está pasando? –dije.

Entre Félix y Quique me pusieron al día de lo que estaba pasando. No fue un relato fácil de contar ni de creer –aunque después de lo que yo mismo había vivido en aquellas carreteras secundarias semanas atrás, estaba bastante abierto de miras–. Ellos tampoco me contaron todo lo sucedido, lógicamente omitieron el tema de su accidente, también las mentiras acerca del pasado de Quique, ni el estado de embriaguez que todavía arrastraba Félix... Tan sólo me explicaron lo que necesitaba saber.

–Hemos dado con la constante que se oculta detrás de los accidentes imposibles –me explicó Félix–, la que le dije que estaba buscando. Quique me ha ayudado a encontrarla y es peor de lo que esperaba.

–¿Qué es peor? –pregunté con curiosidad.

–Es un poco difícil de explicar. No es un qué, es un quien...

–Es un tipo calvo, con la mirada vacía y lleno de cicatrices oscuras –afirmó Quique continuando la frase del perito–. Lleva años matando por los alrededores, de forma impune. A mí me dejó en esta silla y al hermano de este chico le partió el cuello.

–¡Y también mató a mi madre! –afirmó Richard saliendo de su silencio–. Estoy seguro de que tuvo algo que ver en el accidente. Estábamos a punto de atraparlo, íbamos tras él, sabía que lo teníamos y entonces, de algún modo, ¡nos echó de la carretera!

Richard hababa con la voz rota, con la garganta llena de flemas y un nudo de dolor en la nuez. Félix y Quique quedaron en silencio al escucharlo, ellos sabían la verdad... pero no podían contarla. Por lo menos no todavía.

–Así que me estáis contando que hay un tipo ahí fuera que mata sin ser visto, que salta de un coche a otro en marcha, que acecha en las sombras... ¿Estamos buscando al hombre invisible, a Spiderman o a Batman? –repliqué con incredulidad.

Durante aquellas semanas me había cruzado con decenas de alucinaciones en los arceles, cada una peor que la anterior. Al principio había pensado que eran fantasmas etílicos creados por mi propia mente, hasta que Diana me arrancó de mi espiral de autodestrucción. Ella había sido real, aunque nunca lo afirmaría en voz alta, sabía que aquella experiencia no había sido una invención. Pero de aquello a creer en lo que me estaban contando iba un largo trecho.

–¿La Biblia no dice que “El mayor logro del diablo fue convencer al mundo de que no existía»” –me preguntó Félix.

–Esa frase no es de la Biblia, es de “Sospechosos Habituales” –le respondí.

–Da igual, el hecho es que ese tipo no necesita que crean en él. Se escuda en nuestra incredulidad para actuar impunemente. Da igual lo que nosotros pensemos de él, porque él

sí que cree en nosotros.

–Está bien. Pensemos por un momento en que es cierto lo que me estáis contando. ¿Qué hacemos si damos con él? ¿Le disparamos con una pistola de agua bendita o hacemos el primer exorcismo sobre cuatro ruedas?

Félix no supo que contestar, no había pensado en ello. Quique también guardó silencio, si tenía algo guardado para la ocasión lo guardó para si mismo. El único que parecía tenerlo claro era Richard.

–¡Pues acabar con él! –contestó el tunero como quien responde a una obviedad.

–Sí, pero ¿cómo? –le pregunté.

–Pues no sé –se limitó a decir.

–Estabas a punto de atraparlo pero no tenías ni puta idea de que hacer con él. ¡Tiene cojones! –el paralítico no puedo contener una sonora carcajada.

–¡Iros a la mierda!

Richard se levantó y salió de la sacristía. La iglesia estaba vacía y había cerrado con llave el portón principal, así que no había peligro de que nadie le viera. Le seguí para tranquilizarle, pero tan sólo quería estar sólo. Después de hacerle prometer que no haría ninguna tontería volví a mi despacho.

–Estará bien. Démosle un poco de tiempo y tú ten un poco más de tacto con él –le dije al tipo de la silla de ruedas.

–Lo siento padre, me he pasado –respondió Quique con una sonrisilla en los labios.

–Acaba de perder al último miembro de su familia y lo estamos metiendo en un asunto que no creo que le ayude a centrarse. Aclaremos las ideas caballeros –les pedí–. Decidme claramente de que estamos hablando. De un tipo al que nadie puede ver ni tocar, pero que puede matar... ¿un fantasma de la carretera? ¿un ángel de la muerte?

–Usted es cura, en consecuencia cree en la vida después de la muerte –me dice Quique–. ¿No cree que los que vivimos en el antes y los que lo hacen en el después podemos interactuar en algunas circunstancias?

Diana levantándome del barro. Mi ex novia muerta salvándome la vida justo en el momento en que mis neuronas se empiezan a desactivar. Una descarga de felicidad me recorre, como un último intento de arrancar el motor antes de que el carburador se ahogue. Una última inyección de adrenalina directa a la cámara de combustión. Sí, reconozco que podemos interactuar, pero no porque sea cura, sino porque he sido un triste borracho a punto de morir ahogado en un charco de barro y un fantasma me ha salvado.

–Sí. Es posible –afirmé fingiendo un punto de incredulidad.

–¿Nunca os ha pasado, justo antes de dormir, que escucháis algo y no sabéis si estáis despiertos o soñando? –nos dice Quique–. Es en ese jodido instante, entre un mundo y otro, cuando nuestra mente se libera y podemos percibir. Es un extraño estado de duermevela... los gatos y los perros lo dominan, nunca llegan a dormir del todo y pueden ver y oír más

allá. Han tenido que dominar ese estado por puro instinto de supervivencia. Nosotros tenemos ese sentido atrofiado, aunque lleguemos a percibir algo del otro lado, nuestro cerebro se encarga de enmascararlo, de camuflarlo por el bien de nuestra cordura. Vemos una sombra al fondo de un pasillo oscuro y pensamos que se nos ha metido una mota de polvo en el ojo. Escuchamos un ruido seco en una habitación vacía y pensamos que son las tuberías. Nuestro subconsciente nos protege de lo irreal, tenemos que dormirlo, emborracharlo o drogarlo para liberarnos de su filtro y percibir con libertad.

–Doy fe de que es cierto –afirmó el perito–. Aunque parezca que desvaría, tiene razón.

–¿Me estas diciendo que tú también lo has visto?

–Sí. Estaba en estado ebrio, pero lo vi –confesó Félix.

–No es difícil cuando sabes cómo y dónde mirar –apuntó el paralítico.

–Habéis encontrado la respuesta a una de las preguntas más antiguas de la humanidad en el fondo de una botella. ¡Bravo! –me sentí un completo hipócrita tan pronto terminé la frase, porque yo mismo había buscado las mismas respuestas en el mismo lugar.

–No es algo nuevo. Los chamanes llevan miles de años utilizando drogas naturales para entrar en estado de tránsito, los hippies iban al desierto en busca de peyote para sus viajes astrales, el vudú utiliza el ron y el tabaco, incluso la iglesia católica cree que el vino es la sangre de Cristo.

–¡Un poco de respeto Quique! Que estamos en una iglesia –le pidió Félix–. Discúlpele, padre. Lleva las cosas a los extremos, pero en el fondo tiene razón. El alcohol o las drogas nos sumen en una realidad diferente, se pueden ver muchas cosas en ese estado, aunque no se le suelen otorgar veracidad. Es como si realizamos una encuesta a un único individuo, los resultados serían totalmente ficticios. Pero si encuestamos a dos, tres o cuatro personas más y las respuestas siguen siendo las mismas, el resultado gana en verosimilitud. Le estamos diciendo que Quique, el chico y yo mismo hemos visto a ese extraño tipo por estas carreteras.

–¿Quieren que me emborrache y salga con ustedes a buscar fantasmas? –repliqué con ironía.

–Sí, eso mismo –me respondió Quique.

No pude evitar una carcajada. Estaba seguro que aquella conversación sería buena historia para contar en los bares con unas cuentas cervezas. La lástima era que me había prometido a mí mismo no beber una gota más de alcohol ni pisar una cantina en mucho tiempo. Todo lo que estaba pasando aquella noche en mi iglesia no debía salir de aquellos muros... por el bien de la parroquia.

–Aunque os crea, el problema sigue siendo el mismo. ¿Qué hacemos cuando demos con él?

–Creo que yo tengo la respuesta –dijo Richard desde el poyete de la puerta.

33. Justicia sobre el asfalto

HABÍA PASADO SEMANAS ENTERAS A BORDO de aquel deportivo alemán que había acabado con la vida de una familia entera. El mecánico lo arregló sin hacer preguntas, el tipo pagó en efectivo. Nadie sabía nada del asunto, excepto él. El conductor se había dado a la fuga sin miramientos, ni siquiera una llamada anónima a emergencias. Los primeros días se había mostrado inquieto, sobretodo al pasar cerca de la patrullas de policía. Conducía con precaución, cedía el paso, se paraba en los pasos de cebra. Pero con el tiempo, cuando empezó a creer que su delito iba a quedar impune, empezó a confiarse y a conducir cada vez de un modo más agresivo. Como si nada hubiera pasado. Pero a medida que él se confiaba, su compañero invisible acumulaba más y más odio contra él. Lo detestaba por lo que había hecho, pero también por como menospreciaba la vida de los demás, mientras él se sentía protegido por las medidas de seguridad que su sufrimiento había ayudado, en parte, a desarrollar.

Cuando estaba en el banco de pruebas, choque tras choque, se refugiaba en la idea de que su padecimiento iba a servir para algo. Y ahora, aparecía un tipo como aquel y hacía que todo dejara de tener sentido. ¿Se había sacrificado para salvar a un tipejo como aquel? Aquello lo encolerizaba y, poco a poco, a medida que iba acumulando rabia se dio cuenta de que su aspecto iba cambiando o, por lo menos, la imagen que se había formado de sí mismo. Nadie más podía verle, sus ojos eran los únicos que le devolvían una imagen de sí mismo en algún reflejo fugaz y eran unos ojos cada vez más negros, como si en lugar de cristalino, sus globos oculares estuvieran llenos de petróleo. Su piel también cambiaba, se tornaba amarillenta y se le cuarteaba, y le empezaban a aparecer las cicatrices provocadas por los impactos. Cicatrices que su cuerpo físico nunca había llegado a tener porque había muerto antes de dar tiempo a sus células a regenerarse y que ahora aparecían de la nada como un submarino que emerge para llenar los depósitos de aire. Su pelo también se estaba cayendo o, mejor dicho, estaba desapareciendo, hasta el punto que su cabeza quedó totalmente rasurada. Tal cómo le habían dejado los técnicos antes de introducirlo en el vehículo de pruebas que se había convertido en su ataúd. Si tras la muerte se había visto a sí mismo como un ser inmaculado, limpio, casi virginal, sin arrugas ni ojeras; ahora se veía casi como un monstruo y lo peor era que le gustaba. Tan sólo deseaba que aquel tipo pudiera verle, ver el miedo reflejado en sus retinas negras y muertas como el caucho.

Algunas veces el conductor temerario se giraba de golpe hacia él como si percibiera su presencia, pero no veía nada y seguía conduciendo como si tal cosa. Hasta que un día,

cuando habían pasado ya varios meses desde el accidente, en una noche de fiesta, la cosa cambió. Iba de local en local, cada vez más borracho y haciendo cada vez trayectos más largos. Del último salió con una botella de Jack Daniel's en una mano y una rubia postiza en la otra. Riendo y sobándola con la mirada ida por el alcohol y las drogas. Cogieron el coche en busca de un lugar más privado, sin saber que por muy lejos que fueran y por muy oscuro y solitario que estuviera el destino siempre tendrían dos pupilas negras encima. Mientras conducían, siempre al límite de la trazada, la nueva pareja no dejaba de sobarse y de beber, hasta que la mano del conductor encontró algo en la entrepierna de la rubia que no tendría que haber estado ahí.

-¿Te molesta? -le pregunto ella con unos matices graves en la voz que hasta entonces no había detectado.

-No, pero deja que me prepare un poco -dijo el conductor agarrando la botella.

El travesti se pasó al asiento de atrás y se quitó el tanga, mientras él daba un largo trago de whisky. Todo, mientras circulaban por una autovía a más de 150 kilómetros por hora.

Cuando el conductor bajo la botella y se giró hacia el asiento del acompañante, en lugar de ver a una atractiva travesti de rasgos afeminados vio a un hombre calvo, lleno de cicatrices, vestido con apenas unos jirones de ropa que se abalanzaba sobre él. Los ojos de uno expresaron primero sorpresa y luego pánico. Si los ojos del otro hubieran podido expresar algún sentimiento también habrían mostrado una gran sorpresa seguida por un odio todavía mayor. Fue como si un antiguo superviviente de un campo de concentración se encontrara por casualidad a uno de sus guardianes nazis en un callejón oscuro. Como si un padre topara con el violador de su hija. El odio acumulado corrió como un río al romperse una presa y, de pronto, el *dummy* fantasma se vio bajo el control del cuerpo físico del conductor temerario y, por consiguiente, al volante del coche. En sus manos aquel vehículo que circulaba al doble de la velocidad permitida era un arma homicida. Sabía perfectamente qué tipo de golpe era el más doloroso, lo había sentido demasiadas veces en sus propios huesos, como uno siente en el pecho los decibelios de un altavoz en un concierto. Estrelló el vehículo frontalmente contra el primer obstáculo robusto que se cruzó en su camino: el tronco de un árbol de casi un metro de diámetro. En unos segundos las raíces de la encina sobresalían del suelo, el travesti se había partido la columna al impactar sobre los asientos delanteros y había aplastado la cabeza al conductor contra el airbag. Justo antes de abandonar su cuerpo, el *dummy* había notado la presión de la masa encefálica en los oídos. Ahora, contemplando la escena como un curioso más, se arrepentía de dos cosas: de no haber disfrutado un poco más al volante y de haberse llevado por delante la vida de aquel travestido cuyo único pecado había sido el de tener mal gusto. En adelante evitaría las víctimas colaterales.

Ahora sabía de lo que era capaz, tan sólo era cuestión de depurar la técnica.

34. Whisky en el altar

NUNCA SE HABÍA FUMADO UN PORRO DENTRO DE UNA IGLESIA, pero lo necesitaba. Ni siquiera pensó en que podía resultar un poco sacrílego, tan sólo sacó su piedra de hachís y empezó a quemarla sin más. Quien observara al tunero desde lejos pensaría que estaba encendiendo una vela, pero en aquella iglesia no había nadie observando –o por lo menos eso era lo que Richard pensaba–. El tunero escuchaba el rumor de la conversación encendida del cura, el paralítico y el tipo raro a lo lejos, a través de la puerta entreabierta de la rectoría, pero allí, en aquel gran espacio apenas iluminado por un par de lámparas eléctricas con forma de candelabros, tan sólo estaba él.

Richard terminó de mezclar el hachís con el tabaco, lió el cigarrillo con dedos hábiles y dio una larga primera calada. No soltó el humo hasta que necesitó volver a respirar. Para entonces se sentía un poco más calmado. Necesitaba estarlo para centrar un poco sus ideas. La muerte de su madre había sido como un *knockout* directo a la frente del que a duras penas empezaba a recuperarse. Todo había quedado velado bajo una cortina de sangre: las razones, los porqués, los comos... Ahora que el dolor se había convertido en un molesto pitido en los oídos empezaba a atisbar lo que había sucedido. Y lo que veía no le gustaba nada. Había corrido tras la estela de su hermano muerto y no sólo no lo había alcanzado, sino que había sacrificado todo lo que tenía en el intento. Las reservas que había tenido entonces ahora se convertían en certezas: no debía haber implicado a su madre en aquel asunto. Había estado equivocado desde el principio y había pagado un precio muy alto para darse cuenta. No merecía la pena seguir engañándose, había perdido a su hermano y ahora a su madre. Aunque ya no le quedaba mucho que perder no pensaba seguir persiguiendo quimeras.

–¡Que les den por culo a todos! –dijo y después mató el porro de una calada.

Tiró la colilla al suelo y soltó una gran bocanada de humo por encima de la cabeza. A Richard le pareció ver algo a través de la neblina narcótica. ¿Se había equivocado al pensar que estaba sólo en la sala? Casi podía jurar que había alguien sentado en el último banco. Disipó el humo con un movimiento de muñeca y allí estaba, una silueta perfecta e inmóvil recortada contra el fondo de iglesia.

–¿Hola? –preguntó mientras se acercaba.

Su propia voz le había llegado más insegura de lo que había pretendido. ¿Sería Lucía que había dado con él? Casi sería un alivio no tener que tomar la decisión de seguir con aquella

locura o entregarse y empezar a asumir las consecuencias de sus actos. Pero no era Lucía, era un hombre. No le veía la cara pero tenía un perfil que le resultaba familiar.

-¿David? -le dijo con apenas un suspiro.

-Sí, Richy. Soy yo.

Richard explotó en llanto. Había acumulado muchas lágrimas, se había hecho el duro delante de demasiadas personas, pero aquello ya era demasiado. Intentó abrazar a su hermano pero su gesto se perdió en la nada. No había nada sólido a lo que abrazar. Richard se desequilibró y tuvo que poner una rodilla en el suelo para no caer. Se quedó en aquella postura llorando entre los bancos, hasta que no supo si lo estaba haciendo por su madre o porque definitivamente se había vuelto loco.

-Desahógate, sácalo todo -le dijo su hermano a su espalda.

-¿Eres tú de verdad?

-Eso creo. Por lo menos soy lo poco que queda de mí.

-¿Por qué te me apareces ahora? ¿Por qué has esperado tanto? ¡Podría haber dejado a la mamá tranquila en casa!

-No es algo que dependa de mí, Richy. También yo me siento culpable por lo que ha pasado. No me gustaba tener que meter a mamá en todo esto. Pensaba que no pasaría nada, pero... Ahora ya es tarde.

-¿Y qué es todo esto? ¿En dónde nos hemos metido?

-No lo sé del todo. He averiguado algunas cosas y otras me imagino por donde van, pero tengo más preguntas que respuestas. Aun así, sí que te puedo contar varias cosas. Por ejemplo, estoy casi seguro que ahora mismo puedes verme porque estás fumado.

-¿Por el chocolate? -inquirió el tunero intrigado.

-Sí, Richy. Por una vez me alegro de que hayas sudado de mis consejos.

-¡Joder! Sólo me fumo alguno de vez en cuando, no es como antes.

-Pues espero que lleves un buen cargamento encima.

David sintió tanto alivio como su hermano por ser visible para él, aunque fuera de forma temporal. Estaba a punto de tirar la toalla poco antes de que Richard lo reconociera al fondo de la iglesia. Se arrepentía de haber metido a su madre en aquel oscuro asunto y no quería perder también a su hermano. Prefería seguir vagando sólo por las carreteras, consumido por el ansia de venganza, que ver a su hermano muerto. Pero ahora, sin esperarlo, tenía aquella oportunidad ante él. No sabía de cuanto tiempo disponía, la puerta podía cerrarse del mismo modo en que se había abierto. Tenía pensado aprovechar aquellos minutos al máximo y contarle a Richard todo lo que había averiguado o, por lo menos, todo lo necesitaba saber.

-Escúchame bien Richy. Es importante lo que tengo que decirte. Si me ves es, en parte, porque ya existía una conexión entre nosotros y la droga actúa como un catalizador, potenciando ese nexo. Mamá no la necesitaba porque tenía una predisposición natural o

quizá por su instinto de madre.

-¿La has visto? ¿Esta aquí con nosotros?

-No, ella ya no está. Creo que está en otro lugar o por lo menos eso espero. Y me gustaría pensar que está allí esperando a que esté preparado. El tema es el siguiente, el tipo al que buscamos...

-¿El autoestopista? -apuntilló Richard.

-Sí. El Autoestopista no sólo provocó mi accidente, creo que está detrás de centenares o miles de muertes. Ha dejado un rastro de víctimas a lo largo de kilómetros y kilómetros de carretera. Tienes que entender que esto no se trata sólo de una venganza, hay muchas personas en peligro y muchos muertos que necesitan descansar.

-¿Pero qué podemos hacer nosotros contra ese tío?

-Creo que tengo una ligera idea de cómo acabar con él, pero no es algo que podamos hacer solos. Necesitaremos ayuda.

Así fue como Richard acabó recurriendo a nosotros. Fue idea suya la de que nos colocáramos juntos en una mezcla de sesión espírita y reunión de borrachos. Entró en el despacho con determinación y nos dijo que tenía respuestas, que le siguiéramos sin hacer preguntas fuera de la rectoría. Su intención era colocarnos a todos con la piedra de hachís que tenía en el bolsillo, pero apenas le llegó para liar un cigarro más. Quique le dijo que podía conseguirle más sin problemas, pero que necesitaba unas horas. El parálítico se mostraba encantado con el plan del joven, en cambio Félix y yo éramos más reticentes. Colaborábamos por el simple hecho de no apagar la chispa que se había encendido de pronto en aquel chaval que había perdido su madre hacía menos de 24 horas.

-¿Y ahora que hacemos? -preguntó Richard al aire y el aire pareció darle una respuesta-. Sí, a lo mejor también funciona. ¿Alguien tiene algo de licor a mano?

Quique tenía un buen cargamento en su furgoneta, pero la Chrysler se encontraba ahora mismo en el taller y tendrían que coger un taxi para ir y venir. Félix se ofreció a ir a comprar algo a una gasolinera próxima, pero entonces pensé en que quizá quedaba alguna botella llena en el maletero de mi coche. Salí a ver y efectivamente, todavía quedaba algo que no había pasado por mis riñones. Rebuscando entre la docena de botellas vacías que tenía en el maletero, di con un par que todavía estaban sin abrir. El último testimonio de la oscura etapa que había vivido unas semanas atrás. Cogí las dos últimas botellas y las entré en la iglesia. No estaba muy convencido de que aquello que íbamos a hacer fuera lo correcto. ¿Qué habría pensado alguien si de pronto hubiera irrumpido en la iglesia y me hubiera visto bebiendo con unos desconocidos en la iglesia, profanando el altar con chistes y risas de borracho? Sin duda habría sido la gota que habría colmado el vaso. Pese a todo accedí a lo que aquel chico nos pedía.

Al principio no pasó nada. Quique y Richard se pasaban el último cigarro de hachís, mientras Félix y yo bebíamos whisky como si fuera agua. El perito se emborrachó bastante pronto pero yo necesité beber mucho más hasta que empecé a notar algún efecto. Por esa

razón fui el último en ver a David. Se formó ante mí como un delirio más de los que había sufrido, estaba casi acostumbrado a verlos. Lo escuche decir algo y entonces reparé en que todos le estaban escuchando.

-Gracias a todos por haber accedido a una petición tan extraña. En especial a usted padre, por su comprensión. Mi familia tiene una gran deuda con usted -me dijo el hijo de Agripina como si nunca hubiera muerto.

-A estas alturas ya habrán deducido que tanto el alcohol, como los narcóticos, son los que hacen posible que puedan escucharme. Es algo que Richard y yo hemos aprendido hoy.

-Yo ya hacia tiempo que lo imaginaba -puntualizó Quique.

-No lo dudo. Hay muchas cosas que unos sabemos y otros no. El hecho es que tenemos que aprender los unos de los otros. En este juego no hay normas escritas, pero hay algunos principios que nos pueden ser de utilidad. Aunque por distintas razones, todos tenemos un objetivo común: dar con el autoestopista y terminar con este reguero de muertes. Dejadme que os cuente lo que yo he averiguado. Creo que soy, por razones obvias, el que mejor lo comprende.

Y allí, sentados sobre los escalones de ascenso al altar, entre las coronas de flores del funeral de Agripina. David nos contó su experiencia, mientras nosotros apurábamos nuestros vasos, ya no por obligación sino por costumbre.

35. El muro de niebla

–AL PRINCIPIO, MI MOTIVACIÓN NO ERA LA VENGANZA –explicaba David a su particular corte de borrachos–, tan sólo necesitaba explicaciones. Un día, mientras las buscaba, casi termino perdido.

A los pocos días de morir, David había acudido al lugar de su accidente en busca de pruebas. Quería encontrar algo que se le hubiera pasado por alto a la policía, algo que le ayudara a identificar a su asesino o que, simplemente, probara que no había sido un simple accidente. David había observado de cerca a sus compañeros mientras analizaban la escena tras el accidente y no habían encontrado nada concluyente. La investigación había llegado a un punto muerto y éste tenía miedo de que le dieran carpetazo al asunto atribuyendo su muerte a un trágico accidente –o lo que es lo mismo, cargándole el muerto al fallecido–.

–Me dediqué a rastrear los alrededores del lugar. Barrí varios kilómetros de arcenes sin encontrar nada. Después empecé a meterme a través de la maleza que crecía a los márgenes de la carretera. Las ramas no me arañaban, ni siquiera se agitaban a mi paso, unas de las ventajas de mi estado. Atravesé una gran zarza de moras silvestres y al salir, en lugar de más bosque, encontré niebla. Una niebla extraña, espesa como el humo, que parecía absorber los colores y las formas, incluso los sonidos. El instinto me dijo que me detuviera, que no entrara en aquel muro de niebla. Me giré para volver sobre mis pasos y a mi espalda tampoco había nada, tan sólo una nada grisácea. Si hubiera tenido corazón el pulso se me habría acelerado y habría sentido un sudor frío correr por la frente, pero no sentía nada, ni siquiera podía guiarme por el tacto para salir de aquel lugar. Entonces escuché el sonido lejano de un camión al pasar. Debía de estar tan sólo a unos metros de la carretera, pero el sonido me llegó muy lejano como amortiguado por un grueso muro de lana de roca. Seguí la fuente del sonido y tras un par de zancadas el mundo volvió a aparecer delante de mí, primero los sonidos, luego las formas y por último los colores.

David dio por concluido su relato, pensaba que ya había contado suficiente para que ellos ataran cabos. Pero al dar un rápido vistazo a las caras de sus oyentes se dio cuenta de que no era así. Del mismo modo que el alcohol y las drogas ayudaban a que pudieran verle, también estaban afectando gravemente a su capacidad de concentración. Así que intentó explicarlo de un modo más fácil de comprender.

–Para mi el mundo es como una realidad virtual, como un videojuego en tercera persona con una falsa libertad de movimientos. Parece que puedo ir a cualquier lugar, pero en

realidad siempre hay un muro invisible que me limita. En los juegos no puedes ir más allá del mapa que ha creado el programador, al llegar a los límites siempre te encuentras algún tipo de barrera, un muro o un bosque o simplemente un paisaje infinito. A mi me pasa algo parecido, mi mapa del mundo sólo incluye los lugares que conocí en vida. Mis recuerdos limitan mi movimiento, creo que al no tener un soporte físico que perciba nuevas experiencias y lugares, mi memoria espacial es la misma del día en que morí. Para mí, detrás de los matorrales que se ven desde la carretera no hay más que vacío. Más allá de lo que he conocido, aparece una niebla gris que te envuelve y te desorienta. Como una tela de araña que te atrapa y, aunque no te inmoviliza, te condena a vagar perdido por un paisaje de niebla infinita. Creo que eso debe ser lo más parecido al purgatorio –por no decir el infierno– que puede existir y allí es dónde debemos enviar al autoestopista. No podremos matarlo pero sí podemos atraparlo en la nada.

Esta vez sí que entendimos el mensaje. Richard y Quique empezaron a aplaudir y después Félix y yo mismo no unimos a ellos con un par de palmadas. Ahora entendía porqué Richard había insistido en que saliéramos de la rectoría para hablar con su hermano: David nunca había entrado en aquella sala. Imaginé por un momento como lo vería él, una puerta abierta hacia la nada, una burbuja de jabón rellena de humo. Tan sólo encontré un pequeño problema a su plan.

–¿Cómo sabremos los lugares que no conoce el autoestopista?

–Mi hermano había trazado un plano bastante exacto del ámbito de actuación de ese tipo. Así fue como dimos con él la primera vez –David hizo una pausa, le vino una imagen demasiado clara de cómo había terminado aquello–. Si lo hemos hecho una vez podemos volver a hacerlo, tan sólo tenemos que ser más precavidos.

Por un momento se hizo el silencio en la sala. Quique se había sentido aludido cuando David había mencionado lo de la precaución. El paralítico pensó que aquel fantasma sabía que él había provocado el accidente que había matado a su madre. Por otro lado, Félix pensó en aquel mapa lleno de sangre que se había pegado a su pierna, en el tiempo que se ahorrarían todos si pudiera sacarlo de la guantera del coche de Quique sin más. Pero era imposible, hacerlo sería casi como confesar el asesinato. Richard también había guardado silencio, se sentía culpable por no haber tenido más reflejos y pensaba que su hermano se lo estaba echando en cara. Si hubiera conducido con más precaución quizá su madre habría continuado con vida. Yo pensaba de un modo más práctico, planificaba en silencio cual iba a ser el mejor modo de llevar adelante toda aquella locura.

–Tenemos que recrear ese mapa lo antes posible –les dije tomando las riendas de la situación–. Es cuestión de tiempo que la policía vuelva tras sus pasos y venga a la iglesia a hacer preguntas. Para entonces ya no tiene que haber nadie aquí.

–El GPS de mi hermano tiene toda la información que nos hace falta. Tan sólo hay que pasar por su casa a recogerlo –me contestó David.

–No llevo las llaves encima, en comisaría me quitaron el móvil y la cartera –afirmó

Richard resignado, pero luego se le ocurrió una alternativa-, pero la vecina tiene una copia. Es cuestión de pedírsela.

-Sí. Llamas a su puerta, le pides la llave y antes de que salgas de casa tienes a la policía esperando -ironizó el paralítico.

-Tiene razón, tendréis que ir vosotros -dije refiriéndome a Félix y Quique-. Haceros pasar por algún familiar o...

-No me quedan parientes... vivos -me interrumpió Richard.

-Puedo hacerme pasar por un agente inmobiliario -intervino Félix.

Ya era bien entrada la madrugada cuando Félix y Quique salieron de la iglesia con la misión de hacerse con el GPS del tunero, aunque en realidad su intención era copiar los puntos del mapa ensangrentado en uno que no levantara sospechas. Se dirigieron hasta el taller de Cosme para pasar la noche en la sala de metraquilato. El mecánico le había prometido a Quique que a la mañana siguiente tendría su furgoneta lista, así que esa iba a ser la última noche que pasara fuera de su particular hogar.

Richard, su hermano muerto y yo nos quedamos en la iglesia solos. Sabía que era un riesgo dejarle pasar la noche en la iglesia, pero buscar otro lugar a aquellas horas de la madrugada podía ser todavía más arriesgado. Así que tuve que improvisar. Le escondí en el lugar en el que tantas noches -o más bien días- había pasado durmiendo unas semanas atrás sin que nadie me molestara: en mi viejo Dodge. Lo tenía aparcado en la parte de atrás de la iglesia, un lugar cerrado por el que nadie solía merodear, además seguía cubierto con la lona, a salvo de miradas indiscretas.

-¡Joder, que pedazo de asientos de cuero! -dijo Richard al entrar en el coche.

-No es una cama pero dormirás cómodo. Puedo dar fe de ello.

-Huele un poco a rancio aquí dentro...

-Son los años -le dije, aunque en realidad era un rastro reciente de sudor y alcohol-, este trasto es un pequeño capricho de mi juventud. Yo también era un loco del motor a tu edad. Aunque no lo parezca -Richard se sorprendió al saberlo, no imaginaba que debajo de la sotana hubiera un viejo roquero-. Intenta dormir y procura no hacer ruido. Mañana veremos que hacemos.

Cerré la puerta con cuidado y volví a la iglesia con ojos en la nuca, en el silencio de la noche hasta el más mínimo sonido era un alboroto y nunca se podía saber quien podía estar escuchando. De pronto, David salió de la sombra de un ciprés sin hacer el más mínimo ruido y casi me da un colapso. A fin de cuentas no dejaba de ser lo que era. El efecto del whisky empezaba a diluirse y ya no podía verle con tanta nitidez, aún así entendí a la perfección sus palabras.

-Gracias por todo padre.

-No hay de qué.

David me sonrió y se encaminó hacia el coche. No podía verle los pies, así que me dio la

impresión de que su cuerpo flotaba hasta perderse dentro de mi Dodge. Cuando atravesó la lona, una ligera brisa pareció agitar la tela. Volví a la rectoría y pasé el resto de la noche sin pegar ojo, pensando en si hacía bien al meterme en aquel berenjenal y esperando la llamada de la policía.

Mientras, los dos hermanos se acomodaron lo mejor que pudieron dentro del coche. Richard estirado en el asiento trasero y David, difuminándose poco a poco a los ojos de su hermano en el asiento delantero. Antes de que desapareciera por completo, Richard le preguntó a su hermano algo que hacía tiempo que quería saber.

-Aquel día, el día en que casi te pierdes... lo que estabas buscando era tu casco, ¿verdad?

-¿Tú que crees?

-Que sí -le respondió Richard sin dudar un instante-. Que lo encontraste y que nos acojonaste durante semanas con el puto casco.

-No era esa mi intención. El casco era una prueba de que el accidente había sido provocado o por lo menos de que no había sido algo fortuito. ¿Cómo se explica sino que apareciera doscientos metros antes de mi caída?

-Podías haberlo llevado en el brazo y que se te cayera...

-¿Te has fijado bien en él?

-¿Como no iba a hacerlo? Lo hacía desaparecer y cada mañana aparecía en un sitio diferente. ¿Eras tú todo el tiempo?

-No podía hablar con vosotros, no del modo en que lo hacemos ahora. Tan sólo podía susurrarle dónde estaba a mamá mientras dormía. Ella, de forma inconsciente o por su sonambulismo, lo iba a buscar y lo ponía de nuevo sobre la mesa del salón.

-¿Y en qué coño querías que me fijara? -preguntó el tunero.

-En nada, déjalo estar -David sabía que tan sólo había una persona capaz de entender el significado que guardaba aquel casco, pero ahora todo aquello tendía que esperar-. Cuando todo esto termine llévale el casco a Lucía, ella te lo explicará.

David guardó silencio, se arrepentía de haber arrastrado a su hermano y su madre a aquella situación.

36. Entre los arbustos

GIMENO AVANZABA DE MALA GANA ENTRE LA MALEZA. Con el sol de mayo en lo más alto, lo último que tenía ganas de hacer el viejo guardia civil era perseguir a aquel anciano entre los arbustos.

–Casi habemos llegado agente –le dijo el tipo de la boina a Gimeno.

Se había encontrado al jubilado en medio de una pista forestal. Era habitual encontrar a algún viejo paseando mientras patrullaba por los caminos que nadie más quería cubrir. Estaba haciendo una primavera muy seca y Gimeno circulaba con las ventanillas cerradas para no llenar el dos caballos de polvo. Cuando aquel viejo empezó a hacerle señas como un energúmeno, el guarda civil detuvo su coche, pero espero unos minutos a que la polvareda volviera a aposentarse sobre el camino. El viejo tuvo que cubrirse la boca con un raído pañuelo de hilo lleno de lamparones para poder respirar, mientras golpeaba el coche con su bastón. Gimeno salió del coche de mala gana y antes de poder mediar palabra el anciano le soltó, con un acento cerrado casi incomprensible, que había encontrado un muerto mientras buscaba setas. Lo último que quería el guarda era complicarse la tarde con papeleos y muchos menos darse una caminata con el calor que hacía, pero pese a todo cumplió con su deber –pensando, eso sí, en el provecho que iba a sacar de aquel cadáver–.

–Aquí lo tiene. Aún parece que estuviere vivo, pero no le encontrado ni pulso, ni aliento.

–Deje a los profesionales. Apártese.

Allí, en medio de la nada, perdido entre árboles y matorrales había un coche con los cristales rotos y un cuerpo en su interior. Gimeno le buscó el pulso en la carótida con una mano, mientras con la otra buscaba la cartera y el reloj. Echó un rápido vistazo a la guantera y al maletero y se guardó en los bolsillos todo lo que le pareció de valor. Aquel extraño accidente era como un cerdo que hubiera caído del cielo a los pies de un carnicero. Se podía aprovechar todo, tan sólo había que saber cómo hacerlo. Lo más fácil de vender ya lo tenía en los bolsillos, el coche se lo vendería a buen precio a un chatarrero de confianza y para el cuerpo también tenía algo en mente.

–Ayúdeme a sacarlo de aquí –le dijo al anciano–. Antes de que empiecen a comérselo las alimañas.

El viejo se cargó el cuerpo a la espalda como si fuera un saco de cemento y Gimeno se ocupó de que los pies no fueran arrastrándose. Le quedaba una mano libre para ir evaluando el alcance de su botín –incluso tuvo la pericia de ponerse el reloj en la muñeca y abrochárselo con los dientes–. Cuando llegaron al dos caballos el viejo descargó el cuerpo

en el maletero y se secó el sudor de la frente con el pañuelo sucio.

–Ahora nos vamos al cuartelillo –le dijo Gimeno al anciano–. Va a tener que explicarme que hacía rondando por aquí y porqué encontró usted el cuerpo.

El viejo se puso blanco. Todavía no le había dado tiempo a recuperarse del esfuerzo y las palabras de Gimeno le dejaron sin aire. Sabía muy bien que aunque no tuviera culpa de nada, una vez se entraba en el cuartelillo no se sabía cuando iba a poder salir.

–No, no, no... –contestó el viejo alejándose del agente.

–Váyase, pero no le cuente nada de esto a nadie o tendremos que ir a buscarle.

Gimeno estaba seguro de que aquel pobre diablo no abriría la boca. Lo conocía desde hacía tiempo y sabía que no estaba en el bosque buscando setas, sino colocando trampas para liebres y perdices. No le hacía daño a nadie y hacía la vista gorda con él, pero podía detenerle por cazar sin permiso. Además, aquel viejo no tenía ni la más remota idea de lo que tenía pensado hacer con aquel presunto cadáver.

Hacía unos años, una importante empresa americana había instalado una fábrica cerca del pueblo. Había sido un suceso muy importante para aquella zona, ya que había reactivado la actividad industrial de una población muy castigada por el paro. A cambio, los americanos tenían mano de obra barata, casi no pagaban impuestos a las autoridades locales y tenían carta verde para liberar todo el dióxido de carbono que quisieran al aire, arrojar fluidos al río sin ningún tipo de control y otro tipo de actividades que no habían trascendido a la opinión pública ni debían hacerlo. De cara a la galería, aquella fábrica era un regalo para la región. Incluso el Generalísimo había acudido a inaugurar la planta y toda España había sido testigo de sus virtudes en uno de los boletines del No-Do. Pero Gimeno conocía de primera mano lo que ocurría de puertas adentro en aquel edificio de hormigón o, por lo menos, lo imaginaba. Sabía que desde que la planta había entrado en funcionamiento, muchas familias habían velado y enterrado a sus difuntos en ataúdes vacíos.

Cuando se producía una muerte en las cercanías de la fábrica, tenían orden no escrita de avisar a los americanos. Un hombre de bata blanca se presentaba antes de que el forense levantara el cadáver y examinaba el cuerpo. A veces, si los cuerpos eran jóvenes y si se encontraban en buen estado, los cadáveres desaparecían un par de días. Las familias no llegaban a saberlo, se les entregaba un nicho vacío y se les prohibía abrirlo. Unos días después, antes de que el sepulturero sellara el nicho, el cuerpo del fallecido era devuelto. En el cuartel se limitaban a cumplir órdenes del Ministerio y no hacían preguntas. No sabían para que necesitaban los cuerpos, pero sí que era mejor que aquello no se hiciese público.

A Gimeno tampoco le importaba que hicieran con ellos, tan sólo sabía que tenía uno en su maletero y pensaba sacar una buena tajada por él. Llegó a la planta y preguntó por el tipo de la bata blanca. Gimeno le enseñó la carga con discreción en el aparcamiento de la fábrica y el tipo, después de echarle un vistazo rápido, le pagó lo estipulado. El guardia civil no regateó, imaginaba que sus superiores habían negociado aquellas tarifas y el precio le

pareció más que adecuado.

Aquel día la suerte le había acompañado. Tenía un buen pellizco en el bolsillo, suficiente como para animarse a pagar lo que debía en el bar y para volver a casa con una sonrisa en los labios. Aquel día disfrutó jugando con su hijo y, posiblemente, dejó embarazada a Agripina del pequeño Ricardito, que nunca llegó a conocer a su padre. Uno de los pocos recuerdos agradables que guardó David de su padre fue el de aquella tarde, de los dos jugando a fútbol en un descampado de tierra con unas piedras como portería. Unos meses después, su padre moriría, dejándole sólo un único recuerdo agradable y un reloj robado.

37. El monaguillo

NINGUNO DE LOS CUATRO HABÍA DORMIDO DEMASIADO aquella noche: Félix por la resaca que acumulaba, Quique por el ansia de la caza que se avecinaba, Richard por la larga charla que había tenido con su hermano y yo por todas las dudas que me planteaba aquella situación. ¿Merecía la pena arriesgar mi cargo recién recuperado por implicarme en aquella quimera? ¿Acabábamos de sufrir una alucinación en grupo o se nos había presentado realmente el alma de aquel chico? Si se trataba de esto último, me encontraba ante la mayor prueba de fe que había presenciado nunca y me daba igual que para conseguirla hubiera tenido que profanar el altar de mi iglesia con cuatro borrachos. Fuera lo que fuera lo que acabábamos de presenciar, había terminado siendo una noche muy larga para todos.

Richard dormía a pierna suelta cuando lo desperté. Apenas acababa de amanecer y teníamos el tiempo justo para llevar a cabo el plan que habíamos trazado. Estaba seguro de que la policía pasaría a echar un vistazo por la iglesia antes o después, daba gracias a Dios por que no lo hubieran hecho ya. Así que no había tiempo que perder. Me colé por debajo del toldo que cubría mi coche y le tiré una de mis sotanas viejas al joven tunero.

–Rápido, ponte esto. Y no hagas ruido.

El chico se desperezó de golpe. Pese a lo poco que había dormido estaba fresco, la charla con su hermano había sido mejor que cualquier analgésico y le había aclarado muchas de las dudas y los miedos que arrastraba durante los últimos días. Aunque su hermano le había facilitado muchas respuestas, quedaban todavía muchas preguntas por aclarar y la principal estaba todavía en el aire.

–¿Qué cree que es ese tipo padre? –me preguntó mientras se desnudaba.

–No lo sé. Pero ahora tenemos que ser prácticos, nuestro primer problema es que te están buscando. Ya habrá tiempo después para pensar en ello.

El chico se cambió todo lo rápido que pudo, teniendo en cuenta que se encontraba en el asiento trasero de un coche. Mientras, yo fui a buscar algo para que desayunara. Cuando volví Richard ya estaba vestido.

–A Superman no lo reconocerían cuando se ponía las gafas, pero a mí con esta sotana me van a “clicar” en un momento.

Y tenía razón. Le faltaba algún detalle para pasar desapercibido, así que le hice caso: le busqué unas gafas viejas y le cambié la cresta por un peinado un poco más formal. Si Lucía se cruzaba con él lo iba a reconocer inmediatamente, pero esperaba que el resto de la gente

no reparara en que aquel seminarista que iba a mi lado era un joven adicto al *tunig*.

–La gente sólo ve lo que quiere ver. Cuando ven un uniforme no ven a una persona, tan sólo a un guarda, a un bombero o a un barrendero. No se fijan en la cara. Espero que cuando nos vean pasar tan sólo vean a dos curas en un coche, no a un loco y a un fugitivo.

–Más nos vale –me contestó él sin mucha confianza.

Lo dejé desayunando y volví a la iglesia. Sabía que la visita de la policía estaba al caer y no quería que me vieran corretear por el patio continuamente de un lado para otro. Entré en mi despacho y esperé allí hasta que las autoridades me llamaran o me hicieran una visita. Le había llevado a Richard uno de mis móviles junto con el desayuno –él tenía el suyo inmovilizado en comisaría–, así podía llamarle tranquilamente desde el despacho mientras esperaba y explicarle el plan. Aunque no lo creáis los curas también tenemos teléfono de empresa, es importante que estemos siempre localizables si se presenta alguna urgencia. Yo, además, tenía mi móvil personal, que casi nunca utilizaba. Siempre daba el número del trabajo y no lo había dado de baja por desidia. Ahora me alegraba de no haberlo hecho.

–Hola Richard, soy yo –le dije.

–Me ha dado un susto de cojones –me dijo con la boca llena. Tenía puesta la melodía de *El Exorcista* y lo cierto era que sonaba bastante fuerte, esperaba que nadie lo hubiera oído.

–Ponlo en silencio en cuanto te cuelgue y habla más bajo.

–Sí, no hay problema. ¿Qué hacemos ahora?

–Por el momento esperar. Félix y Quique ya han conseguido hacerse con tu GPS, así que sabemos dónde buscar. Formaremos dos grupos, ellos irán en un coche y nosotros en éste. Iremos por parejas, uno conducirá y el otro hará de guía, tal como nos explicó tu hermano.

–Yo conduzco.

–Lo siento, llamarías demasiado la atención. Tenemos que ser precavidos. Nosotros cubriremos la zona más alejada de la ciudad y procuraremos movernos por carreteras poco transitadas. Un momento Richard...

Me llamaban por el fijo, era Lucía. Por su voz deduje que tampoco había pasado muy buena noche, quizá incluso no había dormido pensando en como se le había podido escapar el chico delante de sus narices. Me sentía culpable de ser cómplice de aquella huída, imaginaba los problemas que todo aquello le iba a causar a la pobre chica y las sospechas que se habría levantado aquella fuga al ser Richard quien era. Lucía me preguntó si había visto algo el día anterior y yo le mentí lo mejor que pude.

–Siento no poder ayudarla agente. Yo estaba dentro de la iglesia cuando pasó todo.

–Sí, lo sé. Tan sólo quería asegurarme.

–¿Tiene pensado pasar por aquí? –le pregunté como quien no quiere la cosa–. Lo digo porque esta mañana, después de la misa, saldré a arreglar unos asuntos.

–No lo creo padre. Nos estamos centrando en las amistades de Ricardo. Seguramente estará escondido en casa de algún conocido.

-Espero que así sea. Si puedo ayudarla en alguna cosa más...

-Le tomo la palabra. Gracias por todo.

Al parecer Lucía no sospechaba nada o, por lo menos, no noté ningún matiz extraño en su voz que indicara lo contrario. Todo los nervios que había contenido durante la llamada se manifestaron tan pronto colgué el auricular. Notaba una ligera taquicardia y un regusto amargo en la boca del estómago. Aunque ahora que lo veo en perspectiva, quizás aquellos eran los primeros síntomas de otro mal.

Di misa para las dos asiduas de siempre. Pese a su mal carácter me felicitaron por el funeral de Agripina, lo habían encontrado muy emotivo y a la vez contenido. Lo cierto es que me sorprendieron agradablemente, eran raras las veces en que me habían felicitado por mis responsos. Quizá era el signo de que estaba volviendo a ganarme la confianza de mis parroquianos. Aquello me hizo ser más consciente que nunca de lo mucho que estaba arriesgando implicándome en aquel asunto. Si lo pensaba fríamente, yo era el que más perdía de los cuatro. Félix se había auto-despedido de su trabajo, Quique había tocado fondo hacía mucho y Richard ya no tenía nada que perder. Sin embargo, había algo en todo aquel asunto que me atraía. Ahora que lo veo con otros ojos, creo que fue el hecho de poder enfrentarme directamente al mal lo que me sedujo. Nunca había presenciado un exorcismo, sabía que la práctica se continuaba ejerciendo, pero era algo de lo que no se hablaba en el seno de la iglesia, tan sólo un último recurso. Para mi era el modo definitivo de poner a prueba mi fe.

Tan pronto terminé con la misa, llené un macuto con algo de comer y con cuatro cosas que me parecieron de utilidad. Crucé el patio con paso firme y quité la lona que cubría mi viejo Dodge de un solo tirón. A Richard casi le da un vuelco el corazón. Estaba quemando una pastilla de hachís y se le cayó todo encima de la tapicería.

-Más vale que lo recojas. Te va a hacer falta -le dije abriendo la puerta.

-¡Y que lo digas! Necesito relajarme un poco. Pensaba que eras la pasma.

-Por ahora no sospechan nada. Tan sólo tenemos que tener un poco de fe.

-Fe es lo que vas a necesitar para arrancar este trasto.

Giré la llave y el motor arrancó al momento, como el primer día en que lo compré.

-¡Esto es una joya chaval! -le respondí con un deje de chulería.

-Una joya llena de desconchones. No sé para que te molestas en taparlo si tiene la pintura hecha un asco.

-Escucha el motor, ronronea como una tigresa en celo. Los jóvenes de hoy no tenéis ni puta idea, no sabéis ver más allá de cuatro tubos de neón y un par de pegatinas.

-Hablando de pegatinas... Tenías que haber pasado la ITV hace cuatro años -me dijo Richard al ver la pegatina de la Inspección Técnica de Vehículos-. Imagino que el tigre en celo contamina más de la cuenta y que te lo tiraron atrás por el humo.

-Es posible... -le contesté con mi orgullo un poco tocado.

-Si lo declararas vehículo histórico seguramente te lo pasarán por alto y sólo tendrás que pasar controles cada tres años...

-Si que sabes del tema...

-Yo no tenía ni idea, me lo ha dicho David.

38. El reloj

NO ES QUE FUERA UNA JOYA DE FAMILIA QUE SE HUBIERA pasado de padres a hijos. Era simplemente su reloj. No se acordó de él hasta que lo vio, aunque por aquel entonces recordaba muy pocas cosas de su pasado. Apenas unos retales.

Había pasado más de cuarenta años haciendo lo que hacía. Había depurado su técnica hasta convertirse en una máquina fría y bien engrasada. El calor de la venganza que lo había motivado durante los primeros años había dado paso a un decálogo de reglas que había forjado por ensayo y error. Era tal su pérdida de memoria que había llegado a asumir esas normas como algo externo, como algo que se le había impuesto para el correcto cumplimiento de su deber. Porque así era como él veía lo que estaba haciendo, como una labor, casi como un servicio a la humanidad –aunque en el sentido estricto ya no pertenecía a ella–.

Las reglas eran claras y sencillas.

La primera era actuar siempre de uno en uno. Al principio había acabado con gente que cometía estupideces en grupo, pero después siempre había acabado arrepintiéndose. Por mucho que lo merecían algunos acompañantes, la última responsabilidad era siempre del conductor. No es que le atormentaran los remordimientos por matar de vez a cuando a alguien que no lo mereciera, simplemente era un asunto de fría eficacia. No le gustaba malgastar esfuerzos en matar a gente que no necesitaba morir. Él se consideraba una máquina de justicia perfecta, juez y ejecutor, y la perfección implica no cometer errores.

La segunda norma era perseguir a sus objetivos el tiempo que hiciera falta, ya fueran días, semanas o meses. Era un francotirador perfecto, no necesitaba comer ni mear, ni siquiera respirar. Su condición, además, le ofrecía un camuflaje perfecto y un punto de observación privilegiado. Así que no tenía ninguna prisa para dictar su veredicto y una vez tomada la decisión tan sólo era cuestión de esperar una oportunidad.

A veces no conseguía rematar la jugada, a veces la presa salía viva del accidente. La suya no era una ciencia exacta y aunque él fuera una máquina bien engrasada siempre había un pequeño margen para el error. Las medidas de seguridad en los vehículos habían ido evolucionando y la red de carreteras había mejorado poco a poco, las cosas se le habían ido poniendo más difíciles pero él se adaptaba con rapidez a cada cambio. Sin embargo, en ese proceso de ajuste de sus técnicas, cabía la posibilidad de que algún pez escapara vivo de su red. Las primeras veces en que le había ocurrido se había obsesionado con terminar el

trabajo, tardara lo que tardara. Seguía a la víctima en la ambulancia, esperaba a que se recuperara, seguía esperando a que volviera a conducir y luego esperaba una nueva oportunidad. Pero, aunque la ocasión de terminar el trabajo siempre terminaba presentándose, solía tardar varios meses en volver a presentarse. Sus víctimas habían sufrido un gran accidente del que habían salido vivos por muy poco, tardaban mucho en olvidar lo sufrido y en algunos casos aprendían la lección. Así que, aunque resultara frustrante, había establecido como tercera y última regla la de no perseguir a los que conseguían sobrevivir. No quería perder tiempo en corregir sus errores, un tiempo que podía dedicar a terminar con otros que lo merecieran aún más. Si la muerte no podía convertirse en su castigo, lo serían las secuelas del accidente.

Estas tres normas básicas que había interiorizado con el paso de los años eran lo único que dictaba su comportamiento. Tres principios básicos que llevaba a cabo sin pensar, sin sentimientos, sin recordar su sentido. Ni siquiera recordaba ya quien había sido antes de convertirse en lo que era ahora. Si alguien le hubiera preguntado quien era no habría sabido que responder, pero nadie conseguía verle durante el tiempo suficiente como para entablar una conversación con él.

Ahora mismo se encuentra dentro de un bar. No es la primera vez que ha estado allí, pero no lo recuerda. Si no hubiera pisado ese tugurio antes de morir, no sería capaz de ver la máquina tragaperras de la esquina, ni al ludópata que acaricia las monedas contra el lateral antes de introducirlas. No podría ver el viejo televisor con el volumen al mínimo que reposa en una esquina sobre una precaria estantería de conglomerado hinchado por la humedad. Tampoco vería como las mangas de los clientes se quedan ligeramente enganchadas a la pringosa barra cada vez que levantan los codos. Su presa es uno de esos tipos. Hoy está tan mal que no son los codos los que se le están enganchando al viejo acero inoxidable, sino la cara. Está tan borracho que no puede ni levantarla, pero hoy no morirá porque tiene la suerte de ir acompañado. Si hubiera estado sólo y hubiera cometido la imprudencia de conducir lo habría pagado caro, pero no es así. Un compañero intenta levantarlo pero no consigue arrancarlo de la barra. En ese preciso instante distingue, amortiguado por el rumor subido de tono del bar, una palabra que atrapa su atención. Es un nombre que hacía mucho que no escuchaba. No es capaz de asociarlo ni a una cara ni a un tiempo en particular, pero lo hará.

-¿No querrás acabar como Gimeno? -le dice el compañero al borracho de la cara pringosa.

Son dos policías. Uno de ellos es un alcohólico crónico y un conductor temerario, un candidato ideal para su programa de muerte sobre ruedas, aunque ahora duda entre si lo ha escogido por ello o por su uniforme. De golpe le ha embargado un odio irracional hacia la policía. Pero él no actúa movido por el odio, tan sólo está cumpliendo los tres mandamientos -o eso es lo que intenta creer-.

De pronto ve algo que le provoca un pequeño *flashback*: un viejo Longines en la muñeca

de una tercera persona que se acerca para ayudar. Su gesto es altruista, parece conocer al borracho de la cara enganchada a la barra y se ofrece para ayudar a llevarlo al coche. Lo ha hecho con la mejor intención pero al coger al viejo policía por las axilas, la manga de su cazadora se ha retraído y ha dejado a la vista una esfera con agujas. Eso ha marcado su sentencia de muerte.

Escuchar aquel viejo nombre ha sido sólo una chispa, el reloj es lo que realmente ha servido de combustible y el motor de la venganza que llevaba tiempo apagado se ha vuelto a encender. Ahora recuerda claramente al tipo que lo sacó de su vehículo accidentado. El tipo que lo vendió a peso y que le robó su Longines. El mismo tipo con el que se encontró por casualidad unos meses después de su accidente y del que se vengó con saña. Ojo por ojo.

Aquello había sido mucho antes de las tres reglas, cuando todavía sentía cierto arraigo por su vida anterior. Por aquel entonces recordaba perfectamente quién era y quienes habían sido los culpables de convertirle en lo que era. Se encontró con Gimeno en uno de los accidentes que había causado, en uno de los primeros cuando todavía no dominaba la técnica. El guarda civil acudió al siniestro para cumplir con su deber –de vez en cuando el viejo borracho era de utilidad– y se fue con un polizone involuntario en su coche patrulla. Un polizone ávido de venganza y que no tuvo que esperar demasiado para llevarla a cabo. Gimeno le puso las cosas fáciles, perdió el control de sí mismo por culpa de un “sol y sombra”. En un abrir y cerrar de ojos se encontró empotrado en el asiento del acompañante, observando con incredulidad como un hombre calvo y con las córneas negras conducía su trotado coche patrulla. El fantasma también estaba sorprendido por la facilidad con que había conseguido ejecutar el cambio de roles, pero su inexpresivo rostro no lo manifestaba –cuando no tienes nada que perder, sobretodo cuando estás muerto, es fácil mantener la sangre fría–. En unos segundos había trazado las líneas de su venganza.

–¿No sabes quien soy verdad? –le dijo a Gimeno–. Tranquilo, cuando llegemos al lugar donde vamos lo sabrás.

Gimeno no contestó, pensaba que aquello no era más que una resaca de un par de cojones. Estaba paralizado en su asiento esperando que el dolor de cabeza se le pasara. Llegaron al aparcamiento de los laboratorios y esperaron. Gimeno esperaba que todo acabara de pronto, tal como había comenzado, que la extraña pesadilla cesara cuando las punzadas dejaran de taladrarle las sienas. Pero no fue así. Esperaron durante horas a que saliera alguno de los técnicos responsables de los ensayos con cadáveres. El calvo de los tatuajes quería matar dos pájaros de un tiro y cuando empezó a anochecer se presentó su oportunidad. El técnico se acercó al coche de Gimeno cuando lo vio aparcado.

–Gimeno, le dije que por el momento no íbamos a necesitar más cuerpos –le dijo al guardia civil que estaba al volante.

–¿Eso es lo que era para usted? ¿Tan sólo un montón de huesos y músculos con los que experimentar?

El técnico no pareció entender la respuesta. Él simplemente veía al guardia civil con el que acostumbraba a traficar, sólo en su vehículo y con una mirada un poco más taciturna de lo normal.

–No me reconoce, ¿verdad? Quizá esto pueda ayudarle –le dijo el caminante a su víctima a través de los labios del viejo guardia civil.

El hombre que habitaba el cuerpo de Gimeno sacó las llaves del contacto y se clavó una de las más afiladas en las sienes. Continuó rasgando la piel en movimientos circulares, mirándose en el retrovisor tranquilamente, como un payaso que se maquilla. Para el técnico al principio aquello no tuvo sentido, simplemente le repelió por lo sádico y brusco pero se quedó inmovilizado por la escena. Gimeno desde el asiento del conductor podía ver como el tipo seguía con la llave los dibujos de sus tatuajes, como un niño que calca un dibujo a contraluz. Cuando terminó, la calva de Gimeno era un collage de piel descolgada e hilillos de sangre, pero los dibujos estaban claramente definidos. El técnico los reconoció sin problemas y la repulsión inicial se convirtió en pánico. Intentó salir corriendo, pero el hombre que acababa de desfigurarse el rostro con una llave, volvió a introducirla rápidamente en el contacto y empotró al fugitivo contra la pared de ladrillo. Cuando puso la marcha atrás, el técnico cayó al suelo con las rodillas aplastadas. Intentaba arrastrarse fuera de su alcance mientras veía como el coche patrulla se alejaba unos metros para coger impulso de nuevo y volver a empotrarse contra él. Lo repitió hasta quedarse en reserva y con el último litro de gasolina dio el golpe de gracia. Se quitó el cinturón, pisó a fondo y remató a los dos pájaros de un tiro.

Pero todo aquello había sido antes de las reglas. Ahora todo era diferente... o eso quería pensar. Estaba seguro de que aquel joven policía del bar llevaba su reloj y también de que le habían llamado Gimeno. No podía ser una coincidencia.

39. Sobre la pista

INTUÍA QUE NO ESTÁBAMOS SOLOS EN EL COCHE. Llevaba rato sintiendo una presencia en la nuca, pero no le di importancia. Bastante tenía ya con preocuparme de que la policía no reconociera al joven seminarista que llevaba al lado como el acusado de homicidio involuntario fugado el día anterior. Por el momento todo había ido bien, no habíamos llamado la atención en todo el día. Habíamos consumido un par de depósitos recorriendo las carreteras que teníamos asignadas. El motor de mi viejo Dodge todavía carburaba como un joven rebelde, pero consumía una cantidad ingente de carburante. Imagino que rondaría los 20 litros a los 100, pero no podía saberlo con seguridad. La aguja del depósito a veces se encallaba, era tan poco fiable que llevaba un bidón de gasolina en el maletero por lo que pudiera pasar.

–Los trastos americanos chupan como un demonio –me dijo Richard la segunda vez que paramos a repostar.

–Tienes razón en una cosa, pero te equivocas en la otra. Este trasto no es americano. Ahí donde lo ves, este coche lo fabricó una empresa española en el 76. La factoría Barreiros. Sólo se fabricaron unos pocos miles y por entonces estaban buscadísimos –al ver la cara de medio asombro del joven continué mi monserga–. Entonces era muy complicado acceder a coches extranjeros, había aranceles, listas de espera... No puedes imaginarte lo que tuve que hacer yo para conseguir esta joya.

Podría haberle contado entonces que a su edad yo era un amante de los coches igual que él. Pero no lo hice. Quizás el joven habría aprendido algo de mis errores, pero estaba acostumbrado a guardarme para mí los recuerdos de aquella época. Como una vieja película que tienes miedo de volver a ver para que no te defraude. Recuerdos que retienes enjaulados por miedo a que escapen volando para siempre.

Conduje en silencio. El lastre del arrepentimiento volvía a mí una y otra vez. Era una losa conocida pero en algunas ocasiones el dolor era más agudo. Aquella noche era una de ellas. Las horas de conducción y la adrenalina de la cacería habían hecho rebrotar el recuerdo de mi juventud. Conseguir aquel coche había sido el principio de todo. Me encapriché de él y me lo jugué todo para conseguirlo. El coche acabó siendo mío, pero visto en perspectiva puedo decir que fui yo quien acabó perdiendo la partida. La baraja la puso sobre la mesa un desconocido en un bar: se jugaba su flamante Dodge contra mi Seat 850 Sport Sprinter. Por aquel entonces, ese descapotable era lo máximo pero no pasaba de los 52 caballos. Mientras que el deportivo americano que me ofrecían era un caramelo con 162 CV de serie y que, además, parecía estar modificado para la competición. Mi coche estaba limitado a la

tecnología española de la época, mientras que el Dodge, pese a estar construido también aquí, utilizaba un alto porcentaje de componentes importados de la casa madre americana. En aquella época, para proteger la industria del automóvil española, la ley no nos permitía comprar coches en el extranjero. Tan sólo se hacían excepciones con los nuevos modelos, en los que se permitía utilizar un número elevado de componentes de importación que, con el tiempo, se debían ir limitando progresivamente. Así que aquel modelo, a pesar de haber salido de una fábrica de los alrededores de Madrid, era una máquina 99,9% americana y los americanos nos llevaban veinte años de adelanto en aquella época.

-No sé lo que hiciste para conseguirla. Pero reconozco que este carro, aunque ahora parezca una carraca, en su tiempo tenía que ser lo más -me respondió Richard.

-Imagina que te pusieran en las manos las llaves de uno de esos prototipos que exponen ahora en los salones del automóvil. Pero que en lugar de estar hecho de plástico y aluminio fuera un coche de verdad.

-¡Joder! Yo haría cualquier cosa para conseguir uno de esos.

Yo también pensaba así cuando tenía su edad. Cuando aquel tipo del bar me propuso jugarme su Dodge contra mi Sprinter no lo dudé un instante. Las reglas eran fáciles: correr en paralelo a toda velocidad hacia un barranco y el último en frenar ganaba. El que se quedara atrás o, en su defecto, el que cayera acantilado abajo, perdía. Todo o nada. Lo llamábamos un James Dean y hasta entonces nunca había participado en uno de verdad. Sí que lo habíamos probado con algunos colegas cuando nos emborrachábamos lo suficiente, pero siempre frenábamos a una distancia prudencial. Lo que me proponía aquel tipo iba en serio, podía acabar en el fondo de algún torrente, pero merecía la pena.

Nos retamos esa misma noche, solos él y yo. Salimos del bar con discreción y conducimos hacia un lugar adecuado y solitario para jugarnos el todo por el todo. Nos lanzamos a unos 100 Km/h por una pista de tierra hacia un desnivel de varios centenares de metros. El tipo había escogido el lugar para que el vértigo de la altura me paralizara. Tenía la ventaja de la experiencia a su favor, pero la jugada le salió del revés. Sí, reconozco que el miedo me paralizó, tanto que tardé unos segundos más de lo prudencial en que mis piernas me respondieran y poder clavar el pedal del freno. Pensaba que me iba a despeñar cuando por fin los músculos se tensaron y el coche se detuvo a escasos centímetros del desfiladero. Abrí los ojos y vi que el tipo había detenido su Dodge varios metros por detrás de mí. No me lo podía creer. Todavía con la adrenalina fluyendo por mi sangre y con el regusto metálico del miedo en la boca, recogí las llaves de mi nuevo coche. El extraño tipo me las dio en silencio, aceptando su derrota con deportividad pero fulgurándome con la mirada. Se dio la vuelta y se fue caminando. En aquel momento no me imaginaba que lo volvería a ver poco después, tan sólo pensaba en poner a prueba el automóvil de competición que acababa de caerme en las manos.

-¿No lo vas a coger? -me gritó Richard sacándome de mi ensoñación.

No me había dado cuenta de que me estaba sonando el móvil. Era Félix, parecía nervioso.

-Repítemelo otra vez... ¿Dónde estáis? Más poco a poco, no te entiendo...

-Padre -me interrumpió el chico.

-Ahora no Richard -le dije volviendo a la conversación telefónica- ¡Qué Quique ha hecho qué...? No, no te muevas. Ahora vamos para allá.

-¡Padre!

-¿Qué quieres coño?

El tunero no necesitó contestar. Un policía en moto me estaba haciendo señas para que parara en el arcén. Por un instante pensé en darme a la fuga, pero después pensé que lo mejor era capear el temporal lo mejor posible. Mientras detenía el coche, Richard tiraba toda su mercancía por la ventana e intentaba sacar el humo de marihuana del interior del vehículo dando paladas con las palmas juntas.

-¿Es que no me había visto padre? -me preguntó un agente entrado ya en años a través de la ventanilla-. ¿Se imagina por qué le he hecho detener el vehículo, verdad?

-Me puedo hacer una idea... -le respondí. Aunque en realidad no lo tenía muy claro.

Hablar con el móvil mientras conduce son tres puntos menos de carné.

-Por supuesto -le dije casi aliviado. Era una suerte que no hubiera reconocido a Richard. Inconscientemente me giré hacia él para comprobar si su disfraz continuaba siendo efectivo y el agente siguió mi mirada.

-¿Quién es su acompañante?

-Es un seminarista que me han enviado los del obispado para que me eche una mano. Digamos que lo tengo en prácticas.

-¿De dónde eres chico?

-Soy del barrio -respondió Richard tras unos segundos de indecisión- he estado fuera unos años, pero la tierra le tira a uno.

-Sí, ya decía yo que tu cara me sonaba.

-¿Usted no es el agente Miravilla? -preguntó el tunero con un deje entre afeminado y educado.

-Sí. ¿Es que me conoce usted...?

-A usted sólo de vista. Era muy amigo de su hija Mabel en primaria. ¿Qué tal se encuentra? Seguramente a estas alturas ya esté casada y con hijos verdad...

-Sí, está casada -dijo el agente Miravilla con un cierto titubeo en la voz. En aquel momento no entendía por qué, pero estaba claro que la pelota había cambiado de bando.

-Me gustaría tomar un café con ella para ponernos al día. No sería tan amable de pasarme su número de móvil o su email. Seguro que se alegra de verme.

-Ahora mismo no lo llevo encima. Bueno, no quiero molestarles más. Por esta vez lo dejaremos por una advertencia padre.

Antes de que pudiera darle las gracias, Miravilla estaba encima de su moto y se alejaba escurriendo el bulto.

-¿Tú no conoces a la hija de este tipo verdad? -le pregunté a mi compañero seminarista.

-No.

-Todo este tiempo tu hermano ha estado en el asiento trasero.

-¿Pregunta o afirma? -me respondió el tunero con su nuevo acento.

Miravilla había sido compañero de David durante varios años y su hija había empezado siendo la novia de medio barrio, para terminar convirtiéndose en prostituta. Para su padre era una vergüenza, aunque no la había dejado de querer y siempre había intentado llevar el tema con discreción. Pese a todo, como es lógico, toda la comisaría estaba enterada.

-¿Ahora me puede decir que es lo que le ha dicho Félix? -preguntó Ricardo.

-Que lo han encontrado.

40. El primer contacto

FÉLIX ESTABA AGOTADO, NECESITABA UN BUEN CAFÉ y, quizá, alguna bebida energética. Los dos días que llevaban de “cacería”, tal como Quique se había empeñado en denominarlo, se habían convertido en una carrera de resistencia para el viejo técnico de la DGT. Nada más abandonar la iglesia, dos días antes, había tenido que caminar varios kilómetros hasta llegar al solitario polígono donde Cosme tenía su taller. La mayor parte del camino, además, la había hecho empujando la silla de ruedas de Quique, que no estaba acostumbrado a cubrir grandes distancias sin su furgoneta. Casi dos horas de camino que recorrieron en plena noche, con una resaca considerable y con el miedo de que alguna patrulla los detuviera por su complicidad en la fuga de Richard. El parálítico insistía en que Lucía no sospechaba de ellos, pero Félix no lo veía tan claro.

Por suerte, Quique se quedó dormido a medio camino y el perito pudo descansar un poco de su parloteo interminable. A solas con sus pensamientos, Félix volvía una y otra vez a la muerte de Agripina. Se sentía culpable y el mapa ensangrentado que escondía le quemaba en el bolsillo del pantalón. Por suerte, se habían ahorrado tener que recuperar el GPS con los datos del chico, con el consecuente ahorro de tiempo y riesgo de ser detenidos. Tan pronto llegaron al taller, Félix pensaba comprarle a Cosme uno de esos sistemas de navegación, introducir todos los puntos de avistamientos y deshacerse para siempre de aquel maldito pedazo de papel.

Cuando llegaron al polígono estaba ya a punto de amanecer pero Cosme seguía despierto. Había estado trabajando toda la noche para tener a punto la Chrysler Voyager de Quique. No sólo había reparado los daños del motor, también había dejado la carrocería como nueva y cuando ellos llegaron estaba a punto de sacarlo del horno de secado. Quique se despezó a tiempo para ver como su furgoneta siniestrada volvía a la vida gracias a la magia de Cosme. Y no sólo eso, el viejo mecánico le había dado también un particular toque de gracia: había serigrafiado todo el capó con la cabeza rugiente de un gran oso pardo. La firma del Oso Solitario.

–Ahora podrás pegarte la fantasmada como Dios manda –le dijo Cosme al parálítico con un deje sarcástico.

–¡Joder, eres un artista!

Cosme había rotulado el coche a modo de broma pesada, como un pequeño ajuste de cuentas con Quique por hacerle trabajar a deshoras, pero al parálítico no sólo no le sentó

mal sino que le encantó –quizás debido a la resaca que acumulaba y a su creciente sentimiento de euforia–. Para él el final de la cacería estaba ahora más cerca que nunca. Llevaba muchos años siguiendo en solitario la pista de una sombra y ahora, en apenas unos días, había conseguido reunir a un grupo para perseguir, por fin, algo que empezaba a ser tangible. No podía pedir más.

Sin embargo, para Félix, todo aquello resultaba excesivo. Sentía que aquella búsqueda le iba grande: no sólo porque su fobia se lo hiciese pasar mal, sino porque aquel tipo de comportamiento era contrario a todo lo que había aprendido y ejercido a lo largo de su carrera. Beber al volante, conducir de forma temeraria, no realizar los descansos correspondientes... todo iba en contra de las directrices de su departamento, unas normas que había seguido a rajatabla a lo largo de más de treinta años. Sin embargo, el hecho de poder corroborar su hipótesis y poder poner freno a todo aquel desenfreno de muertes, era suficiente para hacerle seguir adelante. Era lo que le había dado fuerza para tolerar el extraño comportamiento de aquel parálítico obsesionado con la venganza, para implicarse en la fuga de un presunto homicida, para beber en una semana más alcohol del que había tomado en toda su vida y, en general, para no considerar como una locura toda aquella excéntrica cacería.

Cosme todavía estaba terminando con los últimos pormenores de la reparación, cuando Quique se subió a los mandos de su Voyager.

–Venga jefe... ¡al turrón! –le dijo al perito desde el volante con entusiasmo.

Félix se subió al vehículo con resignación y comenzó a introducir las coordenadas de los avistamientos en el GPS que Cosme había integrado en el salpicadero. Mientras lo hacía Quique se despidió de Cosme con un abrazo y salió a la carretera. Media hora después los datos estaban introducidos y Félix medio mareado, en parte por fijar la vista en la pantallita de LCD y en parte por soportar la conducción de Quique. Las náuseas venían a unirse a la migraña, el sueño y el agotamiento.

–Cuando quieras puedes empezar a darle a la botella.

–No me veo en condiciones... –respondió Félix conteniendo una arcada.

–Un buen lingotazo es la mejor medicina contra la resaca.

–No es sólo resaca lo que tengo.

–Pues lo siento mucho, pero si no bebes estamos ciegos. Hazlo por el chico.

El perito no se dignó a responder. Quique no había tenido suficiente con matar a la madre del chaval, ahora, además, lo utilizaba para conseguir su objetivo. El perito estaba empezando a acostumbrarse al carácter de su compañero de viaje, pero su egocentrismo a veces le sacaba de sus casillas. Cogió la botella y le dio un largo trago, lo hizo por Richard, por su madre y por todos los que habían muerto a manos de aquel siniestro espectro de asfalto.

Pasaron el resto del día rastreando kilómetros y kilómetros de carreteras secundarias. A primera hora de la mañana les llamé para coordinar la búsqueda, compartir los puntos de

avistamientos y repartimos las zonas calientes. Noté el cansancio en la voz del perito, pero también su tenacidad y, porqué no decirlo, las dos copas de más que llevaba ya encima. Aquel estado de embriaguez obligatoria era casi más duro de llevar para el perito que su propia fobia a la carretera. El alcohol le ayudaba a perder su miedo al asfalto pero le sumía en una perpetua náusea y en un abotargamiento al que no estaba acostumbrado.

De vez en cuando Quique pegaba un volantazo para que su copiloto no se durmiera o ponía el volumen de su equipo de audio a un nivel insoportable. Pero a última hora de la tarde las cabezadas del viejo técnico de la DGT eran cada vez más continuas y las ojeras casi rodeaban los 360º del perímetro de sus ojos hundidos. Quique le dejó dormir unos minutos, avistó una gasolinera y decidió hacer una pausa.

–Acércate a por algo de comer –le dijo al perito despertándolo–. Pilla algo de comida que ya va siendo hora de cenar.

–Teniendo en cuenta que tan sólo hemos comido un sándwich en todo el día y que me has hecho ingerir más de litro y medio de vodka, creo que sí. Va siendo hora de comer algo sólido –respondió Félix al ver el restaurante de carretera que se levantaba junto a la gasolinera.

–Los bocadillos de pan de molde son tan sólidos como un buen entrecot y se comen más rápido –dijo Quique señalando la tienda 24 horas–. Para mí de pechuga de pollo.

Félix volvió a morderse la lengua una vez más. Avanzó hacia la gasolinera recordando todas las razones que tenía para seguir soportando a aquel tipo. Le parecían pocas. Tenía el trasero entumecido, el estómago le ardía y la ropa le apestaba a sudor rancio. Una vez dentro de la tienda su ánimo mejoró un poco, encontró bicarbonato, desodorante, bocadillos recién hechos e, incluso, había un poco de comida casera para llevar en una vitrina. Mientras esperaba en la cola para pagar echó un rápido vistazo al exterior y se quedó helado.

El caminante estaba paseando alrededor del coche de Quique, observando con atención la furgoneta y ante la completa indiferencia del parálítico que, lógicamente, era incapaz de verle. Félix era el único que podía hacerlo y su expresión de pánico fue tan exagerada que Quique la percibió desde el interior de la furgoneta. Al ver la cara de su compañero de viaje, el parálítico reparó en que algo estaba pasando. Veía su pánico y le escuchaba chillar algo a través del cristal, pero las palabras salían amortiguadas por el doble vidrio y se perdían entre los ruidos del tráfico de la carretera. Así que utilizó el manos libres.

Cuando el perito notó la vibración de su móvil en el bolsillo dio un respingo. Consiguió descolgarlo a costa de arrojar la mitad de la compra por el suelo.

–¿Sí? –contestó Félix alborotado.

–¿Cómo que sí...? No ves que soy yo quien te está llamando... ¿Qué coño te pasa?

–Está aquí.

–¿Él? ¡No me jodas! ¿En esta gasolinera? –preguntó Quique mirando los alrededores.

–Ahora mismo se está metiendo en la furgoneta... ¡No te gires! Lo tienes al lado.

El paralítico colgó la llamada. Arrancó el coche simulando calma y después. Simplemente, se fue. Sin pagar la gasolina y dejando al perito con el móvil todavía pegado en la oreja.

–Espero que me pague todo eso –le dijo la dependienta señalando todo lo que se le había caído al suelo.

Félix salió de su desconcierto al escucharla. Le entregó la tarjeta de crédito y marcó rápidamente mi número de teléfono.

41. La tercera regla

HABÍA ESPERADO MUCHO TIEMPO A QUE LLEGARA aquel momento. Al principio había disfrutado de su nueva vida en la carretera, pero hacía mucho que ya no lo hacía. No comía bien, no dormía bien, no olía bien, ni siquiera podía sentarse en una taza de water de verdad para cagar a gusto. Quique sentía que su invalidez le había hecho perder la dignidad, no se había parado a pensar que en realidad era el tipo de vida que llevaba lo que no era digno. Pero ahora nada de todo eso importaba, la vida que había llevado los últimos años había sido un sacrificio aceptable para llegar al punto en que ahora se encontraba.

Conducía en silencio hacia una carretera poco transitada. No podía ver a su acompañante, pero sabía que lo tenía al lado. Podía notar su presencia, como un enfermo de cólera siente el frío pese al calor africano.

–He esperado mucho tiempo este momento y tengo algo reservado para la ocasión –dijo Quique dirigiéndose a la nada y después sacó un botellín de Whisky de Malta de un pequeño compartimiento junto al volante–. A tu salud, pedazo de cabrón.

Se bebió los doscientos euros de malta destilada de un trago. Ni siquiera saboreó los matices de la barrica de roble, tan sólo quería que el alcohol empezara a actuar.

–Como ves te lo voy a poner fácil. No sé cuanto tardaré en estar suficientemente borracho, pero antes de que me echés de mi cuerpo quiero decirte algo: ¡la jodiste! Supongo que te acordarás de mi cara, porque seguramente estuviste a mi lado, ahí donde estás ahora, durante días y días. Tuviste tu tiempo para prepararte y cuando llegó el momento la cagaste.

Quique no pudo hablar más –aunque poco más tenía que decir–. El botellín de whisky le hizo su efecto, la vista se le nubló por un segundo y al siguiente estaba sentado en el asiento del copiloto. La primera vez que había vivido aquella situación se había sentido desbordado por el pánico, sin embargo ahora experimentaba una sensación cercana al alivio. El mismo alivio que sentiría un yonqui al inyectarse un chute de caballo después de estar tres años con el mono. Quique notaba el chute de adrenalina del que sabe que está a punto de conseguir lo que tanto le ha costado. Había soñado con aquel momento en un sinnúmero de ocasiones, primero en forma de pesadillas, después a modo de catarsis.

Tras su accidente se había sumido en una profunda depresión. Nunca llegó a superar la pérdida de sus piernas, no tenía nada que le ayudara a superar su situación: ni amigos, ni familia, ni pareja. El único aliciente que tenía para seguir viviendo era el dinero de la

indemnización. No podía soportar la idea de morir en hospital con todo ese dinero esperándole en el banco. Así que se esforzó en conseguir el alta para poder salir y gastárselo todo en mujeres, drogas y rock'n'roll. Su plan era gastar y gastar y cuando se acabara el último céntimo quitarse la vida. Casi lo consiguió. Su primera noche fuera del hospital se gastó casi la mitad de la indemnización en una limusina, dos *scourts* de lujo y varias cajas de Moët & Chandon –sin contar la Fender Stratocaster que compró tan sólo para darse el gusto de destrozarla contra un amplificador–. No gastó más porque la mezcla del alcohol con su medicación lo dejó KO en un par de horas, pero tuvo suficiente. Le pidió a sus dos acompañantes que le dejaran sólo en la suite del hotel y se dispuso a quitarse la vida. No se había planteado como hacerlo. Primero pensó en arrojarse por la ventana, pero fue incapaz de levantarse a sí mismo con los brazos. Después pensó en tomarse toda su medicación de una vez, pero le pareció una forma de suicidio un tanto afeminada. Después de mucho meditar decidió cortarse las venas. Rompió una botella de champán y estuvo varias horas con el cuello roto en las manos, incapaz de hacerse algo más que un arañazo superficial. Al final se quedó dormido.

Pasó varias semanas encerrado en aquel hotel, sin tocar su silla de ruedas, abusando del servicio de habitaciones y metiéndole mano a las chicas de la limpieza. Hasta tal punto, que la dirección del hotel se encargó de meterlo a él, muy educadamente, en un taxi y sugerirle que no volviera por allí. Dentro de aquel viejo Citroën, oliendo a tapicería gastada y sin un rumbo concreto, lo vio claro. No quería morir encerrado entre cuatro paredes, quería volver a sentir la libertad de conducir y sentir el viento en la cara.

Ese deseo fue el que le llevó a conocer a Cosme. El viejo mecánico fue el único que accedió a construirle su locura sobre ruedas: su Voyager tuneado, con la que volvió a sentirse libre y, en algunas ocasiones, incluso a olvidar su minusvalía. Pero cuando el motor se apagaba las pesadillas volvían, cuando se alejaba de la carretera volvía a pensar seriamente en el suicidio, por eso Quique solía dormir en los arcones –los prefería a las áreas de descanso, porque en éstas siempre corría el riesgo de ser atracado– y en los solitarios márgenes de carreteras mal asfaltadas tenía pesadillas con una situación muy parecida a la que estaba viviendo ahora. Se sentía atrapado e impotente, al lado de un espectro de ojos negros como el petróleo en crudo que conducía a toda velocidad con una media sonrisa en su rostro taciturno. En sus sueños pasaba horas y horas a su lado, pensando que cada curva iba a ser la última, que cada peñasco iba a ser su tumba... pero nunca llegaba a estrellarse. Se levantaba agitado y lleno de sudor, pero no moría.

Ahora, aquella pesadilla ya no era un sueño. El caminante estaba allí, conducía su Chrysler al límite y pronto todo acabaría.

Aunque su mirada negra amortiguaba cualquier expresión de su rostro, Quique habría jurado que aquel espectro que se había adueñado de su cuerpo estaba disfrutando conduciendo su furgoneta de más de 200 caballos. Apuraba los virajes al máximo hasta que los neumáticos empezaban a chirriar y en las rectas pisaba a fondo. Había desperdiciado ya

innumerables oportunidades de estrellarse. Pasaba junto a muros de piedra, árboles gruesos y terraplenes sin prestarles atención. Si hubiese querido habría podido destrozar la Voyager en más de una docena de ocasiones y en todos los casos la probabilidad de haber acabado con la vida de Quique habría sido muy alta, más incluso que la primera vez que lo intentó. Sin embargo, aquel extraño espectro parecía no tener intención de dejar de disfrutar del viaje.

–¿Vas a acabar con esto de una vez o esperamos a que se acabe la gasolina? –le preguntó el parálítico lleno de impaciencia.

En ese momento llegaron a la boca de un túnel y, antes de entrar, el autostopista frenó en seco. El vehículo se ladeó un poco y se detuvo en medio de la vía tras un sonoro derrape. Quique había cerrado los ojos y se había contraído a la espera un choque brutal que acabara con todo su sufrimiento, pero el impacto nunca llegó. Cuando consiguió despegar los párpados, el espectro ya se había ido y su cuerpo volvía a pertenecerle. El cuerpo de un tullido que se había negado a aceptar como suyo. Su calvario.

Si hubiera abierto los ojos unos segundos antes, habría visto una gran sonrisa en el rostro del caminante. Una sonrisa que ni sus córneas negras habían conseguido disimular y que se debía a dos motivos: a que hacía mucho que no disfrutaba conduciendo y a que había resistido la tentación de acabar con aquel triste tipo que casi le había suplicado el toque de gracia. Lo sentía por él, pero las reglas estaban para cumplirlas.

42. El cebo

PASAMOS A RECOGER AL PERITO POR LA GASOLINERA y seguimos la dirección que nos marcó. Pasamos por varios cruces de caminos y decidimos seguir las vías con un mayor número de avistamientos o, como Félix las había bautizado, "rutas calientes". Siguiendo estas directrices, no tardamos en encontrar el vehículo de Quique atravesado en medio de la carretera. Al principio nos temimos lo peor, pero a medida que los focos del Dodge iluminaron la pintura negra recién pintada de la furgoneta americana, nos dimos cuenta de que no tenía ningún rasguño, ni ningún indicio de haber tenido un accidente. De todos modos, aparcamos en el arcén y corrimos a auxiliar al paralítico. Tenía la cabeza echada sobre el volante y al incorporarle vimos que estaba blanco como un glaciar y con unos enormes surcos de lágrimas atravesando sus mejillas. Ni nos habló, ni nos miró, como si hubiera tenido un brote de autismo, aparte de eso estaba en perfectas condiciones.

Mientras yo intentaba sacar la furgoneta de en medio de la carretera, Félix fue a colocar los triángulos reflectantes a los 50 metros que marca la ley. Después volvió a la Chrysler y me ayudó a acabar de empujarlo fuera de la rodada. Hasta que no estuvimos fuera del peligro de ser arrollados y recuperamos un poco el aliento, no caímos en que Richard había permanecido todo aquel tiempo inmóvil al lado de mi Dodge presenciando el asunto sin tomar parte. Félix no tardó en adivinar a qué se debía aquella repentina apatía, pero se guardó la razón para si mismo. Yo simplemente imaginé que las heridas del accidente de su madre todavía estaban frescas y no le di más importancia, tenía cosas más urgentes que hacer, como por ejemplo llamar a emergencias.

-Buenas noches... nos hemos encontrado con un coche parado en medio de la carretera... el conductor está dentro y no responde...

-Nada de ambulancias -dijo Quique con una voz gutural digna del vocalista de un grupo de *black metal*.

-Disculpe... parece que simplemente estaba dormido... Disculpe por la molestia -le dije a la operadora zanjando la conversación.

El paralítico no dijo nada más en toda la noche. Recuperó el ánimo suficiente para arrancar la furgoneta y conducir detrás de mi Dodge. No lo veía en condiciones, pero a aquellas alturas de la noche, todos necesitábamos un descanso así que le dejamos hacer. Félix insistió en acompañarle y me indicó cómo llegar a un lugar solitario en el que podríamos descansar sin llamar la atención. Así que salimos en dirección al taller de Cosme

formando las mismas parejas con las que habíamos empezado la búsqueda, pero con los ánimos bastante bajos. El ambiente estaba enrarecido en los dos vehículos. En la Chrysler, Félix lanzaba de vez en cuando una mirada de reproche al parálítico y Quique la ignoraba sumido todavía en lo que un psicólogo habría calificado de una depresión post traumática. El ambiente en mi Dodge no era mucho mejor, Richard había respondido con monosílabos a mis preguntas y tenía una expresión a medio camino entre el odio contenido y la impotencia del no saber como actuar. No fue hasta que habíamos recorrido varios kilómetros cuando me fijé en el oso que rugía en el capó de la furgoneta de Quique. Verlo fue como un fogonazo, los recuerdos encajaron en mi mente como en el flash-back de una película. Muchas preguntas empezaron a cobrar sentido... ¿por qué se le había aparecido el autoestopista a Quique tan fácilmente después de los años que llevaba tras él? ¿Por qué me sentía obligado a implicarme en este asunto? ¿Quién era aquel misterioso personaje? Pero como todo ying tiene su yang, aquel instante de lucidez extrema fue seguido por un agudo dolor en el costado. No era la primera vez que sufría un achaque, ya que desde mi semana de bebedor descontrolado las molestias iban y venían, pero nunca como aquel latigazo. El dolor me subía por los riñones hasta la nuca a ráfagas, hasta que empezó a remitir y se convirtió en un ardor latente en el hígado. Los sudores fríos me habían dejado la sotana empapada, así que, aunque la noche era calurosa, encendí la calefacción para entrar en calor. Richard no me dijo que la apagara, se limitó a abrir su ventanilla y a asomarse un poco hacía el exterior. Cuando empezaba por fin a recuperar mi temperatura normal, llegamos al taller de Cosme. No fue difícil dar con él, era la única nave del polígono que todavía tenía la luz encendida. Todavía no había apagado el motor cuando Cosme asomó por debajo de la persiana metálica.

-¡No escuchaba el ruido de uno de éstos desde hacía tiempo! -exclamó el mecánico al ver mi Dodge.

Por la noche, aquel polígono que durante el día era un ir y venir de camiones se convertía en un remanso de paz. Tan sólo los pasos del guardia de seguridad en sus cíclicas rondas de vigilancia conseguían elevarse por encima del sonido de los grillos y de los pocos coches que circulaban por la carretera a varios kilómetros de distancia. El oído experto de Cosme reconocía el ruido de los motores que se acercaban mucho antes de llegar, identificando el modelo e incluso la avería que venían a reparar. Aquella noche escuchó el crepitar de mis viejos seis cilindros en línea mucho antes de que llegáramos y los identificó al instante. No era la primera vez que los oía, aunque ahora ya no sonaban tan equilibrados como entonces.

Félix fue el primero en salir al encuentro de Cosme. Tan pronto como Quique aparcó, corrió hasta el mecánico y le explicó escuetamente la situación. Mientras tanto, yo me aferré al volante con fuerza intentando contener un poco las punzadas que latían en mis lumbares.

-Vamos a llevarlo dentro para que coma algo y entre en calor -dijo Cosme tras escuchar

las primeras dos frases de la explicación del perito, no era la primera vez que veía a Quique con aquella actitud-. Después ya habrá tiempo para que me pongas al día.

Entre los dos consiguieron sentar al parálítico en su odiada silla de ruedas. Félix se disponía a empujarle hasta el taller, pero Quique rechazó su ayuda y se impulsó sólo y en silencio hacia el interior de la nave.

-Todavía le queda mala leche... es buena señal -le dijo Cosme al perito sonriendo.

Mientras tanto, yo salí del coche renqueando, intentando disimular un poco mi dolor. Richard me siguió en silencio. El mecánico saludó al chico con entusiasmo, sentía aprecio por él y le sabía muy mal que hubiera acabado tan perjudicado por aquel asunto. Después se dirigió a mí.

-No soy mucho de ir por la iglesia, padre. Pero mi casa es su casa, pase por favor -y mientras nos acompañaba al interior añadió en un susurro-. Me alegro de que esté aquí, hasta ahora pensaba que le estaba siguiendo el juego a un par de locos... pero si la iglesia está de por medio es que la cosa es seria.

-La iglesia no tiene nada que ver con todo esto. Sólo yo y le puedo asegurar que tengo las mismas dudas que usted.

El viejo mecánico se convirtió, por unas horas, en el perfecto anfitrión y después de haber pasado el día entero en el coche, incluso su modesto taller parecía el Ritz. Nos aseamos por turnos, cenamos y nos acomodamos en los sofás lo mejor que pudimos. Todo el mundo había permanecido muy callado, yo conteniendo un dolor que parecía no remitir; Quique parecía haber envejecido varios años, Richard estaba sumido en un extraño silencio y Félix arrastraba la resaca del que no está acostumbrado a beber. Una vez todo el mundo hubo comido y encontrado un lugar donde pasar la noche, Cosme nos pidió que le pusiéramos al día. Notaba que algo había pasado, pero no se imaginaba que podía ser.

-Así que... ¿cómo ha ido el primer día de caza?

-Según como se mire -dijo Félix rompiendo un silencio de varios segundos en los que nadie parecía dispuesto a hablar-. Por un lado bien, porque hemos dado con la presa, pero al final se nos ha escapado.

-Querrás decir que ha sido Quique el que lo ha dejado ir -afirmó secamente Richard rompiendo su silencio-. Lo teníamos, estaba dentro de su coche y en lugar de seguir el plan, se escapó con él y lo jodió todo.

-¡Qué sabrás tú, niñato, de qué va esto! -le escupió el parálítico-. No tienes ni puta idea.

-Más de lo que tú te crees, pedazo de mierda con ruedas -replicó Richard.

-Vamos a calmarnos un poco -intervine para apaciguar un poco el ambiente-. Necesitamos hablar de lo que ha pasado, pero con calma y creo que Cosme se merece una explicación. Si no me equivoco está bastante al día de lo que estamos buscando y porqué -dije refiriéndome al mecánico.

-Sí, algo me han contado.

-Pues bien, pongámoslo al día.

Curiosamente fue Félix quien tomó la palabra. Aunque por su carácter reservado, el perito habría preferido que fuera cualquier otro quien llevara el peso de la conversación. Pese a todo se obligó a tomar las riendas de la conversación para controlar qué era lo que se contaba y a quién. Le habían contado muchas medias verdades a Cosme y Félix no quería que el mecánico rellenara los huecos de la historia con la información que yo mismo o Richard pudiéramos transmitirle. No quería contradicciones incómodas. La muerte de Agripina continuaba pesando como una losa en su conciencia y aunque se le había pasado varias veces por la cabeza la idea de confesarlo todo, sabía que aquel no era el momento de hacerlo. Así que le explicó a Cosme todo lo que habían hecho desde que abandonaron el taller por la mañana -hacia un mundo de aquello- hasta el momento en que habían llegado. Lógicamente, omitió los detalles que hacían referencia al mapa ensangrentado del que había extraído los lugares donde buscar y que les implicaba directamente en la muerte de Agripina, pero sí que relató con pelos y señales la decisión de Quique de actuar en solitario al margen del grupo.

Cuando el perito terminó su largo monólogo, Cosme reflexionó unos instantes y nos planteó algo en lo que ninguno de nosotros había caído.

-Yo creo que no fuisteis vosotros los que disteis con él. Sino que fue él quien dio con vosotros.

-¿Nos estaba buscando? ¿Sabe que estamos tras él? -preguntó Félix al aire con un deje de temor.

-No lo creo y aunque lo supiera no creo que tenga miedo de que le atrapéis. Sino, no habría mordido el anzuelo tan fácilmente.

-¿Entonces porqué se me apareció justamente hoy, después de todos estos años? -preguntó Quique con un tono sombrío.

-Verás... es sólo una corazonada, pero creo que sé cual ha sido la causa. Hasta ahora se puede decir que estabais pescando sin cebo. Pero hoy resulta que se ha enredado por casualidad un gusano en el anzuelo.

Todos nos quedamos en ascuas, pero Cosme no quiso aclararnos a que se refería. Se levantó, cogió una linterna con fluorescente y nos pidió que le acompañáramos a la puerta del taller. A aquellas alturas de la noche estábamos completamente abatidos, especialmente mis riñones, pero hicimos un enésimo esfuerzo y le acompañamos. Cosme acercó la linterna al logotipo que había serigrafiado en el capó de la Voyager de Quique y, como quien se ilumina la cara antes de contar una historia de terror, nos contó la historia de aquel emblema.

43. El Oso Solitario

EL VIEJO PÓSTER NO CUELGA POR CASUALIDAD en el taller de Cosme. No es un desplegable central de una revista cualquiera en una pared, es algo más parecido a una foto de familia. El hollín y la tinta descolorida han hecho casi irreconocible al copiloto que conduce el vehículo ganador. Además, el tiempo tampoco ha sido muy misericordioso con la cara del mecánico, llena de arrugas y manchas de la edad. Pero sí, Cosme es el joven copiloto que sonríe junto al ganador de aquel viejo rally. Era el copiloto y el mecánico del verdadero Oso Solitario, el ganador, durante cuatro años consecutivos, del campeonato nacional de rallyes. Hoy habría sido una gran estrella, habría aparecido en televisión, habría sido la imagen de multitud de marcas comerciales, habría ganado una gran suma con contratos comerciales. Pero a principios de los 70 la cosa era diferente, sobretodo en nuestro país. El Oso era conocido, apareció en varios anuncios de relojes y de neumáticos, pero todavía no existía una cultura del *star system* a la que sacarle partido. Vivía con ciertos lujos, pero al día, y su copiloto tan sólo saboreaba las migajas de su éxito. Aunque pasaban días enteros juntos, Cosme a penas conocía la vida privada del tetra-campeón. Éste era una persona muy reservada, a la que no se le conocía familia, que no mantenía largas relaciones sentimentales con nadie y con un círculo de amigos tan reducido que era casi inexistente. Lo poco que Cosme conocía del pasado del Oso Solitario era una mezcla de rumores, intuición y conversaciones de borrachos.

De su infancia, lo único que sabía era que se había criado con unos feriantes y que había crecido junto a los autos de choque. A los siete años era capaz de arreglar la mayor parte de las averías de los carros y se movía con inusitada soltura saltando de uno a otro en plena vorágine cuando un pedal se atascaba o una escobilla no hacía contacto. Cuando llegó a la pubertad abandonó la feria para empezar a trabajar en un circuito de *karts*. Se encargaba del mantenimiento durante el día, cobrando un sueldo ínfimo, a cambio poder conducir por las noches. De madrugada, cuando el circuito cerraba, la pista se llenaba de gente que venía a apostar. Los que no lo conocían veían en él a un escuálido chaval de once años con el *kart* más destartado, pero los asiduos sabían que el chaval era una apuesta segura. Con el pequeño porcentaje que le asignaban por cada carrera que ganaba consiguió hacerse con un seiscientos de tercera o cuarta mano. Empezó a conducir mucho antes de tener la edad legal para poder hacerlo y tan pronto como cumplió los 18 –unos años antes según las malas lenguas– se inscribió en su primer rally amateur.

Fue en aquellos primeros años cuando nos conocimos, unos años antes de que se ganara

su apodo. Encadenaba una victoria tras otra, pero por aquel entonces aquello no era sinónimo de éxito. Ganaba lo justo para pagar la gasolina y los neumáticos y cuando me encontró, más que un copiloto, lo que andaba buscando era un socio capitalista. Yo había hecho mis pinitos en el circuito de profesionales, pero se me daban mejor las relaciones públicas que las carreras. Le busqué un par de patrocinadores, le empecé a inscribir tan sólo en las carreras de más renombre y, poco a poco, nos hicimos sitio hasta lo más alto.

–¿Por qué le llamaban el Oso Solitario? –se preguntó Cosme a sí mismo antes de que ninguno de nosotros lo hiciera–. La verdad es que nadie lo sabe con seguridad, fue algo que surgió y que aprovechamos para convertir en una marca de identidad. La historia que le contábamos a los periodistas, la historia que vendía, era que el Oso Solitario era el rey de la montaña, que en las rectas todo el mundo sabía correr, pero que en las curvas de los puertos de montaña era donde los verdaderos campeones ganaban las carreras.

Aquella era la historia oficial, pero en los puntos de servicio de las carreras y en los bares de los moteles que solían frecuentar los pilotos entre etapa y etapa se contaba una versión un poco diferente. Eso sí, era algo que siempre se contaba a sus espaldas. Se decía que el oso era un animal gregario por naturaleza y que las manadas tan sólo segregaban a sus miembros en casos muy extremos, cuando éstos suponían una amenaza para el grupo. Un oso con pareja incluso con cachorros, es un animal cauto y nunca atacará si no es provocado, pero un oso soltero, uno sin nada a lo que agarrarse, se convierte en un ejemplar fiero y peligroso, incluso para sus propios congéneres. El “oso solitario” es un *outsider* asocial con dejes homicidas y así era como lo veían sus compañeros.

–La mayoría de los pilotos opinaban que el oso era un temerario, que ganaba porque siempre arriesgaba más de lo razonable. Le despreciaban por menospreciar su vida y poner en peligro la de los demás, aunque en realidad, lo que les pasaba, es que la envidia les fluía por las venas a borbotones. Intentaban seguir nuestra estela pero el miedo les hacía levantar el pie del acelerador... y no lo digo porque yo fuera su copiloto –apuntó el mecánico con sinceridad–, simplemente porque era bueno de cojones. Si hubiera sido un suicida al volante no habría aguantado tantos años a su lado. ¿No os parece?

Si de Cosme hubiera dependido, él nunca habría dejado de ser su copiloto. Sin embargo, un buen día, cuando los dos estaban en lo más alto de su carrera, con cuatro campeonatos consecutivos, el Oso decidió prescindir de sus servicios. El mecánico nos explicó que no se sintió traicionado, ya que el Oso no le sustituyó por otro copiloto, simplemente empezó a conducir en solitario, haciendo honor a su nombre. Cosme nunca llegó a entender la razón de una decisión tan drástica y él nunca le dio una explicación. Todos pensaron que aquel gesto era una excentricidad más del Oso Solitario, que el éxito se le había subido a la cabeza y que su actitud le acabaría pasando factura. Aunque su actitud incumplía los reglamentos, la Federación de Automovilismo decidió hacer la vista gorda con el campeón, aunque acabó arrepintiéndose de su decisión.

–Nadie podía esperar algo como lo que pasó. Fue en su último rally, el del 72 creo

recordar... Le quedaban menos de doscientos metros para coronar un puerto. Llevaba una ventaja brutal sobre el segundo clasificado, entró en el último túnel antes de la recta de meta y allí se quedó. El público esperaba a verle salir en cualquier momento por el lado de la meta, pero pasaban los minutos y nada... no salía. Pero claro, en aquel entonces no había ni tele, ni GPS, ni nada de nada... sólo un tío con un cronómetro, así que no tenían una idea muy clara de lo que estaba pasando. Y lo que pasó fue que el Oso se detuvo en la boca del túnel, aunque eso se supo después. Yo os puedo decir lo que vio el público ese día, porque yo era uno de los que esperaba en la meta, y lo que vimos fue un infierno de fuego y humo. Al principio escuchábamos el ruido de las colisiones que nos llegaban amortiguadas y llenas de ecos desde el otro extremo del túnel. Primero una, unos minutos después otra más... y así doce o trece veces. Hasta que empezamos a ver salir el humo y el fuego y los comisarios detuvieron la carrera. En total murieron 17 personas allí dentro y entre los pocos supervivientes que consiguieron salir de aquel túnel de fuego se encontraba el Oso.

Aquella fue su última carrera. Tras una larga investigación, la Federación decidió suspenderle de por vida e incluso el presidente, máximo responsable de haberle dejado pilotar sin copiloto, se vio obligado a dimitir de su cargo. Pese a las cabezas que rodaron, nunca se llegaron a aclarar las causas del accidente. Al parecer, el Oso detuvo su vehículo a escasos metros de la entrada del túnel. Al ser de color negro y debido al rápido cambio de luz, el coche resultaba invisible para los pilotos que lo precedían y les resultó imposible esquivarlo. La entrada al túnel se realizaba a unos 150 kilómetros por hora, los pilotos apuraban aquella última recta de la etapa para quemar sus últimos cartuchos y la velocidad era altísima. En décimas de segundo se pasaba de una intensa luz diurna a la oscuridad de un túnel sin iluminar. Antes de que la pupila del piloto hubiera corregido el flujo de luz que debía entrar a la retina, el coche impactaba contra una tonelada de hierro, metra quilato y plástico. Cada nuevo vehículo que entraba en aquella boca al infierno impactaba en el anterior, convirtiendo a la cabeza de la carrera en un acordeón de sangre y chatarra. La gasolina empezó a arder y el humo negro de la goma quemada inundó toda la bóveda. Aquello fue lo que realmente acabó con la vida de muchos de los pilotos, ya que el humo era tan denso que no sólo era irrespirable sino que hacía imposible que los pocos que sobrevivían al impacto pudieran encontrar la salida a aquel caos de hierro y fuego. Muy pocos consiguieron salir por su propio pie del túnel, la mayoría fueron encontrados muertos dentro de sus vehículos. El Oso fue uno de los pocos a los que se sacó con vida. Tuvo la suerte de que tras el impacto, su coche fue empujado de una punta a otra del túnel y acabó a unos escasos metros de la salida opuesta a donde se había detenido. Un lugar donde el humo no era tan denso y al que las asistencias pudieron llegar con relativa facilidad.

–¿Por qué se quedó el oso ahí cruzado? –Cosme se había hecho esta pregunta mil veces–. Esa es la pregunta del millón... Pudo haber sido un reventón, un fallo mecánico, mil cosas... ¿Pero entonces por qué no salió a pedir ayuda? El Oso nunca dio una explicación,

simplemente dijo que perdió el conocimiento. La gente le acusó de las muertes porque si hubiera llevado copiloto nada de aquello habría sucedido. Algunos incluso llegaron a acusarle de haber detenido el vehículo a propósito. El Oso Solitario había hecho honor a su nombre y se había convertido en un peligro para sus congéneres, así que la manada lo expulsó. Nunca volvió a participar en una carrera y a pesar de los éxitos que llevaba a sus espaldas, su nombre fue borrado de la historia del automovilismo en este país.

Cosme no supo nada más del Oso Solitario desde entonces. Llegaron a sus oídos muchos rumores, unos más creíbles, otros menos, pero la mayoría coincidían en que el campeón destronado se ganaba la vida en las carreras ilegales. Había vuelto a los orígenes, a los circuitos nocturnos... el mismo mundo que había conseguido abandonar en su juventud y ahora le acogía de nuevo en su particular descenso a los infiernos. El viejo mecánico había dado aquellos rumores como válidos, porque él que lo conocía sabía que el Oso nunca abandonaría la carretera. Si no le dejaban competir en el circuito profesional, lo haría al margen de las competiciones oficiales.

-No volví a saber nada de él en más de treinta años. Hasta ahora -afirmó Cosme con un deje nostálgico.

-¿Qué es lo que insinúa? -preguntó el perito.

-No insinúo nada, lo estoy afirmando. No sé si está vivo o muerto, pero os aseguro que el tipo que buscáis es el Oso Solitario.

-¡No nos jodas Cosme! ¿Cómo puedes estar tan seguro? -le increpó Quique.

-Quizás no habría caído en ello si no me hubieras ayudado a refrescar la historia, pero ahora no tengo duda.

Al poco de conocerse, Quique había reconocido al joven Cosme del póster que colgaba del taller. Se había interesado por la historia y el mecánico se la había relatado varias veces en los largos ratos que habían pasado entre reparación y reparación. A Quique le interesaba especialmente el carácter autodestructivo del personaje, así como su amor por la carretera. Se había identificado tanto con el Oso que se había adueñado de su historia. Félix no fue el único al que el parálítico le había relatado su falso pasado como piloto de carreras, la contaba siempre que tenía ocasión. El interés de Quique hizo que Cosme recordara detalles de su pasado como copiloto que creía ya olvidados. Entre ellos, se encontraban muchas de las rutas que había corrido junto al oso. Rutas que incluían viejas carreteras ya en desuso, caminos de tierra casi olvidados, caminos sin transitar... y todos ellos aparecían en los mapas de Félix. Cosme no los reconoció al momento, pero cuando el perito le enseñó sus "mapas de avistamientos" por primera vez intuyó algo familiar en ellos. Al principio tan sólo le resultaron vagamente conocidos, pero a medida que sus recuerdos revisitaban el pasado se fue dando cuenta de la extraña coincidencia. Cuando le contaron la hipótesis de David sobre los límites de movimiento tras la muerte, todo encajó. Nadie más que el Oso podía conocer aquella telaraña de carreteras secundarias y caminos olvidados. Los límites de su realidad eran su mejor marca de identidad y nadie conocía aquellos caminos mejor

que su viejo copiloto.

-Cuando habéis llegado esta noche y me habéis dicho que ese individuo había aparecido de la nada y se había metido en el Chrysler como una abeja en su panal, he terminado de convencerme. El Oso ha reconocido su emblema serigrafiado en tu Voyager y no ha podido resistirse a recordar los viejos tiempos. Él es el tipo que buscáis, no hay duda.

44. Debajo de la pintura

CONOCER LA IDENTIDAD DEL FANTASMA QUE ESTÁBAMOS persiguiendo no me quitó el sueño, fueron los riñones los que no me dejaron dormir. Mi cuerpo me exigía un mínimo descanso para afrontar una nueva jornada en la carretera, pero el dolor era demasiado intenso. A pesar del cansancio que llevaba acumulado me fue imposible conciliar el sueño, así que decidí ponerle remedio a mi mal. Me enfundé la sotana y salí del taller en busca de mi coche. Tan sólo necesitaba pasar un par de horas en la ciudad para hacer que el dolor disminuyera, pero mi coche no estaba donde lo había dejado.

–Lo acabo de meter en la cámara –dijo Cosme a mi espalda quitándose la mascarilla de protección.

–¿Es que no piensa dormir esta noche? –le pregunté disimulando el sobresalto que me había causado.

–Tengo trabajo que hacer, ya descansaré mañana mientras ustedes están patrullando.

Teníamos mucho que agradecerle a aquel viejo mecánico. Ahora sabíamos a quién nos enfrentábamos y cómo encontrarlo. Todos habíamos llegado a la misma conclusión que Cosme, que había sido el Oso quien había dado con nosotros y no al revés. Así que para atraparlo teníamos que volver a ponerle el dulce en la boca y no había mejor caramelo que mi viejo Dodge con una capa nueva de pintura y una buena serigrafía en el capó.

–No quise decir nada delante de los demás. Le guardé el secreto –me dijo Cosme–, pero dígame una cosa... ¿cómo consiguió este coche?

–Hace mucho tiempo de eso. ¿Por qué le interesa saberlo?

–Usted lo sabe tan bien como yo, padre. No se ande con remilgos.

–Lo gané en una carrera. Hace mucho, antes de ser cura –cuando Diana todavía estaba viva.

–Lo sabía –sentenció el mecánico–. El sonido de ese viejo motor es inconfundible.

–¿Ha conducido alguna vez uno de estos?

–Uno de estos no, este mismo y no era yo el que conducía. Pero usted ya lo sabe ¿no?

El mecánico me indicó que lo siguiera con un gesto. Entramos en el taller en silencio, intentando no despertar a los otros. Cosme me llevó hasta la cámara de pintura donde había metido mi coche. Había empezado a lijar la pintura vieja y la carrocería estaba llena de virutas y desconchones. Cosme se había comprometido a pintar mi coche y a dibujar el logotipo del Oso Solitario en sólo una noche.

-Por muchas capas de pintura que apliquemos, la verdad siempre termina saliendo a la luz -mientras hablaba, el mecánico cogió una pistola de aire comprimido y empezó a limpiar el capó de clapas de pintura-. No ha sido casualidad que usted acabara implicándose en este asunto.

Las virutas de pintura vieja salieron despedidas en todas direcciones y una desgastada cara de oso rugiendo apareció en el capó de mi coche. Mi cabeza empezó a atar cabos a una velocidad de vértigo y las implicaciones que se derivaban de ellas eran demasiado complejas para asimilarlas a aquellas alturas de la noche y con los riñones echando fuego.

-¿Me puede prestar un coche? -le pregunté intentando omitir lo que acababa de ver- Tengo que ir a la ciudad con urgencia.

-Por supuesto, padre. ¿Puedo preguntarle por qué?

Se lo conté todo. Hasta ese momento no había hablado de ello con nadie, ni siquiera lo había explicado en el obispado. No encontraba el momento. Sin embargo me pareció la mejor manera de correr un velo sobre lo que Cosme acaba de enseñarme. El mecánico se mostró comprensivo y me dio las llaves de su coche.

-Estaré aquí por la mañana. No le comente nada de esto a los demás, es mejor que no lo sepan.

-¿Se refiere a lo del coche o a lo otro? -inquirió Cosme.

-A las dos cosas.

Cosme cumplió su palabra. A las siete de la mañana mi coche estaba listo, yo aparcaba el coche prestado en el patio y Félix estaba en la puerta con un semblante preocupado. Richard había insistido en salir a patrullar con Quique y el paralítico no se había opuesto al cambio de parejas. El perito tenía una pequeña sospecha de las razones que movían al tunero, pero no podía exponer sus reservas sin delatar su implicación en la muerte de Agripina. Intentó evitarlo inventando mil excusas, pero ninguna resultó suficientemente sólida como para impedirlo. Así que al final, poco después de que saliera el sol, el tunero y el paralítico salían a la carretera para empezar una nueva jornada de caza.

-¿Cómo has dejado que Richard se marche con ese individuo? -le eché en cara a Félix. No me gustaba dejar al hijo de Agripina en manos ajenas, tal como estaban las cosas quería tenerlo lo más cerca posible para protegerle de lo que estaba por venir.

-¿Qué querías que hiciera? -me respondió Félix-. El chico ha insistido mucho y Quique no ha puesto ningún reparo. Incluso parecía gustarle la idea...

No quise atosigarle más. Nada se podía hacer ya. Pensé que quizás, si coincidíamos en un área de descanso o en una gasolinera, podría convencer al chaval para que volviera conmigo.

-Dejémoslo así -le dije a Félix zanjando el asunto-. ¡Cosme! ¿Dónde está mi joya? Dame una alegría...

No fue precisamente alegría lo que sentí al ver mi coche salir todavía caliente del horno de secado... pero se le parecía bastante. Mi Dodge ya no era mi coche de siempre, ahora

volvía a ser el vehículo del Oso Solitario: la herramienta que le había llevado a ganar todos sus títulos. Parecía como si Cosme hubiera arrancado el viejo Dodge que aparecía en el póster desgastado de la pared para traerlo al presente, como si en lugar de un túnel de secado saliera de un túnel del tiempo.

-¿Qué te parece? Si esto no es para darte una alegría, que baje Dios y lo vea -Cosme se dio cuenta de lo inapropiado de sus palabras tan pronto terminó de pronunciarlas-. Perdóneme.

-Tranquilo, ya puedes decirlo, que llevas toda la razón. ¿La pintura está ya seca?

Lo estaba. Así que Félix y yo nos tardamos en salir a la carretera tan pronto como atamos un par de flecos. Yo conduciría y el seguiría bebiendo. El perito arrastraba una resaca desde hacía varios días y a veces parecía que las sienas le fueran a estallar por la migraña, pero lo soportaba estoicamente. Pese a su mal estado prefería seguir bebiendo que tener que conducir: la terapia de choque a la que se estaba exponiendo no era suficiente todavía como para ponerse al volante.

-No me interprete mal padre, ¿pero lleva suficiente alcohol en el coche?

-Lo poco que queda debe de estar en el asiento de atrás -los restos del saqueo de la gasolinera todavía repiqueteaban al tomar las curvas.

-Parece que están todas vacías -dijo el perito tras inspeccionar minuciosamente el contenido de las decenas de botellas que llenaban el maletero.

-Déjelo. Creo que he encontrado algo mejor en la guantera.

Richard se había dejado olvidado un considerable cargamento de maría en la guantera de mi coche. Félix no sabía liar tabaco, así que le preparé unos cuantos porros y salimos a la carretera, yo conduciendo y Félix empezando a colocarse.

-Qué poco estilo que tiene fumando... -le dije al ver cómo cogía el cigarro. Si no hubiera sido por la situación casi me habría resultado cómico ver a aquel hombrecillo tosiendo, con un porro en las manos y otro de reserva en la oreja.

Cosme me dijo que no había tocado la mecánica, pero mi Dodge parecía haber rejuvenecido veinte años por dentro y por fuera. La nueva capa de pintura lo hacía relucir como un jovenzuelo acabado de salir de la fábrica y, por momentos, disfrutaba tanto de la conducción que olvidaba lo comprometido de la situación. El perfil aplanado del logotipo del Oso Solitario sobre el capó me recordaba que en cualquier momento aquel extraño ser podía dar con nosotros. Cosme se había limitado a repasar los trazos y reforzar el fondo de color del logotipo, un delicado trabajo de restauración que le habría llevado varios días en otras circunstancias, pero que había realizado gustoso en unas horas. Podría haberse limitado a aprovechar las plantillas que había utilizado con el coche de Quique, pero aunque había sido mucho más laborioso, prefirió restaurar el diseño original como una forma de conservar la memoria histórica. Aquel coche era parte de la historia oculta del automovilismo y Cosme lo había tratado como tal.

Intentamos llamar varias veces a los móviles de Quique y Richard, pero ambos estaban

apagados o fuera de cobertura. Estaba empezando a preocuparme seriamente por aquella extraña pareja, tenía el presentimiento de que algo no andaba bien. La policía podía haber reconocido a Richard y ambos estarían ahora en comisaría, o quizás aún peor, si el Oso había dado con ellos. El hecho es que ya no sólo estábamos atentos a la carretera para encontrar un fantasma errante, también buscábamos con ansia una Chrysler Voyager negra.

Así pasamos media mañana, hasta que a Félix le pareció ver algo sospechoso en la lejanía. Se trataba de un hombre que corría de forma temeraria por la mediana y se dirigía directamente hacía nosotros. En cuestión de segundos el espectro se lanzó de cabeza contra nuestra luna delantera, sin darle tiempo al perito de avisarme.

45. La voz de la conciencia

COSME Y YO NO FUIMOS LOS ÚNICOS QUE PASAMOS la noche en vela aquel día, hubo otra persona que tampoco durmió aunque llevaba ya mucho tiempo sin poder hacerlo. Por su condición, David no dormía desde el día de su muerte, aunque solía sumirse en largos periodos de meditación en que permanecía inmóvil en un lugar, totalmente ajeno a lo que le rodeaba y concentrado en sus pensamientos. En aquellos periodos de hibernación, lo poco que debía quedar de él era más etéreo que nunca.

Aquella noche, sus pensamientos no dejaban de revolotear alrededor de lo que el viejo mecánico les había explicado acerca de su pasado. La historia del Oso Solitario tenía algo que le resultaba familiar. Estaba casi seguro de que no había escuchado hablar nunca de aquel siniestro campeón de los rallyes, pero había algo en aquella historia que le había provocado un preocupante deja-vú.

No fue hasta muy entrada la noche, mucho después de que yo me fuera, cuando David cayó en la cuenta. Había empezado a vagar por el taller en busca de inspiración, cuando reparó en el viejo póster que colgaba de la pared. Ahora que conocía la historia casi podía reconocer al joven Cosme en el rostro del piloto que posaba en aquella foto. El Oso tenía una botella de cava en las manos y la agitaba sin demasiado entusiasmo. Las burbujas le ocultaban parte del rostro, igual que lo había echo el casco la noche en que lo arrojó de su moto. No podía creer que aquel tipo se hubiera convertido en algo parecido a un justiciero negro de la carretera. Pero sin duda era él, muchos años antes de lo que fuera provocó su desgracia, pero él al fin y al cabo. Un joven piloto junto a un reluciente Dodge que por entonces debía ser lo último en tecnología. David era consciente de que no era la primera vez que veía aquel póster, debía haber estado en aquel taller antes de morir, seguramente en busca de piezas para su moto, porque si no todo aquello no sería más que niebla para él. Aquel póster se había almacenado en su inconsciente como si poseyera memoria fotográfica y ahora podía ver hasta el último detalle.

Tan abstraído estaba en la imagen que David tardó varios minutos en reparar en el marco que la envolvía. Se trataba de un anuncio de uno de los patrocinadores que felicitaba a su piloto por los éxitos conseguidos. En la franja inferior, una de las más deterioradas por los años de humo y hollín, todavía se reconocía el logotipo de Longines y el reloj exclusivo que había diseñado para conmemorar las cuatro victorias consecutivas del piloto. Era el reloj de su padre –de nuevo una casualidad que no podía ser un hecho fortuito–, un objeto que relacionaba directamente a su padre con su propio asesino. ¿Qué relación podía haberse

establecido entre los dos? ¿Cómo llegó aquel reloj a formar parte de la escueta herencia de su padre? Conociendo a Gimeno era probable que ambos coincidieran en algún trapicheo, probablemente en alguna de las carreras callejeras que empezó a frecuentar el Oso una vez caído en desgracia. David no podía imaginar como se las arregló su padre para hacerse con aquel reloj, pero se hacía una idea bastante clara... por ejemplo el pago de un soborno. Además, aquel extraño vínculo abría todavía más preguntas respecto a su oscura muerte. Quien le decía que no había sido el mismo Oso también el responsable. Primero había matado al padre y después al hijo.

No dejó de darle vueltas a esa idea hasta que llegó el amanecer. Su hermano fue de los primeros en despertar –o eso fue lo que a David le pareció porque en realidad Richard no había dormido en toda la noche–. El tunero había pasado la noche pensando, igual que su hermano, y había elaborando un peculiar plan que pensaba ejecutar con la salida del sol. Tan pronto como el paralítico se despertó, Richard fue hacía él. Quique tampoco parecía haber dormido nada –en realidad tan sólo Félix pudo descansar aquella noche–.

–Tu y yo hoy vamos a ir juntos –le dijo el tunero al paralítico con un tono imperativo que no daba lugar a réplica.

Quique ni siquiera contestó, simplemente obedeció al joven con apatía. Tenía ganas de guardar la silla de ruedas en el maletero y le daba igual con quien tuviera que patrullar ese día. Era tal su apatía en aquel momento, que incluso le daba igual ya dar con el fantasma del Oso. Él ya había conseguido dar con él, pero nada había salido como esperaba. El plan que había trazado a lo largo de varios años se había truncado en el último momento, ahora el momento de que el tunero llevara a la práctica el suyo.

Quique y Richard se pusieron rápidamente en movimiento. Cosme estaba ultimando los últimos detalles de mi Dodge y apenas reparó en el cambio de parejas, se limitó a despedirle de ellos con la mano. Si el mecánico hubiera sabido lo que Richard se proponía se lo habría impedido, pero en aquel momento ni siquiera lo sospechaba. Quien sí lo hacía era David, que empezaba a tener una idea bastante clara de lo que se proponía su hermano, por desgracia nadie parecía poder verle aquella mañana –nadie estaba lo bastante borracho todavía–. Sin embargo, a aquellas alturas de la película el joven policía había aprendido que el alcohol y las drogas no eran el único modo de comunicarse con los vivos. Así que se concentró en el perito, que todavía dormía, con la esperanza de que Félix se encontrara en la fina línea que separa el sueño del despertar. Gritó y gritó, pero su voz se perdía como un sonido en ausencia de aire. Por suerte, poco a poco, sus palabras empezaron a llegar amortiguadas a los oídos del perito.

Félix se levantó de golpe con la clara intención de detener a Richard. El mensaje de David le había llegado alto y claro, pero demasiado tarde. La Voyager de Quique se perdía ya por el camino que daba acceso a la nave del taller. Félix y David empezaron a correr con todas sus fuerzas tras él, respirando el polvo y la gasolina que todavía flotaban en el aire. Al primero le empezaron a fallar las piernas a los pocos minutos y los dejó ir, pero el segundo

no tenía la limitación física del cincuentón, es más, como ya ni siquiera tenía un cuerpo físico, era libre de todo handicap. Podía correr y correr, como un campeón de maratones, sin desfallecer, así que no tardó en darles caza.

David entró en la furgoneta por la parte trasera como un huracán. Supo que su hermano podía percibir su presencia porque notó como éste se estremeció. No sabía si Richard estaba suficientemente receptivo para escucharle, pero debía intentar hacerle entrar en razón. Pegó su cara a unos centímetros de la del tunero y le sermoneó como nunca lo había hecho.

–¡Sé que este hijo de puta mató a nuestra madre! Lo he sabido siempre, ¡joder! Yo también estaba en el coche cuando este cabrón nos embistió... Yo acompañé a mamá cuando murió. Se dio cuenta de que había muerto al verme, era consciente de su muerte pero al verme allí, junto a ti... en lugar de llorar, ¡sonrió! ¡Y sabes por qué lo hizo? Se acababa de morir, su cuerpo estaba destrozado dentro de tu puto Renault 5 y aún así estaba feliz porque sabía que yo cuidaría de ti. Le prometí que no te dejaría sólo, que me ocuparía de ti y ella se fue contenta. Se fue a un sitio mejor y me dejó en esta mierda de mundo para que te cuidara. ¡Así que ahora hazme caso! Escúchame: Mamá no habría querido que la vengaras.

Las palabras de David cayeron en saco roto una y otra vez. Estaba seguro que su hermano podía escucharle o de que por lo menos el mensaje le estaba llegando de algún modo, pero Richard no le hacía ningún caso. Poco más podía hacer David debido a su condición, le habría gustado poderle dar un buen guantazo a su hermano pequeño. Pero no podía hacer otra cosa que repetir su mensaje una vez y otra y otra... hasta la saciedad.

–¡Para! –dijo de pronto el tunero. David pensó por un momento que había conseguido captar su atención, pero su hermano se dirigía al parálítico–. Para el coche aquí.

Quique le obedeció. Estaba empezando a sospechar lo que pasaba y por el momento se dejaba llevar. David comprendió que la situación estaba a punto de llegar a un punto de no retorno y decidió quemar su última nave. Salió corriendo en busca de ayuda y rezó por encontrarla a tiempo.

46. Ajuste de cuentas

NO LE COSTÓ DEMASIADO TRABAJO CONVENCER A QUIQUE para que se subiera a la silla de ruedas que llevaba en el maletero. En circunstancias normales habría sido casi imposible arrancar al paralítico de dentro de su Chrysler, pero no aquella mañana. Richard estaba un poco sorprendido de la facilidad con la que estaba llevando a cabo su plan. Tan sólo le quedaba encontrar alguna cuerda o cable en el maletero para inmovilizar a su víctima. Encontró unas pinzas de batería.

–No hace falta que me ates, no voy a salir corriendo –le dijo Quique muy tranquilo mientras el tunero le sujetaba las manos a la espalda de la silla con el cable.

–Por si acaso –le dijo apretando con fuerza el nudo.

Aquel tipo le había estado engañando todo aquel tiempo y Richard no iba a tolerar que volviera a hacerlo. Estaba seguro de que el paralítico había causado el accidente en el que había muerto su madre. No sabía a ciencia cierta si había sido algo voluntario o simple mala suerte, pero lo cierto es que aquel despojo humano vestido con una camiseta de ACDC le había estado mintiendo y utilizando. Quizá no había provocado el accidente de forma voluntaria, pero ahora su madre estaba muerta, él iba a ir a prisión y, mientras tanto, el paralítico se aprovechaba de la situación para obtener lo que buscaba.

–¿Te piensas que soy imbécil? Que me podías tener engañado y tu tan tranquilo...

Quique no contestó, se limitó a disimular una sonrisa –aunque no demasiado bien–. Aquello indignó todavía más al tunero que le dio un golpe seco en el pecho y dejó al inválido sin respiración.

–¿Te hace gracia? Dime cabrón... ¿De qué te estás riendo?

–De que en el fondo me estás haciendo un favor... –le contestó Quique tan pronto recuperó el aliento.

–No sé si te has dado cuenta todavía de que va todo esto... Si piensas que me gustan los culos fofos de los paralíticos te estás equivocando –le dijo Richard henchido de rabia y un tanto desconcertado.

–Sé muy bien lo que piensas hacer. La verdad es que no había planeado que las cosas acabaran así, pero a falta de pan buenas son tortas –Quique le habría podido explicar al tunero que durante todo aquel tiempo lo único que había buscado era acabar con su vida, que no había tenido el valor suficiente para suicidarse y que no buscaba al Oso Solitario por venganza, tan sólo para que terminara lo que había empezado. Pero Quique decidió no

hacerlo, pensó que sería más efectivo para sus intereses echar un poco más de leña a la caldera-. ¿Quieres vengarte por lo de tu madre? Pues venga, aquí estoy. Aunque no sé si vas a tener los cojones suficientes para hacerlo...

Al mismo tiempo que una lágrima de pura rabia empezaba a asomar por su mejilla, el tunero le dio una fuerte patada a la silla de ruedas haciéndola rodar pendiente abajo.

Aquella zona estaba rodeada por lagos artificiales, grandes acumulaciones de agua que servían para que no escaseara el agua de boca en los secos meses de verano –la única herencia positiva que les había dejado como herencia la política del caudillo-. Así que no había sido muy difícil cruzarse con uno durante su patrulla. Hacer parar a Quique al borde del pantano era uno de los puntos de su plan y le había salido a pedir de boca. Una vez allí, la idea era inmovilizarle en la silla de ruedas, amenazarle con tirarle ladera abajo y hacerle confesar. Hasta ese momento todo había salido a la perfección, incluso el tiempo le había acompañado –una mañana gris que lo envolvía todo en su neblina alejándole de mirones y testigos-, pero entonces todo se había precipitado. El paralítico le había provocado y ahora caía por la pendiente rodando entre piedras y matojos, cada vez más deprisa, directamente al fondo del pantano.

Mientras lo observaba caer, Richard tuvo un momento de lucidez y comprendió lo que Quique pretendía: incluso ahora, mientras ejecutaba su meditada venganza, el paralítico continuaba utilizándolo. Aquello le provocó todavía más rabia pero, a su vez, legitimó aún más sus actos.

–Si eso es lo que querías... ahí lo tienes –le gritó mientras se despeñaba.

Quique había alcanzado ya una gran velocidad, más de la que la silla estaba preparada para soportar y aún más en un terreno tan irregular. Sin amortiguación y con unos neumáticos muy rudimentarios la vieja silla se tambaleaba tanto que parecía a punto de volcar en cualquier momento. Cuando parecía que el destino de la silla era el fondo del lago, sus pantorrillas chocaron contra un viejo cercado de alambre y Quique acabó con la cara en el barro a escasos metros de la orilla y con varios kilos de metal aboyado a la espalda.

Richard no había contado con aquella vieja alambrada de espino que rodeaba el pantano. Además, ahora que veía el terreno de cerca se daba cuenta de que la silla habría acabado hundida en el lodo a los pocos metros de entrar en el agua y que a aquella distancia el agua apenas le habría llegado a las rodillas. Su plan no había salido como esperaba, aunque no se puede decir que no estuviera disfrutando al ver al paralítico tragando barro para poder respirar y con las tibias ensangrentadas.

–Lástima que no pueda sentir las piernas –pensó para sí mismo el tunero, sentado a unos veinte metros de la silla volcada.

Richard disfrutó de las vistas cerca de media hora. Meditó largo tiempo sobre cuál iba a ser su próximo movimiento, si merecía la pena seguir con todo aquello o si ya había tenido suficiente. Finalmente, se levantó, fue al maletero a buscar algo y se acercó al paralítico con unos alicates en las manos.

–Si querías acabar muerto en el fondo de un puto pantano, ¿por qué no lo hiciste tú sólo? Un volantazo y hace tiempo que serías un cadáver podrido y blando. La pregunta es... ¿por qué tuviste que esperar tanto, cabrón? –Quique no contestó, no podía, todavía tenía la boca hundida en el lodo–. Te podías haber quitado de en medio hace tiempo y dejar de joderle la vida a los demás... ¿o es que no tienes cojones?

–¡Más que tú! –consiguió balbucear el paralítico a costa de tragar una bocanada de agua y barro.

–Mejor, más comida van a tener los siluros de ahí abajo –mientras hablaba, Richard enderezó la silla y Quique empezó a recuperar el aliento perdido–. Tan sólo te pido que me contestes una cosa... ¿lo de mi madre fue a posta o un accidente?

–Lo de tu madre fue culpa tuya –le dijo Quique conoedor del efecto que iban a tener sus palabras–. ¿Te has parado a pensar en la velocidad que llevabas? Si hubieras ido un poco más lento habrías tenido los reflejos suficientes para esquivarme, todo habría sido más fácil para los dos. Pero todos los que son como tú conducís igual, os pensáis que la carretera es vuestra. Tu madre está muerta por gilipollas, pero si quieres que yo cargue con la culpa adelante.

Richard no contestó. La bilis le estaba hirviendo en el hígado, pero se contuvo. Había tomado una decisión y aquello no hacía otra cosa que ayudarle a ejecutarla. Se agachó a los pies del paralítico, cortó una punta del alambre de espino con los alicates, pero en lugar de liberarle las piernas magulladas, lo que hizo fue darle todavía más vueltas alrededor. Quique continuaba soltando su retahíla de insultos, pero el tunero ni siquiera lo escuchaba, se limitaba a dar una vuelta y otra alrededor de las pantorrillas, tensando el alambre con todas sus fuerzas y clavando las púas oxidadas en la carne blanca e insensible del minusválido. Cuando solo le quedaba un palmo de alambre, lo ató a la silla y se incorporó.

–Puedes decir lo que quieras por esa puta boca, pero la culpa fue tuya y la vas a pagar.

Tras soltar estas palabras llenas de odio, Richard cogió el otro extremo del cable y empezó a seguirlo. Quique quedó en silencio, su discurso había calado en el público. Intuía lo que el tunero iba a hacer, así que no le quedaba más que esperar. Al final iba a obtener lo que buscaba.

47. *A contrarreloj*

A FÉLIX LE COGIÓ TODO DE IMPROVISO. AUNQUE SU RESPONSABILIDAD era ser los ojos de la pareja –tarea para la que ya había inhalado gran parte del material que Richard había dejado olvidado en mi guantera–, el perito estuvo muy lento de reflejos –quizá precisamente por eso–. El hecho es que si el fantasma que se había aparecido de golpe corriendo por la mediana y había saltado directamente al interior del coche atravesando la luna delantera de mi Dodge hubiera sido el Oso Solitario –y no David– la cosa se nos habría complicado en gran medida. El plan para deshacernos del Caminante era muy sencillo en apariencia: arrastrarlo más allá de los muros de niebla, conseguir que se perdiera en lo más profundo de su nada. Sencillo. Aunque llevarlo a la práctica no lo era tanto. En primer lugar debíamos saber que zonas conocía el Oso y cuáles no. Habíamos trazado un mapa bastante aproximado de los lugares en los que había corrido o que podían resultarle más familiares y las carreteras que le podían ser desconocidas. Era un mapa bastante exhaustivo –en gran parte gracias a lo que Cosme recordaba– aunque no podíamos fiarnos de él al cien por cien. Además, había otro punto que no me convencía... ¿cómo íbamos a conseguir que el Oso no saltara en marcha del vehículo justo antes de que entrara en su niebla? Un volantazo en el último momento podía despistarle, pero sin un mapa exacto, acertar el momento exacto para dar ese volantazo era casi una lotería. Así que, aunque el Oso se sintiera atraído por su viejo –y ahora resucitado– Dodge 3.700 GT y cayera en nuestra trampa, conseguir que se perdiera en la nada iba a requerir de una gran dosis de suerte. Gracias a Dios, el que se había abalanzado al interior de mi vehículo no había sido el Oso.

A Félix le costó bastante descifrar lo que David le quería comunicar. Existía una barrera física entre los dos, el aire no vibraba cuando el hermano muerto de Richard hablaba, su voz llegaba al viejo perito a través de algún delicado y retorcido hilo psicológico. Así que la comunicación no era siempre fluida, a veces era algo parecido a hablar con un móvil sin apenas cobertura. Ese era el caso en ese momento y la rapidez con la que David apremiaba a Félix no ayudaba.

–Creo que Richard está en peligro... No, perdona, es Quique el que está en apuros. Aunque Richard también necesita nuestra ayuda... No lo acabo de entender –dijo Félix para sí mismo–. El hecho es que los dos necesitan nuestra ayuda ¡y con urgencia!

–Está bien, vamos para allá. ¿Dónde están?

–En la carretera que bordea el lago pequeño –aquello lo entendió a la primera.

Pusimos dirección al pantano con celeridad, mientras, David continuó explicando con un poco más de calma en que consistía el problema. El ex policía tuvo la deferencia de no explicarle al perito que él había sido testigo de excepción del accidente y de que le había visto montado en el coche que se dio a la fuga. Félix agradeció su gesto, pero intuyó que David sabía que él también estaba implicado en el asunto. Sin embargo, si el fantasma no sacaba el tema, no iba a ser él quien lo hiciese. David se limitó a explicar cómo su hermano había reconocido la furgoneta de Quique como la que los había sacado de la carretera y había planificado su venganza contra el paralítico.

–Creo que el principal problema que tenemos aquí es que Quique no va a oponer ninguna resistencia –les dije tan pronto Félix me puso al día–. Los tres sabemos que ese chico tiene unas claras tendencias suicidas, si todavía está vivo es porque el Oso Solitario así lo ha querido.

Todos habíamos llegado a la misma conclusión tras lo ocurrido la noche anterior, pero todavía nadie lo había dicho en voz alta. Lo que encontramos dentro de la Chrysler Voyager atravesada en medio de la carretera eran las migajas de un hombre abatido. Había luchado duro para reproducir las condiciones de la primera vez en que vio al Oso, tan sólo para que a la segunda no fallara. Pensaba que el Caminante acabaría lo que había comenzado. Tan sólo quería morir, pero no se atrevía a hacerlo por su propia mano. Ahora había encontrado a alguien que pensaba ayudarle en ese asunto.

La carretera más rápida para llegar hasta el “lago pequeño” –como popularmente se llamaba a aquel embalse– era una vieja pista de dos carriles que serpenteaba entre dos colinas. Era el camino más rápido siempre que no nos encontráramos con algún camión o tractor porque la visibilidad era muy mala para adelantar con seguridad y –como siempre que se tiene prisa– apareció un Peugeot 205 pisando huevos. Lo conducía un anciano, de los que se hacen poner un retrovisor tamaño gigante en lugar de asumir que su vista y sus reflejos ya no son suficientes para conducir un vehículo con un mínimo de seguridad. Avanzaba a unos treinta kilómetros por hora, pero el tramo de carretera era demasiado angosto y retorcido como para adelantar. Toqué varias veces el claxon con la esperanza de que se apartara, pero en lugar de eso condujo aún más lento. No sé si para irritarme o por que lo estaba poniendo nervioso. David no hacía más que insistir en que adelantáramos y Félix me repetía lo mismo una y otra vez.

–David dice que adelantes, que se puede... Que no hay peligro, que aquí no pasan casi coches.

–Cuando David vuelva al mundo de los vivos y tenga un culo de verdad que jugarse me podrá hablar de lo que es arriesgado y lo que no. Adelantaré cuando buenamente pueda y mientras te agradecería que te callaras... que os callarais los dos.

La ocasión se presentó y la aproveché. Lancé un rápido vistazo de reojo al interior del 205 mientras lo adelantaba y reconocí al instante a su ocupante. Era Matías, un anciano de mi parroquia, que conducía con sus grandes gafas de pasta a apenas unos centímetros del

volante. Hacía mucho que le habían retirado el carné –lo sé porque me lo contó su mujer en confesión– pero él se negaba a coger el autobús, le gustaba ir a la montaña de vez en cuando a cazar perdices. Yo le había dicho a su mujer que no se preocupara, que Matías sabía lo que hacía, pero eso se lo dije antes de verle en la carretera. Realmente aquel anciano no estaba en condiciones de coger un coche, daba la impresión de que a duras penas conseguía mantenerse dentro de su carril.

–¿Has visto quien iba en ese coche? –me preguntó Félix angustiado.

–Es un anciano de mi parroquia.

–No, no. El que conducía no, el otro.

–No había ningún otro.

–Sí, si que lo había –me dijo el perito con un hilo de voz–. No estaba seguro de que fuera él, pero si sólo lo he visto yo no hay duda.

–¡No me jodas!

Dos días enteros en la carretera buscándole y aparecía justo en ese momento. El dilema no era fácil de resolver y tenía apenas unos segundos para decidir. O salvábamos al anciano de las garras del Oso e intentábamos tenderle la trampa que habíamos preparado o dejábamos pasar aquella oportunidad, que no sabíamos si se volvería a repetir, y corríamos a ayudar a Quique y Richard. La adrenalina me ayudó a elaborar un plan B en décimas de segundo. Detuve el coche en seco y salí a la carretera. Félix me preguntó qué estaba haciendo pero no tenía tiempo para contestarle, sólo par actuar. Corrí hacia la aparte de atrás de mi Dodge y empecé a hacerle señas a Matías para que se detuviera mientras el 205 se acercaba poco a poco por la lejanía. A duras penas debía superar los treinta kilómetros por hora y estaría casi a cien metros de mi vehículo, pero los reflejos del viejo me hicieron dudar por un momento de si iba a detener el coche a tiempo. Al final lo hizo, pero apenas a un par de metros de mis pantorrillas. Corrí hacia él y le indiqué que bajara la ventanilla.

–¿Qué pasa padre? –me dijo el anciano al reconocerme–. ¿Dónde iba con tantas prisas?

–¡Lleva una rueda pinchada! ¿No se ha dado cuenta? –le mentí lo mejor que pude.

–¿Una rueda pinchada?

–Sí, le echaremos una mano para cambiarla. ¿Dónde lleva la de repuesto?

–En el maletero.

Mientras Matías apagaba el motor, salía del coche y buscaba la rueda, todo a cámara lenta, yo corrí hasta el Dodge para hablar con Félix.

–¿Dónde está? ¿Ha visto nuestro coche? –le pregunté con disimulo, ya que no sabía si el Oso andaba cerca.

–Lo tienes delante, esta mirando el capó –le respondió Félix con un susurro.

–El Señor Matías llevaba una rueda floja, ayúdame a ponerle la de repuesto –le dije en voz alta, intentando que el Oso me escuchara.

Félix salió del coche con reparo. En el escaso trayecto entre un coche y otro, el perito me

expuso todos los problemas de aquella situación: que si no debíamos dejar el coche en medio de la calzada, que era peligroso; que David no dejaba de insistir en que ayudáramos a Richard y dejáramos al Oso para más adelante; que ahora que lo veía inminente tenía muchas dudas respecto a la efectividad de nuestro plan, etc. Yo le resumí lo que tenía que hacer en cuatro palabras.

–Métete dentro y arranca.

–¿Cómo? ¿Quieres que le robe el coche a un anciano? –me respondió casi entre abrumado e indignado.

–No chilles, que es corto de vista pero no sordo. Necesitamos los dos coches. Yo me quedo con el Oso y tú te vas con David.

–No puedo...

–Piensa que estamos salvando dos vidas.

–Hace mucho tiempo que no...

Félix era un saco de dudas. Por un lado sabía que tenía razón, que el oso Solitario no dudaría en eliminar a un peligro en potencia como Matías tan pronto se le presentara una ocasión. Sabía que necesitábamos los dos coches para poder atender las dos situaciones, pero se sentía incapaz de conducir. Hacía años que no subía a un vehículo y mucho menos que cogía un volante. En menos de una semana había avanzado a pasos de gigante en el combate de su fobia, pero aquello quizás era demasiado para él.

–Tienes que superarlo –le dije al ver su indecisión–. No puedes dejarte llevar por el miedo... hoy no. El chaval te necesita.

–Sí, sí. Está bien –me dijo haciendo acopio de valor.

El viejo continuaba buscando la rueda de repuesto con toda la cabeza metida en el maletero cuando Félix arrancó y salió a toda prisa.

–¡Oiga! ¿Qué se supone...? –masculló el viejo levantando la cabeza para que el coche no le golpeará en el gaznate–. ¡Oiga! ¡Padre!

–Lo siento Matías –le dije mientras corría hacia el Dodge. ¡Es una emergencia!

El anciano se quedó inmóvil en la nube de polvo que había levantado Félix al salir y no reaccionó hasta que los dos vehículos se perdieron de vista.

–Uno ya no se puede fiar de nadie –masculló Matías para sí mismo mientras sacaba un viejo móvil del bolsillo. Se lo puso a un palmo de la cara y poco a poco, con dificultad, marcó tres números: 0–9–1–. ¡Ni siquiera de los curas!

48. Lo que queda atrás

A LUCÍA NUNCA SE LE HABÍA PASADO POR LA CABEZA planificar algo así. Pensaba que lo mejor era dejarlo al azar, porque por una cosa o por otra nunca iba a ser el momento adecuado. Sin embargo el momento llegó en las peores circunstancias posibles. Se le retiró la regla al poco de morir David pero ella no le dio importancia, lo interpretó como algo psicossomático. Lucía asumió la pérdida de su novio reforzando aún más la coraza que se había tenido que forjar para entrar en el cuerpo de policía. No manifestó el luto de cara a los demás, lo retenía durante el día y se desahogaba por las noches. Por su trabajo estaba acostumbrada a vivir de cerca el dolor de los demás y sabía por experiencia que contener el dolor acababa repercutiendo de un modo u otro en su estado físico: migrañas, ataques de ansiedad, taquicardias... Todo aquello había hecho que se guardara para sí un dolor que a duras penas era capaz de contener, sus compañeros admiraban su entereza y no imaginaban que Lucía era un dique a punto de desbordarse. Así que cuando tuvo el primer retraso no se extrañó y mucho menos imaginó que podía estar embarazada.

No fue hasta que pasaron dos meses, unos días antes de la muerte de Agripina, cuando las náuseas y los kilos de más levantaron la alerta. Lo confirmó con varias pruebas de embarazo, no podía creerlo, ni siquiera sabía cómo reaccionar... si tenerlo o no tenerlo... si alegrarse o maldecir su suerte. Por un lado su hijo no iba a conocer a su padre pero, por otro, era casi un regalo que una pequeña parte de su novio muerto todavía viviese dentro de ella. Sin embargo, si a duras penas conseguía contener el llanto cada vez que veía una foto de David, como iba a conseguir olvidar el dolor si lo iba a ver cada mañana reflejado en el rostro de su hijo. Lucía ignoraba que su novio todavía era algo más que una simple cadena de ADN en su útero y, a su vez, David ignoraba que todavía quedaba una pequeña de su cuerpo latiendo en el vientre de su novia. Por suerte pare él, la noche que Lucía se había pasado encerrada en el baño con un surtido de pruebas de embarazo, David había estado patrullando con su hermano –no puedo imaginar algo más duro que poder tener a tu hijo recién nacido a escasos centímetros y no poder tocarlo... verle tan cerca y saber que va a crecer sin un padre–.

Lucía no había tomado todavía una decisión cuando, ya de madrugada, recibió la llamada en que le comunicaron el accidente de Agripina. A partir de entonces todo fue muy rápido: primero la detención de Ricardo, después los trámites del funeral y por último la fuga. Lucía había hecho un gran esfuerzo por que Ricardo pudiera asistir al funeral como uno más y cuando éste desapareció todas las sospechas recayeron sobre ella. Sus compañeros

no lo manifestaron de un modo abierto, pero su superior la retiró del caso y le sugirió que se tomara unos días libres. Le obedeció sin rechistar, necesitaba tiempo para tomar una decisión.

El primer día lo pasó mirando el techo de su habitación. La noche no fue mucho mejor. Durmió a rachas y los sueños fueron inconexos y perturbadores. En uno de ellos estaba sola en una habitación de hospital intentando darle de mamar a un niño sin cara. No tenía pelo, ni ojos, ni nariz, ni siquiera boca, pero lloraba, le pedía comida y ella buscaba angustiada la manera de darle el pecho. Fue unos de esos sueños que se mantienen frescos en el recuerdo al despertar. Lucía veía aquella cara de piel rosada, lisa y redonda –como un melocotón de Calanda– y se obsesionó con ponerle rasgos a su hijo. Le dio vueltas y vueltas a esa idea hasta que se le ocurrió algo que la sacó de la cama: recordó que Agripina le había enseñado alguna vez viejos álbumes de fotos de sus hijos cuando eran pequeños. Pensó que ver a David de bebé le ayudaría a tomar una decisión o, por lo menos, le pondría facciones a aquella perturbadora cara que respiraba sin nariz. Ni siquiera se vistió, simplemente se puso unas botas y el abrigo encima de las bragas y el top que utilizaba para dormir y salió a la calle.

Todavía conservaba una copia de las llaves de David. Había intentado devolvérselas a su suegra pero ella había insistido en que se las quedara –pensaba que así la vería más a menudo–. Lucía tenía la impresión de que sus visitas alegraban a la anciana, de que le hacían recordar con más viveza a su hijo, pero para ella era algo muy duro. Agripina se había resignado a vivir del recuerdo, pero ella no tenía suficiente con eso. Para Lucía, cada vez que entraba en aquella casa llena de fotos de David era como si la herida que estaba intentando cerrar se abriera un poco. Sentía un dolor casi físico, una punzada en el estómago. Se le saltaban los puntos uno a uno, así que, pese al bien que le hacía a la anciana, Lucía evitaba tener que entrar en aquella casa. Ahora todo había cambiado. La casa estaba vacía, la herida más abierta que nunca y cuantas más fotos de su novio muerto encontrara mucho mejor.

No se fijó en él al entrar. Fue directamente al mueble donde se encontraban los álbumes, cogió todos los que pudo y se sentó distraída en la mesa para ojearlos sin prestar atención al objeto que había encima de ella. Al verlo, el álbum tenía en las manos se le escurrió y cayó al suelo. Con el golpe las fotos se despegaron del viejo pegamento reseco y se esparcieron por todo el comedor. El casco de David seguía sobre la mesa. Lucía acarició su suave superficie y sus dedos repararon en los extraños arañazos que presentaba.

La agente recordó la conversación que había mantenido con su sargento y relacionó inmediatamente aquellos extraños símbolos con los que habían aparecido en el cadáver de su difunto suegro. Era imposible que David hubiera conocido aquellos detalles antes de morir y, aunque hubiera tenido constancia de ellos, dudaba mucho de que se hubiera dedicado a reproducirlos en su casco antes de morir. Aquella era la evidencia física de que la muerte de David no había sido un suicidio, de que su novio no había muerto con

deshonor si no en el cumplimiento de su deber. Es más, aquella extraña coincidencia, relacionaba directamente la muerte de su padre con la suya e implicaba que una tercera persona estaba implicada en ambas. No sólo limpiaba el nombre de David, también abría un poco de luz en el caso de su padre. Aunque Gimeno hubiera sido un viejo borracho de reputación turbia, su muerte había sido un asesinato y, quizá, también hubiera existido algo de nobleza en ella.

Lucía olvidó por un momento el motivo que le había llevado a aquella casa, olvidó incluso el feto de ocho semanas que llevaba dentro, y corrió a la cocina en busca de una bolsa donde transportar el casco sin alterar las posibles huellas dactilares que pudieran haber en él. Pensaba dirigirse directamente a la comisaría y exponerle el caso a su sargento. Él era el único que podía comprender la importancia de aquel hallazgo. Le daba igual cómo le miraran sus compañeros, le daba igual estar de baja, le importaba muy poco su reputación, tan sólo pensaba en limpiar el nombre del difunto padre de su hijo. Entonces no fue consciente, pero en aquel instante ya había tomado una decisión. Más tarde volvería a aquella casa para ordenarlo todo, pero en aquel momento tan sólo guardó el casco en la bolsa y corrió al coche. No fue hasta entonces cuando se dio cuenta de cómo iba vestida, todavía con el pijama debajo del abrigo.

Hizo una pequeña parada en su casa, que duró lo justo para armarse el uniforme de diario y coger la radio corta. No sabía si su sargento estaría de guardia a aquellas horas y no quería llamar a comisaría a las seis de la mañana para preguntarlo. Así que cargó con el walkie y lo dejó encendido de camino a la jefatura para ver si así le escuchaba dar alguna orden. Quería hablar con su sargento, con nadie más. Sólo él iba a comprender la trascendencia de lo que llevaba en aquella bolsa de basura. Sólo él conocía los detalles sobre la autopsia del padre de David que el Doctor Masquilla le había contado *off the record*. No había ningún informe, ninguna fotografía, ni ninguna nota a pie de página que mencionara los extraños símbolos grabados a hierro en el cadáver del agente Gimeno. Tan sólo su sargento podía ayudarla.

–Acaban de informar del robo de un Peugeot 205 color rojo en el sector norte –soltó la radio a todo volumen–. ¿Alguna unidad disponible en esta zona? –tras un fuerte chasquido la comunicación se cortó unos instantes–. Aquí unidad 22. No estamos muy cerca pero estamos libres, nos acercamos a la zona... El denunciante está sólo en algún punto de la comarcal B-12. Se encuentra en buen estado, pero es una persona de edad avanzada y no nos ha sabido precisar su situación. ¿Os podéis acercar a por él?

Lucía escuchaba la conversación con atención, atendiendo más a las voces que a lo que decían. Esperaba identificar la voz de su sargento o quizá algún detalle sin importancia que le confirmara que estaba de guardia. Estaba más concentrada en la radio que en la carretera cuando un Peugeot 205 rojo le adelantó a toda velocidad.

49. La probabilidad cero

LA DEFINICIÓN CLÁSICA DE LA PROBABILIDAD NOS DICE que ésta es un número que varía entre el 0 y el 1. Un estrecho margen que marca el equilibrio entre el total de casos en que algo puede ser posible y el número de ocurrencias en que dicho evento ha tenido lugar. El 1 es la certeza absoluta, lo que siempre ocurre, lo inmutable. Pero por debajo de él se abre el territorio infinitesimal de la duda, de las probabilidades, de la incertidumbre. Según esta teoría, el cero es sinónimo de imposible. La certeza absoluta de que algo nunca va a suceder. Para Félix la probabilidad cero dejó de existir una fría mañana de 1978.

Por aquel entonces el perito todavía conservaba una buena mata de pelo y era bien considerado dentro del departamento, aunque pocas veces ponía el pie en la oficina. Su trabajo era uno de aquellos que nadie quería, pero que resultaba una excelente oportunidad para ganar méritos. Los veteranos delegaban a la más mínima oportunidad el trabajo de campo –preferían la comodidad y la rutina del despacho– y los jóvenes técnicos que empezaban a entrar en el departamento asumían el trabajo sucio con ilusión. Su tarea consistía en viajar de un punto a otro del país en busca de puntos negros, de lugares donde hubieran habido uno o más siniestros en los últimos meses, para analizarlos y recomendar las medidas que habría que tomar para prevenir más accidentes. El único problema era que muchas veces sus informes se quedaban en lo que eran, una simple recomendación.

Aunque suponía pasar largas temporadas fuera de casa, el trabajo era muy reconfortante. Félix no tenía ningún compromiso que le ligara a la capital, así que se pasaba los días a pie de asfalto. Disfrutaba con lo que hacía, hasta tal punto que no esperaba a que hubiera un accidente para elaborar sus informes. Si mientras conducía detectaba un peligro potencial en la vía, detenía su vehículo inmediatamente y redactaba una recomendación. Su iniciativa y lo acertado de sus observaciones lo convirtieron en pocos meses en uno de los agentes de campo más prolíficos y eficientes del departamento. Hasta tal punto, que a principios del 78 le empezaron a adjudicar a las nuevas incorporaciones para que los instruyera. Uno de estos aprendices le acompañaba una fría mañana de febrero cuando Félix decidió parar en un punto cualquiera de una carretera secundaria para demostrarle a su pupilo que el peligro podía aparecer en cualquier lugar.

–Es una simple cuestión de probabilidad –le decía a su acompañante mientras éste tomaba notas al vuelo–, cualquier tramo de la vía pública es susceptible de acoger un siniestro, pero con las correctas medidas de seguridad pasivas y las mejoras oportunas de la vía, estas probabilidades pueden llegar a ser ínfimas –a Félix le gustaba sentirse

escuchado y se crecía con su discurso-. Por ejemplo, ¿qué ves en este tramo?

-Una incorporación -contestó el aprendiz con indecisión.

-¿Y qué más?

-Una señalización vertical, un guarda raíles, un asfalto en buenas condiciones...

-Bien. Pero no tienes que fijarte sólo en los elementos físicos, tienes que ir más allá... Tienes que introducirte en la piel del conductor, pensar en las diferentes condiciones en las que se puede encontrar: niebla, lluvia, tránsito intenso. Por ejemplo, en esta intersección, vemos que la señalización es la correcta... tal como decías, pero ¿y la visibilidad?

Félix empezó a pasear por el lugar como un actor pasea por el escenario mientras recita su monólogo. Le explicó todos los problemas que existían en aquel punto de la carretera y que resultaban imperceptibles para una vista no preparada. Cómo el cambio de rasante de la vía principal dificultaba la visibilidad a quien se quisiera incorporar en ella. Cómo el sol podía incidir directamente en el lugar a unas horas determinadas dificultando aún más las maniobras; cómo un asfalto que parecía estar en buen estado podía esconder una trampa mortal en forma de placa de hielo; cómo un guardarraíl podía convertirse en una guillotina para un motorista que derrapara; incluso le habló del grosor de los árboles... de cómo un árbol aumentaba en peligrosidad a medida que su tronco aumentaba de diámetro.

-Además, fíjate en el mástil de esta señal. Parece en buen estado, pero la humedad de la zona a empezado a afectar al metal, en un par de años se caerá por su propio peso. Por eso estamos sustituyendo todos estos mástiles por los de aluminio anodizado.

El perito estaba llegando ya al final de su discurso cuando apareció una furgoneta por la vía secundaria que daba a la carretera. Era el primer vehículo que veían desde que se habían detenido en aquel lugar y Félix llevaba cerca de una hora exhibiendo sus conocimientos. El ronroneo de la vieja furgoneta los interrumpió, como una avispa que sobrevuela un aula durante una clase magistral, ajena por completo a lo que está teniendo lugar bajo sus alas. A aquel momento de pausa se le unió un pequeño rayo de luz que asomó curioso entre las nubes que cubrían por completo el cielo desde que había amanecido. Habría sido uno de esos instantes preciosos que regala la naturaleza de vez en cuando, si no hubiera sido por las consecuencias que aquel destello rebelde acarreó.

La luz cegó por un momento al conductor de la furgoneta, que se incorporó sin visibilidad a la vía principal. En ese momento un turismo apareció a toda velocidad por el cambio de rasante que lo había escondido hasta el último momento. Félix y su aprendiz entendieron, pocos segundos antes de que sucediera, que el choque era inevitable. El primero no reaccionó, el maestro se quedó inmóvil junto a la señal, mientras que el alumno reaccionó con rapidez y empezó a correr hacia un lugar seguro. Todavía no había dado la segunda zancada cuando los dos vehículos impactaron bruscamente. Félix vio como la chapa del morro del turismo se contraía como un acordeón contra el lateral de la furgoneta y segundos después, los dos vehículos emprendían trayectorias diferentes como las bolas de un billar. La furgoneta arrojó en su camino al aprendiz y lo lanzó contra el suelo con un

golpe seco, como el coletazo de un látigo. La inercia hizo que el chico resbalara a toda velocidad por el asfalto húmedo y chocara contra la afilada chapa del guarda raíles. El perito vio como el metal decapitaba limpiamente a su ayudante. Él continuaba inmóvil, ajeno al efecto mariposa imposible que estaba teniendo lugar a escasos metros. Ni siquiera hizo el amago de retirarse cuando el segundo vehículo rebotó hacia su posición. Lo veía acercarse con celeridad, pero en lugar de apartarse Félix estaba calculando mentalmente las probabilidades de que sus peores pronósticos que hubieran cumplido todas a la vez.

-Una entre un millón... No, quizá entre un billón... -pensaba Félix mientras se le acercaba cada vez más el turismo con el morro destrozado-. Es imposible.

Cuando lo tenía sólo a unos metros, el lateral del vehículo chocó contra el tronco de un árbol. La madera absorbió gran parte de la fuerza dinámica y aunque el coche siguió su camino hacía el perito, su velocidad se redujo en gran medida, tanto que llegó a los pies del perito y se detuvo al chocar contra la señal de *Stop*. Félix todavía continuaba inmóvil, como si nada hubiera pasado, pero su rostro había envejecido varios años de una tacada. Un minuto después, el mástil oxidado se vencía y la señal caía a escasos centímetros del perito. Tampoco entonces se movió.

Una parte de Félix se pasó los siguientes treinta años inmóvil en aquel arcén.

No fue hasta que el fantasma de un policía muerto le alentó a conducir un coche robado bajo los efectos de un buen porro de marihuana cuando reaccionó. Había gastado miles de euros en psicólogos, había soportado la burla y la humillación de sus compañeros durante años sin encontrar una solución a su fobia, pero nunca habría imaginado una cura por inmersión tan drástica como aquella.

Félix notaba las manos dormidas, los nudillos blancos de apretar el volante y la nuca rígida como el palo de una escoba. El perito había oído hablar del fenómeno de la Tercera Persona -el Ángel de la Guardia para los religiosos-, la voz que ayuda a sobrevivir a los alpinistas perdidos en la nieve, el extraño individuo que aparece de la nada para ayudar a sobrevivir a algunas personas en momentos de gran peligro. Ahora él mismo estaba experimentando este fenómeno. Quizá el hecho de conducir un vehículo no fuera tan peligroso como perderse a 8.000 metros de altitud, pero para él el miedo y la ansiedad eran muy reales. Ni siquiera habría conseguido girar la llave del contacto si no hubiera sido por su Ángel de la Guardia particular: David.

-Lo estás haciendo muy bien. Ves como no es tan difícil... En el próximo desvío gira a la izquierda, ¡pero acelera más o llegaremos demasiado tarde!

La voz de David era como la de un GPS con una extensión de entrenador personal. Él le decía que hacer y Félix obedecía, sin pensar en lo que hacía. Si el fantasma hubiera sabido como hacerlo, se habría adueñado del cuerpo del perito tal y como suponían que actuaba el Oso con sus víctimas y a Félix no le habría importado en absoluto.

-¡Adelanta a ese coche! No hay tiempo...

David reconoció el vehículo demasiado tarde. El coche que se disponían a adelantar era

el de Lucía. Mientras se ponían en paralelo y la pasaban, el policía muerto rezó para que su antigua novia no reconociera a Félix al volante. Pero ella giró la cabeza cuando lo tuvo al lado y no sólo vio al cómplice de la fuga de Richard, también identificó el Seat Panda robado al instante. Tan pronto como Félix acabó la maniobra, Lucía sacó la sirena portátil que guardaba en la guantera y le hizo luces para que se detuvieran.

-¡No pares! ¡Acelera, acelera! -le ordenó David al perito. Sabía que si perdía aquella oportunidad de llegar hasta su hermano, no tendría ninguna otra.

Hay que decir en deferencia a Félix, que pese al miedo que sentía, apretó el pedal del acelerador a fondo. Pero el viejo utilitario del anciano no daba para mucho. Lucía les volvió a adelantar sin demasiados problemas y les cerró la trayectoria hasta que el perito no tuvo otra opción que detenerse y soportar los insultos de impotencia de su Ángel de la Guardia.

-¿Qué más quieres que haga? ¡He conducido lo más rápido que he podido, colocado y con un coche robado! ¿Querías que además echara al coche de la policía de la carretera? -le respondió Félix a su acompañante invisible en un arrebato inusitado de carácter.

-Tienes suerte de no haberlo intentado -le dijo Lucía mientras golpeaba la ventanilla-. ¡Las manos sobre al volante!

50. Adiós a las reglas

EL ASESINATO DE GIMENO NUNCA LE HABÍA PREOCUPADO. Había tenido lugar antes de que todo adquiriera sentido, antes de que fijara un estricto mapa de ruta en su sendero de muertes. En cambio, el de su hijo, el de David, sí que le perturbaba. Con él había roto las normas que se había marcado y que le servían para conservar la poca moral que aún le quedaba. Había intentado convencerse a sí mismo de que aquel acto había sido una anécdota en una larga lista de éxitos. Así era como él había visto a sus víctimas a lo largo de más de 30 años, simplemente como tumores de la carretera que se debían extirpar antes de que fueran a más. Pero David no era un tumor, era un órgano sano, cuya única culpa residía en su genética. No había conseguido encontrar ningún argumento convincente que le hiciera merecedor de aparecer en su lista negra. Aún así lo había matado y eso lo atormentaba.

Cuando no te queda nada por lo que llorar, ninguna familia a la que atender, ningún amigo al que rendir cuentas, ni siquiera un cuerpo físico que te mantenga arraigado a la realidad, es muy fácil perder el rumbo. El Oso Solitario estaba en una situación cuyos actos no implicaban consecuencias, podía hacer lo que le viniera en gana sin que la mierda le salpicara. Muchos en su condición se habían dedicado al voyerismo más depravado, a realizar cualquier cosa que su condición inmaterial les permitiera llevar a cabo, por muy perversa, morbosa o repugnante que significara. Pero todos estos actos no eran más que una brisa en el mundo de los vivos. A la larga, lo más habitual era que estas conciencias descarriadas acabaran entrando en un bucle de locura redundante. Si nuestra conciencia como seres humanos no termina con la muerte, la demencia se convierte en el verdadero final, en aquello que borra el último ápice de nuestro ser. El Oso Solitario lo sabía, había visto la locura en centenares de almas errantes y se resistió a convertirse en una más de aquellas conciencias perdidas que se arrastraban por los arcones bajo las apariencias más repugnantes. Sus cuerpos etéreos no eran más que un reflejo de su trastornada mente, algunos no eran más que un amasijo de carne hinchada y cicatrices, otros eran sólo piel y huesos con melenas ralas. El fantasma del piloto se resistió a acabar de ese modo, la razón era lo único que le quedaba y decidió conservarla.

El odio le había demostrado que todavía no se había alejado por completo de la realidad física, que todavía podía ejercer alguna influencia sobre ella. Ese camino que había conseguido abrir durante los asesinatos de Gimeno y del técnico del laboratorio, le habían permitido seguir cuerdo. A lo largo de más de treinta años había visto a muchos como él acabar perdidos en una demencia redundante, atrapados en la repetición infinita de un

patrón que los mantenía ligados a una realidad que ya no era la suya. Había identificado a muchos de ellos paseando por calles y arcones, siempre con el mismo rostro, la misma ropa, sin envejecer y sin rumbo. Ni su deambular ni su existencia tenían ya ninguna meta. El Oso quería evitar ese destino y para ello se aferró a lo que todavía le vinculaba al mundo vivo, aunque ese nexo fuera la muerte. Se convirtió en un asesino para no quedar atrapado en una reiteración infinita de patrones sin sentido. Pero no en un asesino egoísta y amoral, porque pese a su condición etérea todavía tenía conciencia. Buscó un sentido a cada muerte, una justificación a sus actos y la encontró en lo que mejor había conocido en vida: en la carretera.

Año a año, víctima tras víctima, el Oso Solitario fue mejorando su técnica, forjándose un escrupuloso código moral y limpiando las autopistas de conductores temerarios. Se consideraba a sí mismo como un mal necesario e incluso estaba satisfecho de su “nueva vida”. Hasta tal punto que había olvidado su pasado. Su muerte había sido un renacimiento y su carrera como piloto de éxito era ya un recuerdo olvidado. Dejó de ser el Oso Solitario para convertirse en una leyenda negra: para algunos era “El Autoestopista”, para otros “El Caminante” y para unos pocos era simplemente el último rostro que veían antes de morir.

El asesinato de David había trastocado todo eso. No sólo se había saltado las reglas, sino que había empezado a recuperar recuerdos de su vida anterior que creía olvidados. La fría y eficiente máquina de matar había sucumbido a un instinto. Se había dejado llevar por una emoción y eso había abierto una grieta en el muro del olvido. Los recuerdos empezaron a colarse por esa rendija como una brisa cálida a través de una ventana mal ajustada. Y el muro empezó a desmoronarse cuando una Chrysler Voyager negra con una gran serigrafía en el capó se estrelló contra él. Lo vio fugazmente parado en una gasolinera repostando y algo le hizo correr hacia él. Aquel oso que rugía con furia desde la pintura todavía fresca de aquel capó le llamaba con una fuerza inusitada. Si hubiera tenido corazón, éste habría vuelto a bombear con fuerza. Le invadió un deseo incontrolable de conducir aquella máquina, de llevar los neumáticos al límite de la trazada, de notar en el pecho las explosiones de los pistones. Se subió a aquel vehículo como un yonqui que corre a un callejón oscuro con su dosis en la mano. Deseando notar la mezcla de adrenalina y endorfinas bombeando por sus venas inexistentes.

Quique se lo puso fácil y el Oso Solitario se hizo con el control de su cuerpo a la primera oportunidad. Cada vez que matada tomaba un volante entre sus manos y llevaba los vehículos hasta el extremo, pero hacía mucho que no conducía por el simple placer de hacerlo. Aquella sensación era la que sentía cuando competía y los recuerdos de aquella época empezaron a volver a su mente. Recordó los últimos tramos de sus victorias, la gente que le aclamaba, sus compañeros de equipo, a su copiloto... Añoró aquella época y su nueva condición ya no le pareció tan grata., ¿pero qué podía hacer al respecto? Nada. En sus actuales circunstancias no podía hacer otra cosa que matar. Aferrarse a sus normas y continuar con su cometido.

Reconoció a Quique. La tercera regla le indultaba, así que abandonó su cuerpo mutilado y dejó su furgoneta intacta en medio de la calzada. El Oso buscó una nueva víctima, pero ya nada volvió a ser igual. El sólido muro que había construido para mantenerse alejado de su vida anterior estaba a punto de desmoronarse. La argamasa se empezaba a descomponer y sus dos vidas, la de antes y la de después de morir, volvían a ser una sola. Durante las horas posteriores a su paseo con Quique, continuó en movimiento, cambió varias veces de coche, pero no para buscar a una víctima sino, más bien, un lugar donde pensar con tranquilidad. Siempre le había gustado meditar sobre ruedas. Ahora ya no se fijaba en el modo en que conducía su anfitrión, no valoraba si era un peligro para los demás, tan sólo miraba por la ventanilla absorto en el paisaje y dejaba que los recuerdos acudieran a él.

A aquellas alturas del juego sabía muy bien por qué carreteras podía circular y cuáles terminaban en un banco de niebla. Más de una vez había tenido que saltar en marcha de un vehículo para evitar que la nada lo envolviera. Lo que había olvidado –o quizá nunca había sabido– era la razón de que unas carreteras fueran visibles y otras no. En ese momento, con la mirada perdida en el paisaje difuminado que le envolvía, calló en la cuenta del porqué. Cuando todavía le conocían como El Oso Solitario había competido en la mayoría de aquellas carreteras y caminos. Además, cuando renunció a su copiloto, había tenido que memorizar cada curva, cada cambio de rasante de aquellas rutas. Algunos tramos le evocaban momentos de gloria, otros, momentos de decadencia, como las carreras ilegales a las que había tenido que recurrir cuando le retiraron la licencia. Había pasado muchas veces por el funesto túnel donde tuvo lugar el accidente que terminó con su carrera. Conocía perfectamente la boca sur, pero no la norte. Había entrado eufórico por un extremo, a un paso de su quinto campeonato consecutivo, y había salido por el otro inconsciente sobre una camilla, además de acabado y proscrito. Sólo él conocía lo que había ocurrido en aquel túnel maldito, se había llevado el secreto a la tumba y aunque había llegado a olvidarlo, ahora volvía a sentir la culpa y la vergüenza.

Todo aquel torrente de emociones era algo nuevo para él. Había pasado décadas convertido en un frío y eficiente asesino, en un ente etéreo ajeno al dolor y al remordimiento, pero ahora el recuerdo dulce del éxito, la amargura de la culpabilidad y la acidez de la venganza se le mezclaban en el paladar. En unas horas había reconstruido la historia de su vida, no de forma cronológica, sino más bien como una película pretenciosa llena de *flashbacks* y *flashforwards* que culminaba con un giro argumental que le daba un nuevo enfoque al conjunto. Había culpado de su muerte a Gimeno –y por extensión a su hijo–, pero no se había planteado cómo había acabado en un coche accidentado en medio del bosque. ¿Cómo había llegado a aquella extraña situación: inconsciente en un coche destrozado a centenares de metros de cualquier camino o carretera? ¿Un accidente? No lo recordaba.

El Oso dejó por un momento de mirar por la ventanilla para centrarse en el conductor que le llevaba. Unos días atrás ese anciano habría sido un candidato perfecto y fácil de

ejecutar, pero ahora ya no le molestaba que su miopía le impidiera ver más allá de unos metros del morro de su coche o que su visión periférica fuera ya historia. Se fijó en su senilidad, en cómo el tiempo hacía estragos con nuestros cuerpos. Si él no hubiera muerto hace treinta años, quizá ahora sería un tipo como aquel, menguado en sus capacidades físicas, pero obstinado en no dejar de conducir. Quizá incluso le hubieran hecho un favor convirtiéndole en lo que era hoy. No se llegó a creer del todo aquel razonamiento, pero lo cierto es que el ansia de venganza hacía los que le habían convertido en lo que era menguó un par de enteros.

Antes de verlo escuchó un ruido familiar. No acabó de identificarlo, pero sintió que le evocaba algo muy íntimo. Como un bebé que escucha la voz de su madre desde el útero durante meses y después no la olvida después de nacer. Cuando el morro del Dodge apareció por detrás del anciano, reluciente y rotulado como treinta años atrás, el Oso casi pudo notar como la sangre se le calentaba de nuevo. Lo vio acelerar al máximo sus trescientos caballos y adelantarles en cuestión de segundos. Al ver cómo se perdía por delante de ellos estuvo tentado de saltar del trotinado Seat Panda y correr hasta atrapar a su viejo coche de carreras. Pero algo le detuvo. Había algo muy extraño en todo aquello. Tras su expulsión de la competición, la Federación se había ocupado de hacerle el vacío. Había sido como si nunca hubiera existido, ni un homenaje, ni una mención... Dudaba mucho que aquello hubiera cambiado en treinta años. Encontrar a un *freaky* que hubiera encontrado su logotipo en alguna vieja revista y lo hubiera colocado en su coche en un arrebato de moda retro era una cosa. Pero ver su Dodge restaurado adelantándole por aquella carretera perdida era un signo claro de que algo no andaba bien. Si los coches hubieran tenido alma, el suyo se habría convertido, sin duda, en un fantasma de la carretera como él. Pero dudaba de que así fuera. También cabía la posibilidad de que su mente etérea se estuviera degradando de alguna manera y de que los recuerdos que había retenido durante años se estuvieran mezclando ahora con su realidad, porque en el fondo: ¿qué era para él la realidad? Su vínculo con lo material era tan delicado como la seda que una araña teje para atrapar a sus víctimas. Él existía en otro nivel y ¿quién le decía que en ese nivel el ayer y el hoy no pudieran convivir? A fin de cuentas, el discurrir del tiempo había dejado de tener sentido para él desde hacía años. Había perdido su reloj biológico.

Todas aquellas ideas iban y venían rápidamente en su confusa mente cuando vio su Dodge atravesado en medio de la carretera y a un hombre vestido de negro que les indicaba que se pararan. Sin embargo el anciano conductor parecía no haber reparado en ellos. Si el Seat Panda continuaba su marcha y atravesaba aquella aparición como si fuera una cortina de humo estaría claro que todo aquello no había sido más que una trampa de su mente. Parecía que así iba a ser cuando el viejo apretó el freno y se detuvo a escasos centímetros del sacerdote.

Su coche realmente existía y prueba de ello era que conocía a aquel cura. Ya no era un joven insolente, pero sin duda era él.

51. ¿Tiene fuego?

LOS BRAZOS LE ARDEN Y LA CABEZA LE ESTÁ A PUNTO DE EXPLOTAR. Félix está sentado en el asiento trasero con las manos esposadas a la espalda y con David su lado recriminándole una y otra vez que hubiera detenido el coche.

–Si le pasa algo a mi hermano va a ser por tu culpa... Me voy a convertir en tu sombra. ¡No vas a poder estar tranquilo ni en el váter!

El perito soportaba las amenazas estoicamente. Sabía que sólo él le estaba escuchando y si le respondía Lucía podría malinterpretarle –la situación en la que se encontraba ya era difícil de justificar de por sí–. Pese a todo, lo Félix intentó una vez más.

–Perdone que insista agente, pero Ricardo está en peligro, necesitamos ir a ayudarle rápidamente.

–Mire, no sé de que conoce a Ricardo, ni en qué lío lo ha metido. Pero no se preocupe, lo primero que usted me va a decir cuando llegemos a comisaría es dónde está el chico.

–No lo entiende. ¡No hay tiempo! –le replicó Félix con toda la autoridad que pudo impostar a su voz–. Tenemos que ir allí ¡ahora!

El perito sabía que Lucía no iba hacerle caso, pero esperaba que su insistencia sirviera para aplacar un poco la ira de David. La agente había visto a Félix por última vez en la iglesia, éste había insistido en hablar con ella a solas, en un claro subterfugio, y ella había caído en la trampa. Había cometido el error de quitarle el ojo de encima a Richard unos segundos y éste había aprovechado para escapar. Lucía le había dado muchas vueltas al asunto y había llegado a la clara conclusión de que Félix estaba implicado en la fuga. Estaba segura de que Richard no tenía intención de hacer algo así, había mostrado un claro y creíble arrepentimiento por lo sucedido y ese día estaba demasiado afectado por el funeral de su madre como para planear cualquier cosa. El tunero era todavía un chaval, no un líder de la camorra con un plan de fuga.

–Aquí la agente Magallanes –dijo Lucía por radio–. He detenido al sospechoso del 205 rojo...

–¡Es que no lo ves? –le dijo Félix a David en susurros–. No me escucha, no va a hacer nada hasta que me tenga en comisaría.

–Será demasiado tarde... –le replicó el policía muerto.

–¿Y qué quieres que haga?

David se lo explicó.

-En aproximadamente 10 minutos estaré en comisaría. Cambio.

-Oído, estaremos prevenidos agente Magallanes -le respondieron de la central. La comunicación se cortó con un chasquido y Lucía escuchó a Félix susurrar algo en el asiento de atrás.

-¿No llevarás otro móvil?

La agente le había requisado todo lo que llevaba en los bolsillos, pero a veces la gente se guardaba objetos en lugares insospechados. Félix no llevaba un teléfono en el culo, pero todavía tenía uno de los porros de Richard detrás de la oreja.

-No, no... -le dijo Félix disimulando.

Cuando Lucía dejó de mirarle por el retrovisor inclinó la cabeza y frotó la oreja contra el hombro hasta que el cigarro cayó suavemente en el asiento. Félix se dobló todo lo que las esposas y los años le permitieron y consiguió llevárselo a la boca.

-Perdone, ¿tiene fuego? -le preguntó a Lucía que se giró sorprendida-. Sé que es un poco irregular, pero le aseguro que así me tendrá un rato callado.

La promesa de silencio fue suficiente para ella. Necesitaba un poco de tranquilidad para pensar, así que le acercó el encendedor eléctrico tan pronto se calentó sin quitar los ojos de la carretera. Si con un cigarro en la boca iba a estar callado un rato, que así fuera. Tenía que pensar en cómo se iban a suceder los acontecimientos. Había estado tentada de sucumbir las súplicas, de seguirle allá donde le indicara con la esperanza de dar con Ricardo antes que sus superiores. Quizás así podría interceder una vez más por él. Pero no podía fiarse de aquel tipo, lo más seguro es que todo aquello fuera un nuevo farol o una trampa -aunque algo le decía que aquel extraño tipo esta vez le decía la verdad-. Su deber profesional estaba por encima de su instinto, además, todavía llevaba el casco de David en el maletero. Tenía mucho que hacer y tenía que hacerlo bien.

Lucía estaba tan inmersa en la carretera y en su próxima jugada que no se dio cuenta de la que Félix le estaba preparando hasta que fue demasiado tarde. Tan pronto le había encendido el porro, el perito había empezado a dar largas bocanadas y a bombear todo el humo que podía fuera de sus pulmones. Un compresor conectado a una pipa de agua no habría llenado el habitáculo del coche tan deprisa.

-¡Qué es eso que está fumando? -preguntó Lucía de forma retórica-. No le da vergüenza. ¡Apáguelo ahora mismo!

-No pasa nada. ¿Te acuerdas de los que nos echábamos nosotros? -le dijo David y esta vez ella le escuchó.

Lucía perdió el control del vehículo, dio un par de bandazos y acabó deteniéndose bruscamente en el arcén. Fijó la mirada en la carretera y se resistió a volverse hacia el origen de aquella voz. Había creído ver una silueta borrosa en el asiento del acompañante antes de dar el volantazo. Una silueta inconfundible.

-Tranquila cariño, no tengas miedo.

La policía se resistió a creer lo que sus sentidos le transmitían. Se aferró a su lado

racional, abrió las ventanillas para que el coche se ventilara y salió del vehículo. Después de llenar sus pulmones de aire fresco y de exhalarlo en un suspiro, sacó a Félix cogiéndole por la pechera.

-¿Qué mierda estabas fumando? -le dijo empujándole contra el lateral del automóvil.

Félix no supo que responder. Estaba sorprendido por el derroche de fuerza física de la agente y buscaba un apoyo a lado y lado con la colilla colgándole todavía de su boca abierta. Lucía se la arrancó de un manotazo.

-¡Déjale! Soy yo, de verdad -dijo la voz de David a su espalda.

-¡Estás muerto! -le contestó la agente sin soltar al perito.

-Sí que es él. Escúchale por favor... -le suplicó Félix. La palma de una mano se le empezaba a marcar en la mejilla.

-Ya sé que es difícil de creer cariño, pero haz un esfuerzo... -las palabras de su novio muerto le llagaban cada vez más lejanas- ...lo que me pasó a mí... Richard... peligro...

Lucía soltó al perito y se giró en busca de David, pero ya no había nadie allí.

52. El Síndrome de Korsakov

LA TEMPERATURA EN EL VEHÍCULO HABÍA BAJADO un par de grados, aunque mi anticuado vehículo no tenía aire acondicionado ni un termómetro digital integrado en el salpicadero para verificarlo. La vieja radio emitía más interferencias de la cuenta, como si algo estuviera alterando el campo electromagnético. Todos los sentidos me decían que lo tenía a mi lado. No podía verle porque todavía no estaba bebido ni colocado, pero sí podía notar su presencia. Aguardaba la más mínima oportunidad para hacerse por fin con su viejo Dodge y yo no pensaba negarle aquel último deseo.

Según el mapa que habíamos trazado había varios finales de trayecto cerca de donde nos encontrábamos. El plan era claro: llegar a una de aquellas zonas de sombra y conseguir retener al espectro en el vehículo el tiempo suficiente para que se perdiera en lo más profundo de la nada. Parecía un plan sencillo pero había mil cosas que podían salir mal, empezando por que el mapa fuera inexacto. No quise correr ese riesgo, así que conduje hasta el único tramo con ciertas garantías de que el Oso Solitario nunca había llegado a conocer: el otro extremo del túnel en el que se estrelló. Si conseguía hacerlo pasar por el aro lo eliminaría para siempre. El único problema es que el túnel estaba lejos: tuve que conducir cerca de una hora para llegar a las intermediaciones del lugar.

Casi no había tráfico por aquella zona. Unos años atrás habían abierto una nueva circunvalación que cortaba la montaña en dos y reducía el tiempo del trayecto a la mitad. La vieja carretera que serpenteaba montaña arriba estaba casi abandonada. No la habían clausurado porque había un par de caserones aislados a los que sólo se podía acceder por aquella vía, sin embargo el asfalto estaba agrietándose rápidamente y el mantenimiento del camino era mínimo. El túnel se encontraba en lo más alto del puerto, era estrecho, largo y sin iluminar.

Detuve el vehículo unos kilómetros antes de llegar. Mientras me bajaba del coche y abría el maletero temí que el Oso aprovechara el momento para huir –entonces no pensaba en que podía haber bajado en marcha en cualquier momento–. El portaequipajes estaba lleno de botellas vacías y tuve que buscar entre el repicar de los cristales hasta encontrar el único envase que todavía contenía algo de líquido. Bebí todo lo que quedaba de un largo trago y volví raudo a mi asiento.

–¿Te acuerdas de mí? Imagino que sí –me contesté a mi mismo como un borracho delante de un espejo–. Por mucho tiempo que haya pasado y muchos estragos que hayan hecho en mí los años y el alcohol, uno nunca olvida la cara del hombre que lo mató... ¿verdad?

Dejé la pregunta en el aire y arranqué el vehículo. No quería que el Oso Solitario me arrebatara el control de mi cuerpo hasta que no fuera el momento. Mientras esperaba que el calor de la bebida se expandiera por mis venas, empecé a acelerar más y más. Sin duda mi copiloto estaría disfrutando y deseando, a su vez, hacerse con el volante.

-¿A que ya no te acordabas de lo que era tener 300 caballos debajo del capó? Seguro que estás deseando que llegue tu turno... -le dije apretando el pedal del acelerador a fondo.

Mi cuerpo reaccionó como un motor al que se le ha echado un combustible equivocado. Aguantó un tiempo sin mostrar ninguna reacción y después, súbitamente, la carburación empezó a petardear. Noté una náusea y la visión se me cegó durante unos instantes, aunque no supe si se debió a lo que había ingerido o al fantasma del piloto arrebatándome el cuerpo.

Recobré el conocimiento en el asiento del copiloto y esperé que todo no hubiera sucedido demasiado pronto.

-Gracias padre -me dijo el Oso mientras conducía-. ¿Hacía mucho que no nos veíamos verdad?

-Sí, mucho tiempo.

En los últimos días había pensado mucho en aquella conversación, desde el momento en que reconocí el logotipo de aquel fantasma del pasado en el capó de la furgoneta de Quique. Algo dentro de mí me había dicho que aquello no había sido una casualidad, que el demonio que recorría aquellas carreteras secundarias era el mismo que se había llevado por delante mi felicidad treinta años antes. Después de la muerte de Diana nada había sido lo mismo. El Oso había trastocado mi vida por completo y me había llevado por la senda de la fe, aunque nunca habría tomado ese camino si mi vida junto a Diana no hubiera acabado con un final tan súbito. Todo había empezado con aquella apuesta que había ganado por casualidad. El Oso estaba acostumbrado a ganar casi sin despeinarse y, de pronto, un chaval de 18 años le pasaba por encima a él, el cuatro veces campeón. Por aquel entonces no sabía a quien me enfrentaba, si lo hubiera reconocido no me habría jugado mi Seat 850 Sport Sprinter. El Oso se había encargado de esconder la rotulación de su Dodge bajo una fina capa de pintura negra y de enmascarar el rostro del campeón mediático con una barba descuidada. Nadie se habría jugado nada contra un tipo como él si le hubieran reconocido pero, como muchos otros antes de mí, yo no lo hice. Aposté y para mi desgracia le gané. Pagué la furia del honor herido con la sangre de Diana.

La primera señal de mi premonición fue el oso rugiendo en el capó de una Chrysler. La segunda fue cuando lo vi aparecer debajo de la pintura de mi Dodge y ahora lo veía a mi lado, reencarnado en mi carne y conduciendo como un terrorista suicida. Si me hubiera quedado algo de fe, había podido interpretar aquel momento como una prueba divina. El Señor volvía a ponerme a prueba, volvía a ofrecerme la oportunidad de perdonar a quien me había robado a mi amada. Perdonar lo imperdonable y conseguir estar en paz conmigo mismo. Habría sido un acto bondad incondicional, una forma de redención y de purgar mi

alma atormentada. Pero ya no me quedaba fe, el pozo se había vaciado hacía tiempo. El Síndrome de Korsakov había condenado mi cuerpo a una muerte irreversible y después de lo que acababa de ingerir yo había condenado mi alma al purgatorio.

Tracé mi plan en cuanto reconocí al Oso Solitario como al asesino de Diana, el tipo que la había atropellado deliberadamente para obcecarme y recuperar su Dodge. El tipo al que pensaba que había matado, pero que había vuelto del más allá para continuar asesinando. El tipo que había arruinado mi vida treinta años atrás y que ahora que se me había vuelto a aparecer directo del más allá. La oportunidad era inmejorable para terminar con él de una vez por todas aunque me fuera la vida en ello. En realidad, mi muerte ya era algo inminente antes de que Félix, Richard y Quique me involucraran en su delirante carecía. Mi sacrificio era un precio razonable que estaba dispuesto a pagar si con ello terminaba con aquel reguero de víctimas.

Por ahora todo estaba saliendo tal y como lo había planeado. Tan sólo tenía que captar la atención del Oso mientras éste conducía, durante el tiempo suficiente y cruzar los dedos. Así que empecé a recitar el discurso que había preparado.

–Quiero que sepas que siento lo que pasó aquella noche. No el hecho de empujarte por el despeñadero, sino el de poner la venganza por encima del amor. Dios me puso a prueba y le fallé, me quitó a Diana y me dejó con este maldito coche. Te lo habría regalado de saber que todo acabaría así. ¿Por qué tuviste que llevártela por delante? ¿Qué tipo de persona hace algo así? Quizá la maldad ya estuviera en ti antes de convertirte en el demonio que eres ahora... ¿Pero sabes de lo que realmente me arrepiento? –el Oso no contestaba, seguía absorto en la conducción–. De haberte convertido en lo que eres ahora. En parte me siento responsable de todas las muertes que has causado.

–Pues son muchas, padre –respondió el Oso Solitario con un ápice de ironía en su fría mirada y siguió conduciendo.

Sabía que tenía que continuar hablándole, pero por lo visto ya estaba todo dicho. Ni él ni yo teníamos ganas de conversación y, por suerte, ya estábamos cerca del final. Si mis sentidos no me engañaban –y no habría sido nada extraño dado el particular estado etéreo al que me había visto arrastrado–, quedaban tan sólo un par de curvas antes de llegar a la boca del túnel. Si el Oso era conciente de ello no lo manifestaba, ni con su rostro ni con su conducción, continuaba apurando cada trazada como si estuviera en el último tramo de una contrarreloj. No era necesario continuar despistándolo.

Por fin apareció el túnel delante de nosotros. Era una construcción atípica. Pese a su evidente cariz funcional, la entrada del túnel emanaba cierta reminiscencia a la arquitectura soviética y los años de humedad habían veteado el frío cemento de hilos verduscos, dotando al conjunto de un extraño cariz, como si nos encontráramos en alguna zona abandonada y desierta de Chernobyl.

Cuando el Oso Solitario avistó el túnel apretó el pedal de freno a fondo. Había apurado la diversión hasta el final, como un niño aferrado a sus juguetes que se niega a ir a la cama,

pero ahora debía parar y abandonar el vehículo si no quería terminar perdido en la nada. Lo había hecho mil veces, pero esta vez no pudo hacerlo. Pisó el pedal de freno de nuevo con todas sus fuerzas, pero el coche continuaba avanzando por inercia hacia la boca del lobo. Quizá los discos se habían sobrecalentado, viejos ya para una conducción tan agresiva, o a lo mejor había una fuga en el líquido de frenos. El Oso continuó bombeando el pedal con fuerza hasta que se dio cuenta de que el cuerpo que había ocupado hacía tiempo que ya no le respondía. Si no hubiera estado tan absorto en la carretera quizá habría caído en que sus movimientos eran cada vez más lentos, en que sus dedos lacios se habían empezado a escurrir del volante y de que su corazón había ido bajando el ritmo de sus latidos, poco a poco, hasta detenerse. Cuando la cabeza del que había sido mi cuerpo cayó flácida sobre el volante, el Oso se dio cuenta de que había caído en una trampa.

El Dodge continuó avanzando por inercia hacia la boca del túnel, la boca del lobo.

El Oso abandonó mi cuerpo muerto como un piloto que salta de un avión en caída libre pero ya era demasiado tarde para huir. Lo aferré con fuerza y lo inmovilicé en el asiento trasero para evitar que saltara del Dodge en marcha a través de la puerta cerrada. Ahora los dos estábamos por fin al mismo nivel, ya no éramos un estafador y un joven confiado, ya no éramos ni piloto ni cura, ni muerto ni vivo. Ahora éramos dos fantasmas luchando por sobrevivir –por no desaparecer–.

El coche entró lentamente en el corazón de la montaña.

Ninguno de los dos nos dimos cuenta. Estábamos envueltos en una extraña refriega, uno por escapar y otro por impedirselo, aunque en realidad no era una pelea cuerpo a cuerpo –ya que no había nada físico a lo que aferrarse– era más bien una batalla de conciencias. Cuando finalmente el Oso consiguió liberarse de mi abrazo lo suficiente como para mirar por la ventanilla ya era demasiado tarde. Más allá de los cristales del Dodge tan sólo había una insondable oscuridad grisácea. Los dos fuimos conscientes de que todo había terminado. Si hubiéramos tenido pulmones habríamos aprovechado para recobrar el aliento. Ya no había prisa, íbamos a estar allí durante mucho tiempo.

–¿Sabes que es lo que me jode de todo este asunto? –le dije tras unos minutos de silencio–. Que por tu culpa no puedan enterrarme en suelo sagrado junto a Diana.

53. En el fondo del pantano

RICHARD HABÍA ARRANCADO CASI UN CENTENAR DE METROS de alambre de espino del cercado de estacas putrefactas que envolvía el lago a lo largo de su perímetro. Aunque la vieja empalizada había impedido que la silla de ruedas de Quique acabara en el lago, su función era otra. Los pastores la habían instalado para evitar que las vacas y las ovejas que recorrían aquel sendero de trashumancia terminaran atrapadas en el lodo de la ribera. Los animales se acercaban a beber al lago, las pezuñas se les hundían en el barro y morían de agotamiento al intentar salir de aquella trampa de cieno. Incluso si el pastor daba con ella a tiempo, costaba un gran esfuerzo sacar a los animales del lodo. Aquel alambre de espino había salvado la vida de muchos animales, pero ahora iba a servir para todo lo contrario.

El tunero terminó de enrollar lenta y metódicamente uno de los extremos del alambre en la carne insensible de las piernas de Quique que, a aquellas alturas, era ya una extraña mezcla de hierro, sangre y tela tejana. Para terminar dio un par de fuertes tirones para asegurar que la lazada era resistente y aunque Quique no notó el dolor, las sacudidas le hundieron la cara todavía más en el barro. Aún tenía las manos atadas a la silla y para no asfixiarse tuvo que torcer su maltrecha columna todo lo que pudo hasta que su nariz asomó burbujeante por encima del lodo. Al tunero los esfuerzos del paralítico por respirar le eran indiferentes, cuanto más sufriera antes de morir mejor. La venganza le había inmerso en un extraño sopor que le inmunizaba al dolor ajeno. Más tarde se preguntaría una y otra vez cómo había sido capaz de hacer todo aquello, pero eso sería después. Ahora era hora de llevar a cabo su plan, así que cogió rollo de alambre que había recogido y empezó a desplegarlo ladera arriba en dirección al coche.

Con los ojos entreabiertos y llenos de barro, Félix observó como su verdugo se alejaba dejando tras de sí un rastro de metal y espinas. Había visto lo suficiente para comprender cual iba a ser su final y el plan que el chaval había improvisado le parecía una forma bastante digna de morir, por lo menos más que morir ahogado en un charco. Es curioso pensar que ambos estuvimos a punto de terminar del mismo ridículo modo –uno por su minusvalía, el otro por su alcoholismo– y que los dos conseguimos terminar con nuestras vidas de un modo un poco más de dignidad...

El tunero llegó a pie de carretera y ató el otro extremo del alambre al parachoques de la furgoneta. Al incorporarse se topó con el oso serigrafiado del capó y se identificó con aquel rugido de odio congelado. Él también lo sentía apretando en la garganta desde que había descubierto la verdad sobre la muerte de su madre y como aquel antiguo logotipo era

incapaz de exteriorizarlo. Quizá empujar aquella Chrysler ladera abajo, hasta el mismo fondo del pantano, le ayudaría a hacerlo.

Lo primero que Lucía, Félix y David vieron al salir de la curva fue una oscura masa de agua reflejando el gris del cielo: hasta entonces no habían visto más que niebla. Después el perito identificó la Voyager negra de Quique y frenaron en seco. La visibilidad era tan mala que si algún vehículo hubiera ido detrás de ellos en el momento en que frenaron, los habría arrollado. Lo tercero que vieron fue a Richard empujando la furgoneta con todas sus fuerzas. El terreno estaba blando y pedregoso y cada centímetro le suponía un gran esfuerzo. Cuando Lucía salió del coche identificó el alambre que colgaba del parachoques e instintivamente lo siguió con la vista hasta la silla de ruedas volcada al pie del pantano. Tardó centésimas de segundo en atar los cabos y un instante después ya había dado la primera zancada de su carrera. Cubrió la distancia que le separaba del hermano de su difunto novio en un rápido *sprint* y se abalanzó sobre él justo antes de que la Chrysler empezara a caer por su propio peso. Mientras la policía abatía al joven con un placaje digno del mejor defensa de la NHL, el coche en punto muerto se detenía a escasos centímetros del principio del desnivel.

Pese a sus años, Félix también había reaccionado rápidamente. Identificó la silla de ruedas de Quique poco después de que lo hiciera Lucía y entendió rápidamente el peligro de la situación. Valoró si correr tras la agente o acudir en ayuda del paralítico, pero al ver que Quique tenía la cara hundida en el barro y respiraba con dificultad se decidió por lo segundo. Más tarde se arrepentiría de su decisión: si hubiera optado por ponerle el freno de mano a la furgoneta aquello se podría haber evitado. Pero el hecho es que corrió ladera abajo y, con un gran esfuerzo, enderezó la silla del paralítico y le limpió el barro de la cara.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Quique se limitó a responderle con un gesto que iba del agradecimiento a la resignación. El perito vio el lamentable estado en que tenía las piernas, llenas de sangre y barro, e intentó liberarle de aquella trampa de alambre de espino.

–¿Te hago daño? –el perito vio la respuesta en el rostro inexpresivo del paralítico y continuó su tarea–. Si notas algo dímelo.

–Ya me gustaría... –respondió Quique para sí.

Félix intentó arrancar el cable por todos los medios, pero lo único que consiguió fue llenarse las manos de arañazos y clavar aún más las espinas en la carne de Quique.

–Voy al coche a buscar algo con lo que cortar esto.

–¿Puedes desatarme las manos antes? –le pidió el paralítico–. Quiero quitarme esta mierda de la cara.

–Sí, claro –Félix se sintió un poco ingenuo por no haberlo pensado antes y le liberó de las improvisadas esposas en un santiamén–. Vuelvo en un momento.

El cincuentón empezó a sofocarse unos metros antes de llegar a los vehículos. Estaba exhausto por la velocidad con que había subido la ladera. Cuando llegó arriba, Lucía ya

había esposado al tunero y lo llevaba hacia su vehículo. El chico no se resistía, tenía la cara magullada por la caída y parecía avergonzado por lo que había hecho. Félix cogió un poco de resuello antes de preguntarle a la policía por las herramientas que llevaba en el coche, pero no le dio tiempo de abrir la boca. Pero antes de que pudiera hacerlo, Lucía le gritó algo que no entendió, soltó a Richard y salió corriendo. La segunda vez que lo repitió entendió lo que decía “¡La furgoneta! ¡ La furgoneta!”. Félix se giró y vio como la Voyager se movía poco a poco hacia el barranco. Antes de salir corriendo para detenerla, una idea sin sentido se le cruzó por la cabeza: “¿Cómo es posible que se mueva sola?”. Lo entendió demasiado tarde.

Quique tirada del alambre con todas sus fuerzas. Las espinas oxidadas se le clavaban en las manos y la silla de ruedas de hundía en el lodo por el esfuerzo. El parálítico se balanceaba hacia atrás para evitar que el peso le venciera y consiguió sacar la fuerza necesaria para arrastrar a la Chrysler hasta un punto de no retorno. Cuando vio que ésta empezaba a caer por sí su propio peso y empezaba a coger velocidad por su propia inercia, exhaló satisfecho. Por fin había tenido el valor suficiente para hacer lo que hacía años que buscaba.

Lucía salió corriendo unos metros por detrás de la furgoneta mientras ésta caía. Por un momento pensó que quedaría encallada en el lodo de la ribera, pero llevaba tanta velocidad que resbaló hasta hundirse en el lago. La agente llegó al parálítico antes de que el cable tirara de él, pero no pudo librarle de la trampa. Agarró el cable en un último intento desesperado pero una fuerte sacudida se lo arrancó de las manos. Terminó con las palmas ensangrentadas, y observando impotente como Quique se hundía, de una forma lenta y constante, hasta el mismo fondo del pantano.

54. El último duelo

NUNCA HABÍA PERDIDO UNA CARRERA Y SI ALGUNA VEZ se había dejado ganar había sido para apostar en su contra, sin embargo conmigo perdió todo lo que le quedaba: su coche, su autoestima y, en última instancia, su vida.

Desde que le expulsaron de la federación de automovilismo todo le había ido de mal en peor. El Oso era de la opinión que un piloto sin licencia era como un lobo sin dientes: podía sustituir a base de carroña o rebuscando en las basuras, pero a costa de perder su dignidad y él no estaba dispuesto a hacerlo. Se aferró a lo que sabía hacer, aunque tuvo que cambiar la competición por las carreras ilegales. Volvió al mundillo en el que había crecido, con la ligera diferencia de que ya no era aquel joven desconocido de entonces; ahora todos reconocían al Oso Solitario y nadie apostaba en contra del campeón. Ya no resultaba rentable para los grandes comisionistas, así que no le quedó otra opción que dejarse barba e ir por libre. Se movía por bares de carretera, prostíbulos y guateques, intentaba pasar desapercibido y escogía a los primos minuciosamente. No era difícil ganarles en la pista, lo complicado era encontrar a alguien que tuviera algo de valor para apostar. Yo fui uno de aquellos primos, mi Sprinter era como un caramelo en la puerta de un colegio para él. El plan era, como había hecho mil veces, retarme a una carrera contra su Dodge de competición –al que había dado una mano de pintura para no llamar la atención–. Por entonces, estaba de moda hacerlo al modo de James Dean, antes había sido colarse en circuitos cerrados o coronar puertos de montaña. Al Oso le daba igual el modo, siempre ganaba. Le era más complicado sacar un buen precio por el coche en el mercado de segunda mano o hacerle firmar el cambio de nombre al propietario, que no ganarle en la pista. Conmigo se llevó una sorpresa.

–¿Cómo lo hiciste para ganarme? –me preguntó treinta años después en el interior de aquel túnel. El joven inconsciente era ahora un cura alcohólico o, por lo menos, lo que quedaba de él.

Los dos nos habíamos quedado atrapados en el interior del Dodge. Más allá de las ventanillas sólo había niebla, mirar por ellas era como hacerlo a través de una mampara de ducha después de un baño de vapor. No teníamos un lugar mejor donde estar, tampoco había ya ninguna prisa, ni nada que pudiéramos hacer a parte de salir a la nada. Se estaba mejor sentado en el asiento trasero del viejo Dodge que perdido en aquel purgatorio gris. La raída tapicería de cuero nos era familiar a los dos, era el último cabo al que aferrarse antes de caer al abismo.

Le expliqué que me había agarrotado por la tensión y que había tardado varios segundos en reaccionar. Que pensaba que iba a caer acantilado abajo y que la euforia que manifesté después no era tanto por el hecho de haber ganado la apuesta sino por el de estar vivo. El Oso sonrió al escucharlo. Era el primer gesto humano que salía de su hierático rostro en muchos años. Parecía que las marcas de su cabeza se estuvieran difuminando y sus ojos recuperaran parte de la vida que ya no tenían.

–Antes me has preguntado que clase de persona podía haber matado así a tu novia...

–No sé si quiero saberlo –le contesté.

–Hasta que tú me lo has contado no recordaba haberlo hecho, ni siquiera sabía que habías sido tú quien me había lanzado por el acantilado. No sé si esto te sirve de algo a estas alturas, pero tú no me mataste.

Lo último que recordaba el Oso Solitario de aquella noche fue a toda aquella gente gritando a pleno pulmón la cuenta atrás. Había conseguido que un viejo amigo –Cosme– le prestara su Ford Alpine para recuperar con él su Dodge de competición. Aquel coche pintado de negro era lo único de valor que le quedaba. Las apuestas tan sólo le llegaban para malvivir en el día a día y no podía permitirse el lujo de perder lo único de valor que le quedaba de su antigua vida –sin contar con el Longines de su muñeca–. No le gustaba competir con tanto público, ya que siempre cabía la posibilidad de que alguien le reconociera, pero aquella noche decidió correr el riesgo. No le costó demasiado convencerme para un todo a nada, por aquella época pensaba que me iba a comer el mundo. En unos minutos estábamos uno junto al otro acelerando los motores, rodeados de mis compañeros de juega y con Diana delante de nosotros. El Oso no llegó a verle los pechos, lo último que recordaba era a toda aquella gente a su alrededor, recortada contra los focos de sus vehículos que de forma intermitente le cegaban la visión. El efecto era similar al de una luz estroboscopia y le indujo un ataque de epilepsia. Fue un fenómeno parecido al que identificó un doctor en la década de los sesenta cuando investigaba una serie de caídas inexplicables de helicópteros. Los pilotos que lograron sobrevivir le explicaron que antes de perder el control del aparato experimentaron sensaciones de mareo y confusión. El doctor descubrió que el rotor del helicóptero, cuando giraba a determinadas velocidades, podía producir destellos de luz solar a frecuencias que coincidían con las frecuencias eléctricas de las ondas cerebrales del sistema nervioso central, induciendo estados de epilepsia y desorientación –o en otras palabras, le pasó lo mismo que sufrieron unas decenas de niños japoneses al ver un capítulo de “Pokemon”–.

–Imagino que me convulsioné y apreté el pedal del acelerador a fondo, aunque no lo recuerdo –me explicó el Oso–. No te quiero decir que su muerte no fuera culpa mía, pero sí que fue algo accidental. Soy responsable de muchas muertes, muchísimas, pero las que causé mientras estaba con vida son las únicas de las que me arrepiento.

El Oso miró por la ventanilla con melancolía.

–¿Sabes quién soy verdad? Quiero decir... quién era antes de que nos conociéramos en

aquel bar.

-Sí, lo sé. Cosme me lo contó.

-¡Vaya, no me digas que aquel viejo diablo sigue dando guerra!

-Tiene un taller mecánico y sigue vivo, que es más de lo que podemos decir algunos.

-Fue un gran copiloto, lamento que las cosas entre nosotros tuvieran que terminar de aquel modo.

-El ego puede ser un poderoso enemigo -le dije con un tono de monserga cortesía de mis años de confesionario.

-¿Eso fue lo que te contó? ¿Cosme cree que le abandoné por egoísmo, que se me subieron los humos? -pronunció él con media sonrisa en los labios-. Imagino que es lo que todo el mundo pensaba, pero fue más bien todo lo contrario.

Seguí la mirada del Oso a través de la ventanilla y me pareció que algo se movía a través de la niebla. Quizá era un reflejo, o quizá una pequeña bruma que se movía agitada por el viento del olvido.

-Un año antes de conseguir mi primer gran premio tuve un fuerte accidente. Fue un golpe considerable, con muchas vueltas de campana, el coche quedó destrozado... casi tengo que abandonar -si entonces hubiera habido televisión habrían repetido las imágenes hasta la saciedad-. Me hicieron un chequeo a fondo, sobretodo en la cabeza, me di un fuerte golpe contra el lateral. Entonces no encontraron nada, pero ya sabes como son esas lesiones, pueden estar latentes durante años y luego de la noche a la mañana...

Las secuelas empezaron a manifestarse cuatro años después, cuando el Oso Solitario se encontraba en lo más alto de su carrera. Lo primero que notó fueron ligeros temblores, músculos que se contraían y relejaban por sí solos. Después empezó a experimentar parálisis temporales, se despertaba en medio de la madrugada completamente inmóvil y el cuerpo no le respondía hasta pasados unos minutos. El Oso lo atribuía a la ansiedad de la competición, a la falta de sueño y al agotamiento, hasta que un día tardó más de lo normal en salir de uno de aquellos extraños episodios. Acudió a su médico de confianza y cuando el Oso supo el diagnóstico le hizo prometer que guardaría el secreto.

-La gente que sufre de epilepsia puede hacer una vida completamente normal, simplemente no puede ejercer algunos trabajos de riesgo. Imagina a un operador de grúa o a un controlador aéreo sufriendo un ataque en el trabajo, podría poner muchas vidas en peligro. Lo mismo pasa con los deportes de riesgo. Al principio no le di la importancia que se merecía, como un fumador que ignora los consejos de su cardiólogo. Pensaba que aquello no iba conmigo, pero entonces los ataques fueron a más. El primero me vino en la taza del water con una revista en las manos... desperté en el suelo, desorientado, con la boca llena de baba y la mierda chorreándome por las piernas. Nadie lo supo, aquello quedó entre aquella taza y yo, pero me sirvió de aviso.

Mientras el Oso relataba su historia vi otra sombra moverse a través de la niebla que nos rodeaba. Ahora estaba seguro de lo que había visto, había alguien o algo allí fuera. Mi

compañero siguió como si tal cosa con su monólogo, o no lo había visto o no le daba importancia.

–Pensé en dejar la competición, pero aquello era mi vida. ¡Joder! ¡Yo era el campeón indiscutible a nivel nacional y ese año iba a entrar dar el asalto al circuito internacional! Así que intenté afrontar el problema con un enfoque racional, casi matemático. Calculé el riesgo, el mío y el de los demás, busqué formas de minimizarlo y las llevé a cabo. Nadie conocía mis razones, no podía hacerlo público si quería seguir compitiendo y ni siquiera me molesté en buscar una excusa, dejé que cada uno pensara lo que quisiera.

El razonamiento que me expuso parecía bastante lógico. Si tenía un ataque mientras conducía tenía más posibilidades de acabar en el hospital que en el cementerio, incluso, con un poco de suerte, en un terreno llano y contando con las medidas de seguridad adecuadas, podía salir ileso. Era un riesgo que asumía con gusto para sí mismo, pero no para los demás, sobretodo no para su copiloto. Cosme era el que más minutos pasaba a su lado y no podía imponerle aquel riesgo. Sabía que si le hubiera contado la verdad, él habría seguido a su lado, pero no quería hacerse responsable de su muerte. Así que cometió la excentricidad de competir sin copiloto. La Federación lo toleró, aunque nunca lo aprobó, y Cosme lo asumió, pero nunca llegó a entenderlo. Tan sólo él conocía el porqué.

–No quería mancharme las manos de sangre. Aunque visto en perspectiva fue una decisión un poco ilógica, porque había mucha más gente a mi alrededor mientras competía y todos ellos tenían una posibilidad, remota pero real, de terminar debajo de mis ruedas: desde el público a los mecánicos. Nada podía hacer por ellos, nada que no fuera dejar de competir, y aquella era una decisión que no pensaba tomar. Fui un egoísta y pagué las consecuencias. En realidad fueron muchos los que las pagaron.

Existen multitud de estímulos físicos que pueden producir un ataque epiléptico, desde un videojuego a diferentes estímulos de luz, ruido o tacto. Ese primer estímulo que desencadena la crisis convulsiva es diferente para cada persona y se denomina “umbral de la convulsión”. Para el Oso ese umbral coincidió con la entrada a al túnel en el ahora mismo nos encontrábamos.

–¿Cómo hemos terminado aquí? –me preguntó–. Sé que todo ha sido una gran trampa para terminar conmigo, pero ¿habías pensado en traerme a este lugar desde el principio?

–A este lugar en concreto no, había varias alternativas. Conocíamos los puntos que te eran desconocidos, pero acabar precisamente en este ha sido una casualidad.

–No lo creo.

Las sombras que nos habían estado rodeando aparecieron de golpe junto a los cristales. Llevaban monos acolchados oscuros y cascos que ocultaban sus facciones. Arrastraban lentamente sus guantes a través del chasis y las ventanillas en busca de una rendija a través de la que colarse. Por un momento tuve miedo de ellos, habrían unos diez o doce rodeándonos en todas direcciones, pero el rostro calmado del Oso me tranquilizó. A fin de cuentas, ¿qué podía hacer un fantasma a otro fantasma, a parte de perderlo en la niebla?

-Vienen a buscarme. Yo tendría que ser uno de ellos. Había olvidado lo que provoqué y ahora es momento de pagar.

El umbral de convulsión del Oso Solitario fue el contraste entre un soleado día de carrera y el interior de un túnel mal iluminado. El ataque fue instantáneo, el Dodge golpeó contra el lateral y se detuvo entre chispas y aceite en medio de la carretera. Todavía no se le habían pasado las primeras convulsiones cuando el primer vehículo impactó violentamente contra él empujándolo uno metros hacia la salida del túnel. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, los pilotos se encontraban con un muro de metal. Uno tras otro los compañeros de competición del Oso fueron añadiéndose a esta barrera de chatarra, cristal y fuego hasta que bloquearon cualquier escapatoria. Paradójicamente, el Dodge que había iniciado la cadena era expulsado fuera de aquella trampa de fuego y humo a medida que más vehículos chocaban tras de sí. Los múltiples impactos de sus compañeros fueron los que le salvaron de terminar muerto en el accidente que él mismo había provocado. El daño que había intentado minimizar se había materializado en el peor escenario posible. La Ley de Murphy llevada a su máximo exponente.

Para cuando los bomberos controlaron el fuego había doce cadáveres humeantes y bañados de espuma extintora. Los mismos que ahora estaban rodeando al Dodge en busca de venganza. Podía ver sus monos chamuscados con todo detalle, los bordados de las marcas patrocinadoras ya olvidadas, la espuma de poliéster quemada a través de la tela perforada y los rostros abrasados que se intuían a través de los vidrios de los casos, con sus ojos sin párpados congelados para siempre en una mueca de sorpresa.

-Siento lo de Diana, ella fue la última a la que maté sin un motivo. Ahora debo ir con los primeros de la lista.

El Oso Solitario abrió la puerta y sus compañeros lo arrastraron consigo hasta que se perdieron en el fondo del túnel.

55. El sacrificio

DAVID PRESENCIÓ LA MUERTE DE SU MADRE MUY DE CERCA. Al contrario que su hermano, él no estaba sometido a las violentas leyes de la física, la inercia o la absorción de impactos. Él salió completamente ileso del accidente, identificó claramente el vehículo que lo había causado y a sus ocupantes y sufrió la impotencia de no poder hacer nada para socorrer a su familia –por lo menos antes de que murieran–. Aunque inconsciente, su hermano respiraba a un ritmo acompasado, estaba en bastante buen estado, era Agripina la se había llevado la peor parte. El lateral del Renault 5 se había combado hacia dentro como una lata estrujada y la anciana había quedado atrapada entre la plancha metálica de la puerta y la palanca de cambios. David estuvo a su lado cuando dejó de respirar, ni siquiera pudo darle la mano aunque lo intentó. Pudo ver como su viejo rostro, libido por la pérdida de sangre, perdía la última chispa de vida y justo en ese momento, su madre abrió los ojos y le vio. Sus párpados seguían cerrados y su cuerpo inmóvil pero, de algún modo, Agripina mirada a su hijo con una sonrisa infinita y David notaba su mano entre la suyas.

La anciana era perfectamente consciente de lo que acababa de pasar, hacía tiempo que estaba preparada para aquel momento e, incluso, lo esperaba con anhelo. Después de abrazar a su hijo mayor, lo primero que hizo fue preocuparse por el pequeño. David la tranquilizó, le prometió que Richard saldría de esa, que era fuerte y joven. Después, madre e hijo salieron del vehículo accidentado y esperaron en la cuneta a que llegara la ayuda. El hijo rastreaba ambos sentidos de la carretera en busca de algún vehículo que se detuviera y llamara a emergencias, mientras que la madre dedicaba toda su atención a un punto determinado de la arboleda. El rostro de la anciana se había iluminado con un resplandor que sólo ella podía ver, su expresión era el de una beata a la que se le hubiera aparecido la Virgen María. Alguien la llamaba y tenía que irse, pero sólo ella. Agripina abrazó a su hijo y con una pronunciación perfecta, como si la sordera fuera un lastre que hubiera dejado atrás, le dijo:

–Yo ya me voy hijo, pero tú quédate un poco más para cuidar del tuyo.

Agripina le dio un beso a David en la frente y después se perdió en el bosque, tras el resplandor que sólo ella podía ver. Él se quedó allí esperando a que llegara la ambulancia. No dudaba del instinto de su madre pero, aunque fuera cierto que iba a ser padre, por el momento su hermano le necesitaba más. No se había separado de él desde entonces. Había hecho todo lo que había estado en su mano –la etérea mano de un muerto– por ayudarle, pero no había podido impedir que matara a Quique. Ahora le observaba en silencio,

abatido y esposado en el asiento trasero del coche de Lucía. Hacía tan sólo unas horas de la muerte del parálítico y Richard ya empezaba a arrepentirse de lo que había hecho. Hoy ya no podía hacer nada más por él, así que lo dejó sólo con sus remordimientos y se acercó a Lucía.

La agente y Félix se encontraban en el interior del túnel junto a mi Dodge, que se había detenido suavemente contra una de los muros interiores. Apenas había sufrido un par de arañazos y mi cadáver todavía reposaba tibio en su interior con la cabeza recostada en el volante. No les había costado dar conmigo, Félix sabía que no había muchos lugares mejores y más cercanos que aquel para atrapar al Oso y el túnel fue el primero en el que me buscaron. Todavía no era mediodía y el día ya se había hecho muy largo para todos. Lucía iba a tener que explicar muchas cosas a su superior, empezando por la detención de Félix, siguiendo por la muerte de aquel extraño parálítico y la tentativa de asesinato de Richard, para terminar en aquel oscuro túnel con un cura muerto sin una causa aparente en su interior. Empezó por el final.

–Me encuentro en el túnel de la regional B-110. He encontrado un cadáver. Necesito que me envíen una unidad... Sí, espero sobre el terreno –Lucía colgó. El resto se lo explicaría a su sargento en persona.

–¿Cómo cree que ha muerto? –preguntó Félix afectado.

Lucía abrió la puerta del vehículo protegiendo las posibles huellas con un pañuelo de papel. Después acercó su rostro al de mi cadáver, apenas a unos centímetros del vómito de sangre que todavía se me escurría de entre los labios.

–Gasolina –dijo la agente después de olfatear el rastro volatilizado de mi último aliento.

–Nos ha engañado a todos, pensaba hacer esto desde el principio... espero que a él también –dijo el perito.

Félix no tenía forma de saber si todo había funcionado, pero reconoció mi sacrificio. Desde el asiento trasero del Dodge, a través de la niebla que todavía me rodeaba pude ver la expresión de orgullo en el rostro del perito al ver mi cadáver. Si me hubiera podido escuchar le habría dicho que sí, que el Oso no volvería a matar y le habría confesado, con humildad, que mi sacrificio no había sido tal. Que no era un mártir, ni un héroe, tan sólo un enfermo terminal que había dado con la oportunidad de morir por una causa. Le habría explicado lo que Cosme ya sabía, que el Síndrome de Korsakov había empezado a hacer mella en mi sistema nervioso y motor, que estaba a un paso de la senilidad del alcohólico terminal y del fallo hepático. Le habría explicado muchas cosas, pero Félix ya no me escuchaba. Otros sí podían hacerlo.

No había visto a David desde la noche en que nos emborrachamos en el altar. Entonces había sido una sombra borrosa con una voz apenas audible. Ahora, el hombre que aparecía a través de la niebla era perfectamente visible, se le veía joven y lleno de energía. Conocía la zona a la perfección y me acompañó a la salida de aquella trampa de niebla. Hablamos largo y tendido, como dos viejos jubilados que no tienen nada mejor que hacer que repasar

juntos sus vidas. Él me contó cómo el fantasma del Oso había marcado la historia de su familia. Como su padre había participado, sin pretenderlo, en su transformación en un fantasma asesino. Como el fantasma se había vengado del padre y del hijo, provocando de forma indirecta la muerte de la madre y arruinando la vida del hermano.

-Has terminado con la maldición de los Gimeno. Mi hijo podrá crecer tranquilo gracias a ti.

No supe que decirle. Para él mi sacrificio había sido un acto de generosidad, aunque estuviera gravemente enfermo.

Para mí, en cambio, había sido una forma digna de volver con Diana.

Apéndice

DOS AÑOS Y SESENTA Y SIETE DÍAS DESPUÉS DE SU TENTATIVA de homicidio, Richard consiguió salir en libertad condicional. Si no hubiera sido por el apoyo de su hermano aún seguiría en tercer grado. No le quedaba nadie en el exterior esperándole, ni familia, ni amigos –Johnny era el único que habría ido a verle a la penitenciaría y está muerto–. Al tunero le resultó duro aguantar en prisión sin nada a lo que aferrarse y el primer año de la condena lo pasó colocado, en parte para evadirse y en parte para poder pasar todo el tiempo posible con su hermano. Gracias a David, el segundo año lo pasó pagando su deuda con la justicia –y con el camello–. Sin opiáceos en la sangre era más difícil hablar con su hermano muerto, pero todavía conseguía verle algunas noches, justo antes de dormir. Sus conversaciones eran breves y esporádicas, ya que David tenía otros frentes que atender. En los últimos tres meses de condena apenas lo vio un par de veces, una de ellas, la noche antes de salir.

–Mañana no quiero que le hables de mí. Recuérdalo si la ves ahí fuera –le advirtió su hermano.

Richard asintió en sueños y al día siguiente cumplió su promesa. Lucía fue a recogerle al centro penitenciario con su hijo David, ella también había cumplido su promesa. Había hecho todo lo que había estado en su mano por que Richard recibiera un trato justo. Ambos sabían que debía pagar por lo que había hecho pero Lucía maquilló un poco los hechos para que la condena no fuera excesiva. Había muchos cargos en su contra: evasión de la justicia, homicidio en grado de tentativa, conducción temeraria, homicidio involuntario... Cinco años de pena habían sido casi un regalo y al final habían quedado en casi la mitad.

Se abrazaron al verse. Él ya no la veía como una tía buena a la que se follaría, ahora admiraba a la madre soltera que estaba criando sola a su sobrino, además, su “cuñada” había sido la única que había dado la cara por él. Ella también vio un cambio en el chico, la prisión parecía haberlo hecho madurar, seguramente a un ritmo forzado, pero sin hacer demasiada mella en él.

–Tengo varias sorpresas para ti –le dijo Lucía.

–No tenías que haberte molestado en venir a recogerme. Podría haber cogido un taxi. Este no es sitio para un campeón como éste –le respondió Richard haciéndole cosquillas a su sobrino. Era la primera vez que lo tocaba.

–Quiero que le guardes esto a David hasta que crezca lo suficiente como para entender lo que significa.

Era una caja del tamaño de una tarjeta de crédito. Dentro había una medalla de plata con un ángel en una cara y una espada en el reverso. Era la primera vez que veía una medalla como aquella, pero conocía lo que significaba. David ya le había explicado el largo proceso que había seguido Lucía hasta conseguir que un casco lleno de extraños arañazos se convirtiera en una medalla al mérito policial. Él mismo había sido testigo del largo y sinuoso trámite administrativo y admiraba a Lucía por haberlo sacado adelante, sobretodo por haber conseguido que su hijo pudiera algún día llegar a estar orgulloso de su padre. No era lo mismo morir en acto de servicio que estrellarse por no haber dormido lo suficiente.

–Esta es la otra sorpresa –le dijo Lucía arrojándole unas llaves–. El padre Damián insistió en que te lo quedaras si le pasaba algo. Cosme lo ha guardado durante estos años y le ha hecho una puesta a punto completa.

–No me jodas, ¿son las llaves del Dodge?

–Lo tienes aparcado en el garaje. Yo lo he usado para venir hasta aquí y la verdad es que suena como nuevo.

Richard lo comprobó en primera persona de camino al taller de Cosme. Lucía había dejado su coche allí para poder traer el Dodge a la penitenciaría. La agente había conocido al viejo mecánico, a raíz de lo sucedido y le estaba muy agradecida no sólo por el trabajo que había hecho con la antigualla de Damián, sino por la ayuda que le había prestado para entender todo lo sucedido. También tenía mucho que agradecerle al perito, ya que finalmente Félix había sido vital para la resolución de los dos suicidios. Pese a su plena colaboración y a la utilidad de su testimonio, el sargento nunca terminó de verlo con buenos ojos. Lo cierto es que incluso al perito se le escapan algunos de los detalles del asunto, sobretodo las referentes al suicidio de Quique. Cosme era el único que conocía lo suficiente al paralítico como para comprender su apego a la autodestrucción –algo inherente en un heavy auténtico–. El mecánico sostenía que Quique había inducido deliberadamente a Richard a la situación que había terminado con su muerte; afirmaba que éste se había aprovechado de su ansia de venganza para satisfacer su último deseo. Era una teoría extraña, pero tras estudiar los hechos a fondo, varios psicólogos que trabajaban para el departamento llegaron a la misma conclusión. Cosme no culpaba al chico por lo sucedido, lo consideraba una víctima más de las circunstancias y, aunque nunca lo llegó a manifestar abiertamente, se alegró de que su amigo consiguiera finalmente lo que buscaba.

El mecánico también aportó una de las claves que dieron significado a mi extraña muerte. Los cuatro sabían el porqué de mi sacrificio, sabían que lo había hecho para terminar con el Oso, pero aquello no era algo que pudieran exponer en un tribunal. Sin embargo, Cosme sabía algo que los demás desconocían: el secreto que le había confesado la noche antes de morir, la misma noche en que le pedí un coche prestado para ir al hospital.

–Necesito un chute para poder seguir conduciendo –fue el motivo que le expuse el

mecánico para pedírselo.

-¿De heroína? -me había preguntado Cosme con la moderada sorpresa del que ha vivido mucho, tanto como para no sorprenderse por un cura enganchado al caballo.

-No, de Propofol -le contesté con una sonrisa-. Es un calmante para enfermos terminales. Son los riñones, se me están colapsando.

-¿No pueden hacerle un trasplante?

-Podrían. Seguramente habría mucha gente dispuesta a donarle un riñón a un cura. ¡Qué mejor manera de ganarse el cielo? Pero también tengo el sistema nervioso afectado. Tengo temblores involuntarios y es cuestión de meses que comience con la demencia. ¡Cosas de borrachos! -apostilló para quitarle hierro al asunto.

Le expliqué el extraño síndrome que me afectaba. Con el Korsakov tan avanzado, si no eran los riñones sería el corazón, el hígado o el cerebro lo que acabaría fallando. Era algo habitual en alcohólicos crónicos. Había convivido con las primeras fases de la enfermedad durante años, pero el maletero lleno de litros de alcohol que me había encargado de vaciar había acelerado el proceso. Cosme me dejó las llaves de su coche y fui a una clínica para enfermos terminales donde sabía que me atenderían sin hacer demasiadas preguntas. Cuando llegué de vuelta al taller Richard ya se había marchado con el parálítico y Félix acababa de despertarse. Ninguno de ellos intuyó lo cerca que estaba mi final, tanto que un solo trago de gasolina bastó para que mis riñones dejaran de funcionar. Nunca había tenido que utilizar el bidón para emergencias que llevaba en el maletero. Hasta aquel día.

Pero todo aquello quedó entre Cosme y Lucía. La versión oficial que se plasmó en el informe policial fue la de parada cardiorrespiratoria. Ahora ya no había ningún bidón de gasolina rodeado de botellas de whisky vacías en el maletero del Dodge. Cosme había arreglado el chivato del depósito, entre otras muchas cosas: nueva tapicería, nuevas llantas, pintura metalizada -ni rastro del logotipo del Oso-, una puesta a punto completa...

-...y un equipo de música que te cagas -puntualizó el tunero.

-Me alegro de que te guste, sólo las etapas de potencia valen más de mil euros.

-No tenías que haberte gastado tanto -le dijo Lucía.

-Tranquilo, a mi no me ha costado ni un duro.

Una vez en el taller, Cosme le pidió al tunero que abriera la guantera. El chico esperaba una sorpresa más, pero lo que se encontró fue la factura completa de la reparación.

-Te lo iré descontando del sueldo poco a poco -le dijo Cosme con un deje de malicia.

Richard captó la indirecta al momento y aceptó la oferta sin pensarlo. Habría abrazado al viejo mecánico de no ser por lo poco masculino de la situación. Lucía sonrió y empezó a montar la sillita de niño en el asiento de su coche. Había hecho por Richard todo lo que había estado en su mano, su promesa a David estaba cumplida. El tunero se despidió de Lucía y de su sobrino y observó como se alejaban ambos en su coche. No podía verle, pero estaba seguro de que su hermano también iba en aquel vehículo. Sabía porque le había hecho prometer que no le diría nada de él a Lucía, sabía que su hermano deseaba lo mejor

para ella; quería que encontrara a alguien con quien rehacer su vida. Quería un buen marido y un buen padre para su hijo y él mismo se encargaría de que este tipo, fuera quien fuera, estuviera a la altura. Pensaba controlarle muy de cerca y si no daba la talla había aprendido un par de trucos del Oso Solitario para ponerle en vereda.

Días después, cuando el aceite sucio de motor ya se había impregnado en sus manos, el tunero encontró algo más en la guantera de su Dodge: un MP4 rosa. No había pensado mucho en el perito desde que entró en prisión. Cogió el reproductor y le preguntó a Cosme por él.

–Eso también es un regalo –le respondió el viejo copiloto sacando la cabeza de un capó–. Me consta que Félix ya no lo va necesitar más.

Félix había sido uno de los pocos en sacar algo positivo de la cacería del Oso. Había logrado superar su fobia y, aunque lo habían degradado por abandonar su trabajo, estaba viviendo una segunda juventud. Su jefe le había asignado de nuevo al trabajo de campo, esperando que aquello le hiciera abandonar el departamento, pero, pese a la mala intención de su superior, aquella vuelta a la carretera le había devuelto al viejo perito las ganas de trabajar y cómo el trabajo era lo único que tenía, podía decirse que era feliz.

*Terrassa,
23 de julio del 2010*

Ediciones Corona Borealis

APOCALIPSIS 17.1
Antonio Parra Sanz

LAS PERLAS DE SOFÍA:
Citas para estudiosos de la vida
Vanessa Gil

CUENTOS DE MAGIA Y MISTERIO
José Rubio Sánchez y José Miguel Cuesta Puertes

EN PARALELO: ENTRE DOS MUNDOS
Esther Toré

LA PROFECÍA DEL JUICIO FINAL
Luis E. Íñigo

LA SAGA DE LOS SANTINI
Joan Batllo Salido

EL RETRATO DE DORIAN GRAY
Oscar Wilde

LA LLAVE DE LA ATLÁNTIDA
Adolfo Losada

EL HOMBRE DE ILLINOIS

Joaquín Valcarce

DRÁCULA SUPERSTAR
Julio Pérez Manzanares

